Eloy Cobera

Grupo de apoyo para corazones rotos



Eloy Cobera

Grupo de apoyo para corazones rotos

SUMA de letras

Para los que aún recuerdan
ese amor de verano,
y para los que alguna vez
fantaseamos con tener uno

Primera parte
La Herradura

Esta historia empieza y termina
en un caluroso verano,
lo tenía todo, lo tenía a él,
hasta que apareciste tú.

«Sabotage», INEZ ARCHER, 2010

1

13 de junio de 2019

Me gusta pensar en mi vida como si de una película se tratase y, de ser así, este sería el principio de mi *spin-off*. Hasta ese instante, había vivido con la sensación de que mi historia pertenecía a otros, de que yo no protagonizaba mi narrativa, sino que me había convertido en «el amigo de». Un actor de reparto sin evolución, sin trama, sin nada interesante que contar. Existía, sí, pero por pura inercia. Ese día, sin embargo, sentía que algo estaba a punto de cambiar. Y no me faltaba razón.

El cielo azul pastel se dejaba entrever a duras penas entre los descomunales riscos que protegían la carretera que me llevaba a mi destino. El olor a sal se filtraba entre las rendijas del quejumbroso aire acondicionado del autobús y el *beat* de «The Soundtrack», de la exquisita Inez Archer, retumbaba en los auriculares mientras cruzaba, de forma épica, mi propio puente de Brooklyn. Este era algo más pequeño y debajo no había más que una vieja autovía, pero eso era lo de menos. Lo importante de esta no tan reseñable escena es su significado: yo, Rodrigo Muñoz, estaba empezando a escribir mi historia.

Pero ¿cómo es que tardé más de veintitrés años en convertirme en el *main character* de mi relato? Fácil. Desde que nací y hasta que terminé el instituto, fui una marioneta de mis padres; o, más bien, de mi madre, porque mi padre nunca formó parte de esa ecuación llamada «familia». Y sí, le estaba eternamente agradecido a mi madre por todo lo que había hecho, hacía y haría por mí, es algo incuestionable; pero eso no le quita peso a mi *statement*: los

primeros diecisiete años de vida estuve en piloto automático y fueron otros los que tomaron las decisiones importantes por mí. Entonces llegaron los dieciocho, y, por un momento, creí estar al volante, pero nada más lejos de la realidad. Al final, es muy difícil salirse del camino trazado. Y se puede ser supertransgresor y estudiar filosofía en lugar de derecho, pero, sin saber muy bien cómo, o por qué, terminé en la universidad. Fue allí donde comencé a cuestionarme todo, a reflexionar sobre mi vida, sobre lo que me había llevado hasta ese lugar y… desperté. Pero, justo cuando estaba empezando a abrir los ojos y a ser consciente de mi propia existencia, lo conocí a él; y en lugar de salir del cascarón y encontrarme a mí mismo, me convertí en otro esclavo más del amor romántico. Aunque esto último fue solo culpa mía, tampoco es que nadie me hubiera enseñado a querer y a ser a la vez.

Hacía dos semanas que había terminado la universidad.

El día previo a ese viaje, tras cuatro años juntos, él terminó conmigo.

Todo comenzó con una discusión sin sentido, una de esas en las que, si te paras a pensarlo, ni siquiera eres capaz de recordar quién dijo la primera tontería. La relación se había enfriado en los últimos meses y ya se estaba empañando de un tizne tóxico que ninguno de los dos estábamos dispuestos a tolerar. Seguíamos juntos por costumbre y eso, más tarde o más temprano, tenía que terminar. Sí, era la crónica de una muerte anunciada, y no, no por eso me estaba resultando menos doloroso… Pero lo más extraño de todo es que, en ese momento, ahí, subido en un autobús de última hora que había sacado la noche anterior en un arrebato cargado de rabia y frustración, me sentía libre. Había atisbos de tristeza y melancolía, pero ninguno era el sentimiento predominante. Y, precisamente por eso, supe que aquel viaje iba a ser el comienzo de algo grande, un punto de inflexión que iba a desembocar en la trama que llevaba esperando toda mi vida.

O, al menos, eso quería pensar.

Podría bailar al ritmo
de esta banda sonora para siempre…

La voz de Inez me trajo de vuelta al mundo real, a ese en el que yo no era un narrador omnisciente y las palabras no tomaban forma ante mis ojos. Los cachetes se me estaban adormilando por el traqueteo del autobús cuando, por fin, cuatro túneles y tres rotondas después, la tartana del siglo pasado en la que había perdido casi medio día se escurrió por una sinuosa carretera secundaria que me acercaba cada vez un poco más al azul del mar. Para ser más exactos, a ese lugar donde, entre dos majestuosos cerros, se mantenía oculta una bahía con forma de herradura en la que me disponía a pasar los próximos noventa y dos días del verano. LA HERRADURA, se podía leer en un cartel blanco que le daba la bienvenida a todo aquel que descubría semejante paraíso. No es que se calentaran mucho la cabeza cuando llegó el momento de bautizarlo, pero tenía su encanto.

La parada estaba situada en la entrada del pueblo. No era nada presuntuosa: un par de bancos y un tejadito para esconderse del sol. Al bajarme, sentí el calor pegajoso adhiriéndose a mi piel, la brisa tratando de acariciarme sin permiso y la sal embarrando todo a su paso. Había palmeras por todos lados, lo que le daba un aire muy tropical, y los edificios estaban pintados de un blanco que se había ido desgastando a causa de lo implacable del tiempo y de la humedad.

Saqué la maleta a rastras. Me arrepentí al momento de haber metido todo el armario sin pensar. Un grito entusiasmado, seguido de mi nombre, me advirtió de que mi conductora particular ya había llegado. La busqué de un vistazo y no tardé en encontrarla junto a un todoterreno negro aparcado en doble fila con las luces de emergencia parpadeando. No pude evitar que se me escapara una sonrisa y, sin mirar, me abalancé al asfalto para llegar al otro lado lo antes posible.

—¡Ten cuidado, que te van a pillar!

Y ahí estaba: la abuela Gris en todo su esplendor. No la veía desde el verano anterior, cuando mi madre, mi hermano y yo fuimos a pasar un par de semanas en su casa. Viéndola ahora, se mantenía como si el tiempo no pasara por ella. La abuela Gris era jovial, alegre y siempre te tenía preparada su mejor sonrisa. Llevaba el pelo

corto y nevado, un peinado que, desde que atesoro mis primeros recuerdos, no había cambiado; sus ojos eran del color de la plata y estaban escondidos detrás de unas grandes gafas redondeadas que debían de tener casi la misma edad que yo; y se había puesto unos vaqueros cómodos, unas deportivas blancas y una blusa de rayas azules que le había regalado por su cumpleaños.

—¡Abuela! —grité mientras me abalanzaba a sus brazos.

Ella me acogió y, entre besos y abrazos, dejó escapar una risa.

—¿Cómo está mi nieto favorito?

—Cansado del viaje —me quejé—. Tengo el culo dormido.

—Normal, si es que son seis horas sentado.

—Ya, y yo voy con mi música y doy alguna cabezada, pero se hace largo.

Se separó un par de palmos de mí, me sujetó por los brazos y me escrutó con la mirada de arriba abajo, como si me estuviera escaneando. Antes de que hiciera siquiera el amago de abrir la boca, yo ya sabía lo que me iba a decir.

—Estás más canijo, Rodrigo. —Frunció el ceño—. ¿Es que no te dan de comer en tu casa?

—Estoy igual. —Puse los ojos en blanco.

—De eso nada. ¡Y mírate qué ojeras! ¿Tampoco duermes?

—Ayer me costó dormir con los nervios del viaje —mentí.

Sus pupilas centellearon y fingió creerme, pero los dos sabíamos que no era verdad. Negó entre unos refunfuños que fui incapaz de comprender, metimos mi maleta detrás y nos pusimos en marcha.

El pueblo no era demasiado grande, por lo que bajamos por el único acceso que había hasta la calle principal. Durante el trayecto, me llamó la atención un bazar que no había visto nunca, una frutería llena de vida y una peluquería que se anunciaba con un poste de barbería azul y rojo, lo que le daba un aire retro. Por desgracia, también se veían muchos carteles de SE ALQUILA en las persianas de lo que, hasta hacía no mucho tiempo, habían sido comercios familiares.

—Están cerrando muchas tiendas —le comenté apenado.

—Está la cosa muy difícil, Rodrigo. El pueblo solo está vivo estos meses del año, el resto parece un cementerio. Así no hay quien mantenga un negocio.

La mirada se me escapó sin querer hasta la esquina de la calle, donde el horno de siempre seguía abierto y con una buena cola en la puerta. En el toldo se podía leer PANADERÍA en una grafía de las de toda la vida, y eso me tranquilizó.

—Qué ganas tengo de comerme una palmera del horno.

La abuela Gris sonrió, satisfecha.

—Tienes una esperándote en casa. Y roscos, magdalenas, una caña de chocolate y pan recién hecho. Ha sido el primer sitio al que he venido esta mañana nada más levantarme.

—Estás en todo —bromeé.

—La duda ofende —se quejó risueña.

Llegamos hasta una fuentecita, que hacía las veces de rotonda, coronada con la bandera del pueblo; tres franjas horizontales coloreadas en verde, blanco y amarillo, respectivamente. Cogimos la primera salida a la derecha y entramos en la calle principal. Era muy estrecha y se dibujaba en paralelo con la playa, de cerro a cerro. La mayor parte era de un solo sentido, pero cumplía con su función. Nada más girar, pasamos junto al mercado, un edificio blanco con detalles verduscos que, a esa hora, ya había echado el cierre. Justo enfrente, había una cancha de baloncesto que servía de punto de encuentro a jóvenes de todas las edades. A fin de cuentas, tampoco había mucho más que hacer en el pueblo.

—También me he pasado por el mercado a comprar verdura de la buena —me dijo, y supe que con eso se refería a que estaba cultivada en los alrededores—. Esta noche podíamos hacerla en tempura.

—Vale, pero solo si me dejas cocinar a mí.

—Podemos hacerlo juntos —replicó.

—De eso nada —me negué en redondo—. Tú ya has hecho bastante por hoy, amiga. —Intenté que mi tono sonase a broma, pero lo decía totalmente en serio.

Suspiró, a sabiendas de que no tenía nada que hacer, y se rindió.

—Está bien.

Dejamos atrás un parque infantil bastante grande, un colegio y algún que otro supermercado local de esos que tienden a inflar los precios porque saben que no tienen competencia y que, por suerte o

por desgracia, son tu única alternativa en kilómetros a la redonda. También nos cruzamos con decenas de bares, restaurantes, chiringuitos y algún que otro pub, e incluso pasamos por el cine de verano en el que había pasado tantas noches de mi infancia. Me sorprendió ver que seguía abierto y que anunciaba en cartelera la última película de *X-Men*.

—Tenemos que venir alguna noche —dije en voz alta.

La abuela tardó un momento en ubicarse y en comprender a qué me refería, pero, cuando lo hizo, sonrió.

—Me encantaría. —Sonaba feliz—. Siempre que paso por aquí me acuerdo de ti y de cuánto te gustaba venir de pequeño.

—Me sigue gustando.

—Y a mí, pero nunca me animo a venir sola.

Su tono se ensombreció y me dolió verla así. Desde que el abuelo Rafa murió, hacía ya cuatro años, la abuela había estado muy sola. La habíamos intentado convencer de que se viniera a vivir a la ciudad, para que estuviera más cerca de la familia en lugar de seguir perdida en un cerro en mitad de la nada, pero no hubo manera. En el fondo, lo entendía. A mí tampoco me hubiese gustado que me alejasen de todo lo que conocía, de mi hogar. Y, precisamente, esa era otra de las muchas razones de que yo estuviese allí: hacerle compañía y recuperar el tiempo perdido con una de las mujeres de mi vida.

—Pues ve mirando la cartelera, porque nos vamos a hartar. —Y la oscuridad se alejó del coche, porque la abuela entendió que, al menos durante los siguientes tres meses, se había acabado el estar sola.

Entonces, sin previo aviso, me disparó a bocajarro:

—¿Cómo está Lucas?

Su nombre resonó en mi cabeza y tomó cientos de formas: su timbre de voz, siempre tan dulce y pausado; el olor con el que impregnaba mis sudaderas, las cuales me costaba lavar con tal de mantenerlo; el sabor de sus besos, que me recordaban a mi estación favorita; el tacto de su piel, tan suave, tan mía; sus ojos negros chisporroteando en la oscuridad mientras me acariciaba el pelo en silencio; sus «Te quiero», que valían más que cualquier moneda de

cambio… Tantos estímulos dolorosos que había estado tratando de evitar, todos de vuelta. Y a la vez.

Me removí incómodo en el asiento sin saber qué responder. Me había sentido atacado, aunque no fuera su intención, porque ella todavía no lo sabía. O eso quise creer.

—Ya no está. —Fue lo único que se me ocurrió decir.

—¿Se ha muerto? —bromeó ella, sonriente, pero de pronto lo entendió—. Oh —se lamentó.

—Sí…, oh.

La música ahogaba el silencio que se acababa de colar en el coche.

—¿Quieres hablar de ello?

—La verdad es que no. —Lo dije flojito, por si así sonaba mejor.

—Está bien. —Aceptó el pacto de silencio—. Pero si necesitas desahogarte, hazlo. No tienes que pasar por esto tú solo, mi niño.

Lo dijo con ese tono que sanaba el alma, abrazando un corazón que estaba resquebrajado. Sentí su calor y eso me alivió un poco.

—Lo haré —prometí—. Cuando esté preparado.

Ella asintió.

—Te estaré esperando.

La calle principal fue llegando a su fin conforme nos acercábamos a Cerro Gordo, uno de los brazos de la bahía, el que casi linda con Málaga. Cruzamos un puente y, pocos metros después, subimos por una tortuosa carretera. Los edificios blancos quedaron atrás y dieron paso a un ecosistema que parecía no pertenecer allí. El árido paraje que me había acompañado durante todo el viaje se había tornado verde. La naturaleza nos rodeaba y, de tanto en cuanto, se podía ver alguna que otra casa escondida entre la arboleda. Un poco más arriba, un desvío nos invitaba a una urbanización algo atípica: todo estaba plagado de césped y flores, y el blanco ya no protagonizaba la escena, sino que estábamos rodeados de casitas de piedra gris que, adosadas unas contra otras en hileras, daban la sensación de habernos transportado a Londres. Los gritos y las risas de los más pequeños se escapaban desde una piscina cercana, entremezclándose con el golpeteo arrítmico de las pistas de pádel que había justo al lado.

En un cartel oculto entre la maleza ponía LOS GIRASOLES.
—Estamos en casa. —Fue todo lo que dijo la abuela.

2

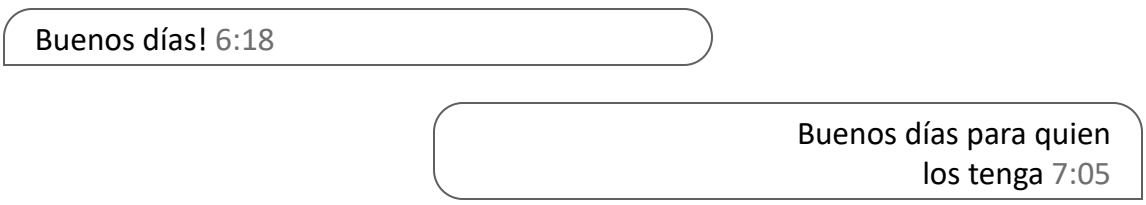
14 de junio

La voz de la abuela Gris me despertó antes de que los primeros pájaros se atrevieran a piar. El sol apenas asomaba entre los riscos, y tocaba ir al mercado a por alimentos frescos con los que pasar el fin de semana. No me quejaba. A fin de cuentas, para eso había ido. Para dejarme atrapar por las costumbres del pueblo y desconectar de la ciudad. Al menos, en la medida de lo posible.

Me levanté todavía con los ojos pegados por las legañas. El espejo del armario me devolvió mi imagen de recién despertado: tenía el pelo aplastado, con un par de mechones rebeldes que apuntaban hacia arriba, seguía tan escuálido como de costumbre y tan solo me recubría un bóxer blanco que era incapaz de esconder lo contento que me levantaba por las mañanas. Supongo que despertarme a las seis fue lo segundo más duro que me pasó aquel día.

Saqué lo primero que pillé de la maleta, y que todavía no me había dignado a colocar en el armario, y me lo puse. Un pantalón pitillo negro que me costó abrochar por culpa de la erección, una camiseta blanca y las Converse negras, por no perder mi esencia. Busqué una gorra a juego, para no tener que peinarme, y listo. Así de sencillo era para mí salir de casa.

Cogí el móvil de la mesita y me encontré con una notificación de mamá:



Supuse que ya estaba de camino al trabajo, así que no esperaba una respuesta hasta la hora de comer. Probablemente me regañase por mi irritante tendencia a la negatividad y el sarcasmo, pero no lo podía evitar… Me había criado en el deleznable universo de Twitter.

La abuela me estaba esperando al final de la escalera mientras buscaba algo en el interior de un bolso ocre entre refunfuños.

—¿Qué se te ha perdido ahora? —Mi voz sonó ronca, inconsistente, dejando en evidencia que eran las primeras palabras que pronunciaba.

Se sorprendió al escucharme y me sonrió con la mirada.

—Las llaves del coche —se quejó—. No sé dónde narices las he metido.

Torcí el gesto, divertido.

—¿Esas llaves del coche?

Señalé el mueble del recibidor. Sobre él, en un cuenquecito de roble, reposaban las llaves que estaba buscando.

—Si no tuviera la cabeza pegada a los hombros, la perdería.

—Si te sirve de consuelo —dije regalándole una sonrisa—, a estas horas yo no sé ni cómo me llamo.

—Me sirve, sí. —Y nos reímos.

Aparcamos detrás del mercado cuatro canciones después. Estaba en el asiento hecho un ovillo, como un niño pequeño, adormilado y muerto de frío, pero había llegado el momento de concentrarse en esquivar todos los carritos de la compra que iban a intentar arrollarme con tal de conseguir un filete de pescado fresco.

A un lado de la fachada principal había un grafiti en el que una tortuga de tonos azulados se enfrentaba a un pez, lo que contrastaba con el blanco de las paredes y el verde de los detalles. Contra todo pronóstico, le daban un aspecto más actual al lugar. Junto a la puerta, tres mosaicos describían el interior del edificio: en uno, estaba representado el mar con una red hasta arriba de peces; en el contiguo, con colores verdes y anaranjados, se dibujaban los huertos de la zona; mientras que en el último había vacas y embutidos. En la puerta, un cartel de PROHIBIDO PERROS daba la bienvenida al mercado del pueblo.

Nada más entrar, el olor a pescado lo inundaba todo, así como el

barullo de los más madrugadores y los gritos de algún que otro comerciante, que trataba de convencer de que su producto era el más fresco de todos. La abuela y yo éramos vegetarianos, por lo que nos saltamos los puestos de carnaza y mar y llegamos sin dificultad hasta la frutería, que estaba algo más tranquila.

Una robusta señora de mechones plateados estaba recolocando aguacates en una cesta cuando nos escuchó entrar y nos miró por encima de unas enormes gafas que llevaba anudadas al cuello.

—¿Qué te pongo, Gris? —preguntó desde detrás de la caja.

—Lo que tú me digas, Paquita.

—¿Lo quieres para ahora mismo o te lo doy más verde?

—No, no —negó la abuela—. Tenemos pensado hacer macedonia de frutas para cenar, así que lo que tengas ya maduro.

—Pues mira, tengo albaricoques, ciruelas, paraguayas, nectarinas, mangos, manzanas… —Se llevó la mano al mentón, pensativa—. También aguacates, que están buenísimos, y… sandía. Los melones los tienes que dejar un par de días para que estén dulzones.

—¿Y las cerezas cómo están?

—Parecen chuches.

—Pues me vas a poner…: una caja de cerezas, un melón, una sandía y un par de lo demás y así le echamos de todo, ¿no?

La abuela me miró en busca de aprobación y yo me limité a asentir, sonriente. Fue entonces cuando la señora de la frutería reparó por primera vez en mi presencia y me escrutó en silencio, analizando cada detalle de mi persona.

—¿Este es tu niño?

—Sí, mi Rodrigo.

—¿El de Mariluz?

«Si mi madre te escuchara llamarla así…», pensé, pero no dije nada.

—Sí, el mayor.

—Sí que has crecido —me acusó—. Llegas a venir tú solo y no te reconozco. —Me regaló un amago de sonrisa al que respondí con un gesto de cabeza y una risita forzada.

—¿Has visto? —La abuela sonaba orgullosa y me pegó un par de apretones en el hombro.

—Está hecho todo un mozuelo. Me acuerdo yo de la última vez que te vi, que eras así. —Levantó la mano a una altura ridículamente baja, teniendo en cuenta que habíamos tenido justo la misma conversación el verano anterior.

—Si es que la vida se pasa que no te das cuenta, Paquita… —Suspiró.

—¿Qué me vas a contar, Gris? —Negó apesadumbrada—. ¿El otro cómo se llamaba?

—Mi Pablo, que no ha querido venirse. Dice que se aburre.

—Claro, si es que los niños de hoy en día no están hechos para la vida del pueblo. Los sacas de sus consolas, de sus redes sociales y de ver Yutub, y no saben qué hacer. Mis niños están igual, no te vayas a pensar.

—Si es que hay tiempo para todo. —Se resignó la abuela.

—Bueno, pero al menos tienes a tu Rodrigo aquí contigo.

—Es único en su especie este niño, te lo digo yo.

—Ya se ve, ya.

Y durante toda aquella incómoda conversación, que se desarrolló casi como si no estuviera delante, yo tan solo me ceñí a interpretar una humildad fingida. De haber abierto la boca, hubiésemos perdido allí el resto de la mañana, y no se me ocurría un plan que me apeteciera menos. Así que no dije nada, era lo mejor para todos.

Algunos chascarrillos después, estábamos de vuelta en el coche cargados de bolsas. Habíamos comprado verduras, algunos frutos secos a granel, tofu y soja texturizada; también harina, levadura y chocolate para hacer un bizcocho de esos que te quitan todas las penas. Lo necesitaba.

Una serie de rugidos me sacaron de mis pensamientos más profundos, llamándome como el canto de una sirena. Me asomé por la esquina del callejón y, al otro lado, descubrí a un grupo de muchachos que se pasaban el balón en la cancha de baloncesto. En apariencia, tenían mi edad, aunque eran algo más altos. Quizá esa fuera la razón de que yo ni siquiera me hubiese planteado jugar al baloncesto. Me hubiese costado alcanzar la canasta saltando y, para más inri, mis brazos eran tan enclenques que no sabía si tendría la fuerza suficiente como para rozar siquiera el aro. Además, tampoco

es que me entusiasmara el deporte.

Me sorprendió que hubiera gente tan joven haciendo ejercicio durante las vacaciones y a las ocho de la mañana, nada más y nada menos. Entonces, presté más atención a sus gritos, a sus acentos, al idioma que hablaban, y cobró sentido: eran británicos. Para ellos, las ocho de la mañana debían de ser como las doce para nosotros, o algo así.

—¿Te apetece quedarte? —Escuché a mi espalda.

Di un respingo en el sitio y me puse en guardia.

—Para nada. —Intenté recomponerme.

—Si quieres, no tienes más que decirlo —insistió la abuela—. Las bolsas ya están en el coche, el resto puedo hacerlo yo solita.

—Que no, que no —negué contundente—. Si a mí el deporte no me gusta, ya lo sabes.

—Nunca es tarde para probar cosas nuevas.

—Además —continué, ignorando su propuesta—, yo he venido a pasar el verano contigo.

—Y eso está muy bien, pero…

—… pero ¿qué? —la corté, buscándola por encima del coche.

—Pues que me encanta tenerte conmigo, claro que sí —aclaró—, pero tienes que salir de mis faldas, Rodrigo. Que llevas toda la vida viniendo al pueblo y no conoces a nadie.

—Ni falta que me hace.

—Claro que sí. —Sonaba maternal—. Amigos nos hacen falta a todos.

Fruncí el ceño, empezando a sentirme molesto, y suspiré antes de responder:

—Tengo amigos de sobra en Madrid, abuela.

—Bueno… —Pareció rendirse.

Alcancé la puerta del coche casi por inercia, en busca de un escondrijo.

—Pero prométeme que intentarás hacer amigos aquí —volvió a la carga—, en el pueblo. O, al menos —quiso puntualizar—, que te abrirás a conocer gente nueva. Eres demasiado joven como para pasarte todo un verano encerrado ahí arriba con una vieja como yo —se quejó entre aspavientos.

—Abueeela —la regañé por sus palabras.

—Prométemelo.

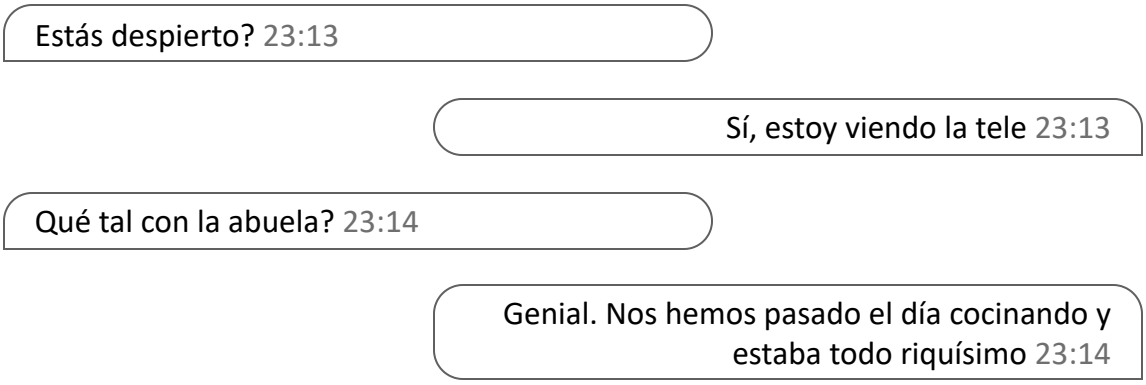
Me miró a duras penas desde el otro lado del coche, con el dedo alzado y un ruego en los ojos que me obligó a asentir en silencio. Sabía que la abuela siempre se había preocupado de más por mi falta de habilidades sociales, pero es que yo era de naturaleza introvertida y no había mucho que hacer al respecto. Es más, no quería hacer nada. Me gustaba ser así, mantener mi círculo lo más reducido posible y esquivar cualquier interacción que no fuera del todo imprescindible. Pero, por ella, me propuse intentarlo.

—Está bien —acepté con desgana.

Y sabía que era una promesa que tendría que cumplir, sobre todo, si quería olvidarme de Lucas.

Los grillos estaban celebrando su propio concierto en el jardín trasero e incluso con las cristaleras cerradas apenas podía escuchar la televisión. Era bien entrada la noche, la abuela estaba durmiendo en el sillón al otro lado de la mesa y un presentador con aire taciturno y mirada perdida hablaba sobre cosas sobrenaturales.

El día había sido bastante ligero: nos habíamos dedicado a cocinar, a comernos el bizcocho de chocolate con una taza de té mientras jugábamos a juegos de mesa y a charlar sobre nada en particular. Un día de bienestar en la mejor compañía y que, sinceramente, no hubiera cambiado por ningún otro plan. «Y mucho menos por jugar al baloncesto con desconocidos», recité para mis adentros. Una notificación me sacó de mis pensamientos. Era mamá.



No me sorprende. Eres todo un chef. Está bien? 23:16

Como siempre 23:17

Escribiendo… Se lo estaba pensando mucho y eso solo podía significar que o estaba escribiendo más de tres líneas, en cuyo caso podía esperar sentado, o no sabía cómo plantear su siguiente mensaje.

Y tú? 23:19

Bingo.

Estoy bien.
Supongo 23:19

Y este interrogatorio? 23:20

Nada.
Es solo que me preocupo por vosotros 23:22

Sí, pues para preocuparte, bien que no vas a venir por aquí en todo el verano 23:23

Escribiendo… Entonces me sentí mal. Había sido demasiado duro, pero no pude evitarlo. No después de haber visto la tristeza reflejada en los ojos de la abuela cada vez que se acordaba de lo sola que estaba.

No seas injusto… 23:25

Lo sé.
Lo siento.
Es solo que te echa de menos.
Lleva todo el día hablando de ti 23:26

Yo también la echo de menos, pero… volver allí duele mucho, ya lo sabes 23:28

Lo sé, me pasa lo mismo 23:28

Gracias por entenderlo.

Descansa, que allí se madruga mucho 😜 23:30

Buenas noches. Te quiero 23:30

Te quiero, hijo 23:31

Dejé el móvil sobre la mesa y me perdí en mis pensamientos, porque sabía a lo que se refería mamá. Desde que enterramos al abuelo, ir allí se había convertido en un recordatorio constante de que él ya no estaba. Yo le echaba de menos, claro que sí, pero mamá y él habían sido siempre uña y carne y eso lo complicaba aún más.

El verano anterior había sido la primera vez que volvíamos a La Herradura desde que el abuelo falleciera. Mamá estaba algo reticente, pero la abuela le había hecho jurar «por papá» que no la volveríamos a dejar sola otro verano más. Y, claro, no nos había quedado otra opción que cumplir con la promesa. Pablo se pasó todo agosto en pie de guerra adolescente, refunfuñando por haber sido arrancado de su vida en Madrid, y yo supe casi al instante que esa era su forma de decirnos que no le gustaba estar allí sin el abuelo, solo que no sabía cómo expresarlo en voz alta. Yo sobreviví fingiendo que todo estaba bien, que no había nada por lo que afligirse, porque esa era mi forma de lidiar con la pérdida: no pensar en ello. Nunca.

Mamá no lo llevó tan bien. Durante el día trataba de mantenerse ocupada, de ayudar a la abuela con todas las tareas que no podía hacer ella sola: compraba, limpiaba, arreglaba el jardín, se mantenía atrapada en un bucle infinito que no le permitía pararse a pensar. Pero entonces llegaba la noche y se encerraba en su cuarto y yo la escuchaba sollozar a través de la pared. A veces hablaba. Nunca

supe si se trataba de un rezo desesperado, si buscaba consuelo en sus amigas o si tan solo se limitaba a contarle al abuelo cuánto lo echaba de menos; aunque eso tampoco importaba. Un par de días antes de regresar a casa, la pillé llorando en el jardín, fulminando un cigarrillo de una sola calada con la mirada perdida y el pulso tembloroso, y, en ese momento, comprendí que no iba a volver aquí.

Me encontré a mí mismo contemplando una fotografía del abuelo, la cual se alzaba, majestuosa, sobre la pared del televisor. La abuela se la había hecho un par de veranos antes de que muriera, en ese mismo salón. Todos los años nos obligaba a actualizar los retratos en la misma esquina, en el mismo butacón. «Así no damos por sentado al tiempo», decía siempre ella. El mío estaba en la habitación donde yo dormía, el de Pablo en el pasillo de arriba, el de mamá en el recibidor de la entrada y los de los abuelos siempre habían estado en su dormitorio. Ahora solo permanecía el de la abuela, y el del abuelo se encontraba ahí, frente a mí, observándome con esa mirada hendida por el paso del tiempo y aquella sonrisa perenne que era capaz de sanarlo todo. La tristeza se me dibujó en la cara. No quería dejarme embriagar por la pena y sabía que, si seguía viendo el programa turbio de la tele, no iba a pegar ojo en toda la noche, así que, en un acto reflejo, cogí los auriculares de la mesa baja que había junto al sofá y me los puse. No tardé en elegir canción, y, dejándome acunar por la dulce melodía de mi banda sonora favorita, me quedé irremediablemente dormido.

3

15 de junio

Los primeros rayos de sol se colaban entre las rendijas de una persiana que, castigada por el paso del tiempo, no cerraba del todo. Maldije en silencio y miré la hora en el móvil: las siete de la mañana. Genial. Si seguía amaneciendo a esas horas lo que quedaba de verano, no estaba seguro de llegar con vida a septiembre.

Decidí remolonear un poco entre las sábanas mientras le echaba un vistazo a todas las notificaciones que tenía en redes sociales. No había nada destacable: un «Buenos días» de parte de mamá, algún fueguito a una foto que había subido la noche anterior en el espejo del baño antes de ducharme —eso sí, al circulito verde de Instagram, que la abuela me veía las historias—, un par de likes en un meme de Twitter y trece comentarios en un TikTok que había grabado con Lucas hacía un par de meses.

Me quedé contemplándonos un rato. Estábamos haciendo un estúpido tag para parejas felices en el que no parábamos de sonreírnos y de mirarnos, casi como si nos quisiéramos. Pero ¿había sido cierto? Intenté buscar la respuesta en nuestros ojos, y no me quedó del todo claro. Yo estaba convencido de que sí, de que yo le había querido, pero ¿y él? Si había sido capaz de dinamitar todo lo que habíamos construido con tan solo una discusión, supuse que no.

—Suficiente móvil por hoy —me dije en voz alta.

Lo dejé encima de la mesita de noche, salté de la cama y me desperecé ante el espejo, encontrándome con el reflejo de unos calzoncillos gris marengo que me sentaban de maravilla. Me puse una pantaloneta, una camiseta andrajosa y unas chanclas que

utilizaba para estar por casa. Listo.

Me deslicé escaleras abajo escurriéndome entre paisajes fotografiados por la abuela, crucé el salón y fui a la cocina. Olía a café molido y a pan recién salido del horno. Supuse que la abuela habría bajado al pueblo a comprarlo para el desayuno. «Siempre tan atenta», pensé.

Nada más entrar en la cocina, me la encontré en lo alto de una escalera de mano limpiando unos azulejos a ras de techo, escondidos tras los muebles superiores. Sus pies estaban bailando, de puntillas, sobre el endeble metal.

—Te vas a matar —le recriminé.

La abuela pegó un saltito en el sitio y yo la sujeté de las pantorrillas impidiendo que cayese de bruces contra el suelo.

—Me vas a matar tú de un susto —se quejó—. ¿Eres un gato?

—Casi. —Me reí.

Bajó con cuidado hasta tocar el suelo y me atizó con el trapo.

—Me lo merezco —reconocí.

Ella, sonriente, comprobó de un vistazo si los azulejos se veían limpios desde abajo. No parecía del todo convencida, pero lo dejó estar. En la mesita de la cocina había una taza de café, un cesto con bollería casera y pan junto a la tostadora, por si prefería desayunar lo mismo que ella. Me dejé caer en la silla que daba al ventanal, cogí la taza y le pegué un sorbito. Estaba templado.

—¿Por qué no me has esperado?

—¿Para desayunar? —Me miró sin comprender.

—No. —Negué con la cabeza, divertido—. Para ayudarte.

Hice un gesto con la cabeza apuntando a la escalera.

—¿Tan mayor me ves? —refunfuñó—. No necesito la ayuda de nadie. Desde que se fue tu abuelo, esta casa la he mantenido yo solita, no te vayas a pensar.

—No lo dudo —le di la razón, rindiéndome con las palmas en alto —, pero ahora me tienes a mí. No necesitas hacerlo todo tú sola.

—Además —continuó ajena a mis palabras—, lo que me faltaba es que vinieses para hacerme los recados. Tú lo que tienes que hacer es salir a que te dé el aire, que llevas aquí tres días y todavía no has pisado la playa. —Hizo una pausa—. Y, ya de paso, juntarte con

gente de tu edad.

—No conozco a nadie, abuela —le recordé.

Me reí porque sabía que lo decía pensando en cómo se hacían las cosas en su tiempo. La gente salía, hablaba y se conocía en cualquier momento y en cualquier lugar. Socializar se llamaba, pero yo no estaba muy familiarizado con ese término. Ese trabajo lo solían hacer mis amigos por mí. Cuando era más pequeño, sí que me relacionaba con los hijos de los vecinos o conocía a niños de mi edad en la playa. Nos pasábamos las horas muertas haciendo castillos de arena junto a la orilla o retándonos para ver quién se atrevía a acercarse más a la boya roja, la que estaba más lejos. Pero yo ya no era un crío, y esas relaciones habían sido tan fugaces y efímeras como el verano en sí mismo. Además, el hecho de vivir en lo alto de un cerro, lejos del pueblo, lejos de todos, tampoco me había facilitado el construir vínculos que se mantuvieran inalterables en el tiempo.

—Aquí metido no vas a conocer a nadie. Eso seguro.

—Vale —me rendí—, te prometo que el lunes me doy una vuelta por ahí.

—¿El lunes?

—Sí, ya sabes que odio a los domingueros. Son unos plastas.

Me miró extrañada, pues acababa de empezar el sábado. Pero sabía que no era una excusa, que decía la verdad. El domingo era el peor día para bajar a la playa porque se llenaba de una especie desagradable conocida comúnmente —por mí— como «domingueros». Esa clase de persona caracterizada por hacer mucho ruido, ocupar mucho espacio y dejar todo hecho una mierda para que lo recoja otro, y que, además, sin explicación científica alguna, tendía a tener centenares de hijos. Estos campaban a sus anchas por la playa con la única finalidad de correr alrededor de todas y cada una de las toallas para llenarlas de arena. No lo soportaba.

—Eso es verdad —admitió—. Pero el lunes no quiero verte el pelo en todo el día.

Torcí el gesto en una fingida indignación.

—Cualquiera diría que estás deseando librarte de mí.

—Para nada. —Sonó ofendida—. No digas tonterías.

Le di otro sorbo al café, que ya estaba más tirando a frío, y cogí un cruasán de la cesta. No me dio tiempo a darle el primer bocado antes de que la abuela cambiase de tema ella sola.

—¿Qué tal has dormido hoy?

—Bueno…, regular. —Decidí decir la verdad.

—Ya te lo notaba yo en la cara.

—La persiana, que no se cierra del todo —continué, ajeno a su ataque contra mi aspecto—, y yo con la luz no duermo bien.

—Mira, otra cosa que tengo pendiente de hacer —dijo mirando un papelito que tenía pegado al frigorífico con un imán.

Alargué la mano sin decir nada más, pidiéndoselo, pero estaba tan absorta en él que ni siquiera me vio.

—¿Lo puedo ver? —Mantuve la mano en alto.

—¿Qué? —preguntó antes de tiempo—. Oh, sí.

Lo quitó de la nevera y me lo tendió. Escrita a mano había una lista con la perfecta caligrafía de la abuela:

Cortar el césped.
Engrasar las bisagras.
Ordenar el sótano.
Limpiar los canalones.
Arreglar la persiana del cuarto pequeño.

Cada una de las tareas estaba escrita con un bolígrafo diferente, lo que quería decir que llevaba tiempo posponiendo la faena. «Eso se acaba hoy mismo», pensé. Si de algo me había dado cuenta desde que había llegado, era de que la abuela se pasaba el día haciendo cosas para mantener la mente ocupada y así no tener tiempo de pensar en que mi abuelo ya no estaba. Y lo entendía, porque a veces la cabeza puede más que nosotros mismos y es muy difícil acallar los pensamientos que tan solo buscan hacernos daño. Por desgracia, huir de nuestros demonios mientras nos desgastamos por el camino nunca es la solución. En algún momento, guste más o

guste menos, hay que frenar para enfrentarnos a ellos. Y, ya que estaba yo allí, si era necesario ayudaría a la abuela a que derrotase a los suyos. Pero, para eso, primero había que librarse de las excusas.

—Parece que ya tenemos plan —le dije sonriente.

16 de junio, por la mañana

El ruido de la puerta al cerrarse me arrancó de un sueño profundo. Estaba aturdido, y una fuerte quemazón me recorría cada músculo del cuerpo a causa del esfuerzo. Habíamos invertido todo el sábado en tachar tareas de la lista y ya solo nos quedaba ordenar el sótano, pero las consecuencias llegaban esa mañana en forma de agujetas. Supuse que el portazo lo habría dado la abuela al marcharse para tomar el vermú de los domingos con sus amigas. Pero, entonces… «¿Qué hora es?», me pregunté.

Busqué el móvil con poco tino y, cuando por fin lo encontré, me sorprendí al descubrir que ya era mediodía. El arreglo de la persiana había funcionado. Solo por eso ya habían merecido la pena los aguijonazos que tenía y los que estaban por llegar.

Cuando conseguí enfocar la vista en la pantalla, me encontré con la clásica notificación de mamá de buenos días, con el grupo de mis amigos de la universidad pidiendo fotos de mis «apasionantes» vacaciones y con una decena de mensajes de Milo. Era mi mejor amigo y estaba tan preocupado por mí que me lo había querido demostrar bombardeándome con audios borracho a las cuatro de la mañana.

Lo entendía. Cuando Lucas me dejó, le llamé llorando, desconsolado, al borde de un ataque de pánico, y, desde entonces, todo lo que había sabido de mí era que había huido de la gran ciudad para pasar mi verano postcarrera en un pueblecito de la costa a seis horas de casa. A seis horas de él. Y, poniendo las cartas sobre la mesa, Milo y yo no estábamos acostumbrados a pasar tanto tiempo el uno lejos del otro, y mucho menos sin hablar.

Estaba siendo un capullo con él, y en ese momento me di cuenta.

Me lo pensé un momento antes de reproducir el primer audio de veinte segundos, pero lo terminé pulsando por pura curiosidad.

> Eres un cabrón. Coges la maleta, me mandas un mensaje de mierda y te vas tres meses, así, sin más. Y yo aquí, abandonado, sin mi mejor amigo todo el verano. Te parecerá bonito. 4:09

Se hizo una pausa que vino acompañada de una respiración pesada.

> Te quiero mucho, Rodri. Vuelve ya. 4:09

No, definitivamente no estaba preparado para afrontar la que se me venía sin antes meterme un café entre pecho y espalda, así que marqué la conversación como no leída, para que no se me olvidase contestar en algún momento, devolví el móvil a la mesita y me estiré en la cama. Las sábanas me acariciaban la piel desnuda. Me estremecí y, entonces, fui consciente: la tenía durísima. Como la primera mañana, como la segunda y como cada mañana desde que tenía uso de razón. La diferencia residía en que, con la abuela en casa, no había tenido tiempo de darle el cariño que se merecía y eso, aquella mañana, estaba a punto de cambiar.

Deslicé la mano y acaricié con delicadeza la hilera de vello que me enseñaba el camino hasta la entrepierna. Se me puso la piel de gallina al sentirme a mí mismo, y eso me encantó. Al encontrar la erección, la agarré sobre la ropa interior. Se me escapó un gemido ahogado. Echaba de menos tenerla palpitando entre los dedos.

Me envolví el glande con cuidado, haciendo movimientos lentos y circulares para ejercer la presión justa, imaginando cómo entraba y salía del lugar indicado. La tela estaba empapada y, ahora, también mi mano. Recogí todo el precum que pude con la yema de los dedos, jugueteé con él, calibré su densidad, me recreé todo lo que pude y entonces me lo llevé a la boca.

—Pufff —se me escapó sin querer, porque me supo a gloria.

Volví a bajar la mano despacio, con suavidad, pero esta vez noté la humedad en el dorso en lugar de en las yemas. La sábana se

estaba manchando, así que lo mejor era seguir con la fiesta en la ducha. Allí no tendría que preocuparme de nada. Salté de la cama, cogí la toalla que colgaba tras la puerta y me escabullí en un par de pasos hasta el cuarto de baño grande, el que estaba entre mi habitación y la de la abuela.

Los calzoncillos me sobraban. Si total, estaban chorreando y tenía ya media polla fuera llenándome el ombligo de líquido preseminal. Detestaba lubricar tanto. Había personas a las que les encantaba, les parecía supermorboso, pero eso era porque no tenían que cambiarse de ropa interior o darse una ducha cada vez que se les ponía dura.

Entré en la ducha sin pararme a buscar mi reflejo en el espejo. Me avergonzaba la idea de encontrarme con la cara de perturbado que se me ponía cuando estaba cachondo. Abrí el grifo, puse el agua bien caliente para igualarla a la temperatura de mi piel y seguí dándome cariño. Cuando la mampara empezó a empañarse, me apreté contra ella entre sacudidas de puro placer. Tenía la frente apoyada en el cristal y los gemidos cada vez iban a más. Llevaba tanto tiempo sin correrme que solo necesitaba un último empujoncito para terminar.

Entonces me acordé de la última vez que me había corrido allí, contra esa mampara. Y aparecieron sus ojos negros, y su respiración en mi oído, y el chasquido del agua al estrellarse nuestros cuerpos, y su nombre: Lucas. Porque sí, el verano anterior, Lucas había venido unos días a La Herradura y habíamos follado día sí y día también contra aquel cristal. La de cosas que había visto y oído ese cuarto de baño. «Pero Lucas ya no está», escuché en algún lugar dentro de mí.

Y el sudor, el agua y las lágrimas se entremezclaron. Ya ni siquiera la tenía dura. Había sido pensar en él, en que no iba a volver, y sentir el frío incluso debajo del agua hirviendo. Para cuando quise darme cuenta, estaba hecho un ovillo en la esquina de la ducha, llorando sin consuelo mientras el agua seguía corriendo. Tenía la esperanza de que se llevase consigo la punzada que sentía en el pecho, de que se colase por el sumidero y terminase perdida en mitad del mar. Pero no lo hizo porque, en ese instante, había pocas cosas que pudieran curar todo el daño que Lucas me había hecho.

4

16 de junio, por la tarde

Me había esforzado en engañarme, en convencerme a mí mismo de que estaba genial y me sentía libre ahora que Lucas ya no formaba parte de mi vida, pero el *mental breakdown* de esa misma mañana demostraba justo lo contrario. Llevaba días con el piloto automático activado: sin pensar, dejándome llevar por lo fácil, por lo cotidiano, por todo eso que no me hacía daño. Sin embargo, había sido pararme a sentir y derrumbarme. Lo que más me jodía era que todo hubiera empezado con una simple y mundana paja. De haberlo sabido, me habría metido la manita por el culo.

Estábamos en el sótano. La abuela había llegado poco antes de la hora de comer y, al verme con los ojos enrojecidos, me había preguntado, una vez más, si necesitaba hablar. Le había dicho que no, para variar, y ahora me arrepentía. Así que me resigné a seguir abriendo cajas mientras buscaba la excusa perfecta para desencadenar la conversación sin parecer desesperado.

—En esta caja solo hay trastos —se quejó la abuela.

—¿La pongo con las demás?

—Sí, déjala en el montón y luego aviso para que se las lleven.

Llevábamos casi tres horas metidos en aquella cueva. El polvo pululaba a sus anchas, haciéndome estornudar de vez en cuando. Mis abuelos habían estado acumulando mierda ahí abajo desde el día en que se casaron, y eso era demasiado tiempo.

Habíamos encontrado un poco de todo. Una de las cajas estaba llena de juguetes siniestros de la infancia de mamá. También habíamos tirado varias vajillas antiguas, de esas que siempre se

guardan «por si acaso», pero que luego nunca utilizas. Y ya, para rematar, habían aparecido revistas de jardinería que la abuela estuvo coleccionando durante años, pero que, según me dijo, nunca se había llegado a leer. En definitiva, mucha basura a la que nos empeñamos en llamar recuerdos en pos de tener la excusa perfecta para almacenarlos. Por suerte, la abuela había recapacitado y aceptado tirar todo lo que sabía que no iba a volver a utilizar y tan solo guardó un par de cosas para mantener viva la llama de la nostalgia.

—Ya solo quedan dos. —Soné aliviado y la abuela se rio.

—Por suerte, que menudo tute te estoy dando.

—Anda ya, pero si ha sido idea mía.

—Espero que esté en alguna de estas… —susurró para sí.

—¿Estamos buscando algo? —La miré sin comprender.

—Puede ser —dudó—, si la memoria no me falla.

—Solo hay una forma de saberlo. —Me pudo la curiosidad.

Cogí el cúter y corté el embalaje con mucho cuidado, sin hundir demasiado la cuchilla. Si estábamos buscando algo importante para la abuela, no quería ser yo el que lo rompiera. La caja se abrió casi por inercia, como si quisiera que descubriéramos los secretos que había estado albergando todo ese tiempo. Tras las solapas apareció un trozo de tela vaquera que no era capaz de identificar.

—Ay —exclamó la abuela—, ¡la chaqueta del abuelo!

La cogió con cariño y se la llevó a la nariz, en un intento desesperado por olerle una vez más. Estaba casi seguro de que olía a cerrado y a polvo, pero preferí no decir nada. Debajo de la chaqueta apareció una *bomber* que me hubiese quedado de maravilla. Escarbé un poco más para ver qué encontraba. La caja estaba repleta de sudaderas, camisetas y pantalones *vintage* que eran una pasada. Parecían a estrenar.

—¿Todo esto era del abuelo?

—Sí —asintió orgullosa, aún abrazada a la chaqueta.

—Menudo rollazo tenía, ¿no?

—¿Te gusta?

—Me encanta.

—Pues es todo tuyo, puedes coger lo que quieras.

—¿Qué? No. No puedo aceptar todo esto.

—Rodrigo, cariño, el abuelo querría que lo tuvieras.

—Ya, pero… ¿no prefieres guardarlo tú de recuerdo? O, yo qué sé, venderlo. Que esta ropa ahora mismo cuesta un dineral y está como nueva.

La abuela encogió la cara en una mueca de indignación.

—¿Tú estás tonto? ¿Cómo voy a vender la ropa del abuelo?

—Ay, no sé, perdona. Es que me da cosa quedármela.

—Bueno, pues es tuya. Tú decides lo que hacer con ella.

Devolví la mirada a la ropa y sonreí.

—Muchas gracias. —Fue todo lo que dije.

—Toma esto también. —Y me tendió la chaqueta.

—Quédatela tú, te ha hecho mucha ilusión encontrarla.

—Para nada, si está en esa caja lo que estoy buscando, voy a tener suficientes recuerdos para lo que me quede de vida.

La mirada se me escapó hasta la única que quedaba.

—¿La abrimos, entonces?

—Por favor —imploró con la sonrisa cansada.

Llevé la caja al centro de la sala, la puse junto a la que acabábamos de abrir y corté el embalaje despacio. En su interior, parecía haber también prendas, pero esta vez de un tejido más fino y de gasa. Entonces me di cuenta de que la abuela estaba llorando. Habíamos encontrado lo que buscaba. Se arrodilló a mi lado y empezó a hurgar entre la ropa hasta que lo encontró. Con delicadeza, sacó una cajita de madera.

—Aquí está —dijo apenas en un susurro.

Yo no dije nada, me limité a observarla en silencio. Ella abrió el recipiente y sonrió entre lágrimas. Dentro había un par de tacos de cartas anudadas con un lazo, varias fotografías desgastadas por el tiempo y algunos objetos que no conseguí identificar a simple vista.

—Cuando el abuelo y yo nos conocimos, estaba todavía terminando la mili. Él odiaba eso, ya lo sabes —me aclaró—, pero era obligatorio en la época y tampoco estaba la cosa como para rebelarse. El caso es que, en el tiempo que pasamos separados, nos estuvimos enviando cartas cada semana, ¡durante meses!, y yo, siempre tan romántica, guardé todas y cada una de ellas. —Señaló

uno de los fajos, que se contaban por decenas—. Por fin terminó el dichoso servicio militar y volvió a casa con una cámara de fotos que había comprado con su último sueldo. —Cogió la primera foto—. Esa fue mi primera cámara. Ya ves tú, en blanco y negro… —Se rio de pensar en lo obsoleto que parecía eso ahora—. Pero él decía que, después de tanto tiempo separados, necesitaba capturar cada momento conmigo por si la vida nos volvía a separar. Y eso me caló tan hondo que me hizo interesarme por la fotografía y al final…

—… te terminaste dedicando a ello —comprendí, y ella asintió—. Qué bonito.

—Era un romántico, no te vayas a pensar. —Me tendió la foto—. Esos somos tu abuelo y yo en nuestra primera cita, justo el día en que volvió de Zaragoza.

En la imagen salía el abuelo, todavía con el corte de pelo típico del ejército, cogiendo a la abuela en brazos. Estaban en un prado, sonrientes, felices. Se podía leer a través del papel que se querían como nadie. Parece increíble cómo el amor es capaz de permanecer inalterable, incluso aunque esa persona ya no esté, porque, viendo la fotografía, solo hacía falta mirar a los ojos del abuelo para saber que estaba locamente enamorado de Gris y que lo estuvo hasta su último aliento, porque siempre la miraba así, como en ese instante ahora eterno, como en su primera cita.

—Cuando por fin nos fuimos a vivir juntos —continuó, pues yo no me sentía capaz de decir nada—. Metimos los recuerdos en cajas y los trasladamos de casa en casa, a la espera de encontrar un hueco en el armario para colocarlos. Pero supongo que, al estar juntos, ya no los necesitábamos y los terminamos olvidando, quedando relegados a coger polvo en el sótano.

Recorrió la madera con la yema de los dedos para retirar la capa de tiempo que lo cubría y suspiró. Yo seguía perdido en la mirada del abuelo.

—El otro día estaba ordenando sus cosas y me encontré una de nuestras primeras fotos en su cajón de la mesita —dijo llena de ternura—. Fue entonces cuando me pregunté qué sería de todas las demás y me acordé de esta caja, y de que debía estar aquí.

Acarició los dos montoncitos de cartas, en un gesto de tierna

nostalgia.

—Y aquí está… —susurré, aún absorto en la escena.

—¿En qué piensas? —me preguntó de pronto, a sabiendas de que yo estaba muy lejos de allí.

Conseguí esbozar una triste sonrisa.

—No sabes la envidia que me da.

—¿El qué? —Su tono era de sorpresa.

—La forma en la que el abuelo te mira… —Se me hizo un nudo en la garganta—. A mí nunca me han mirado así. —Y se me derramó una lágrima.

—¿Ni siquiera Lucas? —quiso indagar la abuela.

Y ahí estaba mi excusa, el momento perfecto para soltarlo todo.

—Especialmente Lucas.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé. —Seguí mirando la foto, hipnotizado.

—Si quieres, puedes intentar explicármelo.

Escapé un instante de aquella promesa de amor en blanco y negro y me di cuenta de que estábamos los dos llorando, cada uno por sus razones. Ella, porque había perdido al amor de su vida y sabía que nunca iba a volver; yo, porque no había conocido al mío y cada vez estaba más seguro de que nunca iba a llegar.

—Con Lucas, tenía la constante sensación de que no me quería, sino que… me soportaba. Estar conmigo era mejor que nada, así que prefirió tenerme a mí antes que estar solo. Pero sé que, si hubiese aparecido alguien… mejor —se me atragantaron las palabras —, me habría cambiado sin pestañear. Y quizá es eso lo que ha pasado. —Resonó en mi cabeza la frialdad con la que terminó con nuestra relación—. Por fin se ha dado cuenta de que no se tiene que conformar y ha encontrado a alguien a quien mirar como el abuelo te miraba a ti.

La abuela se había ido serenando durante mi soliloquio y aguardaba su turno con cautela.

—O, quizá, todo esto te lo dice tu cabeza para hacerte daño.

—Es otra opción, sí.

—No pretendo desacreditarte, Rodrigo. Estás en tu derecho de pensar y sentir lo que quieras. Pero cuando sufrimos por amor,

tendemos a imaginar el escenario que más daño nos hace y, probablemente, la verdad duela mucho menos.

—Ya, pero ¿qué otra opción tengo?

—¿Le has preguntado? —soltó, como si fuese lo más natural del mundo.

El corazón me dio un vuelco en el pecho solo de pensarlo.

—No, claro que no.

—¿Por qué te parece normal no hacerlo?

—Porque ya no estamos juntos. No me debe nada.

—Bueno, en eso discrepo. —Me apoyó la mano en el hombro y lo apretó con ternura—. Si Lucas alguna vez te ha respetado, y yo creo que sí, te debe empatía. Y si necesitas aclarar las cosas para seguir adelante con tu vida, bueno…, él debería estar dispuesto.

—Las cosas no funcionan así, abuela —suspiré.

—¿En qué sentido?

—Hoy en día todo es efímero, sobre todo el amor, y cuando alguien se cansa de lo que tiene, o cree que puede encontrar algo mejor, desaparece. No hay empatía, no hay explicaciones, solo hay vacío. *Ghosting*, se llama.

La abuela me recogió el mentón con cariño y me guio hasta reencontrarme con sus ojos de plata. Sus lágrimas habían desaparecido; ahora solo había ternura en su rostro, quizá algo de miedo al comprender lo que yo ya sabía, que no estaba hecho para este mundo. Las cosas habían cambiado, pero yo seguía estancado en un ideal del amor que se sentía como un lastre.

—Entonces, habla conmigo —me rogó—. Cuéntame lo que ha pasado y quizá entre los dos seamos capaces de entenderlo. O, si no, siempre podremos compartir tu dolor. No tienes por qué cargar con esto tú solo.

Y me abrazó, y yo la abracé a ella. Necesitaba desahogarme, sentirme comprendido. Sabía que podía haberlo hecho mucho antes, pero no estaba preparado. Y por fin lo estaba, o, al menos, eso quise creer.

—¿Te apetece? —preguntó para asegurarse.

Ella siempre tan respetuosa, tan comprensiva. Yo asentí en silencio, sin separarme de su hombro.

—Pero… —dudé—. No sé por dónde empezar.
—Si quieres, puedes empezar por el principio.

Cuando llegué a la cama esa misma noche, me dolía la cabeza de tanto llorar y de pensar y de sufrir y de empatizar y de todo en general. En resumen, estaba harto. Hablar con la abuela me había sentado bien, muy bien, de hecho. Aunque no habíamos llegado a ninguna conclusión como tal, sí había comprendido que era injusto culparme a mí por las decisiones que había tomado otro. Había entendido que tenía que darme igual si nuestra relación había sido real para él o no, porque lo había sido para mí y con eso bastaba.

En ese preciso momento decidí que aquella sería la última vez que lloraría por Lucas, y eso implicaba vaciarme del todo para concluir la sesión de terapia improvisada. Entré en Spotify, me metí en mi lista de favoritos y empecé a buscar. Estaba seguro de que tenía guardada una canción que hablase de esto, de cómo me sentía.

Los títulos se iban sucediendo junto a mis pensamientos: «Bonnie n' Clyde», «Esa la tendría que escuchar él, no yo». «Here's to Forgiveness» no se ajustaba ni de lejos a mi situación, aunque sí que podría haberla escuchado Milo pensando en mí. «Mierda, Milo». Habría visto que había escuchado el primero de sus audios para después ignorarle. «Bueno, mañana le respondo». «90s' trend» tampoco parecía ser la adecuada, ni siquiera «CRIMSON» o «Speechless». Empezaba a preocuparme que mi cantante favorita no se hubiera molestado en escribir una canción que hablase de Lucas y de mí. Y, entonces, apareció. «¿Cómo no se me había ocurrido antes?».

Bailoteé con el dedo sobre la canción elegida, incapaz de pulsarla porque sabía cuánto iba a doler. Mucho. Pero eso era justo lo que necesitaba. Que doliera. Era ese tipo de persona que, cuando está triste, necesita ponerse todavía peor, recrearse en ese dolor para así depurarlo y despertar al día siguiente renovado. Era la catarsis que necesitaba, estaba seguro.

Nada más escuchar los primeros acordes de «For(n)ever» de Inez Archer, cerré los ojos y se me escapó una lágrima. La voz de Inez

me transportó al día en que conocí a Lucas, a esa primera clase de la universidad en la que un chico callado y misterioso se sentó en la última fila sin hablar con nadie. Llevaba unos pantalones pitillo negros, unas Vans a juego y una camiseta *oversize* del mismo tono. Era casi como si intentase combinar la ropa con el color de sus ojos. Recordé entonces cómo me miró de soslayo en una ocasión, solo una, y justo me cazó observándolo con cara de tonto. La conexión que sentí en ese instante ya fue suficiente para saber que necesitaba conocerlo. La letra de la canción continuó dibujando nuestra historia:

Me miraste a los ojos y me dijiste: «Te quiero». ¿Era mentira?
Ahora lo parece.

Y ahí estábamos, Lucas y yo, poco después, tumbados en el césped de la facultad, mirando las nubes al atardecer. Habían pasado tres meses desde que le viera por primera vez llegando a clase, y nos habíamos convertido en inseparables.

—He estado pensando —me dijo.

—¿En qué? —le pregunté yo.

—En que te quiero.

«Mentira», pensé al recordar aquella conversación y otra lágrima se derramó contra la cama. «Nunca me quiso, no, porque cuando de verdad quieres algo, luchas por ello hasta el último aliento y no te rindes a la primera de cambio. Nunca me quiso, no, porque me lo dijo cientos de veces con palabras, pero nunca con sus actos. Y si lo que me dio era su forma de amar, bueno, entonces merezco que me quieran mejor, porque nunca me sentí querido y de nada me sirve que me quieran así».

La canción seguía su curso mientras yo continuaba ahogándome en mis pensamientos, en recuerdos, en instantes. Y entonces Inez hizo la pregunta del millón:

¿Fui demasiado sincera contigo?
¿Fui yo la que te hizo esconderte
como un crío asustado?

Un torrente de pensamientos me arrolló: «¿Eso hice? ¿Te asusté? ¿Huiste de mí? Creo que no, pero no estoy seguro. Quiero decir, sé que soy intenso, pero, de ser así, la solución hubiese sido hablar, encontrar un punto intermedio, no mandarlo todo a la mierda. Claro que, para eso, primero tendrías que aprender a comunicarte».

La canción sonaba, ajena al daño que me estaba haciendo:

Llueve cuando estás y cuando te vas.
Porque lo que era un para siempre,
ahora es para nunca.

Y con ese verso se materializaron en mi mente todos los malos momentos, los desplantes, cada una de las veces que me había tratado como una mierda, pero que yo no supe ver. Fue frustrante darme cuenta de que mi artista favorita llevaba toda la vida cantándome sobre relaciones tóxicas, sobre *red flags*, sobre hombres que no merecen tener un hueco en nuestro corazón, pero con él no me di cuenta. «Qué iluso».

La canción terminó, pero yo lloré un rato más. Poco a poco, las imágenes se fueron desvaneciendo, él se desvaneció. Y, como ya me había prometido antes de empezar mi catarsis, «esta ha sido la última vez que lloro por ti, Lucas».

5

17 de junio

La abuela y yo estábamos sentados en la terraza de una cafetería del pueblo desayunando chocolate con churros, pero churros de los de verdad, de los que tienen masa por dentro, no ese amago de lacito seco que al final ni es churro ni es nada. La abuela parecía contenta después de haber recuperado la cajita de los recuerdos, y yo estaba ligeramente mejor. Tampoco era el mejor día de mi vida, pero me encontraba… bien. Estaba casi como los días que me había estado engañando a mí mismo, pero sin la necesidad de disimular. Y eso se podía considerar un *upgrade*.

Cuando la abuela pagó la cuenta, regresamos al coche, aparcado en la misma esquina de la última vez, junto al mercado. La compra del día ya estaba hecha y guardada en el maletero, solo quedaba subirla a casa y otro día completado con éxito.

—¿Adónde te crees que vas? —me preguntó, atónita.

—Iba a… —Dudé un instante, apuntando al coche con la mirada para señalar lo evidente.

—Tú y yo teníamos un trato.

—Pero… —intenté quejarme.

—No hay peros que valgan —me cortó—. Dijiste «Te prometo que el lunes me doy una vuelta por ahí». —Agravó mucho la voz, en un pueril intento por imitarme mientras gesticulaba exageradamente.

—Joder, qué memoria —me quejé—. Y luego pierdes las llaves del coche.

—Es selectiva —apuntó, resabiada.

—Está bien, tú ganas —me rendí y levanté las manos en son de

paz.

—No podía ser de otro modo.

—Pero —dudé un instante— ¿qué pretendes que haga solo, vagando por el pueblo?

Se me quedó mirando con un gesto perturbador y, sin decir nada, le dio media vuelta al coche, rebuscó en el maletero entre refunfuños y sacó una mochilita que yo ya había visto antes. Hubo un tiempo en el que había sido negra, pero ahora tenía un tono parduzco, las costuras estaban entreabiertas y asomaban hilitos del relleno. «Los churros han sido una trampa», comprendí.

—No —me negué en redondo, zarandeando la cabeza de lado a lado.

—¿Cómo que no? —se ofendió—. Claro que sí.

Zarandeó la mochila en el aire y yo hice el amago de cogerla al vuelo, a lo que se sonrió. Se trataba de su cámara favorita, y de la mía: una analógica con más años que yo y con la que la abuela me había enseñado todo lo que sabía de fotografía. Cada verano, al atardecer, cuando refrescaba, nos perdíamos juntos por Cerro Gordo, entre sus bosques, sus riscos y sus senderos, y nos pasábamos las horas capturando todo aquello que nos llamase la atención. La abuela tenía un gusto exquisito para los detalles y, según decía el abuelo, yo lo había debido de heredar de ella. Pero una cosa era utilizar su bien más valioso bajo su supervisión, y otra muy distinta ser desterrado, en contra de mi voluntad, con semejante responsabilidad a mi recaudo.

—Abuela —cambié el tono a uno negociador—, no pienso llevarme tu cámara. Cumpliré con mi promesa y…

—Tu cámara —me cortó, remarcando la propiedad.

Torcí el gesto sin comprender y ella volvió a zarandear la bolsa ante mis ojos.

—Considéralo una herencia en vida —zanjó—. Prefiero verte disfrutarla.

Dudé un instante, bandeando la mirada entre la abuela y la bolsa.

—Pero…

—Coge la cámara y largo.

«No tengo nada que hacer», y lo sabía desde que había

empezado la conversación. Hablar con la abuela era muy fácil cuando se trataba de que te escuchase, pero si se había hecho una idea firme sobre algo y ese algo implicaba desvivirse por ti, solo había una respuesta posible:

—Vale —dejé escapar en apenas un susurro.

—Tiene un carrete recién puesto —me explicó—. Pero no tengas prisa, te he dejado otros cuatro en el bolsillo delantero, por si te sientes muy inspirado.

—Gracias. —Fue todo lo que pude decir.

La abuela sonrió satisfecha, fue al asiento delantero, agitó la mano para despedirse, orgullosa de sus logros, y arrancó el coche, dejándome abandonado a mi suerte en una aventura que no me apetecía vivir.

El sonido de la sal al deshacerse entre las olas me hizo estremecer. Era uno de mis sonidos favoritos, lo cual podía parecer mentira teniendo en cuenta que llevaba días en la playa y aquella era la primera vez que me había dignado, o más bien me habían obligado, a acercarme al mar. Me costaba hacer cosas, tener iniciativa, dar el primer paso. Una vez en movimiento, me alegraba de haberlo hecho, pero necesitaba un empujoncito.

Me había descalzado para sentir las piedrecitas masajeándome las plantas de los pies y había colgado las zapatillas en la mochila, anudando los cordones a las asas. La cámara ya estaba preparada para la acción, pendía de mi cuello y descansaba, apacible, sobre mi pecho. Pero antes tenía algo que hacer.

Saqué el móvil del bolsillo y cliqué en la conversación con Milo, la cual llevaba en *stand by* desde el día anterior. Doce mensajes pendientes… «Vamos allá». Pulsé el primer mensaje y la voz de Milo, pastosa y errática, se materializó en los auriculares:

> Eres un cabrón. Coges la maleta, me mandas un mensaje de mierda y te vas tres meses, así, sin más. Y yo aquí, abandonado, sin mi mejor amigo todo el verano. Te parecerá bonito. 4:09

Hizo una pausa y se le escapó un suspiro.

Te quiero mucho, Rodri. Vuelve ya. 4:09

Sonreí apenado al recordar lo mal que me estaba portando con él, y entonces saltó el siguiente mensaje. «Bueno, o no vuelvas, haz lo que sea mejor para ti, pero, por favor, háblame de vez en cuando, hazme saber que estás bien. Me tienes preocupado». Sonaba a súplica. «Soy una auténtica mierda», pensé, enfadado conmigo mismo. Siguiente mensaje. «No sé si lo que te estoy diciendo tiene sentido, espero que sí. Es que han puesto nuestra canción y me he acordado de ti, ¿sabes? Espero que estés mejor».

Su voz desapareció y se hizo un silencio. El siguiente mensaje era un vídeo. En él salía Milo, con sus facciones perfectas, con su cara fina y alargada de rasgos afilados, con los ojos de color miel centelleando entre los flashazos de la discoteca y con esos hoyuelos que solo le salían al sonreír. Me estaba mirando fijamente mientras sonaba de fondo «The Other Half», es decir, nuestra canción.

No quise derramar ninguna lágrima. La noche anterior ya había tenido suficiente. Y, entonces, reproduje el siguiente audio. «Tengo malas noticias. Me he vuelto a liar con este. Y sí, sé lo que me vas a decir y tienes toda la razón, así que ya puedes bajar la ceja, que te van a salir arrugas. Es como si te estuviera viendo». Me reí y bajé la ceja.

—Eres un desastre —le reprendí en un susurro.

Otro audio. «¿Ves? Sin ti soy un desastre. Tenías que haber estado tú ahí, conmigo, bailando en Cuenca para impedirme que hiciera otra de mis tonterías. En serio, vuelve». Y otro más. «Bueno, me vuelvo dentro. Mañana te cuento qué tal termina la noche. Échame de menos, ¿vale? Yo no paro de pensar en ti». La voz de Milo se deshizo entre el chasquido de las olas. Regresé a la pantalla. El resto de los mensajes eran escritos.

Oficialmente la he cagado 7:22

Acabo de salir de casa de este 7:22

Yo no sé si es que no voy a aprender nunca o si es que soy gilipollas 7:23

En fin, buenos días, supongo 7:23

Hablamos cuando puedas  7:24

«Hablamos cuando puedas» se me quedó grabado como si lo escuchara. Podría haber respondido mucho antes, podría haberle hecho saber que estaba bien, o que no, pero haberle dejado formar parte de mi duelo. Suspiré en silencio, tragué saliva y traté de buscar las palabras adecuadas antes de pulsar el botón de grabar.

—Hola, nene. —Así nos llamábamos entre nosotros—. Soy consciente de que lo he hecho fatal desapareciendo de esta manera. Soy un mierda y lo siento. Estos días han sido una montaña rusa. Entre llegar, asentarme, ayudar a mi abuela con cosas de la casa, madrugar todos los días para ir al mercado y pretender que Lucas no me ha dejado una tarita de recuerdo…, pues se me está complicando la vida. —Suspiré e inhalé toda la sal del mundo—. En fin, sé que suena a justificación mala y no es lo que pretendo, así que, una vez más, lo siento. —Una pequeña pausa—. Dicho esto, me ha hecho mucha ilusión que te hayas acordado de mí escuchando nuestra canción, aunque menudo ciego llevabas, sinvergüenza, que me he tenido que sacar un máster de lingüística para entender los audios. —Y me reí, no sé si de verdad o por quitar hierro al asunto —. No te sientas mal por haberte liado con el gilipollas de Carlos, la carne es débil y lleváis no sé cuántos años ya con esa dinámica. ¿Que creo que te vendría bien cortarla por lo sano? Sí. ¿Que soy consciente de que no es tan fácil? Pues también. Y si encima le sumas que ibas trifásico, pues se complica un poco todo. —Otra risita forzada—. Bueno, que eso, que no le des más importancia de la que tiene. No te sientas mal por eso, no merece la pena.

Y envié el audio así, tal cual, porque sabía que no estaba diciendo nada sustancial, que no estaba ayudándole o cambiándole la vida, pero es que tampoco había mucho que pudiera hacer por él. El gilipollas de Carlos y Milo llevaban follando desde que se conocieron

en una fiesta de Halloween en primero de carrera. Por aquel entonces, Milo todavía no se había enterado, pero el muy desgraciado de Carlos tenía novia. Bueno, la tenía en ese momento y la seguía teniendo ahora. Llevaban juntos desde los doce años y, claro, eso explicaba muy bien que hubieran construido una relación de fantasía en la que lo único real era la cornamenta que llevaba la pobre Sofía. Pero yo ya había decidido no meterme ahí; mi única aportación a esa historia era escuchar a Milo, que seguía atrapado, evitar que se sintiera mal por caer en la tentación constante que era Carlos y, bueno, dentro de lo posible, ayudarle a salir de ahí.

Volví a pulsar el botón y empecé otro audio.

—En cuanto a mí, estoy mejor de lo que esperaba. Quiero decir, anoche me dormí a las tantas llorando como un imbécil —y me callé un momento—, pero supongo que es parte del proceso, ¿no? El estar entretenido me está ayudando mucho, y la compañía de mi abuela todavía más. Es la que mejor me entiende de toda mi familia. La echaba de menos. Pero también te echo de menos a ti, así que… —alargué mucho la última vocal— se me acaba de ocurrir que podrías venir a pasar unos días. Sé que está lejos y que trabajas este verano, pero podemos preparar algo a largo plazo, para el mes que viene o lo que sea. El verano es muy largo, así que piénsatelo y ya me dices, ¿vale?

Corté el audio, pero en mi cabeza resonó un «Yo también te quiero mucho, Milo». No lo dije porque me costaba verbalizar esas cosas y me sentía ridículo, expuesto, como un pez fuera del agua. «Otra cosa más en la que trabajar durante el verano», comprendí.

Me acerqué un poco más a la orilla y dejé que el agua me acariciase los pies. Estaba fresca, y eso me gustaba porque me ayudaba a concentrarme. Pensé entonces en la lista de tareas pendientes de la abuela, en esas que utilizaba como excusa para no pensar, y decidí darle la vuelta y escribir la mía propia como un recordatorio constante de todas esas cosas que quería cambiar de mí mismo, con todo aquello que pretendía resolver durante las vacaciones. Decidí que, después del verano, empezaría a comportarme como el *main character* de mi propia vida. Así que abrí las notas del móvil y escribí:

Olvidar a Lucas.
Tomar la iniciativa.
Prestar más atención a la gente que quiero.
Expresar mis sentimientos.
Enamorarme.

El sol empezaba a apretar. Alguna que otra gotita de sudor se me deslizaba por la frente en busca de una vida mejor. Habían pasado varias horas desde que la abuela me dejase desamparado y no me estaba yendo tan mal como me esperaba. Estaba en la plaza del pueblo, fotografiando algún que otro retrato en busca de historias que contar, y aquello era una mina de oro.

Había sacado varias fotos a una señora vestida de negro en pleno mes de junio que, con la mirada perdida y la tristeza hendida en las arrugas, paseaba a su perro sin un destino fijo. Sin embargo, se había encontrado con una vecina y había fingido que no echaba de menos a esa persona con la que había compartido su vida. O, al menos, eso había leído yo con la cámara.

También había fotografiado a un chico algo más joven que yo, pero que, con una sonrisa y entre bromas, volvía a casa con la caña al hombro después de pasar la mañana pescando con su padre. Estaba seguro de que lo más importante del momento no era el hecho de pescar en sí mismo, sino que estaba atesorando esos momentos en familia. Las demás fotografías no habían sido tan destacables: la empleada de una panadería cercana fumando en un descanso, móvil en mano; familias desayunando churros al sol; un grupo de niñas saltando a la comba —lo cual me había sorprendido en pleno 2019—, y una pareja de chicos agarrados de la mano, siendo más libres de lo que yo me había atrevido a ser nunca.

Con ese último pensamiento intrusivo acechándome en la cabeza, el de mi miedo a ser libre, me encaminaba a la calle principal. La acera estaba abarrotada de gente, por lo que decidí cruzar al otro lado, hacia la playa. De frente me encontré con una escultura de bronce aguamarina, oxidada por el implacable paso del tiempo, la humedad y la sal, que se alzaba imponente rodeada de flores, palmeras y bancos en lo que parecía un jardincito improvisado.

Había pasado por delante de ella miles de veces a lo largo de los años, dándola por sentado, sin dedicarle más que un vistazo, pero ese día captó mi atención. Sujeté la cámara con firmeza, acerqué la pupila al visor y disparé un primer plano de aquel hombre de tez verdosa. No supe si era por la mirada vacía, por ese brazo alzado clamando piedad al cielo, o porque parecía que tenía el cuerpo hecho jirones, pero sentí su dolor. MONUMENTO A LOS HOMBRES DEL MAR, se podía leer entre las hojas asilvestradas. Le eché un segundo vistazo a aquel marinero de hojalata y me preparé para regalarle una segunda instantánea del carrete, con lo que eso conllevaba. Se hundía junto a su barco entre gritos de agonía, entre llamadas de auxilio, mientras la bravuconería del mar lo silenciaba para siempre. Eso no estaba ante mí, pero se entendía con tan solo mirarlo. Y… clic, capturado. Sabía que el abuelo me había contado aquella historia cientos de veces, la de la escultura y la que se escondía detrás, pero ya no la recordaba. «Tengo que preguntarle a la abuela», pensé. Y, tras un último ojeo, seguí adelante.

Las sombrillas de los más madrugadores estaban clavadas en primera línea. Algún que otro ávido lector disfrutaba de la calma que regalaba el mar. Me mantuve a unos metros para perderme en la vorágine de mi mente, que era lo que mejor se me daba. Sin embargo, un grito me sacó de la burbuja y me llevó directo hasta la cancha de baloncesto. Un grupo muy variopinto jugaba entre roces de zapatilla, respiraciones forzadas, cánticos de ánimo —que no terminaba de comprender— y extensas manchas de sudor. Y, casi sin darme cuenta, ya tenía la cámara preparada para sacar la primera foto.

Esperé al momento perfecto, a ese instante en el que algún jugador despegaba los pies del suelo para acercarse a la canasta, quedaba suspendido en el aire y era capturado para siempre por mi cámara. *Voilà*. Los demás gritaron, unos de alegría y otros porque habían perdido una gran oportunidad. Durante ese festival de sentimientos opuestos, volví a disparar. El partido se reinició y cada uno de los jugadores regresó a su posición, como si se trataran de piezas en un ajedrez. Se podía palpar la tensión en el ambiente, y yo me coloqué en posición para disparar de nuevo, pero esta vez no

llegué a hacer la fotografía.

—*Hey, you* —dijo una voz a mi espalda, lo que provocó que diera un saltito en el sitio y que la cámara saliese despedida de entre mis dedos, quedando, por suerte, colgando de mi cuello—. ¿Qué estás hasiendo? —El tono había pasado de uno grave y gutural, salido de las profundidades de la tierra, a uno más quebrado y ronco, y todo debido al cambio de idioma.

Me di la vuelta lo más rápido que pude, nervioso, dispuesto a pedir perdón hasta por mi mera existencia, pero cuando lo vi fui incapaz de articular una sola palabra. El muchacho debía de ser más o menos de mi edad, sus ojos eran azules como el cielo, su pelo era del color del oro viejo y estaba arremolinado hacia la derecha, tenía las facciones dignas de un efebo marmóreo y su sonrisa parecía esculpida por el mismísimo Miguel Ángel. Llevaba shorts azul marino y una camiseta a juego arremetida a un lado del pantalón, dejando al descubierto un torso sin precedentes. El conjunto lo cerraban unas deportivas blancas con unos calcetines altos del mismo color. Estaba sudado y con los colores subidos, lo cual me llevó a pensar que venía de hacer deporte.

—*Are you stalking my friends?* —insistió, jocoso, pues yo todavía no había sido capaz de responder.

—¿Qué? —Fue lo único que salió de entre mis labios, pero rectifiqué rápido para no parecer estúpido—. No, claro que no. —Me aclaré la garganta, cogí la cámara e intenté enfrentarme a su mirada, pero fui incapaz y viajé con las pupilas por la playa—. Es que me gusta mucho la fotografía y… —comencé a tartamudear, sintiendo una quemazón en las mejillas.

Estaba seguro de que me estaba poniendo colorado como un tomate. La sonrisa se le ensanchó; se notaba que estaba disfrutando de la situación, pero yo eso lo vi de soslayo, porque seguía sin atreverme a mirarle a los ojos.

—Era una broma —aclaró, por si acaso.

—Ya lo sabía, sí. —Solté una risotada fingida.

—Perdona —se recolocó—, siento que te he interrumpido.

—No —negué sonriente—. Para nada, si ya me iba a casa.

—¿Ha sido una mañana productiva?

Me lo pensé un momento, pero solo había una verdad.

—Lo cierto es que sí, he sacado buenas fotos.

—*That's great!* —Otra sonrisa.

Las mejillas se me fueron apagando cuando comprendí que el muchacho, en realidad, venía de buen rollo. Entonces no quise esquivar sus ojos, y ahí estaba, ese azul intenso.

—Oh, ¡has encontrado mi cara! —bromeó.

—Lo siento —otra vez la quemazón—, no se me da bien… —y nos señalé— esto.

—*Yeah, I've noticed* —asintió con aire divertido—. Introvertido, se dise, *right*? —Y asentí—. Pero *that's okay*, yo puedo ser extrovertido por los dos. —Amplió la sonrisa.

—Sí… —le seguí la broma, simulando una mueca de asco—, también lo he notado.

Se llevó la mano al pecho, dolido.

—*Ouch!*

—Te la has ganado.

«¿Qué estoy haciendo? —pensé para mis adentros—. ¿Acabo de vacilar a un tío bueno al que no conozco de nada?». Y volví a buscarle con la mirada para comprobar que seguía ahí, que no me lo estaba inventando. «Sí, definitivamente lo estoy haciendo. Milo estaría orgulloso».

—*I did, didn't I?* —soltó irónico, con una gravedad en la voz que me atrapó—. Oh. —Se dio un golpecito en la frente—. Perdona por mi *spanglish*, pero es que llevo aquí solo un par de meses y tengo que acostumbrarme.

—No te preocupes —le quité hierro al asunto, pero lo cierto era que le entendía a la perfección: «Gracias, Inez T. Archer»—. Pero ¿has aprendido este español en solo dos meses?

—*Yep*, dos meses y soy prácticamente nativo.

—Una mente privilegiada.

—*That's me* —bromeó—. *Sooo*, me tengo que ir, así que te dejo fotografiando a mis amigos, *stalker*. Si algún día me acosas a mí… —Se llevó la mano al pecho y yo la seguí en un acto reflejo, justo a tiempo de presenciar cómo una gotita de sudor se escurría desde sus pectorales hasta deshacerse entre sus abdominales—, sácame

bien, ¿sí?

Tragué saliva de forma sonora, para recomponerme, y sonreí.

—Soy fotógrafo. —Agarré la cámara y apreté el disparador—. No mago. Pero haré lo que pueda, desconocido.

—*Oh, my bad.* —Se revolvió en el sitio, nervioso; la foto parecía haberle descolocado—. Harry. —Y, con su nombre por delante, me tendió la mano en un gesto cortés muy heterosexual por su parte.

Me quedé mirándola unos segundos, reticente, haciéndome de rogar para hacerle sudar todavía un poquito más. No sabía que se me diera tan bien tontear, sinceramente, pero estaba *living*. Al final, me decidí a aceptar su saludo.

—Rodrigo. —Tendí la mano a la par que terminé de decir mi nombre, pero, cuando quise dársela, él ya había quitado la suya y había cruzado los brazos, y todo con una sonrisa cargada de autosuficiencia—. Vaya —se me escapó, y devolví la mano a la cámara.

—*Rod… rrig… ou* —intentó repetir mi nombre, pero se le dio regular—. *OK*, más difísil de lo esperado. *Can I just call you Rod?*

—Claro —acepté de buena gana.

Él asintió satisfecho y volvió a tender la mano, en son de paz.

—*Enchanted to meet you* —sonrió—, *Rod*.

—Lo mismo digo, Harry. —Y se la estreché.

El tiempo se detuvo cuando nuestras pieles se encontraron en este primer abrazo improvisado. Tenía las manos enormes y suaves, sus dedos se ajustaban a los míos como si hubiesen estado todo este tiempo destinados a conocerse. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Solo esperaba que no lo hubiera notado. Él dio el paso de separarlas, porque, si hubiese sido por mí, todavía seguiríamos atrapados en aquel apretón, y sin dejar de sonreír se dio la vuelta y se fue.

—*See you around!* —exclamó cuando ya lo daba por perdido.

—*See you around* —susurré para mí.

Tardé un momento en comprender lo que acababa de pasar y se me dibujó una sonrisa tontorrona que traté de deshacer con un zarandeo de cabeza, pero no hubo manera. Y yo no quería hacerme ilusiones a pesar de que ya me las había hecho, pero es que en mi

cabeza había vislumbrado hasta el día de nuestra boda. «Pero no, esta vez no, Rodrigo. Con Lucas fue igual y mira lo bien que fue todo. No. Ponte música y a pensar en otras cosas, no hay que darle más importancia de la que tiene. Has hablado con un chico objetivamente perfecto. ¿Y qué?».

Saqué los auriculares del bolsillo, sacudí las pelusas y los planté en su sitio para aislarme del mundo. No quería pensar mucho, así que me metí en *This is Inez Archer* y le di al botón de aleatorio, a ver con qué me sorprendía Spotify aquella bonita mañana de junio. Los latidos de la guitarra sustituyeron a los míos propios, adentrándome en una narrativa para la que no estaba preparado. Inez se materializó en mis oídos y me contó mi vida como si la hubiera presenciado. Porque sí, estaba sonando «Wonderstruck». Me golpeó la primera frase:

Tus ojos me susurran: ¿nos conocemos?

¿Era una señal del destino?

¿Era una cruel casualidad?

No supe responder, pero tuve claro que, en aquel momento, era Inez la que hablaba por mí y, por suerte o por desgracia:

Lo único que puedo decir
es que estoy encantada de conocerte.

«Harry», completé yo en mi cabeza.

6

18 de junio

El reloj marcaba las 7:33 de la mañana y el sol ya dibujaba por la pared los rayos de un nuevo día. Había dejado entreabierta la persiana a propósito para no dormirme, porque tenía un plan: volver a encontrarme con Harry. Era consciente de que era un poco raro y de que, si me descuidaba, podía cruzar la delgada línea entre ser un romántico empedernido o Joe Goldberg, pero intentaríamos que eso no pasase.

La abuela seguía dormida, así que decidí salir de casa antes de que se levantase para que no me avasallase a preguntas. La noche anterior se había puesto pletórica al saber que había disfrutado de mi salida al mundo exterior, pero no le conté por qué la había disfrutado tanto. Además, se me daba fatal mentir y no me creería a no ser que le contase toda la verdad y nada más que la verdad. No estaba listo para eso.

Busqué a tientas el móvil y respondí los buenos días de mamá con un *sticker* que sabía que le encantaba. También tenía una veintena de mensajes de Milo comentando la jugada del día anterior, pero eso mejor me lo guardaba para después, por si me volvía a cruzar con Harry y podía ampliar la información.

Pegué un salto de la cama, rebusqué en la maleta y, tras revolverlo todo, di con la pantaloneta que solía utilizar para estar por casa, porque para hacer deporte la usaba poco. Me la puse y la combiné con una camiseta blanca y unas zapatillas a juego que no estaban hechas para correr, pero podían servir. Me eché un vistazo en el espejo y comprendí que, hasta que no se redistribuyera la

sangre, me tocaba sentarme en el borde de la cama a esperar. Aunque, pensándolo mejor, si la colocaba hacia arriba y la pillaba con el elástico del pantalón, con lo largas que eran mis camisetas, no debería verse. Y eso hice, que no tenía tiempo que perder.

Cogí los auriculares, me di un lavado de dientes exprés y un refregón de cara, me recoloqué algunos mechones y ya estaba listo para salir. Lo hice sin hacer ruido, cerrando con cuidado para no despertar a la abuela, y me aventuré monte abajo por el arcén. Lo que más odiaba de bajar el cerro era que, al no haber aceras, no podía ir con música por si venía algún despistado y me llevaba por delante, pero, una vez en el pueblo, la cosa cambiaba.

No se me ocurría una canción mejor que «Fakers Gonna Fake», de Inez Archer, para empezar a correr. El ritmo tomó el control de mis pies y, para cuando me quise dar cuenta, estaba trotando junto a la orilla del mar. Era tan temprano que el camión de la limpieza seguía labrando las piedras para dejar la playa lista para los primeros bañistas. Había un par de pescadoresa, alguna que otra persona paseando a sus perros y una valiente que iba a hacer *paddle surf* ya desde primera hora, pero ni rastro de Harry. «No pasa nada, es temprano», me dije. Y quise creerlo porque, de lo contrario, estaba haciendo ejercicio en vano y eso era algo que nunca me perdonaría.

Eran las 10:39 de la mañana, el sol ya apretaba y la playa se iba llenando de sombrillas como si de un campo de minas se tratase. Llevaba casi tres horas dando vueltas. La ropa estaba empapada de sudor, pero era más una mezcla de temperatura, humedad y falta de práctica que otra cosa. Esperaba que diese el pego si me encontraba con Harry.

Poco después ya marcaban las 12:28 del mediodía, hacía un calor que daba asco y el día anterior, a esa hora, Harry ya se había ido a casa. Comprendí que lo mejor era rendirse e intentarlo en otra ocasión. Quizá debía haber interpretado como una señal que la cancha de baloncesto estuviera vacía.

La abuela me había llamado hacía ya un rato preocupada porque no sabía nada de mí. Como para no estarlo. Llevaba cinco horas recorriendo el pueblo de punta a punta solo para encontrarme con un chico de ojos azules con el que había cruzado cuatro frases.

Estaba preocupado hasta yo.

Saqué el móvil del bolsillo. Una notificación me dio la enhorabuena por haber recorrido casi quince kilómetros en lo que llevaba de día. Me preguntaba qué actividad había hecho. Las opciones eran: pasear, correr, senderismo, bicicleta, ocio o trabajo. Por desgracia faltaba la mía, porque no había sido por salud, ni siquiera por ocio o por trabajo…, había sido por ridículo.

19 de junio

Llevaba un buen rato mirando el techo, desde las 6:47, para ser más exactos. No podía dejar de darle vueltas al lamentable acontecimiento del día anterior y al mismo tiempo no podía evitar el querer repetirlo. De tanto pensar, me había autoconvencido de que, la mayoría de la gente, cuando hace deporte, descansa un día. Por esa razón tenía sentido que el día anterior hubiera sido de descanso para él. Salvo que me hubiera inventado ese dato a causa de la desesperación, esa mañana podría encontrarme con Harry.

Intenté incorporarme en un solo movimiento, pero un calambre generalizado me lo impidió y volví a caer sobre la cama. Tenía agujetas, lo cual era de esperar, puesto que mi mayor momento de actividad habitual era sacar las bolsas del coche cuando iba con la abuela a comprar al mercado.

El dolor me complicaba bastante el plan, pero aún había esperanza. Lo volví a intentar, esta vez más lentamente, y conseguí salir de entre las sábanas a duras penas. Me puse el mismo pantalón, pero con otra camiseta, me acicalé en cinco minutos, le dejé una nota a la abuela avisando de que había salido a correr y me dirigí hacia el pueblo.

Con cada paso sentía cómo centenares de agujas se me clavaban a lo largo y ancho de las piernas antes de escalar hasta los cachetes, pero era un dolor soportable. Aumenté el ritmo conforme me acercaba a la orilla y, cuando por fin llegué, empecé a correr. Esta vez no había música, porque se me habían olvidado los auriculares con la prisa, así que solo estábamos las olas del mar y yo, nadie

más.

La cancha de baloncesto estaba cada vez más cerca y eso hizo que el corazón se me acelerara, aunque también podía ser por el cansancio, que llevaba ya un kilómetro al trote. Un grito escapó de entre los barrotes de la pista, y entonces se materializaron los restregones de la goma de las zapatillas en el asfalto y los golpes de la pelota contra el suelo. Estaban ahí. La pregunta ahora era: ¿estaría Harry?

Corrí, ajeno a todo, como si no estuviera a punto de vomitar por la amalgama de nervios y agotamiento, pero eché un vistazo rápido. Un vistazo como el que echaría cualquier persona que pasase por allí al recibir tal cantidad de estímulos sonoros, pero no fue suficiente. Eran demasiados y no paraban de moverse; así era imposible dar con él. Eché otro vistazo… Estaban a punto de encestar. Devolví la vista al frente y, entonces, hubo otro grito, seguido de una gran celebración. Los miré otra vez. Estaban abrazándose. Parecía que habían ganado, y entre los ganadores lo vi, con su sonrisa esculpida, con ese pelo dorado que ahora estaba más oscuro debido al sudor, con un torso desnudo que podría lamer solo para hidratarme. Y sonreí, pero no dejé de correr, porque aquel encuentro era una casualidad…, yo estaba haciendo deporte, justo como él el otro día y, en algún momento, nos encontraríamos con ayuda de un servidor. «De nada, Harry».

Llegué hasta el final de la playa, justo donde empieza la Punta de la Mona, el otro cerro de La Herradura, y me paré a respirar unos segundos. El último tramo lo había hecho caminando porque no podía más. Me senté en la orilla, esperé a que una ola se acercase lo suficiente y me refresqué la cara. Si me encontraba con él, no quería que fuera al borde del colapso. Recuperé el aliento a duras penas y volví a la carga. Me negaba a que todo el esfuerzo hubiera sido en vano. Para cuando quise darme cuenta, estaba llegando de nuevo a la cancha vacía de baloncesto. No me preocupó, porque Harry estaba parado en mitad de la orilla, esperándome en el lugar por el que yo tenía que pasar, y me miraba fijamente con una sonrisa de oreja a oreja.

—*Hey, stalker* —me saludó desde la distancia con esa gravedad

que había echado de menos—, volvemos a encontrarnos.

Reduje la velocidad, exhausto, agradecido por su iniciativa. Eso me ahorraría otra vuelta. Una sonrisa se me dibujó en el rostro cuando conseguí pararme frente a él.

—Hola, desconocido —fui capaz de decir con el aire que me quedaba en los pulmones—. ¿Me estabas esperando? —bromeé.

—Sí —reconoció sin titubear—, te vi mirando desde la cancha de balonsesto. —Hizo un gesto con la cabeza hacia las canastas—. Paresías muy interesado en el partido y pensé: «Anda, pero si es *Mr. Stalker*. Voy a asercarme a saludar» —sonrió orgulloso, feliz de su vacile—, *so hi*.

Se me escapó una risotada.

—No te creas que yo soy muy de baloncesto.

—¿Eres más de correr?

—A veces, sí —mentí.

—Nunca te había visto correr por aquí.

«Eso es porque no viniste ayer para verme hacer el patético», pensé.

—Bueno, he llegado hace poco… —dije una media verdad—. Además, estoy empezando, tengo que coger fondo. —Se me ocurrió soltar esa chorrada para justificar lo deplorable de mi estado.

Se me quedó mirando unos segundos con un gesto que no logré identificar. Supuse que estaba decidiendo si creerse mi historia o si huir despavorido de un psicópata que llevaba dos días torturándose solo para cruzarse con él. Yo mantuve la calma y la mirada firme.

—¿Vas a seguir corriendo? —preguntó de pronto.

«No», respondió el Rodrigo que vive dentro de mí.

—Supongo —me atreví a decir, torciendo el gesto.

«Imbécil», me insultó mi otro yo.

—¿Te importa si te acompaño?

«Lo retiro», me disculpé conmigo mismo.

—Claro. —No quise sonar demasiado emocionado.

Asintió, complacido, y empezó a correr en dirección a Cerro Gordo. Para cuando quise darme cuenta, ya me sacaba un buen trecho y a mí no me había dado tiempo ni a empezar a trotar.

—Eh, eh —le reclamé, consiguiendo que se girase en el sitio—.

Baja el ritmo, que yo no tengo las piernas tan largas.

Se rio y volvió a la carga, pero ahora yendo más pausado. Le pillé con una carrera y me puse a su par, todavía sin creerme que lo hubiera conseguido. Había vuelto a encontrarme con Harry, había parecido supercasual y, además, se había ofrecido a acompañarme en mi sufrimiento. ¿No era acaso eso el amor?

—Si vas a seguir corriendo —me dijo de pronto, sin apartar la vista del frente—, nesesitas unas sapatillas nuevas. Con esas te vas a haser daño.

—Ya…, pero es que correr no entraba dentro de mi planificación de verano.

—Oh, ¿y cómo es que te has animado? —Sonó a trampa.

—Estaba harto de estar en casa todo el día —se me ocurrió.

—Hisiste bien, entonses. Correr libera la mente.

—¿Llevas mucho corriendo? —traté de mostrar interés.

—Sinco minutos. —Y me miró de soslayo, burlón—. Desde los seis años, más o menos. Estaba en el equipo de *triathlon* en el colegio —hizo una pausa y simuló hacer memoria—, y en el instituto —otra pausa—, y en la universidad.

—Vaya, que llevas corriendo toda la vida —comprendí.

Él asintió en silencio. El blanco de sus mejillas estaba coloreado en la zona de los mofletes, lo que le daba un toque aniñado; el pelo lo llevaba hacia atrás, en un tupé improvisado que se mantenía gracias al sudor; sus pectorales se balanceaban arriba y abajo con cada zancada; y estaba casi seguro de que no llevaba ropa interior.

«Qué incomodidad, pero gracias», pensé sin cortarme ni un poco.

—Si quieres podemos salir a correr juntos —me propuso.

El corazón me dio un vuelco. «¿Salir? ¿Juntos? Vale, no, espera, creo que ha dicho algo en medio».

—¿En serio? —pregunté, haciéndome el despistado.

—Claro —y tragó aire—, será divertido.

—Vale. —Traté de contener mi entusiasmo.

—¿Qué número de pie usas?

La pregunta me pilló por sorpresa.

—Qué pregunta más rara. ¿Eres fetichista?

—No, *asshole.* —Y se rio—. Es para ver si puedo dejarte unas

deportivas que no te destrosen los pies.

«Le he hecho reír», me emocioné.

—Un cuarenta y tres —respondí.

—Entonses complicado.

—¿Qué número tienes tú?

—Un… cuarenta y seis —se lo pensó—, creo.

—¿Crees? —pregunté, jocoso.

—Sí, bueno, las tallas funsionan diferente en Reino Unido.

—Cierto, recuerdo que la última vez que estuve en Londres me tiré una hora para encontrar la mía. —Me empezó a faltar el aire, pero tenía que aprovechar cada segundo—. Y, al final, tuve que utilizar Google para hacer la conversión porque no había manera.

—*Saint Google* —dijo entre risas y yo me uní—. ¿Solo has estado en Londres? Dentro de UK, quiero desir —aclaró.

Tragué saliva e intenté recomponerme antes de responder.

—No —respiré—, también he estado en Brighton.

—Me encanta Brighton, es muy bonito. —Su forma de pronunciarlo me puso los pelos de punta y, al mismo tiempo, me hizo sentir ridículo.

—De mis sitios favoritos del mundo —confirmé y tosí.

—¿Quieres que paremos?

—Sí —fui capaz de decir—, por favor —rogué.

Dejamos que la inercia nos frenase y, nada más hacerlo, me dejé caer de culo contra las piedras. No podía más.

—*Are you okay?* —Parecía preocupado.

—Sí, sí. —Le quité hierro al asunto—. ¿De dónde eres tú?

Se colocó las manos en las lumbares y sacó los abdominales. Yo traté de mantener la calma y de concentrar todas mis energías en sus ojos.

—*I'm from Chester* —consiguió responder—, es una siudad serca de *Liverpool*.

—No la conocía —reconocí.

—Nadie fuera de UK la conose. —Y se rio.

Me reí también e intenté levantarme para ponerme a su altura, pero fui incapaz. Él, al darse cuenta, me tendió la mano. Cuando nuestras pieles se reencontraron, como dos amantes destinados que

se habían echado de menos, sentí un calambrazo de la cabeza a los pies, y entonces supe que nunca me iba a acostumbrar a sentir a Harry. Había algo en él eléctrico, adictivo, aunque todavía no supiera el qué. Me dejé ayudar y, gracias al impulso, nos quedamos a escasos centímetros el uno del otro.

—*Well, Rod* —qué bien le sentaba casi decir mi nombre—, ha sido un plaser, pero me tengo que marchar ya. Nos vamos viendo, ¿sí?

Y, con esta última frase, se alejó hacia la acera.

—¿Cuándo repetimos? —me atreví a preguntar.

—¡Cuando tengas unas sapatillas nuevas! —gritó sin girarse.

Y sonreí sin moverme del sitio, viendo cómo desaparecía calle arriba. Podría mentirme o intentar autoconvencerme de que estaba pensando en cosas bonitas, en el futuro de nuestra relación irreal o en comprarme unas zapatillas nuevas para volver a verlo, pero en aquel momento solo podía pensar en el culo tan increíble que le hacían a Harry aquellas pantalonetas grises.

7

20 de junio

El ruido del motor de un coche me trajo de vuelta a la lúgubre bocacalle del paseo en la que la abuela y yo estábamos haciendo la cola del cine para conseguir entradas de última hora. Quedaban menos de quince minutos para que empezase la película y teníamos por delante al menos a trece personas. Habíamos planeado comprar la cena en el bar de dentro, pero a ese paso me temía que íbamos a terminar con el estómago vacío junto a la orilla del mar.

—No me esperaba tanta gente —comentó la abuela en voz alta.

—Yo tampoco —me encogí de hombros—, pero ya lo sabemos para otro día —añadí, resignándome a que no íbamos a conseguir entrar.

—Bueno, espérate —me dio un golpecito en el brazo y señaló la taquilla sin pudor alguno—, que algo pasa.

Miré adonde apuntaba su dedo y vi una pareja abandonando la cola. Justo después otro grupo hizo lo mismo, y otro más…, y ya solo teníamos a un matrimonio delante.

—No quedan entradas para *Tolkien* —escuchamos decir a la chica de la taquilla.

Nos miramos.

—Pues vamos a la otra, ¿no? —dijo la abuela.

—Sí, si la cosa es venir al cine y comer palomitas.

La pareja de delante pareció pensar lo mismo que nosotros, porque compró entradas para la película que quedaba. En el cine de verano de La Herradura había dos proyecciones en pantallas diferentes. No necesitábamos mucho más.

—Dos entradas para *Men in Black: International*, por favor —pidió la abuela en un perfecto inglés peninsular.

El espacio no era demasiado grande; la pared era de ladrillo y estaba recubierta de plantas y arbolitos que le daban un toque muy natural e íntimo. Las sillas eran de plástico blanco, estaban unidas las unas a las otras mediante un enorme hierro en la parte inferior y contaban con una mesita de un verde muy desagradable cada dos asientos. La pantalla estaba subida en una pequeña plataforma que, para que no destacase demasiado, tenía césped artificial por encima. Sobre nosotros estaba la inmensidad de la noche, con la luna en fase menguante y alguna que otra estrella brillando con timidez.

—Se me había olvidado lo mucho que me gusta esto —dije.

—Es que no hay nada como lo de siempre, ¿verdad?

Los ojos de la abuela centellearon. Le encantaba que nos gustasen las mismas cosas. Yo me limité a sonreír en silencio por miedo a terminar llorando y, después de asegurarme de lo que queríamos para cenar, fui al bar. Habíamos entrado de los últimos, así que ya no quedaba mucha gente en la cola.

—¿Qué te pongo? —me preguntó de pronto el camarero.

Intenté recomponerme lo más rápido posible del susto.

—Dos bocadillos de tortilla de patata, unas palomitas grandes y… ¡dos Nesteas! —Soné más exaltado de lo que pretendía—. Sin hielo. Por favor —añadí en un tono más pausado.

Lo apuntó todo en un papel a una velocidad increíble.

—¡Marchando! —exclamó, y me guiñó un ojo.

Me replegué un poco en el sitio. No estaba seguro de si me había guiñado el ojo por pura simpatía o porque le había llamado la atención. Me daba rabia no ser capaz de leer ese tipo de gestos. Pero terminó dando igual, porque la brisa trajo consigo un cántico inesperado que consiguió que el corazón se me acelerase.

—*Hey, stalker*.

Me lo susurró tan cerca del oído que pude sentir su calor. Se me erizó todo el cuerpo, aunque puede que fuera por la impresión. Harry estaba justo detrás de mí, esperando su turno, sonriente.

—Muy gracioso. —Me recompuse, apoyándome sobre la barra para adquirir una pose casual—. Empiezo a pensar que el *stalker* no

soy yo.

—¿Me estás acusando de algo? —se ofendió con sorna.

—Déjame pensar. —Y me llevé la mano al mentón, simulando hacer memoria—. Día uno. —Levanté un dedo—. Estoy haciendo fotos tan tranquilo y apareces a mi espalda pegándome un susto de muerte. —Levanté un segundo dedo—. Día dos. Estoy haciendo ejercicio por la playa y te plantas ahí en mitad de la orilla, cortándome el paso. —Levanté el tercer dedo—. Y día tres, estoy en el cine con mi abuela y vuelves a aparecer en la cola del bar, una vez más, asustándome por la espalda. Hummm… —Me removí disfrutando de un poder que no me pertenecía, ante la atenta mirada de Harry, que no dejaba de sonreír—. ¿Crees que debería llamar a la policía?

Asintió en silencio.

—Supongo que, visto así, el *stalker* soy yo, ¿no?

—Bueno, prefiero tomármelo como una bonita casualidad.

—Es un pueblo muy pequeño —añadió.

—Sí, pero —me encogí de hombros— ¿es tan pequeño?

—Eso parece. —Y, con un gesto de cejas, señaló detrás de mí.

Di media vuelta en el sitio y vi al chico que me había guiñado el ojo colocando mi pedido en una bandeja sobre la barra. Pedí el datáfono, le pegué un tarjetazo y volví a la conversación con Harry, que había aprovechado mi trámite para pedir su cena.

—Que aproveche, guapo —me dijo el camarero, sonriente.

—Gracias —fui capaz de decir a duras penas.

—*Oh, wow* —me susurró Harry—, le has gustado.

—Ya, claro —corté el tema de raíz, dejando claro que no tenía ningún interés. A fin de cuentas, me había fijado en otra persona. En él—. ¿Y qué peli vas a ver?

—*Tolkien*. ¿Tú?

—*Men in Black.* —Y señalé a la otra sala, hacia la abuela, que nos estaba mirando desde el asiento.

—¿Es tu *granny*?

—La misma, sí. —Me reí, nervioso.

Harry la saludó con un gesto cortés de mano, la abuela hizo lo propio sin comprender qué estaba pasando.

—Creo que debería… —La señalé.

—*Yeah, go ahead* —entendió al instante—, yo también debería irme antes de que me echen en falta. Mi acompañante no destaca por ser la persona más pasiente del mun…

—*What the hell is taking you forever?* —le interrumpió una voz a su espalda.

Harry sonrió sin siquiera girarse.

—*Speaking of the devil…* —me susurró.

Detrás de Harry, apareció una muchacha de su edad, ligeramente más baja. Sus ojos eran idénticos a los de él, al igual que el color de su pelo, solo que el de ella caía en una preciosa melena con mechas californianas doradas. Tenían la misma sonrisa, pero ella iba con los labios pintados de un tono rosáceo. Sus facciones también se parecían, solo que las de ella eran más suaves. Llevaba un *crop top* blanco a juego con la camisa de lino de Harry, unos vaqueros ajustados y unas deportivas blancas. Me pareció la mujer más espectacular que había visto en toda mi vida.

—Oh, hola —me saludó ella, sonriente—. Soy Lisa. —Y me tendió la mano.

—Mi hermana —añadió Harry.

—Gemela —apuntó ella, orgullosa.

«Qué caprichosa es la genética», pensé.

—Rodrigo. —Le estreché la mano—. Es un placer.

—El placer es mío. Rodrigou, qué nombre tan bonito.

—Gracias, lo mismo digo. —Sentí cómo se me estaban calentando las mejillas y entendí que era la señal para volver a mi asiento—. Tengo que dejaros, la película está a punto de empezar y mi pobre abuela me está esperando.

—¡Claro! —exclamó Lisa.

—Sí —entendió Harry, algo más contenido.

Cogí mi bandeja de la barra y ellos me imitaron. Nos quedamos parados en un silencio incómodo, esperando una despedida que no llegaba por ningún lado.

—Disfrutad de la peli —se me ocurrió decir.

—*Same!* —dijo Lisa, con esa energía incansable.

—*Yeah, same* —dijo Harry a la vez.

—¿Nos vemos luego? —preguntó entonces Lisa.

—¿Luego? —No entendí nada.

—Sí, unos cuantos vamos a ir a tomar unas cervezas a un pub aquí al lado, ¿no te ha dicho nada Harry?

Lo miré con sorna y ahora era él el avergonzado.

—Si te quieres venir, estás más que invitado —dijo entonces.

—Pues… no sé si… —dudé.

—¡Genial! ¡Nos vemos luego! —me cortó Lisa.

Harry negó incrédulo, sonrió sin remedio, se despidió con una disculpa en la mirada y siguió a Lisa hacia su sala. Yo enfilé a la mía, esquivando las miradas de la abuela, que me buscaba con curiosidad.

—¿Quiénes eran? —me preguntó nada más sentarme.

—Un chico que conocí haciendo deporte —una pausa— y su hermana.

—¿Has hecho amigos? —Su entusiasmo me ofendió.

—Yo no diría tanto…

—Oye, pues el chico es muy guapo, eh.

Su mirada continuó clavada en mi sien, pero yo la seguía esquivando en un vano intento de que no me leyera la mente. Entonces, como si el universo se hubiera puesto de mi parte, las luces se apagaron y la pantalla comenzó a reproducir un anuncio.

—Venga, que empieza —dije recolocándome en el asiento.

La abuela entendió el mensaje, sonrió sin decir nada más y se llenó la boca con un puñado de palomitas para tragarse sus ideas. No sabía qué acababa de pasar, había sido todo demasiado… abrumador. ¿O había sido algo bueno? Quiero decir, Lisa me acababa de invitar a salir con ellos esa misma noche. Y eso, en aquel entonces, era lo más parecido a una cita con Harry a lo que podía aspirar. La pregunta era: ¿debía ir? A lo mejor era demasiado precipitado, o muy intrusivo por mi parte. ¿Y si Harry en realidad no quería? Quizá había aceptado invitarme por puro compromiso.

La película empezó, pero yo me quedé un rato más perdido, pensando en Harry. Su voz resonaba en mi tímpano como si me estuviera susurrando otra vez ese «Hey, stalker» que tanto me gustaba; sus ojos me miraban con curiosidad después de recibir un

piropo por parte de otro chico, y su sonrisa era solo mía cada vez que me atrevía a meterme con él. Y, entonces, sonreí porque se dibujó por primera vez en mi cabeza la posibilidad de que Harry, el efebo marmóreo, quisiera conocer tanto de mí como yo de él.

La película terminó, algunos niños aplaudieron y la abuela y yo nos sonreímos porque, a decir verdad, había sido superdivertida. Bien era cierto que yo había tardado un buen rato en conectar con la historia, porque había estado perdido en la vorágine de sentimientos que me provocaba Harry, pero, al final, me había enterado de casi todo.

Poco a poco, la sala se fue vaciando mientras yo esperaba a que la abuela saliera del baño. Había aprovechado para llevar los restos de la cena de vuelta a la barra del bar, y el muchacho me puso ojitos mientras me daba las gracias. Me gustaba sentirme deseado y el chaval era mi tipo, por lo que, en cualquier otra situación, me hubiera planteado el dejarle un papelito con mi Instagram de forma despistada…, pero no. «Lo siento, joven atractivo del bar, tengo otras cosas en la cabeza». Como, por ejemplo, que el cine se había vaciado porque la otra película había terminado unos minutos antes y, en consecuencia, me había quedado sin cita improvisada.

—¿Vamos? —me preguntó la abuela, apareciendo de la nada.

Yo asentí en silencio y la seguí hasta la puerta, perdido en algún lugar de mi cabeza para no variar. Eché un último vistazo al chico de la barra, que, con un tímido gesto de mano, se despidió de mí. Le imité por inercia y salí del lugar.

—¡Rodrigou! —La voz me trajo de vuelta al mundo real.

Lisa y Harry me estaban esperando apoyados en una farola. Una sonrisa se me dibujó en el rostro casi sin querer.

—Pásatelo bien —me dijo la abuela sin mediación, saludando con un gesto afable a los gemelos y echando a andar hacia el coche sin mí.

—Pero… —intenté quejarme.

—¡Nos vemos mañana! —Y desapareció callejón arriba.

«La abuela y sus conspiraciones», pensé para mis adentros.

Inspiré todo el aire que me cupo en los pulmones y, haciendo de tripas corazón, me acerqué a ellos con paso irregular. Sentía que me iban a explotar las mejillas, que las manos me temblaban y que mi sonrisa estaba a medio hacer. Tuve la tentación de darme la vuelta y salir corriendo, de meterme de nuevo en el cine para pedir asilo al chico del bar —que estaba convencido de que me acogería de buena gana—, pero no lo hice, porque ya había llegado hasta ahí, había dado el paso; la parte difícil estaba hecha.

—¡Qué bien que te hayas animado! —exclamó Lisa, pletórica.

Fue en ese momento cuando comprendí que Lisa no estaba emocionada, o entusiasmada, sino que aquella era su energía, que simplemente era así. Me gustó. Su sonrisa me transmitía muchas cosas bonitas, como la de su hermano, que, en ese momento, estaba mucho más taciturno que de costumbre.

—Sí, gracias por invitarme —se me ocurrió decir.

—Es un placer. —Me agarró de los hombros para emprender la marcha—. Lo que no entiendo es por qué Harry no te había dicho nada antes. El chico es un poco rancio, ¿sabes? Pero tú ni caso. —Y se me acercó al oído para susurrarme—. Si se mete contigo, tú me avisas que yo le paro los pies. —Se rio de su propia broma y buscó a su hermano, divertida.

—¿Qué te está disiendo? —preguntó, intrigado.

—¿Qué te está disiendo? —le imitó ella—. Cosas nuestras. No lo entenderías. —Me miró y me guiñó un ojo.

Yo me limité a sonreír y a caminar, porque no quería meter la pata. Le acababa de conocer y, para ser honesto, a cada paso que dábamos me volvía a preguntar qué narices estaba haciendo allí.

Llegamos a la puerta de un local de paredes blancas y detalles negros sobre la cual se podía leer, con grandes letras de madera, LA COCHERA. Junto a la puerta había un buzón blanco con el número 45 pintado a mano y, a los laterales, los árboles estaban iluminados con focos de colores que le daban un aire retro.

Entramos sin pensárnoslo mucho, y un jazz ligero envolvió el ambiente. Busqué la fuente de sonido y, junto a la entrada, rodeado de público, me encontré con un diminuto escenario en el que un grupo de tres músicos estaba tocando en directo. Sonaba bastante

bien.

Lisa y Harry no se pararon a ver el espectáculo, sino que siguieron adelante deslizándose entre el gentío. Cruzamos el local de lado a lado hasta llegar a un patio interior en el que el barullo de decenas de conversaciones opacaba la música. El lugar parecía un jardín secreto sacado de un cuento de hadas. Mirara donde mirase, el sitio estaba repleto de diferentes especies de árboles, arbustos y flores; el suelo estaba empedrado; había mesas, bancos y sillas de todos los tamaños y colores; una fuente se alzaba en el centro, con un tímido chorrito de agua brotando sin descanso, y la única luz nacía de centenares de bombillas que colgaban de ramas y troncos, creando una atmósfera muy íntima.

Al final del jardín, bajo un cenador de madera carcomida por la humedad y el tiempo, había una enorme mesa ubicada entre dos rinconeras con cojines viejos. Estaba algo alejada del resto, lo que le daba privacidad. A su alrededor había un grupo de jóvenes que, supuse, eran los amigos que nos estaban esperando.

—*Hey, guys!* —saludó Lisa con un bailoteo de cadera.

—¡Eeey! —exclamó una chica intentando igualar la energía.

—¡Ya era hora! —añadió un muchacho, más serio.

—Habéis llegado justo a tiempo —apuntó otra, con cautela.

El cuarto integrante del grupo se limitó a sonreír. Harry siguió su camino y saludó a todo el mundo con gesto cortés. Luego se sentó junto al chico de negro, el serio. Lisa, sin embargo, se quedó a mi lado, me volvió a coger por los hombros y me presentó.

—*Okay, so…*, este es Rodrigou, un amigo de Harry. —Le señaló y él se limitó a asentir en silencio—. Esta noche es uno más del grupo, así que cuidadle bien, ¿sí?

Las manos me sudaban. Sabía que estaba rojo como un tomate, pero también supe que me tocaba decir algo.

—Hola. —Y agité la mano con timidez.

—Hola, encantada —se animó la chica cauta—, yo soy Nívea. —Y me regaló una dulce mueca que me hizo sentir un poco mejor.

—Yo soy Sara —añadió la otra chica.

Les devolví el saludo con un gesto de cabeza. Miré al chico de negro, dando por hecho que era su turno. Me miró unos segundos y

pude ver cómo estaba decidiendo sobre la marcha si era digno de su tiempo, pero al final pareció ceder.

—Pino. —Fue todo lo que dijo.

Asentí en silencio, algo más prudente, y llegué al último integrante, uno que parecía estar tan abrumado por la situación como yo mismo. Él me miró sin saber qué hacer y se encogió en el sitio en un acto reflejo.

—Sastre, di algo, coño —le insistió Pino.

—Yo soy Sastre —se atrevió a decir.

—Encantado, Sastre —respondí, porque sabía que lo necesitaba.

—Pues ya nos conocemos todes —zanjó Lisa, dejándose caer junto a Nívea.

Solo quedaba un hueco libre en la mesa y, como no podía ser de otro modo, era el que estaba entre Lisa y Harry. En cualquier otra situación, hubiese estado pletórico de poder sentarme junto a él, pero no en esta. Estaba muy confundido con su actitud desde la salida del cine. Aun así, me dejé llevar por la marea, me rendí a la presión social y me terminé sentando a su lado.

La noche pasó entre cervezas, risas y muchas anécdotas. Rememoraron historias juntos. Aunque parecía que eran amigos de toda la vida, se conocían tan solo desde que Harry y Lisa habían llegado a La Herradura el pasado mes de abril. Por lo visto, Pino era compañero de trabajo de Harry, y ya desde el primer día habían encajado bien. Pino era el mejor amigo de Sastre, que en realidad se llamaba Ale, de eso también me enteré; y el novio de Nívea, que se llamaba así porque sus padres eran hippies y querían conectarla con la naturaleza, o eso me habían explicado entre risas; que a su vez era amiga de Sara y de Sastre desde el colegio. Lisa, con su energía imparable, se había unido a las quedadas desde el primer momento y ahí estaban, en menos de tres meses, inseparables.

No pude evitar que me corroyera la envidia por dentro, aunque solo fuera un poquito y de la forma más sana posible. Al final, yo llevaba toda la vida yendo a veranear a La Herradura y jamás había tenido un grupo de amigos, y llegaban los dos ingleses perfectos y en menos de tres meses se habían montado el chiringuito.

Ya eran las cuatro de la mañana. La noche se había escurrido,

inadvertida, y nos habían traído la cuenta porque estaban a punto de cerrar. Me había pasado la mayor parte de la velada hablando con las chicas, mientras que ellos habían estado enfrascados en una conversación privada a la que nadie más parecía estar invitado, o al menos yo no. Hicimos las cuentas y pagamos cada uno nuestras cervezas, momento en el que descubrí que me había bebido cinco. Ahí comprendí por qué estaba tan borracho. «El camino a casa va a estar curioso».

Al salir del sitio, todos iban en la misma dirección excepto yo, que tenía que subir al cerro. Las chicas me despidieron con un abrazo cada una, mientras que Pino agitó la cabeza de manera imperceptible y Sastre tan solo me sonrió. Empezaron a andar camino al centro del pueblo, pero Lisa y Harry tardaron un poco más.

—Dame tu móvil —me ordenó Lisa.

Yo obedecí sin rechistar y ella lo desbloqueó utilizando mi propia cara para el reconocimiento facial.

—Te he apuntado mi número y el de Harry, ¿vale? Tú cuando quieras nos escribes para tomar algo o lo que te apetezca, que no te dé vergüenza, que lo hemos pasado genial, ¿sí?

Me devolvió el teléfono sin dejar de sonreírme y, acto seguido, me regaló un abrazo de despedida. Olía a lavanda. O quizá es que estaba muy borracho.

—Cuenta con ello —le dije aún entre sus brazos.

Se separó y corrió detrás del resto del grupo, que no se había molestado en esperar. Harry, sin embargo, no se movió del sitio. Me estaba observando en silencio, casi como si pudiera leerme la mente, y eso me preocupó. Tenía sentimientos encontrados hacia él. Había pasado de comportarse como un príncipe encantador en el cine a ser un auténtico gilipollas delante de sus amiguitos. Esa era la dolorosa verdad. Tampoco podía echárselo en cara, porque, muy a mi pesar, no nos conocíamos. Estaba a punto de atreverme a romper el incómodo silencio al que me mantenía atado con la mirada, pero se me adelantó.

—*Good night, stalker* —susurró.

«Esa voz», pensé con un escalofrío. Suspiré en silencio, porque no

tenía mucho más que decir.

—Buenas noches, desconocido.

Y con un amago de sonrisa, se giró y se fue. Yo hice lo mismo, porque no quería que me pillase mirando, pero me pregunté si habría sido como en esas escenas de película en las que el protagonista se da la vuelta y piensa que el chico que le gusta no tiene interés, pero, en realidad, él se gira tan solo un segundo después. «¿Habrá pasado?», me dije. Y, aunque nunca lo sabría, aquella noche quise pensar que sí.

8

21 de junio

«Qué dolor de cabeza…», fue el primer pensamiento que tuve a la mañana siguiente. Acababa de abrir los ojos y ya tenía ganas de volver a cerrarlos para siempre, así de crítica era la situación. La parte mala de no salir casi nunca es que la resaca no conoce la piedad. El nivel de cansancio era tal que ni siquiera se me puso dura, así que pude salir de la cama sin respetar el tiempo de espera reglamentario. Era casi mediodía y había dormido menos de ocho horas. Y yo no sabía funcionar sin mis ocho horas. «Hoy se viene siesta», decidí. Me incorporé en la cama y llevé un pie hasta el suelo, a ver si encontrando tierra el mundo dejaba de tambalearse a mi alrededor. Funcionó, pero a medias.

Me quedé un rato con la cara hundida entre las manos, en un esfuerzo titánico por no vomitar y, cuando por fin me vi capaz, cogí el móvil. Tenía un mensaje de mamá, otro de mi hermano Pablo pidiéndome la Switch, unos cuantos audios de Milo respondiendo a lo que fuera que le había mandado cuando me despedí de Harry y un mensaje de Lisa contestando al emoji que le había enviado para que guardase mi número. El tema estaba en que, ese mismo emoji, se lo había mandado también a Harry, pero no había ninguna respuesta por su parte.

«No pasa nada —me dije—. Estará aún dormido».

Harry: en línea.

«O no», y suspiré.

Me levanté, me puse el pijama y bajé a desayunar. En la cocina se oía el traqueteo de ollas y sartenes y, cuando entré, me encontré a

la abuela recolocando estantes.

—Buenos días —fui capaz de decir con voz ronca.

Se sobresaltó levemente, pero no se quejó.

—Uy, qué carita… —Sonrió, lo cual no entendí muy bien.

Me dejé llevar hasta la mesa, donde me esperaba un delicioso desayuno, aunque a mí, con esa resaca, lo que me apetecía era un buen plato de macarrones o un pedazo de pizza, y, antes de sentarme, le di un sorbo al café. Estaba frío y eso me encantaba.

—Eso quiere decir que te lo pasaste bien —continuó la abuela, ajena a todo.

—No estuvo mal. —Y pensé en Harry.

—¿Llegaste muy tarde?

—Sobre las cinco.

La abuela sacó una caja del armarito que había sobre el frigorífico, cogió un vaso, lo llenó hasta la mitad y dejó caer algo dentro.

—Toma, que te va a sentar bien —dijo ofreciéndomelo.

El agua estaba burbujeando y en el fondo bailoteaba, con cierta gracia, una pastilla. Era un paracetamol.

—Muchas gracias. —Lo cogí regalándole mi mejor sonrisa.

—Nada, hijo. —Me acarició el pelo.

Elegí un cruasán que tenía una pinta espectacular. Le pegué un bocado que me llenó toda la boca. No fui consciente del hambre que tenía hasta ese instante. La abuela, como si nada, se sentó frente a mí con gesto curioso.

—*Fé* lo que *eztáz fenzando* —dije con la boca llena.

Ella estaba a punto de quejarse porque no había entendido absolutamente nada, pero yo ya me había dado cuenta, así que levanté un dedo para mantenerla en espera mientras terminaba de masticar. Le di otro trago al café para que bajase y volví a intentarlo.

—Sé lo que estás pensando, y no. —Ahora sí que me había entendido perfectamente.

—Oh, no —disimuló de manera cuestionable—, yo no estoy pensando nada, cielo.

—Ya, claro. —Y le di otro bocado al cruasán.

—Es solo que me gusta verte hacer nuevos amigos.

—No *zon miz amigoz.* —Otra vez la boca llena.

—Ya…, me sorprendió que no me hubieras hablado de ellos.

—Eso es porque no son mis amigos —reiteré después de tragar, por si no se me había entendido.

—Y entonces ¿qué son? —preguntó torciendo el gesto.

—Gente que conozco. —No me lo pensé.

—Entiendo…

Me juzgó con la mirada, en silencio, pero no había dicho ninguna mentira. A Lisa la había conocido la noche anterior y, aunque me cayese rematadamente bien, no éramos más que eso, conocidos. En cuanto a Harry, bueno, solo yo sabía cómo me sentía respecto a él y las ganas que tenía de que dejásemos de ser conocidos. Y, sin embargo, habíamos hablado tres veces contadas y, durante nuestra cita unilateral, había hecho como si yo no existiera. Así que, más que conocidos, éramos desconocidos.

—Lo digo en serio, no tengo por qué mentirte.

—Lo sé —sonrió, complacida—, yo no he dicho nada.

—Ya, pero lo estás pensando —la acusé.

—¿Lo estoy pensando yo o lo estás pensando tú?

—Argh —gruñí—, siempre tan filosófica —me quejé.

—No estoy filosofando, estoy matizando.

—Basta, te estás aprovechando de mi debilidad mental.

Se le escapó una risotada y se levantó de la mesa.

—Bébete el paracetamol, anda, que falta te hace.

Comprobé que había dejado de burbujear y le hice caso.

—Qué puto asco —se me escapó junto a un escalofrío.

—¿Y cómo se llaman tus conocidos? —prosiguió, ignorando el taco.

—Lisa y… —simulé no recordar su nombre— Harry.

—Uh, Harry… Me gusta.

—No está mal —mentí.

—¿No te gusta? —preguntó ella.

—¿Quién? ¿Harry? —me escandalicé—. ¡No, claro que no! ¿De dónde sacas que me guste Harry si no lo conozco de nada? Además, acabo de salir de una relación, no puedo estar pensando ya en el siguiente capullo de la lista. —Y otra mentira.

La abuela me buscó con la mirada, parecía burlona.

—El nombre, Rodrigo, me refería al nombre.

Le di un sorbo largo al café para disimular la vergüenza.

—Ya lo sabía.

La vibración del móvil salvó la situación, cortando la tensión de un plumazo. Lo cogí y le eché un vistazo sin llegar a desbloquearlo. Era un audio de Lisa. La cara me cambió de golpe, porque la abuela lo notó.

—¿Es de Harry? —preguntó, astuta.

—Y dale perico al torno —protesté—. No —negué a la defensiva—. Es de Lisa. ¿Por qué iba a ser de Harry? Qué manía más tonta te ha dado con ese muchacho.

—Lo decía por la sonrisa de tonto que se te ha puesto.

Le contesté poniendo cara de ajo, a lo que ella me respondió con una risita pícara. Acto seguido, abrí WhatsApp y reproduje el audio en voz alta mientras me terminaba el desayuno. Total, dudaba que fuera algo que la abuela no pudiera escuchar.

«Good morning!». Y ahí estaba, Lisa en todo su esplendor. «Hemos quedado los mismos de ayer para ir a una fiesta de San Juan el domingo, ¿te apuntas? Te puedo prometer bailes vergonzosos y muchas risas». Una pausa, supuse que estaba pensando qué más decir. «Espero que digas que sí. Te mando ubicación, por si acaso. Muac». Y con ese beso, en forma de onomatopeya, se cerró el audio.

Pensé en todos los pros y contras que tenía acoplarme a ese plan. La idea de seguir estableciendo vínculos con las chicas me llamaba mucho porque me habían caído muy bien. Sin embargo, ver al tonto de Pino me iba a costar un poco más de trabajo, y ya ni hablemos de Sastre con su perpetuo silencio. También estaba Harry, que lo mismo volvía a ser el de los primeros encuentros, pero lo mismo no.

—Vas a ir —me ordenó la abuela.

—¿Y si no quiero? —traté de resistirme sin esfuerzo.

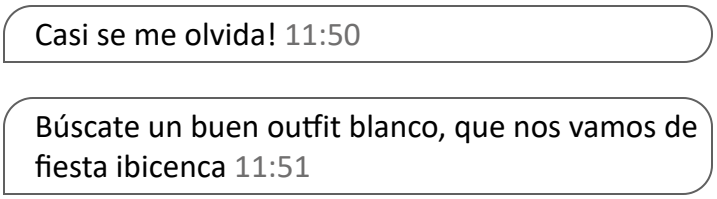
—Pero es que sí quieres, Rodri. No has resoplado. —Levantó la mano para hacer la cuenta—. No te has quejado, no has cerrado la conversación, no me has pedido que te dé una excusa…, quiero decir, tienes todo un imaginario de negativas y, sin embargo, sigues

sonriendo como si ir a esa fiesta fuese el mejor regalo del mundo. —Cinco dedos había levantado durante su soliloquio, y pocos me parecían.

—Vale, sí, puede que quiera ir.

—Estupendo. —Sonrió.

Y entonces llegó otro mensaje de Lisa.



Los ojos se me abrieron como platos… «Un momento. ¿Fiesta ibi…?, ¿qué?».

9

22 de junio

Odiaba el color blanco. Y no, no me parecía exagerado afirmarlo, porque era un hecho. Lo peor era que había sido consciente de esa realidad mientras vaciaba el armario en una triste y desesperada búsqueda por encontrar algo que ponerme para la fiesta. Solo había encontrado unos calzoncillos, decenas de pares de calcetines altos, unas deportivas y un par de camisetas que solía ponerme para combinar algún que otro *outfit*.

«Pero no puedo ir a una fiesta en calzoncillos, con unos calcetines altos y una camiseta básica», dijo una vocecita en mi cabeza. La vibración del teléfono me trajo de vuelta al dormitorio. Estaba arrodillado en el epicentro de una catástrofe sin precedentes, con la ropa desperdigada por toda la habitación, mientras buscaba el móvil. Siete tonos después, conseguí distinguir el centelleo de la pantalla asomando a través de la pernera de uno de mis bañadores. Era una videollamada de Milo, así que lo cogí sin pensar.

—Estoy en crisis —se me ocurrió decir.

—Lo sé —sonaba divertido—, por eso te llamo.

«Es verdad, si le mandé un wasap», recordé. Le busqué en la pantalla del móvil y ahí estaba, apoltronado en la silla *gaming* que le había regalado su madre para paliar la burrada de horas que se pasaba delante del ordenador. Parecía tan contento de verme como yo de verlo a él, mirándome de medio lado mientras controlaba la partida de aquello a lo que estuviera jugando por el rabillo del ojo. Llevaba puesta una gorra e iba con el torso al descubierto; supuse que en Madrid hacía un calor de mil demonios.

—Cuéntame el drama —se impacientó.

Inspiré profundamente, apoyé el móvil en la mesita de noche y me dejé caer de culo contra el suelo, liberando mi desasosiego en un suspiro.

—Me han invitado a una fiesta ibicenca. —Sonó bastante menos serio de lo que me hubiera gustado, así que añadí en tono dramático —: Este domingo, es decir, mañana.

—Está bien. —Me devolvió la mirada un segundo y volvió a sonreír —. ¿Y…? —comenzó él para dar paso a mi siguiente frase.

—Y tengo que ir de blanco.

—Lo daba por hecho, es el punto de una fiesta ibicenca, Rodri. —Se le escapó una risita tonta sin apartar la mirada de la pantalla—. Pero ¿cuál es el problema?

—¿Estás de broma? —Me acerqué un poco más al móvil para dejar clara la gravedad del asunto—. Me conoces mejor que nadie, Milo. Me he pasado media vida trabajando mi identidad alrededor de los colores oscuros. —Y señalé alrededor para enfatizarlo—. Sabes que mi límite está en los tonos tierra. —«Y porque no me queda otra. Mamá se ha empeñado en que deje de vestir siempre de negro y me regala ropa *nude* cada vez que tiene una ocasión para hacerlo»—. Además ¿cuándo me has visto tú ir entero —recalqué la palabra— de blanco?

—Nunca, pero estarías bien guapo —dijo como si nada.

—Es que no tengo un *outfit* ni siquiera parecido —decidí ignorarle —, solo un par de camisetas básicas y las deportivas. Y, por si fuera poco, se me ha hecho tarde para ir a comprar y esto no es Madrid, aquí las tiendas cierran todo el fin de semana. —Remarqué la urgencia.

—¿No has tenido tiempo en todo el día? —me recriminó.

Me limité a resoplar porque sabía que tenía razón.

—Lo sé —me rendí, dejándome caer contra el costado de la cama —. Pero es que no te imaginas cómo me puse la otra noche. Esta gente va a ser mi ruina —intenté dramatizarlo, pero se me escapó una sonrisa al pensar en ellos—. Llegué a casa a eso de las cinco de la mañana y me levanté con una resaca de tres pares de narices que todavía estoy arrastrando.

—Oh —se sorprendió—, así que en eso te estás convirtiendo.

—Eso parece.

—Sin mí —remarcó.

—No te pongas celoso.

—No puedo evitarlo. —Se encogió de hombros.

—No sé qué hacer —reencaucé el tema—. Dame ideas.

—Está bien. —Cogió el móvil de un manotazo, pausó el juego, se levantó de la silla y se tiró en la cama—. ¿Has mirado ya entre las cosas de tu abuelo?

Desvié la mirada hacia la caja. Seguía sin abrir en una esquina junto al armario desde que me la había subido. Nada más volver a Milo, ya sabía cuál era la respuesta.

—No, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso.

—Ni falta que hace.

Le hice un gesto de burla y me levanté.

—Voy a mirar de nuevo por si acaso se me ha pasado algo —mentí. Bastante mal, por cierto.

La destapé con sumo cuidado y me encontré, otra vez, con la chaqueta del abuelo. Noté un nudo en el estómago y se removieron las entrañas solo de verla ahí, mirándome inerte desde ese cubículo de cartón que escondía cientos de historias en trozos de tela. Y entonces recordé por qué esa era la primera vez que me atrevía a hurgar en sus recuerdos. Aunque no lo dijese en voz alta, pensar en él me seguía doliendo casi como el primer día. Pero una parte de mí sabía que el abuelo habría querido ayudarme a superar esa crisis, así que hice de tripas corazón y me volví a sumergir entre sus cosas. Retiré la chaqueta con delicadeza y justo debajo estaba la *bomber* roja, después sudaderas, camisetas, camisas y pantalones, todo de un color que no cumplía con la etiqueta.

—¿Ha habido suerte? —escuché desde la mesita.

Pero no respondí, porque al fondo asomaba un pedazo de tela blanca que restauró mi esperanza. Pegué un tirón de una costura y salió disparada una camisa de lino arrastrando consigo la pernera del pantalón a juego.

—Y una mierda —me salió del alma.

Me acerqué hasta la cámara y le enseñé, con asombro, mi descubrimiento.

—Me estás jodiendo —dijo incorporándose en el sitio.

—Es que ni guionizado sale esto tan bien.

—¿A qué estás esperando? —me apremió—. ¡Pruébatelo!

Le hice caso y, sin rechistar, me deslicé dentro de la camisa. Me quedaba algo grande, pero estaba nueva y hacía el apaño. Además, se llevaba lo *oversize*. Llegó el turno de los pantalones y, esta vez, tuve más suerte, porque contaban con una cuerdecita para ajustarlos a la cintura.

«Como un guante», pensé al comprobar cómo se me ceñían al culo.

—¿Qué tal? —le pregunté, dando un pase de modelos.

—Te queda increíble. —Le noté en la mirada que lo decía de verdad—. Pero se te transparentan mucho los calzoncillos. —No pareció convencerle—. ¿Sigues teniendo los blancos que te regalé?

Miré alrededor, porque sabía que los había visto hacía no mucho.

—Sí, mira. —Los saqué de entre una pila de ropa—. Justo aquí.

—Pruébatelo con esos a ver qué tal. —Y sonrió.

Remoloneé, nervioso, porque del roce, la tensión y muy probablemente por el hecho de tener espectadores, una erección estaba creciendo bajo el lino, que no destacaba precisamente por ser un buen encubridor. Para mi desgracia, actué tarde y para cuando intenté cubrirme con un gesto ortopédico, mi mejor amigo soltó:

—Joder, Rodrigo, pero si la tienes durísima, cabrón.

—¡No mires! —exclamé escandalizado—. Es que mi abuela está todo el día por la casa rondando y no tengo tiempo de… descargar tensión. —Decidí que aquel era el mejor eufemismo—. Perdón.

Se hizo un silencio en la habitación, pero del altavoz salió una risotada.

—¿Dónde está tu abuela ahora? —se interesó, recomponiéndose.

—Ha salido a dar un paseo.

—Entonces ¿qué te impide «descargar tensión» —me imitó— ahora?

—Tú —remarqué— y todo esto. —Señalé la habitación hecha un

desastre.

—Bueno, yo no tengo por qué ser un inconveniente. De hecho…

—De hecho, ¿qué? —Tragué saliva, nervioso.

Se removió un poco en la cama, recolocándose sobre el cabecero, y cambió su semblante a uno que hacía mucho tiempo que no veía.

—Estoy un poco igual.

—¡Milo! —me escandalicé fingiendo taparme la cara de vergüenza.

—Has empezado tú apuntándome con esa bayoneta.

—Ya te he pedido perdón —concluí—. Corramos un tupido velo.

—Vaaale —pareció rendirse—. Bueno, ¿te lo pruebas o qué?

Me sonrió, pero no era una sonrisa corriente, era una que había echado de menos en mi mejor amigo. Y, precisamente por eso, le hice caso sin rechistar. Me bajé los pantalones poco a poco, sintiendo un escalofrío conforme estos se deslizaban por mis piernas, los recogí del suelo y los dejé sobre la cama. Lo miré de reojo y ahí seguía, observándome atentamente sin perderse ni un solo detalle del espectáculo. Metí los dedos en los laterales de los calzoncillos, junto a la cintura, y me los fui bajando lentamente mientras me giraba para mostrarle una vista lateral. Me negaba a desvelar todas mis cartas desde el principio. Ni siquiera estaba seguro de lo que estaba haciendo o si la estaba liando por un calentón. Tenía que hacerme de rogar, insinuarme hasta llevarle al punto en el que sintiera la necesidad de pedirme más. Cogí los calzoncillos que me había regalado él, los blancos, y me los puse, acariciando sin prisa cada centímetro de mi piel, recolocándome la erección para intentar disimularla, pero no mucho.

Cuando devolví la vista a la pantalla, la mandíbula de Milo estaba más afilada que de costumbre y sus pupilas se habían dilatado. En sus ojos brillaba el deseo de un depredador.

—¿Estás disfrutando del espectáculo? —se me ocurrió preguntar.

—No te imaginas cuánto —respondió con voz quebradiza.

—Eres un guarro.

Y se mordió el labio, conteniéndose.

—Rodrigo —carraspeó para recuperar la voz—, no me digas eso mientras te recolocas la polla, tío, que pierdes credibilidad.

Me senté en el borde de la cama, asegurándome de que tuviera

una buena perspectiva, y me recliné para que se me marcase el amago de músculos que tenía repartidos a lo largo y ancho del cuerpo.

—¿Y qué te digo, entonces? —Mi tono era más juguetón ahora.

—No lo sé. —Ni siquiera pestañeaba—. Puedes empezar por quitarte los calzoncillos de nuevo. Para no mancharlos —se justificó en un alarde de lógica aplastante.

Miré hacia abajo. Tenía empapado el calzoncillo, por lo que se me transparentaba todo el glande. Deslicé la yema del dedo por la zona húmeda y me lo llevé a los labios, saboreándome.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees? —susurré.

Él asintió imperceptiblemente.

—Es tarde, muy tarde. —El pulso le temblaba al decirlo.

—¿Qué estamos haciendo, Milo? —reflexioné un momento.

Él se encogió de hombros, con el rostro apretado y las mejillas ardiendo.

—Ni puta idea, Rodri —seguía con la voz inconsistente—, pero, si quieres, podemos seguir y lo descubrimos juntos. Por los viejos tiempos. —Y otro carraspeo.

Me tomé un instante para meditarlo y, sin pestañear, respondí:

—¿Y tú? —Otra vez el tono juguetón—. ¿No te los quitas?

Al ver la sonrisa que se le dibujó en la cara, supe qué iba a decir.

—No recuerdo haberte dicho que llevara.

—¿Has estado desnudo todo este tiempo?

Fue preguntarlo en voz alta y ponerme aún más cachondo. Tanto que, casi sin darme cuenta, deslicé la mano hasta la entrepierna y me la agarré con firmeza.

—Llevo con la polla dura desde que has descolgado en calzoncillos, Rodri. —Sonaron unos golpecitos mientras lo decía y no necesité un esquema para saber que me estaba demostrando lo dura que la tenía golpeándosela contra el abdomen—. ¿Qué pensabas que iba a pasar?

«No lo he pensado», esa era la verdad, pero no se lo iba a decir.

—Supongo que lo he hecho genial, entonces —dije orgulloso.

—Si esto es lo que querías conseguir, sí.

Le dio la vuelta a la cámara y me enseñó lo que tenía entre

manos. Era más grande y gorda de lo que recordaba. Milo y yo éramos amigos desde parvulario, vivíamos en el mismo barrio y nuestras madres se habían acostumbrado a tomar café por las tardes para que pudiésemos jugar juntos en el parque. Si no, siempre estábamos el uno en la casa del otro. Habíamos tenido una amistad bastante normal, casi fraternal, hasta que una mañana, con quince años, durante la clase de gimnasia, nos la habíamos medido en la sala de las colchonetas, por pura curiosidad adolescente. Ya a esa edad marcaba cerca de diecisiete centímetros en el cartabón que llevábamos en la mochila para matemáticas. Con la tontería, aquella mañana habíamos estado a punto de mancillar el almacén del gimnasio, pero nos interrumpió el profesor justo antes de que pudiera tocársela. Tampoco nos supuso un problema, porque esa misma tarde nos hicimos nuestra primera paja en casa de Milo y, para cuando quise darme cuenta, cada tarde después del instituto tenía una cita con mi mejor amigo para chupársela. Y ojalá poder decir que no había sido más que una situación temporal, anecdótica, «cosas de críos», pero Milo y yo nos habíamos pasado los años más cruciales de nuestra adolescencia experimentándonos. Y sí, a los quince esto se puede justificar con la inconsciencia, pero a los dieciocho ya es más complicado. Cada cosa que encontrábamos por Twitter, la probábamos juntos. Había aprendido todo lo que sabía de sexo con él, y viceversa. Hubo incluso momentos en los que sentí que se estaban desdibujando las líneas de nuestra amistad, y noches en las que fantaseaba con cómo sería escuchar un «Te quiero» de los labios de Milo, pero me conformada con un «¿Puedo terminar dentro?». Entonces llegó la universidad, yo conocí a Lucas y tuve que «dejar» aquello que teníamos y que nunca llegó a tener un nombre. Es cierto que alguna vez le había echado un vistazo curioso y fugaz al prepararnos para salir de fiesta o al cambiarnos el bañador después de las tardes de piscina municipal, y sé que él se había conformado con lo mismo, pero nada más. Así que, técnicamente, este era nuestro gran reencuentro.

—Madre mía… —se me escapó en un susurro—. La echaba de menos.

—Siempre ha sido tuya, Rodri. —Sonaba a promesa.

—Ah, ¿sí? —Me empecé a bajar los calzoncillos sin dejar de mirar a cámara y, cuando por fin estaban en el suelo, me abrí de piernas y añadí—. Pues…, ¿por qué no la metes aquí? —Y me acaricié una abertura que bombeaba, sedienta de él.

—Joder —exclamó acelerando el ritmo con el que agitaba la mano —. Como sigas por ahí no voy a poder aguantar mucho. —Me regaló un gemido ahogado—. Te lo aviso.

Yo, que cada vez estaba más mojado, me sumé al gemido y me acaricié la erección para imitarle. Estaba tan cachondo que habría podido terminar con un par de zarandeos, pero quería que lo hiciera él primero, así que estaba teniendo sumo cuidado al menearla.

—No quiero que aguantes —le rogué en un susurro—, quiero que me lo llenes.

Y mientras lo decía, recogí con la yema del índice todo el precum que pude y me lo metí dentro, hasta el fondo, abriéndome para él mientras escuchaba su respiración entrecortada. Su glande estaba cada vez más hinchado y bermellón y, para cuando quise darme cuenta, estaba soltando chorretones de leche caliente sobre sus abdominales entre gemidos descontrolados. Excitado como estaba, no necesité más que escucharle y rozar en el punto correcto para imitarle y terminar empapado y pegajoso.

Me quedé tendido sobre la ropa, con la respiración entrecortada y atento a no derramar lo que tenía sobre el vientre. Milo cambió la cámara y volvió a enfocarse la cara. Estaba rojo y jadeante mientras me miraba con ojos melosos.

—Supongo que damos la crisis por resuelta… —dijo regalándome una sonrisa traviesa.

—Sí, crisis resuelta —le respondí con una sonrisa torcida.

10

23 de junio

El pueblo parecía otro por la noche. Los bares caldeaban la calle principal con la tenue luz de sus terrazas. Las aceras estaban atestadas de puestos de venta ambulante de pulseras, colgantes y artesanía. Los turistas cambiaban sus bañadores y biquinis por camisas abiertas y vestidos de satén. La playa pasaba de ser una colmena de sombrillas de colores a estar desierta y tan solo iluminada por el blanquecino resplandor de la media luna. El murmullo de las cotorras, el nuevo pájaro local, callaba y cedía espacio a la música, en este caso, de la noche de San Juan.

Había tenido que recorrer el pueblo de cerro a cerro para llegar a la fiesta. Y, por culpa de mi incapacidad para calcular la medida distancia-tiempo, llegaba tarde. Eran casi las once de la noche, habíamos quedado a eso de las diez, y, en poco más de una hora, tocaba hacer el ritual de San Juan para tener suerte el resto del año. Era una tontería y, en cualquier otra circunstancia, no le habría dado importancia, pero, aquella noche, había tomado la decisión de confiarme al destino, por si caía la breva.

La cola para entrar al recinto se me hizo interminable después de más de media hora esperando. Cuando iba a llegar mi turno, preparé el código QR en el móvil, dispuesto a entrar raudo y veloz. Sin embargo, la vida tenía otros planes para mí. Como de costumbre.

—Lo siento, amigo —me dijo el portero con deje condescendiente mientras cerraba el cordón para cortarme el paso—. Estamos llenos.

—Pero —intenté quejarme— tengo entrada —dije, enseñando el QR, por si servía.

—Lo siento, no puedo hacer nada. —Y se encogió de hombros.

«Será desgraciado el muy…», refunfuñé para mis adentros.

—Eso se lo dirías a cualquier otro, pero él viene conmigo.

Levanté la vista, interrumpiendo mis peores deseos, y me encontré con Lisa, que, con un despampanante vestido de seda blanco y con el pelo más aleonado que de costumbre, había aparecido por detrás del portero.

—Hola, Lisa —trastabilló, nervioso.

—Hola, *my dear* —sonaba casi como si le perdonara la vida.

—Pasa —y carraspeó—, pasa.

Me abrió el cordón con un cortés gesto de cabeza y, nada más entrar, lo volvió a cerrar. Como un carnerito recién rescatado del matadero, seguí a mi salvadora sin rechistar.

—Gracias —le susurré cuando ya estábamos entre el gentío.

—No tienes que darlas. —Me abrazó de medio lado—. Juanito es un *asshole* cuando quiere, y cuando no… también. Por suerte —se paró a pensar— o por desgracia, aún no lo he decidido —aclaró—, lleva intentando meterse en mi cama desde que nos conocimos por ahí de fiesta. Lo tengo aquí. —Alzó la palma de la mano.

—Pero ¿a ti te gusta ese tipejo? —se me ocurrió preguntar.

—Bueno —se replanteó un instante la respuesta—, lo que me gusta es mantener mis opciones abiertas.

—Me parece justo —asentí.

Tras una sonrisa cómplice, satisfecha y sin decir una palabra más, me llevó de la mano hasta la barra.

—Quédate pidiendo algo, que voy a por los demás, ¿sí?

Sus enormes ojos azules buscaban mi aceptación, que llegó con un inconsistente gesto de cabeza. Acto seguido, desapareció entre la muchedumbre. Yo, que no me gustaba la idea de encontrarme solo en un lugar tan abarrotado de gente, empecé a navegar con la mirada alrededor para despistar a mi ansiedad.

La celebración se había trasladado hasta la orilla de la playa, donde unos enormes cordones, controlados por guardias de seguridad, nos separaban del resto de la costa. Todo el mundo iba de blanco, hasta yo, y eso incluía, por supuesto, a los camareros, que corrían de lado a lado sin descanso en un intento por sacar el

evento adelante. A simple vista, había gente de todas las edades, aunque predominaban grupos de amigos que, hasta para mí, eran demasiado jóvenes. Frente a las olas, una enorme hoguera iluminaba el recinto, rodeada de otras más pequeñas que, supuse, estaban dispuestas para que las pudiéramos saltar. Y en cuanto a la música, no me podía quejar, porque justo en ese momento estaba terminando de sonar el remix de «Old Town Road».

«A saber qué mierda viene después», prejuzgué. Noté cómo un escalofrío me recorría de la cabeza a los pies cuando sonó el primer acorde de «7 Rings» de Ariana Grande. La canción llevaba meses resonando en mis auriculares y aún no había logrado comprender qué tenía, pero era algo magnético. Cada vez que la escuchaba necesitaba atinar cada sílaba, marcar con el pie sus bajos, zarandearme hipnotizado por el *beat* y sentirme parte de esa narrativa en la que, durante casi tres minutos, me hacía creer que podía con todo.

—*Hey, stalker* —dijo, de pronto, él—, ¿esperas a alguien?

Busqué con curiosidad la voz, fingiendo no inmutarme con su presencia, y me encontré con Harry. La camisa de lino que llevaba era parecida a la mía, solo que algo menos abrochada y con mucho más relleno en la zona…, bueno, así a grandes rasgos. Su pantalón era corto y completaba el conjunto con unas Adidas blancas. En el tobillo llevaba anudada una pulsera marrón, como las que vendían en los puestos. No sabría decir por qué, pero me agradaba el toque que le daba al conjunto. Aunque, a decir verdad, me habría gustado cualquier cosa que tuviera que ver con aquel maldito británico de ojos azules.

—No necesariamente. —Me hice el duro.

Había acertado con la respuesta, porque él negó divertido.

—¿Me puedo sentar? —Apuntó al taburete que había junto a mí.

—Por favor —Le invité con un gesto de mano.

Todavía sonriente, separó el asiento de la barra y se sentó.

—No sé cómo lo hago para terminar dando siempre contigo.

—Oh —me sorprendí—, pero ¿no te ha avisado Lisa?

—No —reconoció—, la verdad es que no.

—Será cosa del destino, entonces —solté en un acto reflejo.

«Espera, ¿lo he dicho en voz alta?».

—Es caprichoso el destino, sí. —Y sonrió—. ¿Te gusta?

La pregunta me pilló por sorpresa.

—¿El destino? —dudé arrugando la cara.

—La cansión —remarcó para luego soltar una carcajada.

«Soy un puto chiste», acepté.

—No te haces una idea —le respondí en voz alta—. Me hace sentir… —Busqué la palabra adecuada—. Poderoso.

Su semblante cambió de golpe, parecía interesado.

—Uh, poderoso. Me gusta. —Asintió convencido—. Perdona —llamó la atención del camarero—. Dos servesas, por favor.

El camarero asintió en silencio, sacó dos botellines verdes del congelador y los plantó frente a nosotros. Junto a ellos, colocó dos trocitos de papel blanco con sendos bolígrafos.

—Para la hoguera —aclaró, por si no lo habíamos entendido.

Harry se adelantó, pagó de un tarjetazo y me tendió el botellín.

—A la siguiente, invito yo —me quejé.

—¿Sabes ya lo que vas a escribir? —Cambió de tema.

Fruncí el ceño, pero dejé pasar que ignorase mi queja.

—Solo se me ocurre una cosa que pedir. ¿Y tú?

Él se lo pensó un poco más.

—Sí —asintió convencido—, lo tengo.

Cogí mi pedazo de papel, imitando a Harry, inspiré profundamente y escribí con decisión: «Olvidar a Lucas». Porque, si bien era cierto que desde que había conocido a Harry me encontraba mejor, vivía con la sensación constante de que mi obsesión por él no era más que una tirita. Y a base de parches no se podía remendar un corazón roto.

Solté el boli sobre la barra, doblé el papelito y vi que Harry aún seguía absorto en el suyo. Intenté no caer en la tentación, resistirme al ansia por hurgar en los anhelos del responsable de mis ojeras, pero fallé en el intento. Entrecerré los ojos para aguzar la mirada en un alarde de discreción y, muy a duras penas, conseguí leer: «*Forget about A…*». Pero, al parecer, mirar fijamente un papel con cara de suma concentración no era tan prudente como yo pensaba y, evidentemente, Harry me pilló.

—¡Eh! —me recriminó, tapando la última palabra antes de que pudiera leer el nombre—. Un poco de privasidad, por favor.

—Perdón, perdón —me excusé levantando las manos a la par que me daba la vuelta para asegurarme de no volver a caer en la tentación—. Avísame cuando termines.

—Ya está.

—Ha sido rápido.

—Ya había terminado —reconoció—. ¿Vamos?

—Pero me dijo Lisa que… —intenté rebatir.

—Lisa nos está esperando desde hase ya un rato. —Y sonrió—. Está con los demás —señaló con un gesto de cabeza—, junto a la hoguera.

Torcí el rostro sin comprender qué estaba pasando, a pesar de que su gesto burlón hablaba por sí mismo.

—¿Eso quiere decir que…? —empecé a formular.

Pero Harry se me acercó al oído y me susurró:

—A veses, y solo a veses —aclaró—, el destino tiene nombre y apellido. —Y se separó de mí, autosuficiente.

Me quedé un rato mirándolo, incrédulo, negando en silencio mientras contenía una risita nerviosa que habría delatado lo cachondo que me acababa de poner el sentir su respiración en el lóbulo de la oreja.

—No te soporto —mentí.

—Normal. —Se encogió de hombros—. No me soporto ni yo.

Una risa histriónica me avisó de que habíamos llegado. Junto a la hoguera, Sara se deshacía entre carcajadas descontroladas por algo que le debía de haber contado Sastre. Él, con cara de absoluta neutralidad, le daba un sorbo a su cerveza. Lisa y Nívea estaban algo más alejadas y de espaldas a nosotros, atendiendo a Pino, que, con semblante relajado y casi aniñado, sonreía bobalicón. Sin embargo, fue vernos —o más bien verme a mí— y sus facciones se afilaron de golpe, cortando el aire con los pómulos.

—Dos de dos, novato —me apeló con un gesto desagradable.

El resto del grupo me buscó con curiosidad. Lisa se apresuró a

venir a darme otro abrazo, mientras que Nívea fulminaba a Pino y agitaba los brazos con un reproche susurrado que fui incapaz de escuchar.

—Lo que no es normal es llegar siempre tarde —escuché a Pino justificarse.

—Tú ni caso —me dijo Lisa, aún acogido entre sus brazos.

Sara fue la siguiente en venir. Me plantó un beso en la mejilla mientras me contaba lo que supuse que era el chiste de Sastre en un idioma ininteligible que dejó un olor a alcohol dulzón bastante desagradable a nuestro alrededor, mientras que Sastre se limitó a sonreírme desde el sitio.

—Perdónale —me rogó Nívea con un tierno abrazo.

Yo le quité hierro al asunto y hasta me molesté en saludar a Pino con un gesto de mano y una sonrisa fingida, a lo que me respondió con una mueca confusa. En cuanto a Harry, se mantuvo a mi lado todo ese tiempo. No dijo nada, pero tampoco hizo falta. Estaba de mi lado y me gustó que me lo hiciera saber con naturalidad, quedándose ahí, conmigo.

El resto de la noche no fue mal. Pino me pidió disculpas con la boca chica y ante la atenta mirada de Nívea, que muy probablemente le había redactado palabra por palabra lo que me tenía que decir. Harry quiso estar presente; no lo dijo, pero lo entendí y pude verle de soslayo asentir agradecido ante la disculpa forzada de Pino. Y, aunque se quedó taciturno, nos echamos unos bailes improvisados con los demás. Tres cervezas después, estábamos preparados frente a las llamas con los papelitos, listos para dejar todos nuestros deseos e ilusiones en manos del destino.

—¿Crees que se cumplirá? —me preguntó Harry en privado.

Le busqué la mirada. En sus pupilas detecté ese brillo oscuro que distingue al miedo y fue entonces cuando recordé su deseo. Él también necesitaba olvidarse de alguien, como yo. Y justo ahí, en ese instante, bebiendo de sus temores, comprendí una cosa.

—Depende de nosotros. —Y se me escapó un suspiro ahogado, porque esa era la verdad: desear algo nunca iba a ser suficiente para que sucediera y, en ese momento, dejar atrás el pasado era cosa nuestra.

—Tienes rasón —entendió y, sonriendo con tristeza, lanzó el papel al fuego.

Le imité sin ganas. Ya había perdido la fe en que el destino se fuera a poner de mi parte. Pero, como otras tantas veces, la vida halló una nueva forma de sorprenderme.

—¿Te apetese que vayamos a un sitio más tranquilo?

La pregunta de Harry llegó como agua de mayo. Solo había una respuesta posible:

—Claro.

El camino hacia la cala lo hicimos en silencio, tan solo disfrutando del arrullo de las olas al chocar con unas enormes rocas que nos ocultaban de miradas indiscretas. Estaba a punto del colapso: tenía las pulsaciones aceleradas, las manos sudorosas y ese pellizco en el pecho que casi no te deja respirar. Y sabía de sobra que era por culpa de la incertidumbre, mi mayor enemiga.

«¿Por qué me has traído hasta aquí, Harry?», resonaba en mi cabeza en un constante bucle del que no sabía salir. Hasta que él me rescató en un alarde de heroicidad.

—¿Quieres? —Me tendió una botella de tequila.

Poco antes de abandonar la fiesta, me había pedido que esperase junto a la puerta. Al regresar, traía consigo una cubeta con la botella, un par de vasos de chupito, un salero y limón en rodajas.

—No me has dicho de dónde la has sacado. —Arrugué la frente.

—¿De verdad quieres saberlo? —Me enseñó los colmillos en una sonrisa que me dio escalofríos, pero no por miedo a lo que escondía, sino porque me imaginé esos dientes clavándose en mi cuello entre restregones de placer.

«Basta», me reprimí a mí mismo.

—Sorpréndeme —le reté.

—Está bien. —Se encogió de hombros—. Conosía al portero de la fiesta, porque quiere ligarse a Lisa, me aserqué y le dije que la botella era para mi hermana. —Sonaba orgulloso de sí mismo mientras lo contaba, y no me hizo falta escuchar ni media palabra más para conocer el resto de la historia.

—El puto Juanito te la ha regalado —la terminé yo.

—El puto Juanito me la ha regalado. —Me la volvió a tender.

La cogí, negando entre risas, y pegué un trago.

—Pero ¡así no, bruto! —me riñó entre carcajadas.

Me uní en cuanto se me pasaron las ganas de vomitar.

—Y yo qué sé —me quejé—. No me has dado instrucciones.

—Anda, deja. —Me quitó la botella y la posó frente a él—. Lo primero es la sal. —Se pasó la lengua por el dorsal de la mano y lo roció con el salero—. Preparas el limón. —Cogió la rodaja con la mano sazonada—. Y ahora lames. —Pasó la lengua por la sal—. *Shot.* —Pegó un sorbo consistente a la botella—. Y limón —dijo a duras penas, mordiendo el limón con la cara comprimida.

—No parece mucho mejor. —Su semblante lo decía todo.

—Venga, prueba —me animó.

—No, no…, yo casi que mejor…

—*Don't be silly!* —Entre risas, recogió el salero y se volvió a rociar el dorso de la mano. Ese nuevo escenario no lo tenía previsto—. Te prometo que está mucho más bueno. —Y me tendió, una vez más, la botella.

«Espera, ¿Harry quiere que…?», pensé. La cogí, cauto, sin apartar la vista de su mano, que cada vez se acercaba más a mi boca.

—Recuerda: sal, tequila y limón —dijo con confianza.

Tragué saliva de forma sonora, con el corazón latiendo a catorce mil revoluciones por segundo, asentí y me acerqué, con prudencia, hasta quedar junto a su mano. Él no la apartó, y yo no quería hacerlo más raro de lo que ya era, así que, fingiendo seguridad, deslicé la lengua sobre la sal, sobre su piel, y le pegué un trago al tequila. Él me sostenía sonriente una rodaja de limón que yo había olvidado coger, la mordisqueé mientras el jugo sobrante se deshacía entre sus dedos, pero no parecía importarle estar impregnado de limón, ni de mi saliva. No sé si fue por hacerle caso y seguir las pautas, o porque ese trago sabía a él, literalmente, pero me hubiera bebido cien más.

—¿Mejor? —Sonaba satisfecho de su trabajo.

—Mucho, sí —fui capaz de formular a duras penas.

Me recoloqué en el sitio, en un fútil intento por esconder cuánto le

había gustado a mi entrepierna ese último trago de tequila, y Harry me imitó, dudaba que por las mismas razones.

—*Let's play a game* —soltó sin más, en un perfecto y profundo acento británico que no me cansaría de escuchar ni en mil vidas.

—Está bien. —No me lo pensé mucho.

Una sonrisa se le dibujó en el rostro, satisfecho.

—*Okay, so*… —movió las manos más de la cuenta y la botella cayó entre los dos, girando unos pocos grados y apuntándome, como si de un juego de besos adolescentes se tratase—, *that'd be a different game*. Perdón. —Se rio cómplice a la par que avergonzado y recogió la botella rápidamente. Yo me forcé a imitarle, maldiciendo al destino por la broma y apuntándome la deuda de ese beso que se me acababa de negar—. *Okay, so*… —repitió a propósito para reiniciar el momento—, yo te hago una pregunta y, si a ti no te apetese responderla, tienes que beber un *shot* de tequila, ¿sí?

—Parece fácil. —Me encogí de hombros—. Si no rompes la botella.

—*Oh, it is.* —Sonrió complacido a la vez que ignoraba mi chiste a propósito—. Primera pregunta: ¿qué has escrito en el papel? —atacó sin avisar. Luego se hizo una pausa antes de aclarar—: en el que hemos tirado a la hoguera.

Le observé un momento en silencio. Desde donde estábamos solo se oía el crujido que produce la sal al encontrarse con las rocas. Podría haberle dicho sin ningún problema qué había escrito, puesto que no era ningún secreto. Sin embargo, el hecho de que tuviera tal interés por saberlo me resultaba estimulante, y me apetecía que siguiera siendo así, por lo que dejé escapar una sonrisa socarrona que él entendió al instante.

—*No salt, no lemon, just tequila* —me retó.

Le arrebaté la botella, desafiante, sin protestar ante esta nueva e improvisada regla, y le pegué un trago que ya no me supo a él, solo a cabezonería y azufre.

—Me toca —logré decir al sobreponerme a la quemazón—. ¿Qué has escrito tú?

Me quitó la botella de las manos y soltó una risotada.

—Como si no lo supieras. —Y, sin pensarlo, le dio un sorbo.

La cara se le arrugó en una mueca de dolor controlado.

—Está fuerte, ¿eh? —me mofé.

—Cuéntame un secreto —respondió cual resorte.

—Eso no es una pregunta.

—¿Cuál es tu mayor secreto? —reformuló.

Se me escapó un ademán derrotado y él lo aceptó con gusto. «Mi mayor secreto…», pensé. No estaba seguro de tener uno y eso se debía, en esencia, a un defecto de fábrica que me incapacitaba para guardarlos.

Echando la vista atrás, había ciertos momentos que podrían haber llegado a ser un secreto: esas tardes con Milo en las que habíamos desdibujado las fronteras de nuestra amistad, y las cuales le había relatado a Lucas con pelos y señales poco antes de empezar a salir; o aquella noche en la que yo me había escapado a las tantas de la mañana para darme un revolcón de última hora con Lucas en un parque cercano, y tras el que Pablo me pilló colándome en casa bien entrada la madrugada con los labios amoratados y los pantalones manchados de césped —circunstancia que aprovechó para extorsionarme con contárselo a mamá a no ser que yo me encargara durante un mes de su turno del lavavajillas—; o mi acercamiento muy temporal y experimental a la marihuana en segundo de carrera, y que, si no recuerdo mal, le confesé a la abuela una noche de verano, entre risas, cuando ya había pasado el tiempo suficiente para considerarlo anecdótico… Así que no, en principio no tenía ningún secreto.

—No se me ocurre ninguno —logré decir.

—*Come on!* —se quejó—. Todos tenemos secretos.

«Todos tenemos secretos», resonó en mi cabeza. Sabía que razón no le faltaba, así que me dispuse a buscar una vez más. Dejé que el ronroneo del mar me guiase en un viaje al lugar más oscuro de mi propio ser, a esa caja fuerte que nunca abría para no hacerme daño, y me topé con batallas en las que prefería no entrar. Al menos, no borracho y con Harry observándome curioso. Me quedé en la superficie, sin embargo, en la consecuencia que me habían dejado todas esas contiendas sin librar.

La pregunta era si quería revelarle mis cartas tan pronto, dándole a Harry un poder sobre mí que no tenía nadie más. Necesitaba saber

que este secreto sería nuestro, que mis heridas de guerra no se convertirían en un arma arrojadiza. Pero es que la respuesta a esa duda se encontraba fácilmente en el brillo de sus ojos, en cómo esperaba con paciencia a que le contase esa verdad que nadie más sabía. Quería conocerme, quería saber quién era, o al menos eso me dije a mí mismo para reunir el valor necesario y así responder a su pregunta.

—Vale —asentí convencido—, creo que lo tengo.

Él no dijo nada, tan solo me dio paso inclinando la cabeza.

—Se me da fatal expresar mis sentimientos. —Carraspeé—. Me refiero a expresarlos desde el corazón. —Intenté tragar saliva, nervioso, pero tenía la boca seca—. O, quizá, es… que no sé sentir. —Y ahí estaba el secreto, pero a la vez mi mayor miedo—. Cada vez que he exteriorizado lo que siento, o lo que creo que siento, lo hago en un movimiento ensayado…, no es más que una performance de lo que sé que debería decir. Pero nunca sé si lo que digo es lo que siento. No sé… —Hice una pausa—. Es complicado.

—Grasias por compartirlo conmigo —soltó en un susurro.

Levanté el mentón y sus ojos me abrazaron con pena.

—No me mires así —le rogué.

—¿Así cómo? —Se solaparon nuestras voces.

—No es tan malo como parece —continué—. Y menos desde que he encontrado la forma de comprender y exteriorizar cada cosa que creo que siento.

Torció el gesto. La tristeza viró en curiosidad.

—¿Se puede saber cuál es?

Supe que aquello contaba como otra pregunta, pero, en esta ocasión, decidí darle el placer.

—La… —me trabé—. La música.

—Oh —se sorprendió—. Pero componiendo, cantando o…

—No, simplemente con canciones. —Sabía que tenía los colores subidos por el calor que me había entrado de golpe—. Según lo que me suceda —le expliqué—, escucho una canción u otra. Y soy consciente de que todo el mundo lo hace, no me malinterpretes, pero es que, para mí, es la única forma de asegurarme de que lo que siento es… real. De hecho —se me escapó una risita nerviosa—,

tengo la fea costumbre de relacionar cada momento o cada experiencia de mi vida con una canción de Inez Archer. Bueno, y de otras artistas —aclaré—, pero sobre todo de ella.

Tragué aire para no desmayarme a causa del monólogo que le acababa de soltar y esperé una respuesta que parecía no llegar. Harry me miraba sin pestañear, supuse que intentando contener la vergüenza ajena o en busca de la excusa perfecta para escapar de allí lo antes posible.

—Puedes reírte si quieres —le invité fingiendo una sonrisa.

Pero su semblante se tornó sombrío de golpe.

—¿Por qué me iba a reír?

—Bueno… —dudé—, porque sé que suena ridículo.

—Rod —me cortó—, nada que tú digas suena ridículo.

«Si supieras que ahora las canciones me suenan a ti…».

—Está bien. —Y volví a forzar la sonrisa.

—Además —su semblante cambió a uno más tierno—, es mucho mejor ayudarte de las cansiones para entender lo que sientes que quedarte con la duda, ¿no?

—En eso estamos de acuerdo. —Se me escapó un suspiro.

Un nuevo silencio intentó colarse entre nosotros, uno enorme que estaba a punto de crear un abismo, pero, en esta ocasión, Harry lo interceptó y no se lo permitió.

—Hay una cansión que llevo escuchando en bucle desde hase semanas —se sinceró sin previo aviso—. Está siendo… —pude ver en sus pupilas que buscaba la palabra adecuada, pero no la encontró en español— *pretty cathartic* para mí.

—¿Puedo escucharla?

—Claro —aceptó él de buena gana, levantándose del suelo en un movimiento perfectamente coreografiado—, pero —dibujó una sonrisa socarrona— con una condisión —me buscó con tal ilusión que ni me dio tregua para preguntar cuál—: si prometes gritarla conmigo.

Me tendió la mano y ensanchó su sonrisa.

—Vale —me dejé ayudar—, pero a lo mejor no la conozco.

Él soltó una carcajada que me asustó un poco.

—Hay algo que deberías saber. —Se mordió el labio.

—Sorpréndeme —le pedí.

—Me encanta Inez Archer. —Y pulsó el Play.

Un golpe seco dio paso a unos coros que me erizaron cada centímetro de la piel. No había necesitado más que un segundo para saber a qué venía esa sonrisa y entender por qué me había pedido que la cantase con él con esa seguridad pasmosa que le caracterizaba… Y es que era imposible que no me supiera de memoria cada acorde de «Oh, I Remember», de Inez Archer, toda una obra maestra.

—Me has sorprendido —reconocí.

—Lo suponía —asintió satisfecho y, acto seguido, empezó a canturrear—. *Looking at it now*…

El verso se desarrolló entre bailoteos de cabeza y frases desgañitadas que no acertaban una sola nota, pero eso era lo de menos. Harry me estaba confesando muchas cosas con esa letra y puede que aquel arranque de valentía y de sinceridad no fuera más que una consecuencia del alcohol. Quizá era el tequila el que cantaba por él, pero yo estaba escuchando la gravedad de su voz y sintiendo la magnitud de su verdad.

—*I remember* —concluyó su verso y, mirándome fijamente a los ojos, me dijo—. Te toca.

Esperé a que los coros se disolvieran, a que la voz de Inez se deshiciera entre percusiones. Tenía el corazón revolucionado, en parte a causa de la vergüenza, en parte porque estaba viviendo un momento que no sabía si me merecía. Pero me dejé llevar.

—*You found the story of us* —la voz apenas me salió en un hilo que se perdía entre las olas—*, then discovered*.

—*Then discovered* —me hizo el coro.

Intenté contenerme, seguir adelante con la letra, pero me había pillado tan desprevenido que estaba doblegado ante Harry con un ataque de risa que, al parecer, era contagioso. Cuando fuimos capaces de recuperarnos, saltamos como desquiciados en una vorágine de preguntas que gritamos sin consuelo.

«¿Es esto siquiera real?», me pregunté por un momento.

Pero ahí estaba él, con esos ojos azules brillando bajo la luz de la luna, gritando cada frase, cantando cada verso, murmurando cada

coro y tocando con las manos una batería imaginaria que me desarmaba por completo.

El momento era tan perfecto que ya solo concebía que pudiera ir a peor. Lo natural hubiera sido que un maremoto nos arrasase de pura envidia, que una tormenta estallase y nos lanzase rayos, granizos y vendavales cargados de resquemor, que un meteorito nos redujese a ceniza por puro resentimiento, pero nada de eso pasó. El mundo nos dejó seguir adelante con ese ultraje al arte más puro. Y llegó el puente. Y Harry y yo, a coro, nos lo gritamos como dos perturbados que habían sufrido más de lo que deberían.

¿Recuerdas cuando tuvimos aquel accidente
y estuvo a punto de irse la luz?
Y empezaste a llorar, y yo lloré contigo,
hasta que amaneció y te vi.
¿Recuerdas cuando no pudimos aguantar la presión
y me tuve que ir sin pedir perdón?
Y las sombras fueron monstruos día tras día,
hasta que amaneció y te vi.

Con el aliento entrecortado y la adrenalina por las nubes, di un par de pasos atrás porque Harry y yo nos habíamos acercado demasiado, más de la cuenta. Él me miraba incrédulo, con los ojos cristalinos y un semblante que no terminaba de comprender.

—*Who hurt you?* —fue capaz de preguntar.

Yo conocía la respuesta a esa pregunta, pero no le respondí.

—*I remember* —canturreé acompañando la voz de Inez.

Harry asintió y, siguiéndome el juego, bramó:

—*Oh, I remember!*

Y entre saltos y gritos descarnados nos enfrentamos a nuestros demonios o, al menos, conseguimos hacerlos más pequeños. Porque Harry acababa de descubrir que yo le entendía, y yo acababa de descubrir que él me entendía a mí. Y, en ese instante, estuve seguro de que no existía nada más poderoso.

Estábamos de vuelta en el suelo, exhaustos después de exponernos en un festival de cánticos desentonados que habrían

horrorizado a cualquiera. Y, no obstante, ahí seguíamos, tendidos sobre las piedras de una cala que ahora parecía pertenecernos mientras observábamos las estrellas en un silencio que, por primera vez, se sentía hogar.

El murmullo de las olas bailoteó de fondo, como la banda sonora perfecta, mientras el tequila ya estaba haciendo de las suyas, calentándome las sienes y arremolinando el tiempo y el espacio a mi alrededor.

Estaba algo atontado. Sonreía al firmamento y le daba vueltas a una pregunta que llevaba ya un rato resonando en mi cabeza y que, aunque me esforzaba por mantener presa, estaba cada vez más cerca de escaparse. Tanto era así que sentí que me quemaba la punta de la lengua. Intenté tragármela, pero, sin querer, en un descuido, se la escupí a Harry.

—¿Por qué me mentiste antes? —Esperé un segundo, pero fui consciente de que la pregunta podía malinterpretarse o malentenderse, así que añadí—: Sobre Lisa y el destino…

Había intentado controlar el vibrato nervioso de la voz, pero se notó. Tenía el pulso acelerado y la sensación de que mi respiración pesada se escuchaba desde el otro lado de la bahía. Él, impasible, se lo pensó antes de contestar.

—¿Seguimos jugando?

Yo tenía clara la respuesta.

—No.

Le busqué por el rabillo del ojo y me encontré con que seguía perdido en algún lugar del cosmos, así que me armé de paciencia y esperé a que organizase sus ideas.

—Me apetesía pasar un rato contigo —confesó.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no girarme en el sitio, abalanzarme sobre él y besarlo. Una parte de mí me invitó a hacerlo, pero, por suerte, hubo otra que contuvo a la bestia, porque no sabía si estaba comprendiendo lo que quería decir. Me hice el tonto, escuché, por costumbre, a mi cordura, y me planté el escudo del humor, para variar.

—Pero si tienes que estar harto de mí.

—Superharto, sí —me siguió el juego—. ¿No se nota?

Me miró con arruguitas en los ojos. Sonreía con las pupilas mientras sus comisuras se desdoblaban en un amago que me resultó de lo más adorable. Yo le imité casi en un acto reflejo.

—Cuéntame un secreto —le parodié, jocoso.

—Eso no es una pregunta —me siguió él, socarrón.

—Pero ya no estamos jugando, ¿recuerdas?

—Supongo que tienes rasón. —Se rindió entre suspiros—. *Okay*… —aceptó, incorporándose—. La verdad es que… —se lo pensó un momento antes de soltar la bomba— sé lo que has pedido en la hoguera.

Tardé una milésima de segundo en asimilar lo que me acababa de decir y me revolví hasta quedar a su altura, pero sin perderlo de vista.

—¿¡Qué!? —grité sin querer—. ¿Has espiado mi deseo?

—*Well…* —se lo pensó—, *yes, but* tú también quisiste ver mi deseo *so*…

—Sí —le corté—, pero no lo vi —hice una pausa— entero.

—*What do you mean by* «entero»? —se le escapó en inglés.

—Bueno, pues que solo leí «*forget about A*…». Nada más.

—*Ava*… —completó él—. *Forget about Ava*.

Comprendí lo que eso significaba.

—Mi *ex-girlfriend* —aclaró, machacando mis ilusiones en un abrir y cerrar de ojos—. Es justo que lo sepas ya que yo sé el tuyo.

Empecé a cargar un suspiro, pero no lo dejé salir.

«Está de luto por su exnovia…», comprendí.

—Entonces hemos pedido lo mismo.

—Olvidar el pasado —añadió él.

—Y eso ¿cómo se hace? —me lo pregunté de verdad.

La tristeza se reflejó en su sonrisa.

—Si lo supiera, no escucharía cada día a Inez Archer.

—Bueno —torcí el gesto—, eso es discutible. —«Porque yo la escucho cada día igualmente», pensé—. Pero sé a lo que te refieres. Sin embargo, esta vez, tengo la sensación de que ni siquiera las canciones parecen entenderme.

—No —suspiró—, a mí tampoco.

—Y ¿qué hacemos ahora?

—Antes has dicho que depende de nosotros.

—Y lo mantengo —asentí—. Por desgracia, depende de nosotros.

—Pero nadie dise que tengamos que haserlo solos, ¿verdad?

—Podemos hacerlo juntos, claro —bromeé—. Algo así como… un grupo de apoyo —se me ocurrió decir.

Él soltó una risotada y a mí se me escapó otra.

—Me gusta cómo piensas. —Sonaba sincero.

«Ah, ¿sí?», me pilló por sorpresa.

—Tiene sentido, ¿no? —le dije en voz alta, sin embargo, con una seguridad fingida—. Al final, estamos los dos pasando por algo parecido y estoy seguro de que si nos sintiéramos comprendidos y acompañados lo llevaríamos mucho mejor.

—*I agree* —asintió de buena gana—. ¿Cómo lo hasemos?

«Pero que lo dice en serio», comprendí.

Intenté pensar una respuesta rápida, pero no se me ocurrió.

—Hasta ahí no he llegado —me sinceré.

Harry buscó una respuesta mejor en las constelaciones que nos arropaban y se le iluminó el rostro cuando la encontró.

—¿Sabes lo que leí una vez?

—Sorpréndeme.

La sonrisa se le amplió hasta cubrirle la mitad del rostro y, al instante, se apagó.

—No, da igual —se arrepintió—. Es ridículo.

—Nada que tú digas suena ridículo.

Me miró de reojo.

—Tienes que dejar de usar lo que digo en mi contra.

—Nunca —solté con falso orgullo.

Harry me mantuvo la mirada sin decir nada y yo le rogué con un gesto de cabeza que se abriera conmigo y, de paso, le hice la promesa telepática de que siempre sería un lugar seguro. Él pareció entenderlo, porque asintió en silencio.

—Disen que hasen falta veintiún días para haser o deshaser una rutina. —Hizo una pausa—. Quisás deberíamos haser eso. Estar veintiún días juntos, hasiendo lo que hubiésemos hecho con nuestras parejas, *like a bromance.* —Se encogió de hombros y retorció el rostro, supe que para esconder lo colorado que se había

puesto al exponerse—. Quiero desir, si estamos lo sufisientemente distraídos, quisás podamos olvidarnos del pasado.

«Like a bromance», resonó en algún lugar de mi cabeza, como un eco que me hizo estremecer. Me quedé entonces navegando en el perfil de su mirada, intentando descifrar el sabor de sus intenciones, pero no saqué nada en claro.

—Vale —acepté reticente—. Pero, y eso, ¿cómo se hace?

—Muy fásil. Pasamos todo el tiempo posible juntos y no permitimos que la mente viaje al pasado, nos obligamos a vivir el presente. —Sus manos se agitaron a toda velocidad de un lado a otro, dándole mucha intensidad a su discurso—. Y, si alguno de los dos recae y vuelve a pensar en esa persona, el otro le ayuda a salir de ahí. —Por cómo lo narraba, parecía ser lo más fácil del mundo—. Tenemos que acostumbrarnos a existir sin ellos.

—Estoy de acuerdo —dije algo más persuadido.

Pero no por el plan en sí, sino porque era la excusa perfecta para pasar horas y horas con Harry a solas, ayudándonos el uno al otro a olvidarnos de esas personas que tanto daño nos habían hecho, con el aliciente de que, tal vez, terminásemos convirtiéndonos en la nueva persona del otro.

Lo que se me olvidó contarle a Harry fue que yo había empezado mis veintiún días sin él. Mi proceso de desintoxicación había dado el pistoletazo de salida el día en el que lo conocí. Y la única verdad era que ya no pensaba tanto en Lucas, lo que significaba que el plan de Harry podía no ser tan descabellado como sonaba.

—¿Eso es un sí? —se preguntó en voz alta.

«Si te olvidas de ella, ¿tendrás lugar para mí, Harry?», dudé.

Pero solo había una forma de responder a esa pregunta.

—Señor Harry… —le invité a decir su apellido con la mano.

—Grosvenor —completó él manifiestamente confuso.

—Uh, *fancy* —se me escapó—. Señor Harry Grosvenor, bienvenido al grupo de apoyo para corazones rotos. —Le tendí la mano, sonriendo con cierta ironía, y él la estrechó con firmeza—. Esto va a ser interesante —añadí.

—No me cabe la menor duda —añadió él, resplandeciente.

Le solté la mano en contra de mis deseos. Un suspiro se me

escapó a la par que me dejaba caer sobre los cantos rodados. El cielo ahora parecía una nimiedad en comparación al centelleo de los ojos de Harry al sellar nuestro pacto.

Entonces se le escapó un bostezo. Yo, irremediablemente, imité su aullido. El alcohol había pasado al siguiente nivel, a ese en el que te atontas y apenas eres capaz de mantener los ojos abiertos. El silencio era cada vez más largo y pesado. Hasta que, de pronto, Harry me sorprendió con una última pregunta.

—¿No te sientes en paz ahora que sabes que no estás solo?

Llené los pulmones de aire y sal, y él hizo lo mismo.

—Mucho más —se me escapó en un susurro.

—Mucho más —se le escapó a él.

Y con ese sentimiento de calma inusitada, nos dejamos atrapar por las arenas de Morfeo, arrullados por esa nana que tararea el mar. No tenía ni idea de lo que significaba nuestro nuevo acuerdo, pero estaba seguro de que aquella alianza marcaría un antes y un después en nuestra historia.

11

24 de junio

La música se deslizaba entre las olas como si del sonido del mar se tratase. Estábamos bailando, saltando, disfrutando de esa libertad que tanto nos merecíamos. Él me miraba como si fuera su centro de gravedad, yo lo miraba porque él era el mío. Poco a poco, de acuerdo con las leyes de la física, nos acercábamos el uno al otro. Podía sentir su respiración acariciando mis labios con delicadeza. Sabía a gloria. Nuestros labios estaban a punto de conocerse y entonces… El graznido de una gaviota me arrancó de cuajo, sin piedad ninguna, de mi paraíso terrenal.

Lo primero que sentí, nada más despertar, fue un aguijonazo en el costado que se encargó de recordarme que no había dormido en una cama. El hedor a sal me incomodaba a esas horas de la mañana. Comprimí los músculos de la cara en un acto reflejo. Abrí los ojos sin prisa, intentando acostumbrarme a los buenos días de un sol incipiente que no me dejaba ver más allá de mi propia nariz, y, cuando lo conseguí, me alegré de haber luchado contra todas las fuerzas de la naturaleza porque ahí, a escasos centímetros de mí, estaba Harry.

Las facciones se le suavizaban cuando dormía. Rendido al sueño, tenía un aire infantil que me obligó a sonreír. Las mejillas le habían cogido algo de color, pues el sol llevaba ya un rato tostándonos el rostro. El flequillo se le mantenía casi intacto, de no ser por un mechón arremolinado sobre la frente que me pedía a gritos ser devuelto a su sitio. Me resistí y no lo hice. Yo estaba hecho un ovillo, quizá porque durante la noche había hecho frío. Respiré tranquilo

mientras continuaba espabilándome. No tenía prisa. Mis sentidos se deleitaban ahora con la reencarnación en carne y hueso de lo que había estado soñando.

—*Good morning, stalker*.

La gravedad de su voz me hizo dar un respingo. Disimulé lo mejor que supe: cerrando los ojos muy rápido para que pareciera que me acababa de despertar, mientras retozaba en el sitio entre quejidos.

—Buenos días… —respondí como si me costara, estirándome.

Harry consiguió abrir los ojos a duras penas.

—¿Me estabas mirando mientras dormía? —atacó sin piedad.

—¿Qué? —salté como un resorte.

«Claro que sí», me reprochó mi propia voz.

—Claro que no —me defendí yo.

Él simplemente sonrió.

—*It was a joke, Rod*.

—Oh —se me escapó—. Ya lo sabía.

—*Oh, God, I'm knackered* —se lamentó—. *This is worse than The Solstice*.

—¿El Sols…?, ¿qué? —quise saber.

Él, ajeno a mi pregunta, y casi que a mi existencia, se hurgó en el bolsillo hasta dar con el móvil. Nada más desbloquearlo, se levantó de un salto entre maldiciones.

—*Oh, shit, shit, shit!*

—¿Qué? —Me asusté.

—Llego tarde al trabajo. —Fue todo lo que dijo.

Miró alrededor, aún algo confuso, y se abalanzó sobre los restos de nuestra borrachera para meterlos en el cubo.

—Déjalo —le pedí—. Ahora termino de recoger yo.

—¿Seguro? —preguntó aún en cuclillas.

—Seguro —le confirmé.

Se volvió a erguir y comprobó el móvil una vez más.

—¿No vienes entonses? —se aseguró, ya de espaldas.

—No —negué forzando una sonrisa—. Me voy a quedar un rato más, a ver si me espabilo. —Dudé que me estuviera escuchando—. ¿Nos vemos luego? —me salió en un hilo de voz.

Terminó de mandar un mensaje y analizó mi pregunta.

—No sé si podré. —Sentí su respuesta como una puñalada—. Pero te escribo, ¿sí?

—Sí. Genial —logré decir.

—Hasta luego —añadió.

Y acto seguido, sin una sola palabra más, se marchó.

—Hasta luego —dije para mí mismo.

«¿Qué acaba de pasar?». Me perdí en el azul del mar y, por la razón que fuera, me sentí parte de él. Intenté hacer un repaso rápido de la noche anterior, de la conversación, de los cantos ahogados, de todos los secretos que ahora eran compartidos…, de nuestra promesa. «¿Ha sido real?», dudé un momento.

25 de junio

Volví a activar el piloto automático. Estaba parado en mitad del mercado, entre gritos y olores que me desagradaban, y ni siquiera sabría describir cómo había llegado hasta allí. La abuela cotilleaba con Paquita en la frutería, le contaba que me había quedado dormido en la playa y que le había dado un susto de muerte, pero eso no lo supe porque la estuviera escuchando, sino porque ya me había dado la charla la mañana anterior, cuando llegué a casa. El resto del día estaba algo borroso. Había pasado gran parte en la cama, de resaca, comprobando cada cinco minutos si Harry me había escrito. No dio señales de vida.

En cuanto al piloto automático, me pasaba a menudo e intentaba luchar contra ello de la mejor manera posible, pero cada vez se me hacía más bola. Cuando entraba en ese estado, me sentía Damon Salvatore apagando su humanidad para no sentir. Mi gran superpoder: apagar el sistema operativo cuando me sentía mal, como si de un virus se tratase, para que todo doliera menos. Por aquel entonces, evadir la realidad me resultaba absurdamente efectivo.

—Niño. —La voz de la abuela me trajo de vuelta a la frutería.

Con mucho pesar, levanté la mirada perdida, sin prisa, pero la abuela no fue capaz de esperar a que yo enfocase del todo y añadió:

—Que te está sonando el móvil. Mira a ver si es tu madre, que luego se preocupa —refunfuñó—. Yo no sé para qué quieren tanto teléfono… —susurró a Paquita, como si yo no estuviera a metro y medio.

Ajeno a frases tópicas de la tercera edad, saqué el teléfono con desgana. Normalmente, lo tenía en modo vibración porque detestaba que me sonaran las notificaciones, pero el día anterior lo había quitado por si me escribía… él. Y, visto lo visto, fue una buena idea, puesto que tenía sin leer cuatro mensajes de Harry.

Buenos días, Rod! 9:22

Tengo un descanso en media hora 9:24

Te da tiempo a llegar? 9:24

Tenemos que hablar 9:25

«Tenemos que hablar», resonó en mi cabeza con su voz. Esa frase nunca traía nada bueno, pero tocaba apechugar.

Claro.
Me pasas ubi? 9:26

Pretendía sonar seguro de mí mismo, como si no tuviera el corazón a mil revoluciones por segundo, escalofríos, goterones de sudor escurriéndoseme por la frente y unas ganas de vomitar irrefrenables. Claro que parecer seguro en un mensaje era sencillo, pero luego tendría que enfrentarme a la conversación sin una pantalla de por medio que camuflase el vibrato nervioso de mi voz. Mi móvil volvió a sonar… «Ubicación».

Se me revolvió el estómago al comprobar que estaba a apenas un par de minutos del mercado, lo cual no me dejaba mucho margen para ensayar la sarta de mentiras que iba a soltar para defenderme de lo que fuera que hubiera hecho. Porque, en ese instante, solo podía pensar en una cosa: que, pasara lo que pasase, no quería

perder a Harry. Y ya no solo por el aspecto romántico, puesto que nuestra «historia de amor» no era más que una fantasía que me había montado yo para no pensar en Lucas. Por primera vez había conocido a un grupo de personas con el que medio encajaba, que no era fugaz como cada una de las amistades que había hecho en aquel pueblo, y me negaba a perder a Lisa o a los demás cuando eran los únicos que me podían ayudar a llegar cuerdo a septiembre.

Esperé con paciencia a que la abuela terminara de elegir la cena de aquella noche y la acompañé al coche con todas las bolsas. Para cuando me despedí de ella, no quedaban más de cinco minutos para mi cita improvisada con Harry, por lo que aceleré el paso y llegué a la zona de impacto en menos de un minuto, superando así las expectativas del Maps.

HOTEL ALMIJARA, anunciaban una serie de banderas en la puerta de un hotelito de tres estrellas que estaba situado en la única calle que permitía salir del pueblo. La fachada de ladrillos solo dejaba espacio en blanco para los balcones. Me asomé con disimulo para cotillear cómo era por dentro, pero, en su lugar, me encontré con Pino, que me pilló chafardeando mientras se despedía de Harry con un abrazo fugaz. Le medio saludé como si nada, tratando de disimular mi torpeza, pero él se dio la vuelta fingiendo no haberme visto y regresó a las profundidades del hotel cual rata volviendo a su madriguera.

Cuando Harry se dio cuenta de que estaba ahí, se le iluminó el rostro y la sonrisa se le ensanchó. Ese pequeño gesto me tranquilizó un poco.

—Qué puntual —dijo nada más cruzar la puerta.

—Estaba aquí al lado.

Me había dispuesto a empezar a caminar, cuando Harry se me echó encima. Nos fundimos en un abrazo que me pareció más real y duradero que el que se acababa de dar con Pino. Le correspondí con cautela, entrecruzando los brazos por su espalda con el pulso tembloroso. Él no hizo el amago de separarse de mí, y yo tampoco tuve mucha prisa, así que aproveché lo cerca que estábamos para inspirar el perfume que descansaba sobre su cuello.

—Qué bien hueles —se me escapó sin querer.

«Mierda», maldije en silencio.

—Tú también —respondió él.

Se rio y conseguí relajarme. Entre preguntas banales sobre nuestro día, llegamos hasta un puentecito de madera que cruzaba por encima de una rambla seca, descuidada y atestada de coches. Harry se apoyó sobre la madera carcomida de la balaustrada. Yo le imité, pero apoyándome en la de enfrente.

La escena que quedó ante mí era digna de película: sus facciones estaban más afiladas que de costumbre gracias a un juego de luces y sombras, su pelo bailoteaba acariciado por la brisa marina, los incipientes rayos de sol coloreaban sus ojos de un azul aún más celeste, mientras que las olas del mar enmarcaban la estampa. Harry, no obstante, parecía nervioso.

—En primer lugar —comenzó con un tono errático—, me quería disculpar por cómo me fui ayer. —Me buscó con mirada lastimera—. He sido un imbésil. —«Un poco, pero no pasa nada», pensé—. Tengo mal despertar cuando no duermo bien, llegaba tarde al trabajo, tenía desenas de mensajes de Pino y de Lisa… —siguió enumerando—, y, en fin, no quiero que esta conversación se convierta en una excusa —suspiró—, solo quería pedirte perdón si paresí un capullo.

Traté de contener la emoción y simplemente dije:

—Disculpas aceptadas.

Inclinó la cabeza con aire juguetón.

—Oh, ¿así que piensas que fui un capullo?

«Querido Harry, ya has sido un capullo dos veces», me dije. Y era verdad. Todavía seguía dándole vueltas a lo que pudo haber pasado aquella noche en el pub. «Pero todo se andará».

—Y ¿en segundo lugar? —cambié de tema, divertido.

Harry entendió que no iba a darle el gusto y prosiguió:

—He estado organisándome las próximas semanas.

Me miró en busca de una reacción y torcí el gesto, confuso.

—Para el grupo de apoyo —completó—. Te acuerdas, ¿no?

Se agitó en el sitio, inseguro y nervioso, pero yo lo estaba aún más. Fue mencionar el grupo de apoyo y el corazón me dio un vuelco que casi me lanza puente abajo. Lo que pensaba que se

había quedado en una conversación entre dos borrachos, había sido tan real como yo la había sentido. Sonreí.

—Claro que me acuerdo —le tranquilicé—. El *bromance*.

—Menos mal —respiró tranquilo—, porque le he cambiado a Pino todos los turnos de los próximos veintiún días para que podamos vernos sin falta.

—¿De verdad? —dije incrédulo—. No tenías por qué.

Estaba pletórico, pero preferí no demostrarlo.

—Eso dijimos, ¿no? —Y amplió la sonrisa—. Veintiún días juntos para no pensar en el pasado. Yo te apoyo a ti. —Me dio un golpecito en el hombro—. Tú me apoyas a mí. —Se puso la mano sobre el pecho—. Y si alguno va a tener una recaída, reunión de emergensia. En veintiún días deberíamos estar como nuevos.

Parecía tan seguro de sí mismo y de su soliloquio que yo me limité a asentir en silencio, aceptando cada uno de los términos y condiciones de la excusa que me iba a permitir pasar más tiempo con Harry.

—Suena demasiado bien para ser real.

—Pues si tú quieres —remarcó—, puede serlo.

—Claro que quiero. —Intenté sonar firme—. La duda ofende.

—Perfecto. —Sonrió con la mirada.

—Genial. —Le sonreí de vuelta—. Y ¿cuándo empezamos?

—¿Te recojo mañana a eso de las siete?

Y mientras asentía contundente, aceptando de buena gana una cita de última hora, no pude evitar sentir un atisbo de esperanza. Me había estado autoconvenciendo de que «nosotros» solo estaba pasando en mi cabeza, de que nuestra inexistente «relación» tenía los días contados, de que me estaba lanzando de cabeza, cuesta abajo y sin frenos, y de que, por supuesto, eso iba a terminar conmigo en mil pedazos.

En ese puente, sin embargo, sentí que me aventuraba por una autopista de infinitas posibilidades y supe que podía relajarme, porque, cogiera el camino que cogiese, todo iba a salir bien.

Segunda parte
21 días

Y agaché la cabeza mientras perdía la guerra
y el cielo se oscureció,
trayendo consigo la tormenta perfecta.

«Cured», Inez Archer, 2014

12

26 de junio

El olor a té negro se entremezclaba con el del césped recién cortado. La abuela estaba leyendo en la mecedora, mientras que yo disfrutaba del sonido de la naturaleza y de mi sabor favorito: el de la canela, la vainilla y una pizca de azúcar moreno entremezclándose con la soja.

Había sido un día tranquilo, lo cual me había ayudado a mantener bajo control el nudo en el estómago con el que había amanecido. Habíamos estado arreglando el jardín y cocinando. Después, habíamos hecho videollamada con mamá para que nos contara qué tal le había ido a Pablo en la selectividad. No había llegado a la nota de corte a pesar de haberlo aprobado todo, así que le tocaba esperar hasta septiembre para repetirla y que, con suerte, siguieran quedando plazas. Estaba difícil. Él ni siquiera había querido asomarse a saludar. Según mamá, lo estaba llevando regular, así que le mandé algunos de sus memes favoritos para animarle. Y debí conseguirlo, porque él me lo agradeció con un *sticker* de los dos abrazándonos de pequeños que había hecho mamá. Nos daba mucha vergüenza verlo, así que lo utilizábamos en ocasiones contadas, como en los cumpleaños o en días tristes, como aquel. Y un pacto silencioso prohibía terminantemente el utilizarlo fuera de nuestro chat. Ni siquiera con mi madre.

Estaba absorto en mis pensamientos, perdido en algún lugar del horizonte sonriendo como un idiota. Le di un sorbito al té por inercia y me di cuenta de que se me estaba templando entre las manos. El miedo a que se fastidiara el sabor me devolvió al jardín. Me lo

terminé de un trago y me recosté sobre el banquito sin dejar de agitar la pierna con frenesí. Solo que de esto último no me di cuenta hasta que la abuela lo señaló:

—Al final vas a echar a volar… —se quejó, sin levantar la mirada de *The Seven Husbands of Evelyn Hugo*, una novela que se había comprado un par de días antes en una tiendecita del paseo.

La abuela tenía la costumbre de leerse todo en inglés, eso yo lo había heredado de ella. Según decía, era importante ser una persona con idiomas y, viviendo en un pueblo que cada día se parecía más a una colonia británica, era «imprescindible poder comunicarse con los vecinos y con los clientes». Se refería a su tienda de fotografía. Una que había regentado ella solita durante más de treinta años y que había cerrado unos meses después de que el abuelo falleciera para «jubilarse». Yo echaba de menos corretear por el plató haciendo fotos a los decorados, pero nunca se lo decía porque sabía que era un tema complicado.

La miré de lado y sonreí, tratando de parar el tembleque.

—Perdona, me pasa cuando…

—… piensas. —Su mirada asomó por encima de las gafas. Ahí estaba esa sonrisa—. La pregunta es: ¿en qué?

—En nada importante —mentí—. Estaba dándole vueltas a… —«Piensa, piensa, piensa», me rogué— la estatua del pueblo. —«Bingo».

Ella torció el semblante, sin comprender.

—Sí —soné esta vez más convencido—. El tío este oxidado que se está ahogando.

—Rodrigo, por favor. —Y supe que me pedía respeto.

—Perdón. Es que el otro día, cuando bajé a hacer fotos, me llamó la atención. Me suena que, de pequeño, el abuelo me contaba la historia de la estatua y de un naufragio… —tanteé con los resquicios del recuerdo, y ella asintió—. Pero se me ha olvidado el resto.

—El abuelo y yo teníamos una guerra todos los años con eso —rememoró—. Cogió la costumbre de contártela cada vez que venías, y a ti, que eras muy chico, luego te daba miedo. Por la noche tenías pesadillas, y a mí me tocaba irme a dormir contigo porque decías que los piratas fantasma venían a por ti. —Se sonrió ante el

recuerdo—. Pero, claro…, de eso hace ya mucho tiempo. —Negó apesadumbrada.

Se hizo un ligero silencio y la abuela se perdió un momento en el pasado.

—Ya no me dan miedo los piratas fantasma —apunté trayéndola de vuelta.

—Ni te acuerdas de la historia —dijo apenada.

—¿Me la cuentas? —le pedí—. Por los viejos tiempos.

—¿Te gustaría? —se quiso asegurar.

Asentí en un gesto aniñado y me acomodé en el banco con las piernas cruzadas. La abuela dejó el libro sobre la mesa sin poner el marcapáginas y se incorporó para estar más cerca de mí.

—Yo no soy tan teatrera como tu abuelo —me aclaró—, pero voy a intentar hacerle justicia. —Y, escondida tras esa advertencia, comenzó a relatar—: Fue en 1562, si la memoria no me falla. Una armada de nada más y nada menos que veintiocho galeras se resguardó de una tormenta aquí, en la bahía. Se ocultaron detrás de la Punta de la Mona…, el otro cerro, vaya —me quiso aclarar como si no lo supiera—. Pero nadie previó que el viento cambiaría, y lo hizo. Las naves empezaron a chocarse unas con otras, se estrellaban contra los riscos, se hacían añicos mientras el agua las zarandeaba como si se tratasen de juguetes. De veintiocho, solo se salvaron tres. —Se me puso el vello de punta al comprender lo que aquello significaba, pero la abuela se aseguró de aclararlo—. Se cree que perdieron la vida unas cinco mil personas, la mayoría soldados, aunque también iban mujeres y… niños. —Se encogió de hombros, entristecida.

Me quedé un momento asimilando el relato que la abuela me acababa de contar. Entendí por qué la historia me había perseguido en sueños. En aquella bahía con apariencia paradisíaca y aguas turquesas, habían perdido la vida miles de personas. Y, sin embargo, mientras me la contaba, yo solo había sido capaz de pensar en una cosa: en mí.

—Así que vinieron hasta La Herradura buscando asilo, huyendo de una tormenta… —fui hilando conceptos—, y acabaron todos muertos. —«Me viene genial», ironicé.

—Sí. Solo que eso no te va a pasar a ti —comprendió al instante.

—Ya. —«Eso espero»—. Entonces la estatua es en recuerdo a los caídos, ¿no?

Ella asintió sin dar muchos más detalles.

—También se celebra un homenaje en octubre. En el aniversario del hundimiento. Hacen actividades en el castillo y talleres infantiles con cuentacuentos y demás —se encogió de hombros—, para que no caiga en el olvido. Pero el evento por excelencia son las Fiestas del Mar.

—¿Las Fiestas de qué? —Había desconectado con tanto homenaje.

—Es el día de los marineros —me explicó—. Solo que aquí, tras el naufragio, se le quiso dar un significado especial y se celebra por todo lo alto. Al final, si algo demostró aquella tragedia es que, cuando te echas a la mar, nunca sabes cuándo será el último día. Así que, después de la procesión del mar, la gente se queda de fiesta en la bahía.

—¿Y cómo es que yo nunca…? —me fui a quejar.

—Coincide con el cumpleaños de tu madre —se adelantó.

—Oh —comprendí—. Pues este año no me la pierdo.

—Y haces bien —recogió el libro de la mesita, dispuesta a seguir leyendo—. Dile a algún amigo que se venga. Seguro que lo pasáis bien y tenemos sitio de sobra.

—¿En serio? —dudé.

—Claro.

—Gracias, abuela —dije pletórico.

Cogí el móvil sin dudar un segundo a quién tenía que mandar aquella invitación. Me metí en la conversación de Milo y escribí: «¿Te vienes a las Fiestas del Mar?». Enviar.

—Nada, hijo. —Y una pausa—. Te noto contento hoy —sonaba a acusación.

Devolví la mirada del móvil a la abuela y me recoloqué en el sitio, en guardia.

—Lo estoy.

—¿Por alguna razón en especial? —Alzó ambas cejas y me sonrió picajosa.

«Hora de la verdad», supe al instante. Se lo había ganado a pulso.

—Pues, mira, iba a ponerme a la defensiva y a darte una charla superpedante sobre por qué no hay que tener razones plausibles para estar contento, pero hoy sería mentira, así que…

La abuela volvió a dejar el libro sobre la mesa y sonrió, a sabiendas de quién iba a ser el protagonista de mi historia.

—La otra noche —proseguí—, cuando no vine a dormir —sabía que había estado mal no avisarla y volví a disculparme con la mirada. Ella lo aceptó de buena gana con tal de que siguiera—, estaba en la playa con Harry. —La abuela soltó un gritito ahogado de pura emoción—. La cosa es que estábamos un poco… bebidos —edulcoré—, nos sinceramos y nos dimos cuenta de que los dos nos estamos recuperando de una ruptura. —Ella asintió repetidamente—. Así que vamos a hacer una especie de… grupo de apoyo. —Arrugó la frente en un gesto de incomprensión y reformulé—. Que básicamente se traduce en pasar mucho tiempo juntos para no pensar tanto en ellos.

—Qué conveniente —insinuó ella, aguda.

La regañé con la mirada y ella alzó las manos, exculpándose.

—Hoy es el primer día. —Lancé la bomba.

—¿¡Qué!? —gritó ella.

—Debe de estar a punto de llegar —añadí.

—¿Y qué haces aquí parado? —me regañó—. Sube a vestirte.

—Pero… —Intenté explicarle que aquella era mi ropa para salir, pero no me dejó.

—Venga, venga, venga —me apremió, echándome del jardín.

Subí las escaleras de tres en tres y, nada más llegar a la habitación, busqué a mi doble en el espejo. Llevaba unas pantalonetas de chándal y una camiseta desgastada por el paso de los años. «¿En qué estabas pensando?», me regañé con incredulidad. No tardé mucho en elegir una nueva indumentaria: pantalones cortos negros, una camiseta a juego y las Vans con unos calcetines altos blancos. No era nada del otro mundo, pero, al menos, era yo. Me eché un poquito de perfume, me peiné como pude, me colgué la cámara al hombro para inmortalizar aquel día y… sonó un pitido en la puerta.

«Justo a tiempo».

—¡Rodrigo! —gritó la abuela desde abajo—. ¡Tu cita!

—¡Abuela! —la reñí mientras me deslizaba escaleras abajo—. Que no es una cita, joder —añadí al encontrármela esperando al pie del último escalón.

—Ya, ya. —Me sacudió la camiseta—. Lo que tú digas.

—¿Voy bien? —pregunté, algo inseguro.

Ella me miró de arriba abajo y sonrió.

—¿Para tu no cita? —ironizó—. Vas estupendo.

Le di un beso en la mejilla de camino a la puerta.

—¡Nos vemos luego! —grité antes de cerrar.

—¡No tengas prisa por volver!

Subí la escalera que separaba la puerta de casa de la carretera y me tropecé con un descapotable blanco. Yo no entendía mucho de coches, pero por el adorno del capó pensé que se trataba de un Mercedes. En cualquier caso, para mí eso era lo de menos, porque lo único que me importaba era que dentro estaba él. Llevaba una camiseta a juego con el coche ajustada perfectamente al cuerpo, el pelo repeinado hacia atrás y unas Ray-Ban que parecían hechas a medida.

—Hay algo que no me estás contando —bromeé.

—Pagan bien en el hotel —me siguió el juego.

Rodeé el coche hasta el asiento del copiloto y entré temeroso de romper o manchar algo. Él se estiró hacia mí en lo que, a primera vista, prometía ser un abrazo que correspondí.

—Uy —se sorprendió, abrazándome de vuelta—. Hola —dijo divertido.

No tardé en comprender su sorpresa. Y es que, en lugar de regresar a su asiento al terminar nuestro saludo, Harry se estiró un poquito más y me abrochó el cinturón.

—La seguridad es lo primero —bromeó.

—Gracias. —Fue todo lo que me salió decir.

Me sentí abochornado.

—Es de *renting*, por cierto.

—¿Qué? —pregunté sin entender.

—El coche. —Señaló a su alrededor—. Es de *renting*. Es algo

paresido a un alquiler, para el tiempo que pase aquí en España. Es el mismo que tengo en Chester, porque prefería condusir un coche conosido.

—Es lógico, sí —me autoconvencí a mí mismo.

El coche pasó de cero a cien sin previo aviso y di un respingo en el asiento, lo que le arrancó una sonrisa a Harry.

—Qué gracioso —refunfuñé cual niño pequeño, dándole un toquecito en el hombro—. ¿Adónde vamos?

Harry recolocó el retrovisor para mirarse un momento y, acto seguido, lo devolvió a su posición inicial. Estaba remoloneando.

—No te preocupes por eso —dijo—. Tú encárgate de poner música, como buen copiloto. —Me lanzó el móvil a la entrepierna.

Lo cogí con cuidado, como si de un tesoro se tratase.

—¿Cuál es el código de desbloqueo?

—Sero-sinco, dose, noventa y tres.

—No me digas —gruñí sarcástico—, tu cumpleaños.

—El de Lisa —me corrigió al instante.

—¿Y no es acaso el mismo?

La sonrisa se le ensanchó sin apartar la vista de la carretera.

—Me has pillado, sí.

Su energía me contagió y supe al instante cuál era la canción ideal para comenzar nuestro viaje. Le di un toquecito a la pantalla, dispuesto a abrir Spotify, pero en su lugar me encontré con ella y se detuvo el tiempo. Tenía el pelo castaño oscuro, la mirada felina, el iris azulón y unas facciones absurdamente preciosas. A su espalda se encontraba Harry, que, abrazándola por la cintura, sonreía como nunca antes lo había visto hacerlo. Traté de no gesticular, ni tan siquiera pestañeé al ver la foto, e introduje el código. Fallé un par de veces, nervioso, hasta que conseguí desbloquearlo y la imagen desapareció. En su lugar, ahora había un gato negruzco de ojos grises.

—Te está costando —bromeó.

—La próxima vez pon cuatro ceros, como todo el mundo.

Le hizo gracia. Eso me tranquilizó. Estábamos en ese coche para olvidarnos de la belleza de Ava y del sinvergüenza de Lucas. Y, sin embargo, en cuanto vi a la persona que ocupaba el corazón de

Harry, me pareció más difícil que nunca hacerme un hueco en él. «Fuera pensamientos intrusivos», me regañé.

—¿Estás preparado? —Me hice de rogar.

—Nací preparado.

Abrí la aplicación, busqué el título de la canción en cuestión, subí el volumen al máximo y le di al Play. La batería comenzó a marcar al ritmo de mi corazón, mientras que Inez Archer canturreaba los primeros versos de «Mosaic of Broken Hearts». Estábamos recorriendo los acantilados de Cerro Gordo, pelo al viento, el mar de fondo y un himno que le confesaba cómo me sentía. Solo con los primeros acordes, Harry sonrió, porque conocía la canción, porque sabía lo que significaba, porque entendía que él y yo, a pesar de Ava y de Lucas, nos estábamos adentrando en un estado de gracia que nos iba a permitir curar nuestro «mosaico de corazones rotos».

Estaba terminando la sexta canción cuando llegamos a lo alto de la Punta de la Mona. Durante el trayecto, apenas habíamos intercambiado más que un par de palabras, y de risas, porque habíamos estado muy ocupados berreando cada una de las canciones. Y es que, para no monopolizar la música, había tenido la desfachatez de meterme en sus «Canciones más escuchadas» y añadir a la cola las que conocía para demostrarle mi versatilidad y, por ende, lo compatibles que podíamos llegar a ser, al menos musicalmente hablando. Habíamos cantado desde los grandes *hits* de Lady Gaga hasta «Room for 2», de Dua Lipa, pasando por Marina, la que, para mi sorpresa, era su artista favorita. «Tiene muy buen gusto, para qué nos vamos a engañar», pensé satisfecho.

Paró el coche junto a unas casas pintadas en tonos rojizos de lo más peculiares, de estructura similar a las que solía ver con la abuela en sus telenovelas favoritas. Cactus y palmeras de distintos tamaños decoraban sus jardines. Frente a las mismas, se escurría un caminito asfaltado entre dos filas de árboles que lo mantenían a la sombra. Al comienzo del sendero, sobre un muro blanco descascarillado por el paso del tiempo y la humedad, un cartel señalaba qué dirección seguir para llegar al faro.

—No puede ser —se me escapó sin querer.

—Bienvenido a nuestro plan del día uno —dijo orgulloso.

—Harry… —Intenté terminar la frase, pero las palabras se me perdieron en un océano de recuerdos.

La primera vez que el abuelo me llevó al faro yo tendría unos seis años. Subimos hasta la placita que lo rodea, me hizo una foto con una de las cámaras de la abuela y me contó mil y una anécdotas sobre aquella torre vigía que en algún momento de su historia se había convertido en un faro. La mayoría serían inventos, cuentos o exageraciones para entretener a un niño, pero eso era lo de menos. Unos años después, en otra de nuestras visitas, lo utilizó como una metáfora del cambio, para ayudarme a entender que la rigidez solo nos lastra. Ese fue el año en el que me gritaron «¡Maricón!» por primera vez en el patio del instituto. Yo no se lo había contado a los abuelos por vergüenza, porque no quería que pensaran eso de mí, «cuando no era la verdad», pero lo hizo mamá. El abuelo se sentó a mi lado y, con la mirada perdida en el mar, me dijo: «Hubo un tiempo en el que esta torre avisaba a los barcos con antorchas, y en las noches de tormenta muchos naufragaban, pero los tiempos cambian, y también lo hizo el faro, que ahora alumbra con una luz tan potente que casi puede verse desde Marruecos. Lo que intento decir es que… no hay que tener miedo al cambio. Si es para mejor, abrázalo, Rodriguito. No le tengas miedo a convertirte en tu mejor versión». Esas palabras me marcaron. Cuando volví a Madrid le conté a mamá y a algunas amigas que no era mentira eso que me decían y que, aunque no me gustase nada que me llamasen «marica», sí que me gustaban los chicos.

Por desgracia, con el tiempo, el abuelo cada vez pudo subir menos al faro. La edad no perdona a nadie, y él no fue una excepción. El abuelo le cogió miedo a conducir por aquellas curvas; no se sentía seguro y, aunque alguna vez fuimos en autobús, cada año le costaba más. Nuestra última visita fue el verano antes de que muriera, y aquella vez Pablo vino con nosotros. Él nunca había querido acompañarnos, pero en esa ocasión, y a pesar de estar en plena adolescencia insoportable, supo que tenía que aprovechar el tiempo que le quedaba con el abuelo. Le contamos casi todas las

historias que él me había contado a mí de pequeño, y, aunque no se creyó ni la mitad, fingió emocionarse con cada una de ellas. Nos hicimos una foto los tres juntos que todavía seguía en el frigorífico de Madrid. Alguna vez había pillado a Pablo contemplándola, pero no le culpaba, puesto que yo me había perdido otras tantas en ese mismo recuerdo.

—¿Todo bien? —se quiso asegurar.

Me llevó un momento volver al coche con Harry, pero lo hice:

—¿Qué? —balbuceé—. Perdona, es que… —Agité la cabeza, deshaciéndome del recuerdo del abuelo y forzando una sonrisa.

—Te… has quedado a mitad de frase —se extrañó.

—Sí. Es que llevo sin venir desde… —«que el abuelo murió»— hace años.

Él se limitó a asentir, tratando de encontrar en mis pupilas una respuesta más honesta.

—Pero gracias —conseguí decir—. Me trae muy buenos recuerdos.

«Y ha llegado el momento de crear nuevos», supe, dispuesto a abrazar el cambio.

—¿Vamos entonses?

—Mmmhm. —Y abrí la puerta.

El abrazo del sol, una tibia brisa y el penetrante olor a pino me devolvieron de golpe a mi cita con Harry. Me coloqué frente al visor de la cámara, en un gesto improvisado por tener la mente ocupada, y le hice una foto al cartel del faro mientras que él cerraba el coche. No me acerqué ni un paso más al camino. Era incapaz de aventurarme por mi cuenta y riesgo. Harry se paró a mi lado y me susurró:

—Todavía no sabes la mejor parte.

Y, dejándome con ganas de saber más, se adelantó y empezó a subir. Le seguí de cerca tratando de capturar en mi retina, y en la cámara, todo aquello que había cambiado desde mi última visita: un árbol que ahora estaba partido por la mitad, algunas flores que crecían entre la maleza, contra todo pronóstico, y un cartelito que avisaba del peligro de incendios debido a la sequía. Pero el camino era corto, demasiado para mi gusto, y en un par de minutos el faro nos dio la bienvenida. El gigante de roca bermeja se alzaba

imponente en mitad de una placeta circular de guijarros grises, envuelta por una tapia de no mucha altura que permitía ver la inmensidad del mar. Alrededor del faro, se desenrollaba una escalera de metal parduzco que ascendía hasta lo más alto, sellada por una verja de filos puntiagudos que impedía el paso. Y, en la cima, una barandilla se asomaba sin miedo al vasto infinito, protegiendo, en su epicentro, una cúpula blanco pajizo.

—No ha envejecido un solo día —me alegró saber.

El faro se sentía un lugar sagrado en La Herradura. Tanto era así que ni siquiera se habían atrevido a mancillarlo con grafitis, corazones hendidos en la piedra o cáscaras de pipa. O quizá lo era solo para mí, y al resto de la humanidad lo que le daba era pereza tener que escalar hasta allí arriba. Pero, en cualquier caso, parecía un lugar inalterable y eso me fascinaba. Me dejé llevar por la nostalgia y vagué alrededor de la plazuela empapándome del lugar y buscando los rincones en los que el abuelo y yo nos solíamos sentar a charlar. Le hice una foto a nuestro rincón favorito y me tuve que morder el carrillo para contener las lágrimas. En un intento por esconder que tenía los ojos vidriosos, me oculté tras la cámara y capturé el faro desde un par de perspectivas diferentes. De repente, vi a Harry de perfil, con la vista perdida en el mar, el pelo de príncipe ondeando al son del viento, tan guapo, tan perfecto… y no pude evitar disparar. Cuando el obturador le avisó, él trató de quejarse, lo que se tradujo en otro par de fotos más. Hasta quejándose estaba despampanante. Para terminar, aumenté el zoom todo lo posible en dirección a la veleta que coronaba lo más alto de la cúpula del faro y clic. La última foto del carrete.

—¿Alguna vez has subido? —preguntó de pronto.

—¿Al faro? —Me pilló por sorpresa—. No. Nunca.

—Y… ¿te gustaría? —Vi un brillo en sus ojos que me desconcertó.

—Tengo un poco de vértigo —reconocí—, pero lo haría con los ojos cerrados.

—Tienes suerte entonses, porque tengo las llaves.

Del bolsillo se escapó un tintineo metálico. Con un rápido movimiento sacó un manojo de llaves, algunas de las cuales parecían más viejas que nosotros. Le contemplé boquiabierto,

sintiéndome el protagonista de la mejor de las comedias románticas.

—Pero ¿cómo has…? —traté de protestar.

—Eso es lo de menos —me cortó—. ¿Vamos?

Asentí anonadado y me dejé arrastrar hasta el pie de la escalera. Uno a uno, peldaño a peldaño, fuimos ascendiendo por el faro. Con cada paso que dábamos un nuevo crujido metálico nos advertía de que nos estábamos adentrando en un lugar prohibido. Sin embargo, Harry parecía tan seguro de sí mismo que me ayudaba a ignorar mis propios miedos, así que, hice de tripas corazón y seguí adelante. Eso sí, sin mirar mucho para abajo.

—Haz los honores —dijo al llegar a la puerta.

Me tendió las llaves y las cogí, cuidadoso de que no se cayesen.

—¿Estás… seguro?

—Claro —y me regaló una sonrisa—, es tu sorpresa.

—Vale —acepté de buena gana.

Tardé un par de intentos en encontrar la llave que abría la puerta y, cuando lo conseguí, un chirrido nos dio acceso al interior del faro de La Herradura. Me sorprendió descubrir que todavía faltaba un último tramo de escaleras para llegar a lo alto, pero no me importó. Estábamos rodeados de mecanismos y engranajes, de pedacitos de metal que en un baile perfectamente coreografiado eran los responsables de hacer funcionar la linterna del faro. Me paré un momento a deleitarme con sus entresijos. La maquinaria aún estaba parada, pues el sol acababa de empezar a caer, pero en breve todas esas piececitas empezarían a ejecutar un vals que alumbraría la costa durante la noche. Harry se adelantó a trepar el último tramo de escaleras sin temor, y yo, a pesar de que tenía la sensación de estar mancillando la cima del mundo, me atreví a seguirle de cerca. Una vez llegamos arriba, la cúpula resplandeció gracias a la calidez del atardecer que teníamos justo enfrente. Rodeamos la linterna con cuidado de no romper nada, abrimos una puertecita diminuta que había en el costado y salimos. Si tuve alguna certeza en ese instante, fue la de que había merecido la pena quebrantar la ley, porque no existía castigo alguno que pudiera hacerme arrepentir de haber llegado hasta allí.

El azul del cielo se fundía con el del mar. Era imposible discernir

dónde comenzaba uno y terminaba el siguiente. Desde lo alto, se podían ver todos y cada uno de los pueblos que colindaban con el nuestro, algunos de los cuales no hubiese sido capaz ni de nombrar. Respecto a las personas, bueno, ni siquiera hice el amago de distinguirlas, porque no eran más que imperceptibles motas de polvo.

—Es increíble —susurré.

—¿No te parese injusto que estas vistas estén al alcanse de unos pocos? —Su tono de voz había cambiado, ahora era más pesado.

—Me parece egoísta privar al mundo de… esto.

—Y por eso estamos aquí, Rodrrigo —concluyó.

Lo miré sin saber qué decir, así que no dije nada. Tan solo me senté en la rendija que nos separaba de nueve metros de caída libre con las piernas colgando por fuera, pero bien encaramado a la barandilla, mientras disfrutaba de esa libertad que te concede el estar por encima de todo, literalmente.

Pero había una pregunta que me rondaba la cabeza.

—Ya en serio, ¿cómo lo has hecho?

Se lo pensó un momento.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó, mirándome desde arriba con la sonrisa torcida y un aire juguetón.

—Claro que sí.

Se hizo de rogar un momento, decidiendo qué me contaba y qué no.

—Si te lo cuento —pensó sus palabras—, serás cómplise.

—Con más razón quiero saberlo —zanjé.

—Está bien —se rindió.

Se dejó caer poco a poco, sentándose a mi lado con las piernas en cruz. Respiró profundamente tomándose tiempo para ordenar sus ideas y, cuando estuvo preparado, reveló su secreto:

—El padre de Sastre es quien cuida del faro, así que anoche le pedí a Pino que, cuando fuera a su casa, las cogiera… prestadas. Se las podíamos haber pedido a Sastre directamente, pero se iba a poner nervioso y se lo iba a terminar disiendo.

—¿Le habéis robado las llaves al padre de Sastre? —le reñí.

—Bueno, visto así… —Torció la cabeza quitándole importancia al

asunto—. *This isn't the first time*. Hemos venido alguna ves los tres a tomarnos unas servesas con estas vistas. —Y señaló hacia la bahía, que estaba preciosa desde ahí arriba.

—No sé si me convence —dudé un momento—, pero gracias.

—¿Por qué? —se sorprendió.

—Por este momento —balbuceé—, por regalarme un recuerdo que no voy a olvidar nunca. —«Y que al abuelo le hubiese encantado».

—No hay de qué. —Y chocó su hombro contra el mío.

«Díselo, Rodrigo», escuché en un rincón de mi cabeza.

«Ni de broma, es muy pronto», me respondí.

«Es ahora o nunca».

Y supe que podía ser verdad. O no. Pero lo hice.

—Estamos aquí para sanar el pasado, ¿verdad?

Le cogí por sorpresa, porque se irguió, en alerta.

—Sí, claro. —No entendía por dónde iba—. Esa es la idea.

—Vale. —Preparé con cautela mi siguiente pregunta antes de lanzarla—. ¿Tú te has fijado en tu fondo de pantalla? —Se hizo un silencio un tanto violento—. Lo he visto antes…, cuando iba a poner la música en el coche —aclaré.

Harry se lo pensó un momento, frunció los labios y negó.

—Pues no, la verdad es que no. —Se sacó el móvil del bolsillo a duras penas—. A ver… —Y encendió la pantalla—. Oh.

—Sí. —Le comprendí bien—. Oh.

Se quedó perdido en la foto un momento, analizándola en detalle. Cuando estuvo preparado para volver de aquel recuerdo, bloqueó de nuevo la pantalla y dejó el móvil junto a él, solemne.

—No me había dado cuenta. —Fue todo lo que dijo—. Lo tengo… por costumbre. —Se encogió de hombros, confuso—. *I guess*.

«Está colapsando. Di algo, di algo, di algo».

—Es lógico, Harry —intenté arreglarlo—. Ha sido una parte esencial de tu vida durante equis tiempo y es normal que sigan existiendo fragmentos de ella a tu alrededor. Cuesta mucho hacer esa limpieza en profundidad —se me ocurrió de la nada.

Él asintió en un silencio que pareció absoluto, por lo que no lo interrumpí. Estaba perdido en algún resquicio de dentro de sí mismo,

supuse que procesando mis palabras.

—Qué atardeser más bonito —dijo de pronto.

—Sí… —No entendía a qué venía eso.

Pero tenía razón. El sol estaba casi escondido detrás de Cerro Gordo, coloreando el horizonte de un naranja que separaba por primera vez el cielo del mar, mientras que las nubes se teñían de tonos pastel, como escapadas de un lienzo de Renoir.

Cogí la cámara con firmeza, decidido a retratar la estampa bucólica que se convertiría en un recuerdo imperturbable de mi primera cita con Harry. Había un problema: se me había olvidado cambiar el carrete antes de subir. Saqué el móvil a toda prisa y, casi sin enfocar, empecé a presionar el botón en una secuencia ansiosa que pretendía no perderse nada. En algunas, incluso me atreví a inmortalizar a Harry como parte de ese momento tan nuestro. Al darse cuenta de que formaba parte de mi estampa, me miró, sonrió y capturé esa sonrisa para siempre. Y entonces me dijo:

—Nesesito un fondo de pantalla nuevo, ¿sabes? —explicó como si nada—. El que tengo está muy pasado. Renovarse o morir, disen. —Se le escapó una risita ligeramente forzada. Yo le imité cómplice, a sabiendas de lo complicado que era dar el paso—. Venga, levanta. —Y me arrastró con él hasta quedar frente a frente—. Que vamos a haser una foto.

—¿Los dos? —Fue todo lo que se me ocurrió decir.

—Claro que los dos. —Parecía evidente que se refería a eso—. Ponte aquí.

Me agarró del brazo y me atrajo hasta él, que se quedó apoyado sobre la barandilla del faro. Nuestros cuerpos estaban empastados, tanto era así que yo estaba sentado encima de su regazo. Me sujetó la cadera con fuerza para asegurarse de que no me iba a escapar de su lado —«Como si eso fuese a pasar, Harry»— y apoyó la cabeza sobre la mía con cuidado de no darnos un cabezazo. Yo hice todo lo que estuvo en mi mano para ocultarle mis pulsaciones y ahorrarnos una conversación embarazosa sobre por qué estaba a punto de explotarme el corazón.

—¿Listo? —me preguntó.

Extendió el brazo, y la estampa que me encontré era digna

portada de una historia de amor: estábamos él y yo, una pareja mucho más bonita que la que hacía con Ava. Él sonreía de oreja a oreja, yo hacía un esfuerzo titánico por hacer lo mismo sin desmayarme y caer al abismo. De fondo, los colores del cielo nos acompañaban en la que sería la primera foto de nuestra historia.

—*Say cheeese!* —Alargó mucho la «e» mientras sonreía.

«Es perfecto», pensé, y eso me hizo sonreír a mí.

—*Yay!* —gritó tras lanzar un par de disparos—. ¡Qué guapos!

Sin apartarse de mí, aún cuerpo con cuerpo, se puso a trastear el móvil. Di por hecho que para elegir nuestra mejor foto.

—Yyyyyy… cambiar —sonaba contento—. ¿Te gusta?

Me tendió el móvil con su nuevo fondo de pantalla: nosotros.

—Me encanta.

—La primera de muchas —dijo entonces.

«La primera de muchas», resonó en mi cabeza.

—La primera de muchas —susurré sin querer.

Y entonces, como si de una señal divina se tratase, el faro se encendió.

13

27 de junio

Las zapatillas rechinaban al deshacerse sobre el cemento de la cancha mientras la pelota rebotaba una y otra vez entre las manos de mi oponente. Era la mañana del segundo día, y a mí se me había ocurrido, en una terrible idea improvisada, que podía ser bonito rendir homenaje al momento en el que Harry y yo nos conocimos. Por supuesto, ese dato, a él, no se lo dije.

Le propuse encontrarnos en el pueblo a primera hora con la única condición de que viniera en chándal y con calzado de deporte. Para que aceptara, le había tenido que enseñar pruebas fotográficas de que yo me había comprado unas deportivas en condiciones, y solo entonces dijo que sí.

Estábamos en la cancha de baloncesto, empapados en sudor y jadeantes después de una larga e intensa sesión de cardio por la playa, algunos ejercicios de calistenia —que había insistido en enseñarme— y una competición de triples que, como no podía ser de otra manera, yo iba perdiendo estrepitosamente. Harry estaba a punto de lanzar el tiro que le pondría con cincuenta y un puntos de ventaja, mientras que yo ya me había resignado. Me conformaba con disfrutar del contoneo de sus pectorales cada vez que levantaba los pies del suelo en un movimiento coreografiado que siempre, y repito, siempre, terminaba en canasta. Y así sucedió otra vez más.

—Esto es ridículo —me quejé.

—Sincuenta y uno a… —comenzó él.

—Ni lo digas —le rogué.

—… sero —sentenció.

Me dejé caer en el suelo de culo, en un gesto dramático que le hizo sonreír. Él fue más listo y utilizó la pelota de baloncesto como asiento.

—No sé en qué momento pensé que era buena idea.

—*C'mon!* —me reprendió—. No ha estado tan mal, ¿no?

—No ha estado tan mal para ti.

Y se encogió de hombros, socarrón. Unas voces indistintas me sacaron de la conversación. Los amigos de Harry, aquellos a los que me había pillado fotografiando en nuestro primer encuentro, estaban entrando en la cancha. «Pues al final sí que vamos a hacer un buen *revival*», pensé, haciéndome pequeñito en el sitio de la vergüenza. Serían unos cinco, a cada cual más alto y guapo que el anterior. Había un par de chavales rubios, otro moreno de piel tostada y dos pelirrojos que debían de ser hermanos. El más alto de todos, un muchacho de pelo cobrizo, tez pálida y ojos grises, se separó del grupo y se acercó a nosotros con paso inconsistente, evitando todo contacto visual hasta estar a un par de pasos.

—*Hey, mates* —nos saludó—. *Are you done?*

—*Aye, all yours!* —Se la cedió con un gesto de mano.

El muchacho nos regaló una sonrisa que le arremolinó las pecas en la nariz. Estaba a punto de marcharse cuando se lo pensó mejor y preguntó:

—*Do you wanna join us?* —Nos buscó a ambos con la mirada.

—*Nah, we're good* —rechazó Harry, cortés—, *but thanks, though*.

—*Cheers, mate.* —Y se marchó con el resto del grupo.

Lo miré sin comprender, pero antes de que pudiera decir nada, se adelantó.

—¿Te apetese que vayamos a la orilla?

No hizo falta más que un balanceo de cabeza para terminar sentados frente al mar. El agua tenía un azul turquesa que hipnotizaba y, de haberme traído el bañador, no me hubiese pensado dos veces el zambullirme. La sal se deshacía entre los cantos rodados bajo nuestros pies, el sol brillaba con vehemencia y me obligaba a entrecerrar la mirada. Una pregunta cogió forma en algún lugar de mi cabeza antes de apostárseme en la punta de la lengua.

—*A penny for your thoughts* —inquirió.

Me estaba mirando de medio lado con esos ojos celestes que tanto me gustaban.

—No —me negué—, no quieres que abra el melón.

—Lo sierto es que me podría comer un melón fresquito ahora mismo —no supe si bromeaba o no, pero me arrancó una risa tontorrona—, pero prefiero que me digas en qué estás pensando.

—Está bien —acepté de buena gana—. Me mentiste.

El ataque llegó por sorpresa. Sonreí de oreja a oreja y disfruté de un poder que muy pocas veces me correspondía. Él pegó un salto en el sitio, llevándose la mano al pectoral en un acto de falsa indignación.

—*What!?* —Se le llenó la boca—. *No, never*.

—Entonces… —recapitulé— ¿son tus amigos? —Y señalé a la cancha.

—*Oh, sure* —mintió fatal—, *Jerry and*… —se lo pensó un momento—, *Gary and… the others. Yeah, why?* —lo dijo casi de carrerilla.

—Mientes fatal, Harry. —Me carcajeé.

— *No idea what you mean, like*…

—Cuanto más nervioso estás —le corté para ahorrarle el resto de la performance—, más palabras sueltas en inglés. Es directamente proporcional. Y… si tenemos en cuenta que tus últimas dos frases han contado con cero unidades de palabras en español…, bueno, saco como conclusión que estás mintiendo.

—*What?* No —se corrigió—, qué dises, qué va.

Ni siquiera respondí, me limité a alzar la ceja. Entonces llegó el suspiro de la resignación, y supe que había ganado.

—*Okay, busted.* —Se encogió de hombros—. *In my defence, I have to say*… —se lo pensó un momento y decidió cambiar de idioma—. Que no los conosca no te hase a ti menos *stalker* —puntualizó.

—Ya…, claro —acepté divertido—. Ya te lo dije en el cine, han sido demasiados encuentros casuales. Y ahora me entero de que mentiste para acercarte a hablar conmigo… —Arrugué la frente en un amago de preocupación fingida—. Harry, dime la verdad: ¿debería llamar a la policía?

Se dio la vuelta para buscarme de frente. Yo lo miraba de medio lado, sin dar mi brazo a torcer.

—¿Puedo haser un alegato antes de acabar en prisión? —me rogó.

—Hummm… —me lo pensé—. Está bien, supongo. —Me encogí de hombros.

—Vale, a ver —ordenó sus ideas—. El primer día que hablamos, te vi en la plasa hasiéndole fotos a la gente y eso me llamó la atensión —su tono, así como su lenguaje corporal, trataban de restarle importancia—, pero yo seguí de largo con mi entrenamiento.

—Ajá. —Estaba disfrutando.

—Y luego te volví a encontrar en la playa hasiéndole fotos a Gary y los demás y pensé: «Voy a darle un susto, por *stalker*».

—Se llama fotografía callejera —le corregí.

—*Yeah, sure* —me vaciló.

—Así que tu excusa es que querías darle una lección a un desconocido.

—*Well, yes* —volvió al inglés—, *and hopefully become his friend*.

No pude evitar sonrojarme, así que escondí la cara entre las rodillas en un acto reflejo, y él se dio cuenta, porque continuó:

—*And I think I did pretty well.* —Me dio un golpecito en el hombro.

—No pienso caer en tu trampa —zanjé.

—*Oh, you already did.* —Su sonrisa cincelada me saludó.

Un ligero silencio se coló entre nosotros, pero acabé con él rápido.

—Pero entonces… —dudé—, el día que te vi jugando, ¿quiénes…?

—Pino —me cortó—, Sastre, Nívea… y amigos suyos del instituto.

—No jodas —me cogió por sorpresa—. No recuerdo verlos allí.

—Estarías pensando en otras cosas —me pinchó.

—Sí. —«En ti»—. En no desmayarme del calor que hacía.

—*It wasn't that bad* —me rebatió.

—Lo que tú digas… —acepté con socarronería.

—Qué puedo desir. —Se encogió de hombros—. Tiendo a tener rasón.

—Y además humilde; lo tienes todo. Qué ganas de saber qué virtud de Harry Grosvenor descubriré mañana.

Ignoró la pullita para buscarme con gesto culpable.

—Hablando de mañana…

«No, Harry, dijimos veintiún días juntos», me adelanté.

—Los planes han cambiado un poco.

«A la mierda todo».

—¿Tienes plan para este finde? —Sonrió, enigmático.

Un rayito de esperanza me golpeó en el pecho. Mis pulsaciones subieron tanto que tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener una sonrisa tontorrona. Fingí que me lo pensaba un momento, por mantener algo de dignidad, pero no existía lugar a duda:

—Supongo que… ¿no? O sí, no sé, depende de ti.

«Demasiado sincero», me reprimió mi propia voz.

—Vale —entendió—, pues, cuando te organises —remarcó—, si tu fin de semana sigue libre, prepárate una mochila no muy grande con lo básico como para sobrevivir dos… o tres días.

—¿Qué? —Fue todo lo que pude decir.

—El bañador es obligatorio —zanjó.

—Pero… —Estaba dispuesto a quejarme, pero no me dejó.

Acalló mis pensamientos salpicándome con unas gotitas de agua.

—*No excuses* —sonrió—. Mañana. A las dies. No me falles.

«Nunca», me escuché pensar.

28 de junio

Llevaba en pie desde las siete de la mañana, consumido por los nervios y la curiosidad. Nada más levantarme, me había hecho una paja de emergencia, para prevenir acabar con dolor de huevos, solo por si acaso. Después, le había escrito a mamá para darle los buenos días y a Pablo para intentar animarlo con un vídeo absurdo que me había salido en TikTok. Había desayunado dos veces por la ansiedad, recogido la leonera que tenía por habitación y elegido al azar qué meter en la mochila, pues no tenía ni idea de adónde íbamos. Había elegido el *outfit* del día, que, por supuesto, era negro; y había terminado la mañana dando un concierto en la ducha,

imitando las poses más míticas de Inez Archer.

Ya quedaba poco para que Harry pasara a recogerme y yo estaba apostado en el recibidor de la entrada, aprovechando para responder algunos mensajes acumulados que tenía de Milo. Llevaba raro y distante desde nuestro último encuentro por videollamada. Yo estaba tratando de no darle más vueltas de las necesarias e intentaba achacarlo todo al calor de Madrid y a la carga de trabajo que sabía que tenía, pero parte de mí se preguntaba si quizá la había cagado. «Tendré que llamarlo esta semana», me dije.

—¿Lo llevas todo? —se quiso asegurar la abuela, más nerviosa que yo.

Me lo había preguntado siete veces en los últimos diez minutos.

—Que sí —dije alargando mucho la última vocal.

—Menos mal. —Se sonrió—. Porque tu cita acaba de llegar.

—Y dale con la cita —me quejé.

Entonces sonó la serenata que daba comienzo a mi viaje.

—Pórtate bien —dijo después de darme un beso en la mejilla.

—Abuela, por favor —me volví a quejar.

—Y si necesitas cualquier cosa, me llamas, ¡eh!

La voz sonaba cada vez más lejana, y yo asentía mientras subía las escaleras que me conducían hasta mi blanco corcel, cabalgado por mi majestuoso príncipe inglés Harry y… «¿por Lisa?».

—*Heeey!* —gritó con esa energía tan característica—. ¡Nos vamos de viaje! *Yay!*

En un esfuerzo monumental por esconder la decepción, fingí una amplia sonrisa. Tuve que hacerlo genial, digno del Goya al mejor actor revelación, porque ninguno pareció darse cuenta y seguían celebrando mi llegada.

—No le digas nada, Lisa —le advirtió Harry—, que Rodrrigo aún no sabe adónde vamos. Es una sorpresa —aclaró.

—¡Aaah! —gritó Lisa, pletórica—. ¡Qué divertido!

Yo asentí en silencio, resignándome mientras dejaba la mochila y la cámara en el maletero. Acto seguido, me dirigí hacia el asiento del copiloto para que Lisa me dejase pasar atrás, pero con la esperanza de que entendiera que se había sentado en mi sitio —designado por una única vez— y que lo correcto era devolvérmelo. Como era de

esperar, no lo hizo, así que acabé espachurrado en un espacio que, para qué engañarnos, ni sentía que me correspondiera, ni debería ser legalmente habitable.

—¿Estamos listos? —dijo Harry mirándome a través del espejo retrovisor. Algo en sus ojos me tradujo esa pregunta como: «¿Estás bien?».

Lisa también entendió que se dirigía a mí y me buscó de soslayo.

—Claro —asentí no muy convencido.

El camino se me hizo más ameno de lo que me gustaría reconocer. Lisa era un amor, se pasó todo el viaje contándonos batallitas de cuando Harry y ella eran pequeños. En un momento dado me contó una que hizo que su hermano se revolviera en el asiento de pura indignación.

—Y ahí estábamos, jugando a *blind man's buff* con todos nuestros primos en una habitación llena de cacharros. Idea de mi querido hermano —aclaró.

—*It didn't happen like that* —apuntó Harry sin dejarla terminar.

—Cuando, de repente… ¡pum! —Dio una palmada para darle intensidad al golpe—. Me tropecé con una estantería y me caí de cara contra el suelo.

—No fue para tanto —gruñó él restándole importancia.

—Estuve tres años sin paleta. —Sonó indignada—. Tres.

—Técnicamente sin paletas. En plural —aclaró su hermano.

—Eso fue otro incidente —puntualizó ella—. Ni me lo recuerdes.

—¡Oh! ¡Oh! —recordó Harry de pronto—. Pero no te quedes a medias, Lisa. —Sonaba como un niño pequeño que se había picado con su hermana y reconozco que, ver ese lado de Harry, solo consiguió que me gustara aún más—. Cuéntale lo que me hisiste tú después, cuál fue tu vengansa.

—Eres retorcido —se quejó su hermana.

—*My beloved sister* —lo dijo como un insulto, pero sin serlo—, al poco tiempo, mientras jugábamos en el patio, me hiso la sancadilla y me tiró de cabesa contra la tierra —me miró a través del retrovisor para ser testigo de mi reacción—, y me partió la paleta por la mitad.

—*Liar!* —gritó Lisa entre risas.

—*Funny thing is* que mi paleta no era *a baby tooth*, por lo que me

la tuvieron que reconstruir y, de ves en cuando, se me vuelve a partir y tengo que ir a que me la reparen.

Le sonreí a través del retrovisor mientras negaba en silencio. Él me imitó, satisfecho con mi respuesta.

—*Can you believe it!?* —Lisa se giró en el asiento en busca de mi amparo—. ¡Era una niña! —se justificó—. Estábamos jugando y él se me cruzó por delante.

—Son cosas que pasan —murmuré lo suficientemente bajo como para que Harry no me escuchase, y ella me sonrió complacida.

—Un momento —se dio cuenta él—. ¿Estás de su parte?

Buscó mi reflejo en un reojo mientras que Lisa me rogaba con la mirada que dijera que sí. Sabía que se trataba de un juego, de una broma entre hermanos sin ningún tipo de malicia, y tenía la certeza de que, dijera lo que dijese, no iba a salir mal parado. Sin embargo, comprendí que tenía la salida perfecta para mantener el misterio y hacerles pensar a ambos que estaba de su lado.

—Como dijo una sabia: *I would very much like to be excluded from this narrative* —la cité de memoria, sin titubear, en un perfecto inglés españolizado.

Los hermanos rompieron a reír al unísono y yo me uní a coro. Y entonces me sentí imbécil, porque había empezado ese viaje enfurruñado por no cumplir unas expectativas que yo mismo me había puesto sobre la mesa cuando ahora iba a ser mucho mejor. Lisa y Harry eran increíbles y tenía que estar agradecido de que me dejasen formar parte de ese dúo del que no me cansaría ni en un millón de vidas.

—Estamos llegando —anunció Harry, radiante.

—Lo estoy deseando —entendí yo por fin.

14

28 de junio

El coche se detuvo frente a un murito blanco, donde un cartel anunciaba: PLAYA DE MARO. Nada más bajar del coche, nos estiramos como si el trayecto hubiera sido de horas, cuando no había durado más de veinte minutos. Nos repartimos los bártulos y nos deshicimos por un caminito que guiaba hasta la playa.

Eché un vistazo a mi alrededor para ubicarme. Me encantó lo que descubrí: la cala estaba escondida entre dos riscos, alejada de toda civilización. En el peñasco del fondo, se alzaban los restos de un torreón que me recordó al que coronaba la cima de Cerro Gordo, o incluso al faro de la Punta de la Mona, dándole un toque de familiaridad. El sitio estaba rebosante de una vegetación que ayudaba a esconder aún más aquella cala de arena fina y aguas turquesas; regalándole una privacidad que se agradecía, sobre todo si el plan era pasar la noche ahí abajo, a la intemperie.

Un grito me sacó de esa visión idílica.

—¡Eh!

—¡Ya era hora! —dijo otra voz conocida.

Me asomé con cuidado al acantilado y encontré a Sara y Nívea, que saludaban con efusividad desde la orilla. Les regalé una sonrisa y agité la mano con discreción, mientras que Lisa las saludó como si llevase cinco años sin verlas y trotó camino abajo para ir a su encuentro. Fue entonces cuando entendí que se trataba de un plan de grupo, así que oteé el lugar para dar con el resto. Un poco más arriba, a una distancia prudencial del agua del mar, Pino y Sastre estaban montando un campamento con tiendas de campaña y otros

bultos que no conseguí distinguir desde ahí arriba.

—Bienvenido al día tres —me sorprendió Harry por detrás.

—¿No te cansas de hacerlo todo bien? —dije con mal fingida indiferencia.

Una sonrisa se le dibujó de oreja a oreja, y yo disfruté de ella.

—En realidad… —Cambió el peso de un pie a otro, balanceándose —. Es parte de mi redensión por haberme comportado como un capullo, pero no estaba seguro de si te apetesería el plan.

Entrecerré los ojos, amenazador, y levanté un dedo.

—Lo primero es que no tienes que redimirte por nada —intenté sonar serio. No me gustaba la idea de que esa hubiera sido su única motivación.

—Era una broma —sonó apurado—, pero vale, *noted*.

—Y lo segundo, y más importante, ¿cómo no me iba a gustar esto? —Y señalé al paraíso que nos rodeaba.

—No sé. —Se retorció nervioso—. Pero tenía que arriesgarme si queríamos seguir adelante con nuestro plan de veintiún días —apuntó—. Así que me alegro de que te guste.

—Es perfecto. —«Como tú», me ahorré—. Lo único es que…

—Está todo pensado —me cortó—. Tú duermes en mi tienda.

—¿Contigo? —se me escapó en un desliz.

—Claro que conmigo —Se sonrió.

«Bendito grupo de apoyo», recé para mí, agradecido.

—Si no me queda otra… —fingí aceptar de mala gana.

—*Do you want me to sleep outside, or…?*

—No, no —continué con la broma—. Podré soportarlo.

—*Honestly*, ya me veía durmiendo en el suelo.

—No sería la primera vez —le piqué.

—*Not the last* —concluyó ensanchando la sonrisa—. ¿Vamos?

Estaba ya todo el mundo de cervezas bajo el sol menos nosotros, que tardamos un buen rato en montar la tienda de Harry. Cuando pensábamos que estaba lista, encontramos en la caja una mosquitera, un par de barrotes y algunas piquetas que no deberían haber sobrado, así que tuvimos que desmantelarla para volver a empezar.

—Vale, esto ya casi está —gruñó Harry mientras forzaba el último

barrote para que encajase en su sitio—. Un poco más…

Tenía medio torso metido dentro de la tienda. Desde fuera se le veía un pedacito de abdomen marcado por el esfuerzo y por el que se escurría alguna que otra gotita de sudor. Tuve que hacer un esfuerzo contra natura para no arrodillarme a su lado a secarle con mi propia camiseta, con la yema de los dedos «o con la lengua», me escuché decir. Un crujido acabó con mis pensamientos lascivos.

—*Sorted!* —vitoreó orgulloso.

Se escabulló de la tienda como pudo y se levantó de un salto.

—¿Quieres echar un vistaso a nuestro humilde hogar?

—Eso ni se pregunta —fingí ofenderme.

Me puse de cuclillas frente a la puerta y me asomé al interior, deseoso de descubrir cuánto espacio iba a compartir con Harry durante las próximas noches. La respuesta era evidente: no el suficiente. La idea me gustaba y me aterrorizaba a partes iguales. Podían salir muchas cosas mal, pero tampoco tenía alternativa. Tocaba sobreponerse, concentrar toda mi energía en no gritar si nuestros cuerpos se encontraban en mitad de la noche y ver una ristra de TikTok tristones antes de dormir para, con suerte, no levantarme con el asta izada.

—Bien, ¿no? —quiso saber Harry.

—Mucho mejor que bien —carraspeé nervioso.

—Menos mal —se relajó—. ¡Pues a ponerse los bañadores!

Y eso hicimos, nos cambiamos detrás de unos matorrales de uno en uno, por una cuestión de intimidad, y colocamos el resto de las cosas junto a la puerta, en el interior de la tienda. Una vez preparados, nos unimos a los demás y abrimos un par de cervezas para cogerles el ritmo.

—¿Ya lo tenéis todo listo? —preguntó Nívea.

—Eso parese, sí —respondió Harry tras un buen sorbo—. Esperemos que no se nos caiga ensima esta noche, ¿verdad, Rodrri?

Me buscó sonriente y yo asentí sin decir nada.

«¿Rodrri?» me sonó extraño, pero lo acepté de buena gana.

—Oye, Rodri —lo imitó Nívea—, ahora que lo pienso, te hemos achicharrado con nuestras anécdotas y nuestras historias, pero nos tienes que contar más cosas sobre ti.

Me puse en guardia en un acto reflejo, irguiéndome con una sonrisa ensayada para que no se notase que tanta atención me ponía nervioso.

—Claro —acepté—, pregunta sin miedo.

—Has abierto la veda… —canturreó Sara a mi espalda.

—¡Cállate, Sara! —bromeó Nívea.

—Eso, ¡cállate, Sara! —se le unió Pino, dejándose caer junto a Harry—. ¿Por qué callamos a Sara? —preguntó en un susurro.

—Porque Nívea está a punto de interrogar a Rodrrigo.

Me miró sin muchas ganas, decepcionado con la respuesta.

—Buena suerte. —Fue todo lo que dijo.

—No les hagas caso —gruñó Nívea—. No entienden mi curiosidad.

—Es una forma de decirlo —añadió Sara.

La acusada cogió un puñadito de arena y se lo lanzó a su amiga, la cual se quejó entre risas y se revolvió para quitársela de encima. Después, su mirada regresó a mí, sonrió de medio lado, tragó aire y empezó el tiroteo.

—¿Llevas mucho tiempo veraneando aquí? —disparó Nívea.

—Toda la vida. Mi abuela vive aquí.

—Sigo alucinando con que no nos hayamos visto nunca.

—Bueno, vivo en lo alto del cerro —expliqué lo evidente—. Aunque quizá nos hayamos cruzado y no nos acordemos.

—Te lo compro —sonó satisfecha—. ¿De dónde eres?

—Es complicado —reflexioné—. Porque me he criado en Madrid, pero mi familia es de Granada y yo nací aquí, así que técnicamente…

—Debería de haberlo adivinado por el acento.

—No tengo acento —protesté.

—Ya, ni nosotros —bromeó Lisa mirando a su hermano.

Yo también lo miré, y él hizo un esfuerzo monumental por no reírse, pero le salió regular.

—¿De qué año eres? —continuó con un nuevo balazo.

—Del 96. ¿Y vosotros?

—También —asintió Nívea—. Bueno, Sastre, Sara y yo. Pino es del 92. —Lo miré y él asintió, impasible—. Y Lisa y Harry del 93.

«Lo sé. La contraseña», pensé para mí.

—Qué memoria tiene la jodía —escuché a Sara de fondo.

—¿Y qué horóscopo eres?

—Piscis —asentí satisfecho.

—¿De febrero o de marzo? —parecía tensa.

—De marzo —titubeé.

—Uf —se relajó—, menos mal.

—Pero no soy yo muy del…

—Shhh —me chistó, cerrando los ojos para no escucharme—. Será mejor que no termines esa frase. —No lo hice, por lo que pudiera pasar—. Siempre he dicho que Piscis y Sagitario son una buena combinación y nadie me hace caso —sonaba resentida.

—Te lo digo cuando conozca a un sagitario —bromeé.

—Ya conoces a uno —susurró Sara a mi espalda.

—En realidad a dos —aclaró Lisa, dolida porque nadie la hubiera tenido en cuenta.

—Oh —entendí al instante.

«Sigue así, Nívea», me gustó pensar que apostaba por nosotros tanto como yo.

—Una pregunta más y te dejo en paz —me propuso un duelo final.

—No te cortes —dije rápidamente, pero me arrepentí al instante.

—¿Cuál dirías que es tu mayor virtud?

«Mi mayor virtud…», resonó en mi cabeza.

—Creo que… ¿la empatía? —lo solté casi sin pensar y la afirmación se convirtió en duda a mitad de la frase—. Aunque empiezo a pensar que también es mi mayor defecto —comprendí.

—Interesante —susurró para sí—. ¿Y tu mayor miedo?

«Mi mayor miedo», volví a escuchar.

—La muerte —zanjé, seguro de mí mismo.

Eran dos de los temas que más había trabajado con la psicóloga: mi mayor virtud, en un fútil intento por hacer las paces conmigo mismo para hablarme mejor; y mi mayor miedo, ese que me quitaba el sueño y que me perseguía cada vez que cerraba los ojos. Y, aunque había sido sencillo responder a sus preguntas, un atisbo de arrepentimiento se me anudó en el pecho, llevándome a preguntarme si me había desnudado muy pronto delante del grupo. Delante de Harry. A fin de cuentas, tampoco nos conocíamos desde

hacía tanto.

—¿Ha aprobado? —preguntó Lisa.

Nívea y yo nos batimos en un duelo de miradas. Dejé que me leyera el alma para que pudiera tomar una decisión que ni siquiera sabía qué implicaba, pero que tenía mucho que ver con un juicio silencioso que decidiría si era digno de su confianza.

—Y con matrícula —reveló su veredicto.

—*Yay!* —gritó Lisa.

—Eres uno de los nuestros —escuché decir a Sara.

—Bi-bien-venido —me pareció escuchar a Sastre.

—Otra boca que alimentar —se lamentó Pino, de broma.

—Bienvenido a la familia —dijo Nívea.

—Sí —susurró Harry—, bienvenido a la familia.

La noche cayó inadvertida. Pasamos el día torrándonos bajo el sol entre juegos de cartas, alcohol y risas que fui inmortalizando con la cámara. Me pregunté varias veces si aquella escapada de fin de semana había sido diseñada por y para mí, como un rito de iniciación; si se había tratado de algo improvisado, o si tan solo había caído en una broma que a partir de ese momento compartiríamos los siete.

En cualquier caso, si hubo algo que tuve claro desde el primer momento es que el muro que nos separaba había terminado de caer, si es que alguna vez había existido más allá de mi cabeza, y eso me tenía pletórico. Al fin y al cabo, a todos nos gusta sentir que formamos parte de algo más grande, y pertenecer a la pandilla, en aquel momento, me lo pareció todo.

Entonces me explicaron que el interrogatorio de Nívea había sido una especie de prueba de acceso, una forma de asegurarse de que, tal y como sospechaban, tenía cabida en el grupo. Y se confirmaron mis sospechas: ya no era un invitado, ni «el amigo de»… Por fin, y sin vuelta atrás, era uno más.

—La prueba no reside en las preguntas en sí —me contó Sara poco después con la voz pastosa—, sino en la sinceridad con la que las respondes. Y era imprescindible que no dudases y que estuvieras

dispuesto a abrirte delante de todos, sin diferencias, porque los seis… —carraspeó y se corrigió—, los siete somos una piña.

Al escuchar ese «somos una piña» desvié la mirada hacia Pino. Hasta ahora había sido un incordio, pero recordé que en toda familia hay un cuñado al que no soportas y que te cae como una patada en los cojones y acepté que ese iba a ser su rol en mi vida.

El grito de Sastre, con las respectivas risas del resto, me trajo de vuelta a la playa. Estábamos sentados alrededor de una hoguera, acabando los últimos botellines de cerveza fría, mientras contábamos historias de terror. Por suerte, había desconectado de la historia que estaba contando Pino porque, aunque me jodiera reconocerlo, me estaba empezando a asustar.

—Eso no ha tenido gracia —se quejó Sastre.

—Pero si te ha encantado —le picó Pino dándole un pellizco en el costado que le arrancó una sonrisa a su amigo.

—Me toca —dijo de pronto Harry, recolocándose en el sitio.

«No me jodas, que a ti no sé ignorarte», pensé.

—¿Cuál vas a contar? —se interesó Lisa.

—Esta no te la sabes ni tú —le respondió orgulloso—. Es más, es una historia que me he aprendido a propósito para esta noche. Y es «La leyenda de los amantes de Maro».

—Sí, venga ya —dijo Sara recogiéndose en sí misma.

—No me jodas, Harry —se quejó Nívea.

—Eso mismo he pensado yo —le confesé al oído y se rio.

Ignoró las quejas y, tras llenar los pulmones de aire, comenzó a relatar:

—Cuenta la leyenda que, en una noche como esta, hase ya sincuenta veranos, un muchacho de nuestra edad se escapó de casa en mitad de la noche para encontrarse, en secreto, con su amado. —Su voz resonaba con esa gravedad que tanto me gustaba, pero con un tono mucho más lúgubre y pesado—. Llevaban años viéndose en secreto, lejos de miradas indiscretas que pudieran delatar ese amor prohibido que podría costarles la vida. Y tristemente, esta ves, así fue —se lamentó—. Debería haber sido una noche más, pero no fue así. El chico cogió la barca que ocultaba con esas piedras —y señaló a unas enormes rocas que había al lado

del camino—, y bordeó la costa para llegar a la cueva que había sido testigo de sus pecados. Esa noche, sin embargo, el mar estaba más alborotado que de costumbre y la barca se tambaleaba de un lado al otro en un baile amenasador. Él no se rindió, porque si su amado le estaba esperando en la cueva con semejante temporal, podría estar en peligro. Así que luchó y luchó contra viento y marea hasta que llegó a la entrada del refugio, que estaba prácticamente inundado. Gritó su nombre sin descanso, llamando al amor de su vida. Le paresió escuchar su vos pidiendo auxilio desde el otro lado. Pero no, no lo era. Lo que estaba escuchando en realidad era el eco de sus propios gritos, solo que con el bramar del agua era incapás de diferensiarlo. Y, por eso, en un último arrebato de puro amor, se asercó más de lo que debía a las rocas con la barca, y…

—Naufragó —se me escapó sin querer, con el corazón hecho un nudo.

—Naufragó —repitió Harry, asintiendo apesadumbrado—. Al día siguiente, cuando el mar ya estaba en calma, el otro muchacho cogió la barca que guardaba en una playa contigua, y navegó hasta la cueva, resando para que sus mayores temores no se hisieran realidad. Porque la noche anterior, al encontrarse con el mar tan revuelto, él no se había atrevido a embarcarse mar adentro y quiso pensar que su amado habría sido tan cauto como él. Cuál fue su sorpresa al descubrir que los restos de la barca estaban desperdigados entre las piedras del acantilado, justo frente a la entrada de la cueva que, además, seguía inundada.

—Qué horror —escuché susurrar a Lisa, que se estaba secando una lágrima.

Yo la imité.

—Sí —respondió Harry—, pero la historia no acaba aquí. El chico, destrosado por haber perdido al amor de su vida, regresó aquí, a la playa de Maro, donde estamos ahora. No dejaba de gritar su nombre, pero tampoco lo encontró. Pasó días ahí sentado —y señaló a la orilla frente a nosotros—, esperando a que su amado regresase. No comía ni dormía ni bebía agua, solo repetía su nombre una y otra ves. Y, cuando ya no pudo más, caminó mar adentro, como parte de su penitensia, y se ahogó.

—Qué historia más triste —dijo Sara.

—Sí —afirmó Pino—, eso no ha dado miedo, tío.

—Aún no he terminado —aclaró, pausado—. Disen los marineros de la sona, que, en noches de marejada, se puede ver la barca del náufrago navegando hasia las piedras, pero que, en noches como esta, cuando el mar se encuentra en calma, su viudo resurge del agua para buscar una ves más a su amado. Por lo visto, se aserca a los hombres que se encuentra durmiendo y les pregunta: «¿Eres tú?» —cambió la voz a una más siniestra—. Si la respuesta es no, los despelleja ahí mismo al grito de «¡Mentiroso!», pero si dises que sí, te arrastrará con él hasta las profundidades de Maro para pasar la eternidad juntos.

—Joder, Harry —exclamó Nívea.

—Ha sido buena, lo reconozco —se rindió Pino.

—La mejor de la noche —corroboró Lisa.

—Tengo los pelos de punta —añadí yo.

Harry, mientras tanto, nos observaba en silencio, sonriente.

—Me alegro de que os haya gustado —asintió orgulloso, regodeándose cual pavo real—, porque me lo he inventado todo.

—¡No puede ser! —gritó Sara, y le lanzó una chancla.

—Eres un mierdas —añadió Pino entre risas.

—Yo ya lo sabía —se autoconvenció Sastre como pudo.

—Mira —comenzó Nívea—, yo me voy a dormir ya, porque si no voy a terminar matando a alguien.

—Sí, yo también —añadió Sara—. ¿Dormimos juntas?

La propuesta estaba dirigida a Lisa y Nívea, que buscaba de soslayo a Pino, supuse que preguntándole en silencio si le parecía bien no pasar la noche juntos. Él asintió con disimulo.

—Sastre conmigo —dijo a modo de medio orden, y él le obedeció sin rechistar.

Uno a uno, se despidieron con abrazos, besos y gestos de cabeza desganados y se fueron escurriendo hacia sus respectivas tiendas, hasta que solo quedamos Harry y yo, que mirábamos fijamente la hoguera sin decir palabra. Pero él, como de costumbre, se atrevió a romper el silencio.

—Se ha quedado una tienda libre, por si quieres que…

—Ni de coña —le corté—. Quiero decir, si tú prefieres… —dudé.

—No, claro que no —me cortó rápidamente.

—Demasiadas historias de terror —le solté.

Él asintió, fingiendo darme la razón.

—¿Vamos? —Y señaló la tienda con un gesto de cabeza.

Sin decir mucho más, apagamos la lumbre con una cubeta de agua salada y nos dirigimos hacia la tienda que estaba más alejada. Una vez llegamos a la puerta, Harry se quitó la ropa hasta quedarse en calzoncillos. Yo le imité, venciendo mi inseguridad.

—Voy al baño antes de acostarnos, ¿sí? —Me miró en busca de una respuesta que llegó con un asentimiento y luego se escabulló entre la negrura de los arbustos.

El corazón me iba a mil revoluciones por segundo y, aprovechando que me había quedado solo, me recoloqué el calzoncillo por si la cosa se complicaba. Entré en la tienda, elegí mi lado de «la cama» —el derecho— e hice un esfuerzo sobrehumano por dormirme antes de que Harry volviera.

«Duérmete, duérmete», me rogué una y otra vez. «Joder, Rodrigo. Te duermes hasta de pie en cuestión de segundos y hoy que es una necesidad de fuerza mayor, ¿no lo haces? Es que ni para eso sirves, hijo».

Saqué la botella de agua de la mochila y me la bebí de un trago, por si me ayudaba a relajarme. En su lugar me terminé atragantando de los nervios y tosí estrepitosamente. «Ah, bueno, que tampoco sabes beber agua».

Un crujido me alertó de que Harry estaba de vuelta, así que apreté los ojos y me prometí a mí mismo hacer la mejor interpretación de persona dormida que hubiera existido jamás. Pero nada, fue una falsa alarma.

«Rodrigo, por lo que más quieras, a dormir, que no son horas», me regañé.

Sin querer, me acordé de mi entrepierna y de la suerte que tenía de no tenerla dura. Error de principiante. Es por todos sabido que, si centras tu atención ahí, da igual el momento o el lugar: se da por aludida y sale a saludar. Y, efectivamente, eso pasó. Lo que hasta ahora no había sido más que un amago de erección empezó a

bombear sangre como si tratara de apagar un incendio. Y entonces sonó otro crujido. «Joder, joder, joder».

Me puse bocabajo, en un intento desesperado por ocultar a la bestia. Por suerte, se trató de otra falsa alarma. «¿Y si me hago daño?», me pregunté de pronto. Sin pensármelo dos veces —porque, claro, tampoco estaba para pensar— me pegué pellizcos de monja en ambos brazos. Tampoco funcionó. «¿Qué clase de ser infernal del averno eres tú?». La pregunta iba dirigida a mi erección, pero ella se limitó a endurecerse un poco más a modo de respuesta. «Te odio».

Sin saber qué más probar, respiré profundamente, tal y como me había enseñado la psicóloga —aunque no con esa intención—, y me concentré en los sonidos que me rodeaban. Las brasas aún chisporroteaban con la ayuda del agua, las olas se mecían en un vaivén de chasquidos de sal, y el aire acariciaba las hojas con un suave silbido que me ayudó a alejarme de mi cuerpo terrenal. Sentí cómo se me destensaban los músculos, todos ellos, y eso me relajó aún más.

«Si Harry tarda un poco más, a lo mejor me duermo y todo».

Estuve a punto de hacerlo. Llegué a acariciar los portones del reino de Morfeo, arrullado por los estímulos de la naturaleza. Sin embargo, a dos respiraciones profundas de dejarme ir, sentí que una presencia me observaba desde el otro lado de la tela. Y, para cuando quise darme cuenta, era demasiado tarde.

—¿Eres tú? —me susurró una voz gutural.

Pegué un salto en el sitio, acompañado de un gritito muy lamentable. Me incorporé rápido, dispuesto a pelear por mi vida y… me encontré a Harry, sobreviviendo a un ataque de risa a mi costa.

—¡Harry, joder! —me quejé, escondiendo una sonrisa.

—Perdón, perdón —se disculpó aún con los lagrimones saltados.

—No te perdono, no.

Se metió y se dejó caer a mi lado. En un intento por no alertar al resto, se llevó las manos a la boca para amortiguar su risa, que le duraba, mientras de fondo se escuchaban cuchicheos y risitas provenientes de otras tiendas. Probablemente todo el mundo me había escuchado gritar; si es que ese quejido ahogado se le podía

llamar grito.

—Venga, va —endulzó la voz—, no tengas miedo, que yo te protejo. —Y se fue acercando a mí.

Le di la espalda en un alarde de fingida indignación y, sin previo aviso, noté cómo su cuerpo se pegaba al mío, su brazo pasaba por encima de mi cintura y me acercaba todo lo posible a él, hasta abrazarme. Me apoyó la barbilla en el hombro, sentí su respiración en la oreja y, entre gruñidos moscones, me susurró al oído:

—¿Mejor?

Fui incapaz de articular palabra, así que me limité a asentir.

—Bien —entendió él—. Así no pasamos miedo ni frío.

Se acomodó un poco más, y sentí cómo su cuerpo y el mío se adaptaban el uno al otro, como si hubieran nacido para estar juntos. Intenté alejar cualquier pensamiento obsceno pensando en cosas tristes, concentrándome en los sonidos de la naturaleza… pero no fui capaz. Solo podía sentir su respiración acariciándome el oído, los latidos de su corazón, tan acelerados como los míos, y cómo la temperatura de nuestros cuerpos iba en aumento al estar piel con piel. Todo se complicó aún más cuando me di cuenta de que lo que tenía incrustado entre mis cachetes era el paquete de Harry…

—*Good night, stalker* —me susurró a modo de despedida.

—Bu-buenas no-ches, Harry —conseguí formular.

En un par de minutos, su respiración se volvió más pesada y entendí que se había dormido. Yo, sin embargo, me esforcé por mantenerme despierto. No sabía cuándo se repetiría un momento así o siquiera si volvería a pasar, así que acompasé mi respiración a la suya, disfrutando del vaivén de su torso en mi espalda; y, solo por si acaso, traté de memorizar el tacto de su piel contra la mía, de grabar a fuego lento las coordenadas de sus lunares y de empaparme del aroma que desprendíamos. El tiempo se desvirtuó; a fin de cuentas, este no tenía ningún valor en el cielo. Pasé la noche a duermevela, intentando comprender por qué nuestros cuerpos encajaban tan bien. No sabría decir si lo logré. Pero, antes de pestañear por última vez, con los primeros rayos de un nuevo día, tuve la certeza de que Harry Grosvenor estaba hecho para mí.

15

29 de junio

Las voces indistintas de las chicas me despertaron apenas un par de horas después de que me hubiera dormido. La sien me pegó un calambrazo nada más abrir los ojos, alertándome de que aún no era el momento de despertar. El dolor se mitigó en cuanto me di cuenta de que Harry seguía apostado a mi espalda. Su respiración era constante, pausada, por lo que entendí que seguía dormido. El sol estaba a pleno rendimiento. Dentro de la tienda hacía mucho calor y alguna que otra gotita de sudor se me deslizaba torso abajo. No me moví. Me negaba a ser el responsable de arrancar a mi compañero de sueño de su letargo. Estuve así un rato más, oyendo a las chicas desayunar, a Sastre dar los buenos días en un susurro tímido y a Pino gruñir entre estiramientos de placer al salir de la tienda. Y entonces sonó mi despertador favorito:

—*Good morning, stalker* —susurró en un tono gutural.

Di un pequeño respingo que tuvo que notar, pues estábamos piel con piel.

—Buenos días, desconocido —susurré de vuelta.

—¿Es muy tarde? —preguntó sin moverse.

—Creo que no —comprendí—, pero somos los últimos en salir.

—*Oh, they're kinda early birds, so*… —Y se recolocó tras de mí.

Su torso seguía empastado con mi espalda, sus piernas entrelazadas con las mías, su brazo amarrado a mi cintura; y, en lugar de aumentar el espacio entre nosotros, entre ronroneos matutinos me apretó más fuerte. Hubo un momento en el que tuve la sensación de que me estaba restregando discretamente su dureza

de buena mañana contra las nalgas, pero eso era imposible, así que lo descarté al instante.

—¿Has dormido bien? —se me ocurrió preguntar.

—Mejor que bien. —No se lo pensó—. *And you?*

—Poco —me sinceré—, pero bien.

—¿He dado mucha guerra? —Se separó ligeramente, inseguro.

—No, no, no —me apresuré a decir—. Es por la luz.

—*Oh, right* —sonaba jocoso—. Los españoles y las persianas.

—Una historia de amor —completé.

Se irguió rápidamente en el sitio y se estiró como pudo, con quejidos gustosos. Cuando terminó de recolocar cada músculo en su sitio, oteó alrededor para situarse antes de empezar con el día y me observó, juguetón, sin decir nada.

—¿Qué? —rompí el silencio, nervioso.

—Creo que alguien —me señaló con un levantamiento de cejas— va a tener que esperar un poco para salir a desayunar. —Se rio.

Tardé un momento en comprenderlo, pero, para cuando lo hice, Harry ya estaba saliendo de la tienda negando divertido mientras mis mejillas ardían de la vergüenza.

—¡Harry! —le reñí cual niño pequeño.

—¡Buenos días! —gritó al resto del grupo, ignorándome.

La mañana empezó con un torneo de palas que ganó Pino en una final sin precedentes contra Sastre, que, para mi sorpresa, era realmente bueno. Yo fui humillantemente fulminado en una primera ronda contra Nívea, que no había durado más que un par de minutos. No me importó. Disfruté más fotografiando los mejores momentos del resto de los contendientes con una cerveza en la mano. Aunque me jodió que mi mejor foto hubiera sido a Pino, en pleno vuelo, haciéndole a Sastre el mate que le había otorgado la victoria. Se les ocurrió entonces echar una carrera de colchonetas. Tampoco lo hice mucho mejor. Mi primer oponente fue Harry y, como no tenía ninguna posibilidad, me había rendido incluso antes de tocar el agua, esforzándome lo justo y necesario para fingir que estaba participando. Lisa fue la que se alzó con la victoria, casi empatada con su hermano en una reñida final. Yo era *team* Lisa, así que lo celebré con un par de berridos.

Nada más terminar de comer, mientras que Lisa se echaba la siesta y Nívea y Sara jugaban a las cartas, Pino y Harry se retaron a una pelea de caballitos. Eso, por ende, nos convirtió a Sastre y a mí, en contra de nuestra voluntad, en sus jinetes y verdugos. Yo me había imaginado muchas veces cabalgando sobre Harry, pero nunca en aquella tesitura, y mucho menos que lo haría para ganar a Pino y escuchar sus quejas sobre que habíamos hecho «trampas» mientras nos exigía una revancha —que, por supuesto, también perdió. Un par de juegos de mesa después, con las espaldas chamuscadas tras tantas horas al sol y la mente espesa de tanto alcohol, cayó la noche y, con ella, empezaron los juegos con la bebida.

—¿Jugamos a la botella? —propuso Sara, como si nada.

En un gesto inconsciente, le lanzó un reojo furtivo a Sastre del que solo yo parecí darme cuenta. De fondo, se escucharon un par de resoplidos.

—¿Otra vez? —se quejó Nívea.

«Pero ¿cuántas veces lo habéis hecho?», me pregunté, impactado por la respuesta.

—Sara, estás de un salido… —soltó Pino.

—Es solo que le gusta mucho besar —la defendió Lisa.

—Y que estoy muy sola, Pino —explicó la acusada.

—Pues a mí no me parece mala idea —irrumpió Harry.

Se hizo un silencio plagado de miradas sorprendidas y de gestos de cabeza poco convencidos, pero fue todo lo que hizo falta para que, instantes después, le estuviésemos dando vueltas a un botellín de cerveza en busca de alguien a quien besar.

La primera en jugar fue Sara, por pura inercia y por haber tenido la idea, y aunque yo tenía claro quién era su objetivo, el azar tenía otros planes para ella, ya que eligió a su compañera de asiento.

—*I mean*… —bromeó Lisa—, si tantas ganas tenías de besarme, solo tenías que pedirlo. Ven aquí, anda.

Sara sonrió, resignándose a los designios del destino, y se besaron. Fue el turno de Nívea, que, girando la botella con desgana, atinó a besar unos labios conocidos: los de su novio. Un abucheo espontáneo llenó el ambiente, plagado de gruñidos y quejas por el descontento ante lo cotidiano, mientras que ella se deslizaba sin

miramientos hasta quedar sentada sobre el regazo de Pino.

—Si quieres volver a tirar… —le ofreció él.

—La botella ha hablado —concluyó.

Lo besó con ganas, con pasión, bebiendo de él y zanjando así la protesta.

—Te toca, Sastre —apremió Sara, interrumpiendo el beso.

Él ni siquiera respondió. Hundió ligeramente la cabeza, cogió el botellín y lo hizo girar. A mí no me había tocado besar a nadie así que tenía posibilidades de ser el siguiente. La idea de besar a Sastre no me desagradó. Era guapo, aunque él no fuera consciente, y tenía los labios rosados y carnosos, perfectos para darle un mordisquito después del beso. Debí de tentar a la suerte, porque escuchando la llamada de mis pensamientos intrusivos, la botella se detuvo frente a mí.

La mirada se me escapó hasta Sara, que no pudo ocultar su decepción. Pero no la juzgué; me hubiera pasado lo mismo en su situación. Sastre y yo estábamos a una persona de distancia, así que no tuve que moverme mucho para cumplir con el trato. Él, paralizado, me miraba de reojo en un ruego silencioso para que hiciera yo todo el trabajo. Y así fue.

—¿Puedo? —le pregunté tratando de ser cortés.

Sastre se limitó a asentir. Entonces le sujeté del mentón, le guie hasta quedar frente a frente y, sin pensarlo, lo besé. Fue suave, corto y liviano, casi una caricia, pero lo suficientemente intenso como para ponerme los pelos de punta.

—Oye, eso ha sido muy romántico, ¿no? —vociferó Sara, nerviosa.

—Bueno —me justifiqué—, ha sido mi primer beso en el grupo.

—Espero que… —quiso asegurarse Sastre, pero no le dejé terminar.

—Has estado espléndido, querido. —Le besé la mano, agradecido.

—¡Me toca! —nos rescató Lisa con esa energía tan bonita.

La botella volvió a girar y, como si la gravedad la llamase, se paró en Sara.

—¿Otra vez? —se quejó ella, risueña.

—*It's a match!* —dijo Lisa, y acto seguido la besó—. Tu turno. —Señaló a Harry.

Él aceptó de mala gana, sujetó la botella con cuidado y se lo pensó antes de hacerla girar. «¿Le estás pidiendo algo a la botella, Harry? Espero que a mí», le rogué en silencio. Como si le hubiera llegado el mensaje, la hizo girar con fuerza. Yo entrecerré los párpados y apreté la mandíbula, intentando detenerla con la mente cada vez que apuntaba hacia mí. La telequinesis no funcionó y el maldito cristal verduzco se paró delante de Pino y Nívea, que seguía sentada sobre su regazo.

—¿Y ahora qué? —se quejó Sara, riñendo a su amiga con la mirada.

—Elegid vosotros —les pidió Harry.

Pino y Nívea se miraron y asintieron a la par.

—Ha sido mi culpa —dijo ella—, así que…

Se levantó a duras penas mientras Pino se recolocaba el paquete en un rápido gesto de muñeca que pretendió que nadie viera. Harry se levantó también, acercándose hasta Nívea sin prisa, y la agarró por la cintura.

—Yo me dejo haser. —Fue todo lo que dijo.

El beso duró poco. Fue un choque de narices que terminó en una risa generalizada. Nívea volvió a su sitio, junto a Sara, mientras que Harry regresó a mi lado, regalándome una mueca resignada que no supe leer. Y ya solo quedábamos dos por girar la botella.

—Sastre —apeló Pino—, ¿la giras por mí?

Él asintió sin rechistar y la hizo girar con poco garbo. El botellín esta vez se detuvo ante Sara.

—Lo estabas deseando, Sarita —soltó socarrón.

Ella no dijo nada, simplemente se levantó con el morro arrugado y se preparó para recibir el beso. Fue un piquito sin importancia, anecdótico, probablemente el beso con menos química de la noche. Y no me extrañó. Sara y Pino no podían pegar menos. Bueno, sí, Pino y yo, pero ese era otro tema.

Y entonces llegó mi turno. Lo supe porque se hizo un silencio y todas las miradas se centraron en mí. No quise levantar la vista, tan solo me limité a forzar un gesto de normalidad, como si no sintiese toda la presión del mundo sobre mis hombros mientras sujetaba la botella. «Que sea Harry», le rogué. Y la hice girar.

Nunca supe qué tenía aquel juego adolescente, pero era capaz de hacer estremecer a cualquiera mientras el azar elegía. Y cuando se trata de un juego entre amigos y no hay preferencias, no hay problema; pero cuando de la decisión depende besar a la persona que te ha puesto la vida patas arriba, todo cambia. Y mucho. El tiempo se ralentizó, al menos para mí, y la botella parecía no terminar de decidir a quién tenía que regalarle aquel beso. Le pedí que parase cada una de las veces que apuntó a Harry, pero no me hizo caso. La telequinesis se me debió de truncar —otra vez—, pero el error de cálculo tuvo las peores consecuencias posibles: la botella, en un acto de mofa que me horrorizó, se detuvo frente a Pino. Y, para mi desgracia, ya no estaba Nívea.

—Esto sí que no me lo esperaba —se atrevió a decir, autosuficiente—. Está bien —se resignó, como si no le quedase otra y besarme fuese lo peor que le podría haber pasado aquella noche.

No dije nada, me limité a levantarme y dejé escapar una sonrisa que escondía el asco que me daba aquel beso. Pino me imitó, pero sin sonreír. Me desafió con la mirada, retándome a darle el beso que le correspondía. «¿Crees que no soy capaz?», me indigné. Y jugó con eso. Se plantó delante de mí, con las manos anudadas a la espalda, disfrutando del momento y a la espera de que fuera yo el que le regalase mis labios.

—Cuando quieras, novato —me provocó cuando le tenía frente a frente.

En un esfuerzo sobrehumano por no atinarle un cabezazo en la nariz, supe lo que tenía que hacer. Le sujeté la cara con ambas manos, lo atraje hacia mí, obligándolo a reclinarse, y lo besé. No fue un piquito, ni siquiera un beso tierno, no. Di absolutamente todo de mí. Tanto fue así que, cuando quise darme cuenta, Pino deslizó su lengua sobre la mía y yo, por inercia, me despedí con un mordisquito en el labio inferior. Me aparté en un acto reflejo, mientras que él se quedó con los ojos entrecerrados sin moverse del sitio.

—Eso te pasa por vacilón —le riñó Nívea.

—El mejor beso de la noche —aplaudió Lisa.

—Ha sido increíble —la apoyó Sara.

El resto se unió al aplauso. Hasta el propio Pino, sin salir de su asombro, me reverenció. Todos estaban celebrando el beso con el que había sido capaz de callar al imbécil de Pino. Todos estaban siendo partícipes de mi éxito en la primera partida de ese juego adolescente como miembro del grupo. Todos reían, aplaudían e imitaban la cara de bobalicón del elegido por el azar. Todos excepto Harry, que con la mirada perdida en algún lugar muy lejos de allí, oteaba la arena bajo sus pies ajeno a mi existencia.

Nos quedamos un rato más de cháchara, pero los bostezos se fueron multiplicando y, nada más extinguirse la hoguera, uno a uno se fueron a dormir. Menos Harry y yo.

—Si tienes sueño, podemos… —comenzó, pero no terminó la frase.

Yo estaba muy borracho, al borde del cataclismo, en alguna dimensión paralela en la que el tiempo era relativo, los colores estaban más saturados y los sentidos se me emborronaban. También estaba destrozado, agotado, deseoso de cerrar los ojos y dejarme llevar, pero…

—No, estoy bien… —mentí—. ¿Tú quieres…?

—No, no —negó rápidamente—. No tengo nada de sueño.

—Genial. —«Mierda».

—Además, sigo un poco borracho. *In fact.* —Me miró de medio lado, tanteándome, y yo me puse en guardia—. ¿Sabes lo que me apetese mucho? —Y sonrió con picardía.

—Miedo me das.

—Pero mucho mucho —exageró todo lo que supo.

—Sorpréndeme —le rogué.

Se me acercó hasta rozarme la oreja con los labios, poniéndome el vello de punta, y susurró:

—Un baño nocturno.

«O mejor aún, cuéntame por qué te has puesto tan serio cuando he besado a Pino», le dije en mi mente. Él, sin responderme a esa duda silenciosa, se levantó de la toalla y se aventuró hacia la oscuridad del mar.

—Pero —me quise quejar en voz baja— no llevo el bañador.

Harry se paró en seco, se dio la vuelta y me miró socarrón.

—*Neither do I*.

Fue todo lo que dijo. Acto seguido, como si no estuviera a punto de descolocarme por completo, se bajó los pantalones, regalándome el perfil de su cuerpo desnudo bajo la luz de la luna, y me los lanzó a la cara entre risas.

—*Last one there is a rotten egg!* —escuché mientras me liberaba del pantalón.

Tardé un momento en reaccionar, lo justo para escuchar su chapoteo sobre las olas y la posterior zambullida que le arrancó un aullido. Tenía el corazón a mil revoluciones por segundo, el pulso tembloroso y una quemazón en la cabeza que no me permitía pensar, así que decidí no hacerlo. «A la mierda», me dije.

Me arranqué la camiseta y remetí los dedos a ambos lados de la cintura, por debajo del calzoncillo, dispuesto a ir hasta el final. Entonces, la cordura me hizo una última visita y dudé una vez, y otra, y otra más, hasta que comprendí que momentos así solo se dan una vez en la vida y me decidí a saltar al vacío.

Harry me recibió entre vítores de alegría y chapoteos, empapándome incluso antes de llegar. Me abalancé sobre él para hacerle una aguadilla, olvidándome de la vergüenza o de que nuestros cuerpos desnudos se estaban conociendo bajo el agua. Y entonces llegó la calma. Nos quedamos en silencio, disfrutando del vaivén de las olas, flotando al son de la marea, mientras contemplábamos la luna ensimismados.

—*Hey, Rod* —se atrevió a romper la quietud.

—Mmmhm —le di paso.

—¿Dirías que eres felís?

Sentí la pregunta como un puñetazo en el estómago.

—A veces —me atreví a reconocer—. Hay momentos en los que me siento bien, contento, relativamente satisfecho con mi vida. Quiero pensar que eso es la felicidad y que el resto no es más que una exageración inventada por Hollywood.

—Entiendo. Y ahora —especificó—, ¿lo eres?

—Creo que sí. —Sonreí—. Soy más feliz que cuando llegué, eso seguro.

—No sabes cómo me alegro —lo decía de verdad.

—Y tú —le apelé—, ¿eres feliz?

Se lo pensó un momento antes de responder.

—Creo que sí —dudó—. Nunca antes había sido felis, ¿sabes? Me he pasado la vida hasiendo lo que otros querían, complasiendo a cada persona de mi vida…, menos a la más importante. Pero, desde que llegué aquí, siento que por fin me rindo cuentas solo a mí y eso… —lo meditó un momento— me hase felis.

—Eso es precioso, Harry. —Y lo pensaba de verdad.

«Como tú», me pareció escuchar entre el rumor del mar.

—¿Qué?

—No, nada. Me he quedado pensando.

—Oh. —Traté de disimular fatal mi decepción—. ¿En qué?

«¿En el beso con Pino?», me atreví a preguntarle solo en mi mente. Se agitó en el agua y se irguió hasta quedar de pie a mi lado, lo que dejaba medio torso fuera. Le imité. Me miraba como nunca antes me había mirado. Mi instinto me pedía que huyera de allí o que lo besara, pero que hiciera lo que fuera necesario para romper la solemnidad que se había instaurado entre nosotros. Di un paso en falso, dubitativo, y él sonrió.

—Es la primera ves que me baño desnudo en la playa —dijo de pronto.

—Yo también.

—*Yeah, I know, but*… —Me paró con un gesto de mano y, en cuanto se dio cuenta, cambió el idioma—. Lo que intento desir es que, desde que te conosí, todo en mi vida se ha convertido en una primera ves. Gran parte de mi felisidad ahora mismo es… grasias a eso.

«¿Gracias a mí?», quise entender, y le di las gracias a la luna por no brillar lo suficiente como para descubrir lo sonrojadas que debían de estar mis mejillas. Las notaba ardiendo, y, sin embargo, escondí la mirada buscando al mar.

—Pero si yo no… —traté de quitarme importancia, pero no me dejó.

—Rodrrigo —dio un par de pasos torpes, hasta quedar frente a frente, y me sujetó la cara entre las manos—, has hecho algo que nunca nadie había hecho por mí. Dejarme ser. Sin expectativas, sin

esperar nada a cambio.

—Tú me haces sentir igual. —Y era verdad.

—*I hope so*… —aceptó—, pero algo me dise que tú ya te habías sentido así. Para mí —y se apuntó al pecho— es la primera ves. Y estoy disfrutando mucho —enfatizó la última palabra— de mis primeras veses.

Tragué saliva y asentí.

—*You know what…* —continuó—. Hay otra cosa que nunca he hecho y que me gustaría probar contigo —confesó, acercándose hasta rozar nuestros cuerpos—, si tú me dejas. —Los dos sonreímos —. *Can I?*

Le sostuve la mirada en busca de una respuesta correcta a aquella pregunta. «¿Está pasando de verdad?», escuché en algún rincón de mi cabeza. Y, sin embargo, asentí. Eso fue todo. Un insignificante movimiento que estaba a punto de concederme el deseo con el que llevaba días soñando.

Las manos de Harry, tan grandes, tan suaves, pasaron de sujetarme las mejillas a acariciarlas con cuidado de no romperme. Nuestros ojos se encontraron en la quietud de la noche, con la luna como única testigo. Harry me hizo la promesa silenciosa de que todo iba a ir bien. No me hizo falta más que leer sus ojos para saberlo. Entonces se inclinó hasta llegar a la altura de mis labios y…

30 de junio

… la luz de un nuevo día me arrancó de un sueño que había durado menos de lo que me hubiese gustado. Sentía un taladro en las sienes… Aunque, aquella mañana, no supe si sería la falta de sueño o la resaca. Traté de ubicarme en el tiempo y el espacio escudriñando a mi alrededor, cuando lo vi: Harry estaba tumbado a un par de palmos de distancia, dándome la espalda y completamente desnudo. «Pero qué cojones», me escuché decir entre el ruido de mi cabeza.

Descubrí, para mi sorpresa, que yo también lo estaba. Me llevé las manos a la entrepierna, en un torpe intento por cubrirle mis

vergüenzas al universo —como si no fuera demasiado tarde para ello — y rebusqué con cuidado dentro de mi mochila hasta dar con un bañador limpio. Me lo puse con cuidado de no despertarle y, como si flotara, salí de la tienda sin hacer el menor ruido.

No sabía qué hora era, pero me sorprendió descubrir que Lisa ya estaba despierta. Estaba frente al mar con una toalla echada a los hombros, soplando sin prisa el humito de una taza de café recién hecho.

—Buenos días —me aventuré a mentir.

—Uy…, vaya carita traes. —Me acarició las ojeras—. ¿Noche dura?

Me quedé pensativo un instante.

—No lo sé. —Me llevé la mano a la cabeza—. Dímelo tú.

—¿No te acuerdas de nada? —Abrió mucho la boca, sorprendida.

Me limité a negar con los ojos entrecerrados, para protegerlos del incipiente sol.

—¿Ni siquiera del beso? —Su gesto se tornó juguetón.

El ceño se me arrugó y el corazón me dio un vuelco.

—¿Qué beso? —me atreví a preguntar.

—El de Pino. —Y me dio un golpecito, hombro con hombro.

«¿¡El de quién!?», me grité, empeorando la migraña.

—Pero qué Pino ni hostias, Lisa —me salió del alma—. ¿Qué dices?

—Anoche, en la hoguera, la botella —trataba de hilar conceptos y, en cierto modo, funcionó—. ¿No te acuerdas ni de eso?

—Sí, sí —algo me sonaba, desde la lejanía—, pero difuso.

—Pues… —Me miró de soslayo, alargando mucho la última vocal.

—Pues qué —ni siquiera fue una pregunta.

—Que menudo beso, amigo —confesó—. Tiene que estar *horny* todavía.

—Joder —me quejé—. ¿Y Nívea? —«¿Y Harry?», era la pregunta.

—No te rayes —me tranquilizó—. *It was just a silly game*.

—¿Y después? —quise indagar.

—Después… ¿del juego? —le respondí con un gesto—. Nos fuimos a dormir.

—¿Yo también?

Se encogió de hombros y le pegó un sorbo largo al café. Suspiré,

resignado a no recordar jamás qué había hecho o dicho para terminar desnudo en la tienda de campaña con Harry.

—No te preocupes —me intentó tranquilizar de nuevo, alborotándome el cabello como si fuese un perro tristón—, se te irán rellenando las lagunas. Y si no, lo que no recuerdes, no sería tan importante.

Me convenció con su argumento y le regalé una sonrisa algo forzada.

—Vamos a despertar a los demás. —Se terminó el café de un trago—. Hay que recoger antes de que lleguen los domingueros.

Y así lo hicimos. Yo me encargué de recoger la hoguera y todo lo que había a su alrededor para zafarme de despertar a Harry. Me negaba a enfrentarme al hecho de que habíamos dormido desnudos y yo no lo recordaba. Un buen rato después, él salió de la tienda como si nada, desperezándose, y vino a darme un abrazo de buenos días. «Supongo que todo está bien», me convencí.

Para cuando llegaron los primeros bañistas con sus neveras y sus tenderetes, nosotros estábamos montándonos en los coches. Esta vez, Lisa tuvo el detalle de dejarme ir solo con Harry en el coche, mientras que ella se volvió al pueblo con Sara. El camino fue bastante tranquilo, ambos con nuestras gafas de sol, sin decir ni una sola palabra, simplemente disfrutando de la brisa y del hilo de música que sonaba de fondo, muy bajito.

Cuando llegamos a Los Girasoles, Harry me quiso acompañar hasta el pie de la escalera para ayudarme a cargar con los bártulos —una bolsa con las cosas mojadas y una mochila—, pero había otra razón más:

—¿Todo bien? —quiso asegurarse mientras soltaba la bolsa en el suelo.

—Mmmhm.

—*Okay.* —No estaba muy convencido—. Pero puedes desirme lo que sea.

Le busqué la mirada mordiéndome el carrillo y le concedí la verdad:

—Es solo que… —se me atragantaron las palabras— me cuesta volver a la rutina después de experiencias así. Supongo que tiendo a

la resaca emocional.

—Y a la otra también —bromeó, sonriendo de medio lado.

Yo le acompañé con una risita forzada.

—Sí, a la otra también.

—Si nesesitas cualquier cosa —remarcó—, estoy a un mensaje de distancia.

—Lo sé —asentí algo avergonzado—, gracias.

—No hay que darlas —le quitó importancia—. Nos vemos mañana, ¿sí?

—Mmmhm.

Si no le respondía con palabras era porque sabía que podía echarme a llorar y era demasiado pronto para hacer semejante ridículo delante de Harry. Era consciente de que en gran medida se debía a la resaca y al bajón del día después, pero también tenía que ver con mi morriña viajera, un sentimiento agridulce que me había acompañado toda la vida. No era tristeza exactamente, sino una nostalgia tibia que me recordaba que algo único se había terminado y que, aunque intentara recrearlo, nunca iba a volver. O, al menos, no de la misma manera.

Él debió de darse cuenta de que estaba en otro sitio, porque sin decir una sola palabra más, me regaló un abrazo y yo me dejé hacer. Una sonrisa y un guiño después, el bramido del blanco corcel retumbó entre las cortezas de los árboles de toda la calle y yo me despedí de él con una tímida sacudida de mano que esperaba que Harry hubiera visto por el espejo retrovisor. Y entonces llegó el silencio y di por terminado el viaje.

16

1 de julio

La abuela me observaba desde el marco de la puerta con una sonrisa que no le cabía en la cara. El día anterior, nada más llegar de la playa y aún henchido de tristeza, le había tenido que contar con pelos y señales todo lo que recordaba del fin de semana. Con cada nuevo detalle, el *shippeo* había ido tomando forma en su cabeza, oficializándose: ya daban igual mis excusas o mis vagos reproches por sus pajaritos en la cabeza. Había decidido que el «chiquito británico» —así lo llamaba cuando olvidaba su nombre— y yo acabaríamos siendo felices y comiendo perdices de soja texturizada. No la culpaba, yo pensaba lo mismo desde la primera vez que salió de entre sus labios un *stalker*.

Un pitido me avisó de que mi compañero del grupo de apoyo ya había llegado, así que me despedí de la abuela con un beso en la cabeza y me escabullí antes de que dijera algo inapropiado.

—¡A las diez en el cine! —escuché de fondo.

—¡Sí! —respondí en el mismo tono.

Harry me estaba esperando apoyado en la puerta del descapotable con las gafas de sol puestas y una sonrisa que me pedía a gritos que lo besase. Pero me contuve, porque estábamos en el sexto día. «Ya veremos en el veintiuno».

Le saludé con un gesto de cabeza y él hizo lo propio, subimos al coche y condujo hasta el pueblo. Al parecer, el plan era pasear por las callejuelas, descubrir el casco antiguo y disfrutar del atardecer desde la parte alta. Y eso hicimos. El coche lo aparcamos en la cochera de Harry, al lado de su trabajo, y ya aprovechamos para

pasar por la recepción y saludar al tonto de Pino. Por suerte, lo pillamos atendiendo a unos clientes y solo pudo regalarnos un gesto cortés —y tremendamente sobreactuado— con la mirada.

Dejamos atrás el hotel y nos metimos por la primera callecita a la derecha, una de suelo adoquinado y atestada de tiendas, casas y plantas a ambos lados. Los comercios habían pintado sus puertas de un tono turquesa, a juego con la cartelería y habían cubierto sus paredes con madera para diferenciarse de las viviendas. En apenas diez pasos, podías elegir entre ir a la peluquería, comprar algo de ropa, llevarte un recuerdo de La Herradura o ir al clásico gimnasio de barrio dispuesto para los vecinos. Nosotros no hicimos ninguna de esas cosas, simplemente paseamos, empapándonos del buen ambiente.

Un par de calles después, llegamos hasta una escalera infinita y serpenteante que parecía guiarnos hasta nuestro destino. Miré a Harry en silencio, suplicándole con gesto compungido que no me hiciera sufrir, pero él ya había elegido el camino.

—No es para tanto —se justificó.

Dos pulmones después, empapado en sudor y con alguna que otra agujeta prematura, llegamos a lo alto del pueblo. Para don deportista de élite, aquello no supuso nada, pero para mí, el rey del sedentarismo, hubiera sido mejor partirme un tobillo y acabar en el hospital.

—Hemos llegado —dijo inmutable—. ¿Ves? No ha sido…

—Una palabra más —le corté como pude— y te tiro.

Señalé hacia las escaleras, que, desde ahí, se veían incluso más escarpadas. A él se le escapó una carcajada que yo intenté imitar, pero en su lugar me puse a toser de pura fatiga.

—«Barrio Alto» —Le escuché decir con cierta melancolía.

Levanté la cabeza con la poca energía que me quedaba y me encontré con el cartel que estaba leyendo Harry. El nombre tenía sentido. Y, sin embargo, hubo otra cosa que captó mi atención: justo al lado, a ocho escalones de distancia, se escondía un jardín que estallaba en un festival de colores. Las paredes estaban adornadas con decenas de claveles rojos que reposaban, orgullosos, sobre distintos maceteros teñidos de vida. Un poco más arriba, el verde

tomaba el relevo y un centenar de plantas convertían el lugar en una selva en miniatura. Al fondo, una cascada de flores violáceas fluía sin descanso desde el balcón de la casa principal. «Ha merecido la pena», pensé, pero no lo dije. Tampoco hizo falta, porque Harry, satisfecho de haber acertado una vez más, añadió:

—Un último empujón.

Asentí sin palabras y le seguí. Pronto llegamos a un banquito de madera que se ocultaba en las profundidades del vergel. Tuve la sensación de que, al igual que en el faro, quizá no debíamos estar ahí. Estaba tan cansado que me dio igual y me dejé caer sobre el asiento nada más llegar. Nos envolvía la naturaleza, en la cima del pueblo, y las nubes viajaban sobre nuestras cabezas mientras una amalgama de olores dulzones nos embriagaba. Yo estaba disfrutando, pero Harry tenía otras cosas en mente.

—A ver si está por aquí… —musitó de fondo.

Volví al mundo real a duras penas y me lo encontré rebuscando entre la espesura de un seto. Poco después, sacó una bolsa de papel de su escondrijo.

—No me lo puedo creer —logré formular.

—¿El qué? —se hizo el tonto.

—Lo tenías todo planeado. Todo este sufrimiento —dramaticé.

—¿Yo? —se señaló, ofendido—. Desde luego que no.

—No, claro que no, ahora resulta que las bolsas nacen de los árboles.

—Es un árbol extraordinariamente raro, sí. —Él continuó con su relato mientras escudriñaba dentro de la bolsa—. Sus frutos son bolsas de pipas y botellas de agua. ¿Quieres? —Me tendió una botella, consciente de que la necesitaría para sobrevivir.

—Sabes que sí —gruñí, y la cogí.

—Entonses, menos mal que lo tenía todo planeado.

Se sentó junto a mí, tan cerca que nuestras rodillas desnudas se rozaron, y a mí me dio un escalofrío, para variar. Abrí la botella con cuidado de no derramar ni una gota y me la bebí de un trago. Seguía fresca.

—Te vas a ahogar —bromeó.

—No caerá la breva —dije recuperando el aliento.

—*You muppet!* —Se rio—. ¿Quieres saber la historia?

Lo miré sin entender, pero entonces vino una reminiscencia.

—Dime que no estamos cometiendo otro delito, por favor.

—¡Claro que no! —se quejó risueño—. ¿Te la cuento o no?

—Por favor —le invité con un gesto de fingida cortesía.

Él asintió en silencio y comenzó a relatar:

—Poco después de llegar al pueblo, estaba hasiendo ejersisio, para variar un poco —bromeó—. De pura casualidad, acabé aquí y conosí a una señora que me recordaba mucho a mi *granny*. A pesar de su edad, iba cargada con una regadera enorme de hierro y estaba cuidando de cada una de las plantas que nos rodean ahora mismo. —Miró a su alrededor con nostalgia.

Supe entonces que estaba a punto de contarme una historia muy personal para él, así que yo, cautivado por su narración, le dejé continuar.

—Empesamos a hablar y le eché una mano. Para agradesérmelo, me regaló una caja de pastas hechas por ella misma. Estaban riquísimas —rememoró apesadumbrado—. Al día siguiente, regresé y la ayudé a dar de comer a sus gatos. Sinco, que se dise pronto. Ella me obligó a llevarme cuatro tabletas de chocolate para Lisa. Esa tarde, al despedirnos me dijo: «Larry —se rio al recordar la equivocación—, mi casa es tu casa y puedes venir siempre que quieras». Y eso hise, casi cada día durante tres meses —remarcó—. Fue una maravilla conoser su historia, su legado, quién era y qué dejaba en el mundo. Todo bueno. —Sonrió de soslayo.

—Parece un encanto —me atreví a decir.

—*She was* —me confirmó en un pasado que me puso los pelos de punta—. La última ves que la vi fue… —se quedó pensativo— la mañana siguiente de conosernos —recordó—. Me vine temprano para ayudarla con las plantas más altas, porque la pobre ya no llegaba.

«Oh. Así que por eso no le encontré en la playa», comprendí.

—Me pidió que volviera pronto —continuó, ajeno a mis pensamientos—, que me iba a tener preparada una tarta de sanahoria «pa quitarme el sentío» —la imitó con cariño, y yo fui testigo de cómo se le oscurecían los ojos al recordarlo—. *But I*

didn't. *I had so much going on*… y se me pasó. Un par de días después de no cumplir con mi promesa, Lisa y yo fuimos al sine a ver una película —sintió la necesidad de justificarse—. Nos vimos allí, ¿te acuerdas?

«Cómo no me voy a acordar», pensé. Pero tan solo asentí.

—Cuando regresaste con tu abuela, estábamos yendo a nuestra sala y vi que había un montonsito de periódicos del pueblo. Cogí uno por pura curiosidad y me puse a revisarlo mientras empesaba la película. Cuando llegué a la última página, allí estaba ella, despidiéndose de mí con la misma sonrisa con la que me había pedido que volviera a verla. Y no lo hise.

Tenía el corazón en un puño y los ojos empapados, como él.

—Pero Harry… —empecé, aunque él me cortó.

—*I know*, *Rod.* —Y me posó la mano en el muslo—. No quiero que me digas que no es mi culpa, porque eso ya lo sé. Si te lo cuento es porque tú has sido muy generoso conmigo desde que nos conosimos, *exposing yourself* sin miedo. Ayer, al despedirnos, sentí cómo te serrabas a mí. *I don't know why, and I don't need to*. Pero quiero que quede constansia de que lo que estamos construyendo —y nos señaló— no nesesita contensión. Quiero que seas Rodrrigo, *unfiltered*. *So from now on, I'm just being Harry*… sin filtros. Es justo que haga lo mismo. Quiero haser lo mismo —se corrigió—. Y, sin tratar de justificarme, quisás esto explique por qué aquella noche estuve un poco ausente, por no desir que fui un auténtico gilipollas contigo…

Y otra pieza del puzle encajó. Al fin comprendí por qué su actitud había cambiado radicalmente al salir del cine. Y no tenía nada que ver conmigo. Había sido la vida la que le había atinado un revés inesperado, uno de esos que difícilmente se olvidan. Parte de mí se alegró de saber al fin qué había pasado; otra se entristeció al pensar en cómo se había tenido que sentir Harry, sufriendo en silencio, tratando de dar su mejor versión mientras velaba en secreto a su amiga. Pero no era el momento de darle vueltas a aquello mientras Harry se abría en canal ante mí, así que acallé mis pensamientos y le sonreí con ternura.

—No te preocupes, está todo más que perdonado.

—Así que piensas que fui un gilipollas. —Se rio como pudo.

—Es la segunda vez que caigo en esta trampa —comprendí.

Se hizo un pequeño silencio en el que aprovechamos para recomponernos. No me atreví a romperlo, así que lo hizo él.

—Se llamaba Linda, por sierto.

—Y por lo que dices —remarqué—, lo era.

—Por lo que la conosí, sí que lo era.

—¿Has venido mucho por aquí desde que…?

—Cada día —me reveló, buscándome la mirada—. He venido a cuidar de su jardín cada maldito día, sin falta. Y pienso seguir hasiéndolo hasta que me tenga que ir.

«Y por eso me gustas», dije para mí.

—Estoy seguro de que Linda lo agradecería.

—Eso quiero pensar —se le quebró la voz—. *She brought me the cake, you know?* —confesó con la vista perdida en algún lugar muy lejos de allí—. Lo dejó en la resepsión del hotel. —Negó conteniendo un puchero—. El mejor que he probado en mi vida.

—Harry… —llamé su atención—. Lo siento.

Y, sin dudarlo, lo abracé. Lo hice tan fuerte que me dio miedo que nuestros cuerpos se fundieran y se conviertan en uno solo. Harry estalló en sollozos y se dejó hacer. Yo me quedé ahí, sin decir nada, arrullándole entre mis brazos mientras se me llenaba el hombro de gotitas de sal al tiempo que conocía un nuevo párrafo en la historia de Harry, afianzando lazos que difícilmente se podrían romper y, con suerte, ayudando a sanar una herida que no le estaba dejando avanzar.

Se nos había hecho de noche entre lágrimas, sonrisas tristes y los chasquidos de las pipas. Harry me había prometido que se encontraba mejor y, aunque no me lo creí, le hice pensar que sí, porque sabía que era lo que necesitaba y que su duelo requería tiempo. Le dejé claro que estaba ahí para lo que necesitase y acto seguido nos fuimos.

Un centenar de escalones más tarde, estábamos paseando por la calle principal de camino a mi noche de cine con la abuela. Nos habíamos parado a comprar un helado por el camino; yo había elegido el de vainilla, mi favorito, mientras que Harry había decidido

tener el peor gusto del mundo y escoger el de menta y chocolate. Llevaba un buen rato metiéndome con su elección y poniéndole caras de asco con cada nueva cucharada que le daba entre gemidos exagerados que buscaban molestarme, cuando, de la nada, cambió de tema:

—Por sierto —dijo aún con la boca llena—, me tienes que enseñar las fotos.

Le miré de soslayo, alzando una ceja mientras lamía una gotita del borde de la tarrina.

—¿Qué fotos? —me hice el despistado.

—Todas. —Parecía evidente—. Llevas días hasiéndome fotos sin permiso. Quiero verlas.

—No sé de qué me hablas —traté de zafarme—. Además, ni siquiera están reveladas.

—Pues mañana vamos —zanjó—. Yo te llevo. —Y sonrió autosuficiente.

Su petición era entendible, pero no se lo iba a poner nada fácil.

—Está bien —me rendí—, pero entiende que la fotografía es algo muy personal para mí.

—Lo entiendo perfectamente, sí —asintió contundente.

—Por lo que lo justo es… —remoloneé, y él puso los ojos en blanco.

—No das puntada sin hilo, eh —se quejó entre risas.

—Justo —le acusé con el dedo—, empecemos por ahí.

—¿Por dónde? —me miró extrañado.

—Por tu español —aclaré lo evidente—. Lisa y tú tenéis un nivel muy bueno para ser la primera vez que venís. Y entiendo que en Reino Unido lo has podido estudiar en el colegio y tal, pero dudo mucho que este —le señalé— sea el nivel con el que sales del instituto. Tiene que haber algo más… —Me quedé pensativo.

—Así que quieres que te cuente una historia superpersonal sobre por qué sé hablar español a cambio de enseñarme las fotos. Entiendo. —Se hizo el indignado.

—¿Cómo que fotos? —le corté—. Foto. —Y levanté un dedo.

—Eres un chantajista en toda regla.

—Prefiero hacerme llamar empresario.

A Harry se le escapó una carcajada y yo sonreí satisfecho.

—Está bien, *Mr*. Empresario. —Se paró en seco para mirarme a los ojos—. Lleguemos a un acuerdo.

Le imité y me planté frente a él, fingiendo autosuficiencia.

—Soy todo oídos.

—La historia que estoy a punto de contarte —comenzó la negociación—, es una *quite personal* que incluye *daddy issues* de mi adolessensia, así que vale al menos dies fotografías.

Me sentí fatal. «¿De verdad le acabo de abrir otra herida?», refunfuñé en silencio.

—Perdona, Harry… —comencé mi disculpa, pero me cortó.

—Dies fotos —repitió sonriente—, y es mi última oferta.

Entendí por su semblante que esa herida ya no le dolía tanto y que estaba más que dispuesto a enseñarme lo que había dentro, o, en su defecto, las cicatrices, así que sellamos el acuerdo con un apretón de manos.

—Trato hecho. —Fue todo lo que dije.

—Vale. —Se volvió a poner en marcha, dirección el cine—. La historia comiensa con el pequeño Harry queriendo recorrer el mundo a lo aventurero intrépido.

—Te pega —apunté.

—Pero, como era de esperar, Mr. Grosvenor no quiere que su hijo sea felis y descubra el mundo, sino que prefiere tenerlo secuestrado en lo alto de una torre, enseñándole a llevar el negosio familiar para que, en el futuro, cuando él no esté, pueda haserse cargo.

—Típico movimiento de padre, sí.

—Entonses, al igual que contigo ahora, llegué a un acuerdo.

Me miró de soslayo y me sonrió para que entendiera que se trataba de una broma.

—Él quería que estudiase Relasiones Internasionales, mientras que yo quería estudiar Turismo. Para viajar —me aclaró—. Suerte la mía, porque existe la posibilidad de estudiar ambas carreras, y mi padre, a regañadientes, aseptó. Eso sí, con la condisión de que, a cambio, Lisa y yo diésemos clases particulares de español, fransés, alemán y chino cada día.

—No me jodas —se me escapó.

Él soltó una risotada.

—Sí que te jodo, sí. —«Qué más quisiera yo», se me escapó un pensamiento fugaz—. Pero no todo fue malo porque, grasias al trato, pude sacarme la carrera con matrícula y ahora tengo aún más fasilidades para viajar por todo el mundo porque hablo sinco idiomas. Aunque sé que, en español, por ejemplo, seseo un poco.

«Es una forma de decirlo», pensé sin querer.

—Tienes un nivel que ya quisieran muchos nativos —dije.

—Una cosa no quita a la otra.

—Si quieres… —empecé a formular—, yo te puedo ayudar.

—¡Sí! —me cortó él antes de que terminase la frase—. Por favor.

—Pues mañana mismo empezamos —asentí convencido.

—Hablando de mañana… —Y sentí como un *déjà vu* me golpeaba.

«¿¡Otra vez!?», retumbó en mis adentros.

—… Lisa se va toda la semana a Chester, porque tiene que haserse un *check-up* y renovar algunas resetas. *Anyway, boring stuff* —zanjó—. *God bless her* por soportar a mis padres. —Y se llevó la mano al pecho, apiadándose de su hermana.

Se hizo un silencio que entendí que esperaba una respuesta por mi parte.

—La acompaño en el sentimiento —me uní a la broma.

—Por suerte le coinside con la despedida de soltera de su mejor amiga, *so*…

—Eso está mejor —asentí convencido—, lo va a pasar genial.

—*Aye, for sure* —me cortó—, *it's gonna be great but… I was thinking* —y ahí estaba de nuevo, el inglés—, *that maybe*…

—Harry, el inglés —bromeé.

—*Sorry.* —Encogió el rostro, avergonzado—. Estaba pensando que quisás, si te viene bien y todo eso —quiso aclarar—, podías venirte a pasar la semana conmigo —intentó sonar seguro, pero no lo consiguió.

«Espera, ¿¡qué!?», no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—A tu casa —quise dejar claro lo evidente—. Contigo.

—No, Rodrri —ironizó—, a mi casa tú solo, como un rey.

Una sonrisa tontorrona se me escapó sin querer.

—¡Pues claro que conmigo! —prosiguió—. No sé. Sería más fásil

para pasar tiempo juntos, continuar con el grupo de apoyo y, ya de paso, empesar con las clases de español. Además, se queda la habitasión de Lisa libre, *so*…

Me quedé un momento pensando en todo lo bueno que traía consigo el pasar una semana con Harry, los dos solos, en su casa. También me vino a la cabeza un gran «pero».

—Me encantaría —lo dije convencido—, créeme que sí. Pero es que no sé si me gusta la idea de dejar sola a mi abuela toda la semana. Tendría que hablar con ella y ver cómo se lo toma…, que seguramente me diga que lo haga y que disfrute, pero… no sé. —Me encogí de hombros.

Harry asentía enérgicamente, validando mi verborrea.

—Claro, lo entiendo —le quitó hierro al asunto—. Tú cuando te desidas, me dises. Y, si no puede ser, no pasa nada. Sero presión. —Me regaló una sonrisa tranquilizadora.

—Vale.

—Hemos llegado.

Me di la vuelta y ahí estaba el cine con la abuela esperándome junto a la taquilla. Ella agitó la mano desde la lejanía y Harry la imitó, respetando ambos la distancia que yo había decidido crear entre mis dos mundos.

—Bueno, pues… —intenté iniciar una despedida.

Él me interrumpió con uno de esos abrazos que me dejaban medio atontado y yo, como no podía ser de otro modo, se lo correspondí.

—Hasta mañana, *stalker* —me susurró.

17

2 de julio

El traqueteo de la maleta acompasaba al latido de mi corazón. Llegué incluso a temer que Harry pudiera oírlo. Estábamos llegando a su piso. Yo llevaba a la espalda una mochila repleta de expectativas, y él cargaba una maleta con todas mis inseguridades.

Me había recogido pasada la media mañana. La noche anterior, la abuela y yo habíamos mantenido una larga conversación sobre las implicaciones de pasar una semana a solas con Harry. Ella había insistido en que no le importaba que la abandonase unos días. Hizo mucho hincapié en que no le suponía un problema, en que estaba más que acostumbrada, y solo me puso dos condiciones. La primera fue que no suspendiésemos la visita semanal de ir al cine… con énfasis en que esta vez me llevase conmigo al «chiquito británico». Harry, por supuesto, había aceptado de buena gana conocer oficialmente a la abuela, así que no supuso un problema. La segunda era algo más complicada: tenía que decírselo a mamá. Tenía su lógica. No pude rebatirle ni una sola palabra. Si mamá llamaba a la abuela y preguntaba por mí, ella iba a tener que mentir. Cada día. Durante toda una semana. No era justo. Así que esa misma mañana, la llamé y le conté muy por encima que me había echado un amigo y que me había invitado a pasar unos días con él… y con su hermana. Esto último no era cierto, pero una mentirijilla piadosa no le haría daño a nadie y así me ahorraba la charla de mamá sobre sexo seguro. No la iba a necesitar. También se lo había contado a Milo porque me parecía lo correcto. Su respuesta no fue nada del otro mundo: un emoji de un fueguito, otro de un beso y un

«Disfruta». Seguía hermético, respondía cada dos o tres días con frases enlatadas y nada más. Me había intentado asegurar de que estábamos bien y él me había prometido que sí, que solo estaba liado. Yo fingí creérmelo y me conformé con la ofrenda de una llamada en algún momento de aquella semana para ponernos al día.

Y ahí estaba, subiendo el último tramo de escaleras antes de entrar en el portal.

El piso de Harry estaba situado frente al hotel donde él trabajaba. Se trataba de un edificio relativamente nuevo y muy bien cuidado en el que tenía que costar un dineral vivir. Era un primero, así que ni nos molestamos en coger el ascensor. Cuando llegamos a la puerta, me miró de soslayo, sonriente, y nada más girar la llave, me invitó a entrar con un gesto cortés. El aroma a lavanda nos dio la bienvenida a su hogar. Una luz cálida alumbraba cada rincón. Había una habitación en el recibidor, un despacho justo enfrente, un aseo en mitad del pasillo, un salón con cocina americana y la habitación de Harry, que tenía su propio baño. También había una terracita, con una mesa de café, un par de sillas y varias plantas aquí y allá. «Voy a desayunar con vistas a Harry», me susurré.

—¿Qué te parese? —preguntó trayéndome de vuelta, a lo que yo di un respingo.

—Es… una pasada. —Me encogí de hombros.

—*Great* —asintió satisfecho—. Ven, que te enseño tu habitasión.

Volvimos a la primera habitación de todas, una superespaciosa y con un gran ventanal que inundaba toda la estancia. Tenía cama de matrimonio, un armario empotrado, un espejo de pie, detalles marineros adornando las paredes y un escritorio lleno de cosas de su hermana.

—¿Seguro que a Lisa le parece bien que ocupe su habitación? —dudé.

«Por si acaso, mejor duermo contigo», me atreví a pensar.

—Claro, sin problema —sonaba convencido—. Fue su idea, de hecho.

—Ah, ¿sí? —me sorprendió—. ¿Y dónde iba a dormir si no?

«Que no lo diga. Que no lo diga. Que no lo diga».

—Pues conmigo.

«¡Joder, Lisa!», exclamé para mis adentros, indignado.

—Pero Lisa insistió en que a ella no le importaba, siempre y cuando yo me encargara de recoger la habitación para que estuviera… —tardó en encontrar la palabra— presentable.

«¿Qué tienes contra mí, Lisa?», dramaticé.

—No será para tanto —bromeé.

—*Oh, she's a disaster.* —Se le abrieron los ojos como platos—. No te hases una idea. *But* la he dejado impecable y las sábanas están resién cambiadas. —Señaló la cama.

—Se agradece. —Hice una reverencia.

—Solo lo mejor para mi *stalker* favorito. —Y me imitó.

Se me escapó una sonrisa tontorrona que intenté ocultar con un carraspeo y cambié rápidamente de tema:

—Y ahora, el mercado nos espera.

Para cuando llegamos, estaba a reventar. Era tarde y el género empezaba a escasear en la mayoría de los puestos, pero eso a Harry no pareció importarle. Se deslizaba aquí y allá, preguntaba en cada tienda, aceptaba las recomendaciones de los tenderos y se llevaba un poco de todo solo para probarlo. Y así fue hasta que llegamos a nuestra última parada: la frutería de Paquita.

—Buenos días, niño —me dijo nada más entrar.

—Buenos días —y le sonreí—, veo que hoy hemos llegado tarde.

—Nada de eso —me cortó sin titubear, a pesar de tener la mitad de los estantes vacíos—. La Gris ha venido a primera hora y me ha dejado hecho un pedido para que te lo lleves.

Desapareció debajo del mostrador y sacó varias bolsas. Una estaba repleta de fruta, otra hasta arriba de verduras y en la última tintineaban botes que, conociendo a la abuela, supuse que serían de aceitunas.

—¿Tu abuela? —comprendió Harry.

Yo me limité a asentir a la espera de que Paquita terminara.

—Esto es todo —apuntó al cargamento.

—Vale, pues… —titubeé— dime qué te debo.

—A mí nada —me sorprendió—. Se lo debes a tu abuela.

Y nos las tendió para que las cogiéramos.

—Pero… —traté de quejarme, sin comprender.

—Sí, los peros están en la bolsa —bromeó con su seriedad característica—. Tira, anda.

Tras vaciar la compra, deshacer las maletas, tomar unas tapas y echar una siesta en el sofá —en un intento fallido por ver una película—, aproveché para llamar a la abuela mientras decidíamos qué hacer para cenar. Le eché una seudobronca de agradecimiento por tendernos la trampa y traté de convencerla de que nos dijera cuánto le había costado. Ella insistió una y otra vez en que no se acordaba. «Estoy mayor, ya lo sabes», me había dicho la muy lianta. A mí no me quedó otra que dejarlo estar. Harry, sin embargo, no paraba de darle vueltas al asunto.

—Pienso invitarla al sine y a la sena —insistía mientras cortaba los pimientos para las fajitas— para darle las grasias. Es lo menos que puedo haser.

—No te va a dejar —le repetía yo—. Hazme caso, lo mejor con mi abuela es aceptar la derrota y seguir adelante. Y, por cierto: «cine», «cena», «gracias» y «hacer» —le corregí.

Él me miró de soslayo, sonriente, y trató de imitarme, pero le salió regular.

Habíamos empezado oficialmente las clases para mejorar el español de Harry y, aunque a mí me parecía espantoso y repelente el tener que corregirle al hablar, él me había pedido que lo hiciera sin miramientos.

—Pero no entiendo —siguió en su bucle—. ¿Cómo sabía que íbamos a pasar por allí? ¿Cómo sabía que íbamos a comprar a la frutería del mercado?

Se instauró un silencio incómodo que solo se atrevió a rellenar el rasgar del cuchillo contra la tabla, hasta que Harry se dio cuenta, se paró en seco y me buscó de medio lado.

—*Rod?* —sonaba a interrogatorio.

—Vale —confesé—. Eso ha podido ser mi culpa, sí.

Le busqué en un reojo fugaz y pude ver cómo sus ojos se entornaban a la par que su mandíbula se desencajaba.

—*And how is that?* —quiso saber.

Dejó el cuchillo sobre la mesa y se cruzó de brazos.

—Bueno, puede, y solo puede —quise aclarar, alzando el índice—, que ayer le contase que te habías propuesto «ser vegetariano» —entrecomillé— toda la semana para probar nuestro estilo de vida y no hacerme sentir incómodo cocinando carne —lo solté de carrerilla.

Me quedé mirándole con los ojos muy abiertos, temeroso de la respuesta.

—*Oh, so you're a snitch.* —Torció el gesto, lo que le dio a su mirada un aire depredador que me hizo estremecer—. ¿Quieres saber lo que hasemos con los chivatos por aquí? —Y dio un paso al frente.

—No —dije, rotundo, y recuperé la distancia que nos separaba.

—Pues corre.

Tardé un momento en reaccionar, y para cuando lo hice ya lo tenía pegado a los talones entre gritos de fingido terror. Eché a correr a toda velocidad hacia la habitación de Lisa, pero, cuando traté de cerrar la puerta tras de mí, ya era demasiado tarde. Harry había puesto el pie y me impedía cerrarla.

—No tienes escapatoria —canturreó.

Y tenía razón. Por mucho que yo empujara, él tenía más fuerza. Era cuestión de tiempo hasta que perdiese la batalla de empujones. En cuanto lo comprendí, corrí una vez más, salté por encima de la cama y me arrinconé a mí mismo contra la pared.

—Por favor —le rogué, sin saber aún cuáles iban a ser las consecuencias de mi desliz—. Ha sido sin querer.

No tuvo piedad y cuando quise darme cuenta me había lanzado sobre la cama y lo tenía subido encima, ensartándome los dedos a ambos lados del costado para arrancarme carcajadas a base de cosquillas.

—¡No, cosquillas, no! —seguí con mis ruegos.

Pero él continuó, haciéndome chillar entre risas y lágrimas.

—Haré lo que sea —logré formular a duras penas.

Se detuvo, con la respiración acelerada y una idea centelleando en sus pupilas.

—Hum… —pareció gustarle—. Lo que sea, ¿dises?

Logré recomponerme lo suficiente como para atreverme a decir:

—«Dices» —Remarqué la ce.

Y entonces volvieron las cosquillas: me lo había ganado.

La cena estaba riquísima. Las fajitas con soja texturizada triunfaron, así como el *coulant* de chocolate blanco que preparamos de postre. Harry me pidió que eligiera una serie para acompañar y yo me arriesgué a ponerle mi favorita: *Skam*, una *webserie* noruega que solo se podía ver en versión original, y que, para mi sorpresa, le gustó tanto como a mí. Hasta el punto de que nos vimos media temporada de una sentada. Pero ya se hacía tarde y al día siguiente Harry tenía que madrugar, así que, oficialmente, llegó la hora de pagar mi penitencia por el chivatazo a la abuela.

Harry se metió en su habitación entre estiramientos de cansancio y, para cuando me asomé al interior, estaba apoyado sobre el respaldo de su cama, con las piernas entrecruzadas y vistiendo un pantaloncito de pijama que no dejaba lugar a la imaginación.

—¿Sabes haser masajes? —quiso saber antes de liberarme de las cosquillas.

—¡Sí, sí, sí! —le prometí agonizando de la risa.

Y ahí estaba, a la espera de que me uniera a él para manosearle la espalda enjugado en aceites esenciales, y yo parado bajo el dintel de la puerta incapaz de dar un paso más.

—*It was a joke, Rod* —me dijo de pronto, sonriéndome de medio lado—. *You don't have to…* —gesticuló de forma inconsistente en busca de la palabra, pero no se atrevió a decirla en voz alta.

—No me importa —le corté—. Además, tengo fama de dar muy buenos masajes.

En un alarde de fingida seguridad, me erguí para que no se notase que estaba temblando. Él arrugó el morro, pensativo.

—*Are you sure?* —se quiso asegurar.

—A ver, si no quieres me voy a dormir, no tengo problema…

Me di la vuelta como si me fuese a marchar de verdad, y entonces me detuvo.

—No, no —sonó a ruego—. Quiero desir… *now you have to prove it*.

Cuando me volví a encontrar con él, su cara tenía un aspecto más aniñado. Casi como si le hubiese dado vergüenza decirme aquello. Le entendía, yo estaba igual y solo esperaba estar disimulándolo mejor.

—¿Probar el qué? —me atreví a preguntar.

—Tu fama —y sonrió, autosuficiente.

Agaché la cabeza, diminuto ante él, y solo la volví al alzar cuando el crujido de la madera me alertó de que Harry se estaba moviendo. Se recolocó en la cama bocabajo, con la intención de que me sentara sobre su trasero para empezar con mi hazaña. El miedo me paralizó. No el miedo a tocarle, a sentirle o a disfrutar de aquella intimidad, porque lo deseaba más que nada; sino a estar malinterpretando sus intenciones. Era temor a que solo yo estuviera entendiendo la importancia de aquel momento. Esa escena me iba a perseguir en mis sueños más húmedos. Solo esperaba que a Harry también.

—Cuando quieras —me instó a empezar.

No me molesté en responder. Tampoco habría sabido formular una frase coherente. Me limité a subirme a la cama con cuidado de no pisarle o patearle y me senté sobre él. «Otra vez cabalgándote y no como me gustaría. Pero servirá», pensé.

Cogí el aceite de aloe vera que me esperaba sobre la mesita de noche y desparramé unas gotitas sobre la espalda de Harry.

—Un momento —me detuvo.

«¿Te lo has pensado mejor?», me aterrorizó la idea.

Cogió el móvil como bien pudo, tecleó tres o cuatro veces y reprodujo el sonido ambiente de un bosque. La estancia se llenó de estímulos sonoros: el chascar de las hojas mecidas por el viento, el borbotear de un chorrito de agua o el cantar de los grillos en una calurosa noche de verano. Yo lo agradecí, pues así disimularía cada vez que tragase saliva o se me acelerase el corazón más de la cuenta al palpar su piel con la yema de mis dedos.

—Ya está. —Y dejó el móvil bajo la almohada.

Tenía luz verde.

Asentí, como si pudiera verme, inspiré todo el aire que me cupo en los pulmones y me puse manos a la obra. La cosa no empezó

bien. El aceite era más resbaladizo de lo que esperaba y estuve a punto de caerme de bruces encima de Harry. Él se limitó a soltar una risotada sin levantar la cabeza y yo le imité, recomponiéndome y dándole un golpecito en el costado que le hizo encogerse de medio lado.

Volví a la carga y apreté las manos arriba y abajo, siguiendo la línea de la espina dorsal. Mis dedos recorrían su piel como si quisieran aprenderse aquel mapa de memoria. Mientras, buscaba reacciones en la nuca de Harry. Hubo un momento en el que sentí cómo se estremecía y se le erizaron los poros. Había encontrado el lugar correcto: un recoveco entre el cuello y el hombro. Lo trabajé con ganas, firme y sin miramientos. Su respiración aumentaba a la par que mis pulsaciones. Y entonces le arranqué un gemido ahogado, una mezcla de dolor y placer. Y después vino otro, y otro más, y así hasta que la tensión de la zona se relajó tanto como Harry.

—Eres bueno —se atrevió a decir.

—Y no he hecho más que empezar —le vacilé.

Busqué otro lugar del que poder arrancarle gozo, pero ya no tuve tanta suerte. Así que le seguí masajeando, recorriendo cada rincón de la inmensidad de su espalda, contando lunares, marcas de guerra, manchas de nacimiento y estudiándome el recorrido de las venas a lo largo y ancho de sus músculos. Y así estuve hasta que su respiración se volvió acompasada.

Le susurré con delicadeza, solo para asegurarme de que había sido capaz de dormirlo, y cuando estuve seguro de que sí, me bajé con cuidado de no despertarle y me dirigí a mi habitación.

No me molesté en lavarme las manos para quitarme los restos de aceite o de Harry. Me había encargado de satisfacerle a él y ahora me tocaba a mí. Así que cerré los ojos, recordé la clase de geografía que me acababa de aprender y deslicé la mano hasta mi erección. Y, con sumo cuidado de no hacer ruido, me di todo el cariño que deseaba que me hubiera dado él esa noche. No tardé mucho en terminar y, aún con la mano manchada de placer, me quedé irremediablemente dormido.

18

3 de julio

El sol brillaba por su ausencia, mientras que unas gotitas de lluvia refrescaban el ambiente por primera vez en lo que llevábamos de verano. Me había pasado la mañana recogiendo los restos de la noche anterior y preparando un cuscús con falafel y verduras para cuando Harry saliera de trabajar. Y, ya duchado y con los quehaceres listos, estaba espatarrado en el balcón, recostado sobre una silla, con los pies descalzos apoyados en la balaustrada, disfrutando del sonido de la tormenta de verano mientras leía *Rojo, blanco y sangre azul*. El teléfono me arrancó de la lectura a punto de terminar el primer capítulo. Arrugué el morro en un acto reflejo. Entonces, vi que se trataba de él y sonreí.

—¿No te cansas de leer? —Fue lo primero que escuché nada más descolgar.

Torcí el gesto sin comprender y me asomé al balcón en busca de Harry.

—Prueba un poco más arriba —me vaciló.

Obedecí y recorrí la fachada del hotel hasta encontrarme con él. Estaba apostado en un balconcito justo enfrente, pero una planta por encima de mí. Me saludó con un movimiento de mano que me pareció adorable, y yo hice lo propio. Llevaba puesto el uniforme del hotel: un pantalón de loneta beis y un polo blanco. Yo estaba en calzoncillos.

—¿Quién es el *stalker* ahora? —dije, ácido, tratando de disimular mi vergüenza.

—Argh —gruñó—, estoy harto de este día. Sácame de aquí.

—Sabes que lo haría encantado. —Y solté el libro—. ¿Día duro?

—Bueno, no tan duro como el tuyo, eso seguro —bromeó.

—Un momento —torcí el gesto, jocoso—, ¿qué estás insinuando?

—No, nada. —Le vi negar desde el otro lado de la calle—. Habla la envidia.

—Bueno, ya te queda poco para salir y ahora podemos…

—Rod —me cortó—, tengo malas notisias. Noticias —se corrigió.

Bajé las piernas de la barandilla y me incorporé un poco.

—No es nada grave —quiso aclarar al ver mi cambio de postura—, pero una de mis compañeras se ha puesto enferma y mi jefe me ha pedido que haga el turno de noche.

—Oh —comprendí.

—No sabes cuánto lo siento.

—No tienes nada que sentir —le corté—, el trabajo es lo primero.

—Ya, pero traerte a casa para dejarte solo… no era el plan.

—Lo sé —me aposté en la barandilla, para quedar más cerca de él, y le regalé una sonrisa—, pero algo se me ocurrirá.

Y nada más decirlo, supe lo que tenía que hacer.

—Tengo el descanso en media hora —dijo entonces—, si quieres…

—Voy a vestirme —le volví a cortar.

Él asintió desde la distancia sin decir nada más, y yo le imité. Colgamos y puse en marcha el plan.

La puerta del hotel se abrió nada más detectar mi presencia y, haciendo de tripas corazón, me aventuré a entrar. Tenía las piernas flojas, el pulso tembloroso y la garganta seca de los nervios, pero ya no había vuelta atrás. Solo quedaban un par de minutos para el descanso de Harry. No podía perder más tiempo.

Continué en piloto automático hasta llegar a la recepción y, tal y como imaginaba, ahí estaba él. Por suerte, de espaldas a mí organizando papeles, y eso me regaló el factor sorpresa que tanto deseaba. Me paré junto al mostrador, inspiré todo el aire que me cupo en los pulmones y empecé mi interpretación:

—Buenos días —agravé el tono—, tenía una reserva. —Carraspeé.

—Buenos días —respondió cortés, todavía de espaldas—. ¿A

nombre de quién? —Y se dio la vuelta.

—Rodrigo Muñoz —esta vez lo dije con mi voz.

La sonrisa que se le dibujó en el rostro no tuvo precio y no me quedó más remedio que salir del personaje para sonreírle de vuelta. Se recompuso en el sitio y me siguió el juego.

—Claro, señor Muñoz —sonaba solemne—, permítame que lo compruebe.

Tecleó mi nombre en el ordenador y se le borró la sonrisa. Me miró sin comprender qué estaba pasando mientras yo me mostraba impasible. Y entonces pareció entenderlo; las facciones se le relajaron y sonrió de nuevo.

—*What have you done?* —quiso saber.

—No sé de qué me habla, señor… —Fingí no saber su nombre.

Se quedó un momento en silencio, comprendiendo el juego.

—Grosvenor —le salió en un marcado acento británico.

—Uh —me sorprendí—, qué exótico.

—Me lo disen mucho, sí.

Cogió una tarjeta bajo el mostrador, la introdujo en el lector y me la tendió.

—Si es tan amable de acompañarme, le llevaré a su habitación.

Se aventuró hacia la escalera y yo traté de seguirlo de cerca. Cuando llegamos a la cuarta planta, la última de todas, se escurrió por el pasillo de la izquierda y se paró frente a una puerta.

—Su habitación es la número 417. —Introdujo la tarjeta y la abrió —. Tiene las mejores vistas —me confesó en un susurro que me puso los pelos de punta.

Entré en la habitación sin dudar, dejé la mochila junto al armario de la entrada y empecé el tour por la estancia. Las paredes estaban pintadas de color crema y contrastaban con el blanco del techo, el marrón de las baldosas y el roble envejecido de los muebles. Había un escritorio, una mesa de café y un par de sillas a juego, un espejo, una lámpara de pie y un televisor de plasma. El conjunto lo cerraba una gigantesca cama de matrimonio que ocupaba el resto del espacio.

Me imaginé ahí, durmiendo con Harry, y no pude evitar ruborizarme. Y entonces lo busqué. No estaba a mi lado,

acompañándome en el tour, sino que me observaba desde el marco de la puerta con la mirada perdida en el suelo.

—¿Todo bien, señor Grosvenor? —quise asegurarme.

Le pillé por sorpresa y pegó un respingo.

—Claro. —Y un silencio—. *Should we have a brunch?*

Sonaba forzado, pero no dije nada. Me limité a asentir, dejé atrás la habitación y le seguí en silencio hasta la azotea del hotel. Me sorprendió descubrir que allí se escondía una cafetería con una panorámica de la costa que dejaba sin aliento. A lo largo de varias mesas, había un bufé que tenía una pinta deliciosa, así que cogimos un plato cada uno, lo llenamos hasta arriba, nos servimos un buen vaso de zumo de naranja y nos sentamos en una de las mesitas.

La charla fue amena, distendida, cotidiana, casi como si no hubiera pasado nada y aquello fuese un desayuno más en nuestro corto historial. Y, cuando estaba a punto de terminar su descanso y los platos estaban rebañados, pareció recordar por qué estábamos allí.

—Tengo una idea —dijo de pronto.

Yo me limité a esperar alguna pista más.

—Para poder pasar el día juntos en el hotel.

—Oh. —Me erguí en el sitio, preparado—. Sorpréndeme.

—Te voy a buscar un uniforme y te vas a convertir en mi sombra. —Los ojos se me abrieron como faros—. No vas a tener que haser nada —me tranquilizó—, es solo para que puedas moverte por el hotel conmigo sin que nadie haga preguntas. Pero si las hisieran, estás en periodo de prueba. —Levantó un dedo.

Tardé un momento en reaccionar, pero cuando lo hice me salió llevarme la mano hasta la frente en un gesto militar y decir:

—Señor, sí, señor.

Me arrepentí al instante, pero ya era demasiado tarde. Por suerte, a Harry pareció hacerle gracia y sonrió. Me hizo saber que nuestro descanso había terminado y nos tocaba volver al trabajo. Esta vez, al parecer, en plural.

Un rato después estaba vestido igual que Harry, solo que a mí no me quedaba tan bien. El pantalón me apretaba en la entrepierna y me marcaba un paquete que no era ni de lejos real —me daba un

poco de vergüenza—, mientras que el polo era un par de tallas grande y me lo tenía que remeter para darle cierto aire de formalidad.

El día se me pasó volando entre unas cosas y otras. Estuve ayudando a Harry a preparar habitaciones, cargar maletas, hacer algún que otro *check in* y *check out*, y a organizar reservas futuras. Y, mientras que yo le corregía una cantidad ingente de seseos, él me enseñaba sus labores diarias. Para cuando quise darme cuenta, ya eran casi las ocho, la hora a la que Harry debería haber salido, pero empezaba nuestro siguiente turno.

—Voy a por un *snack* —dijo con aire cansado—. ¿Te traigo algo?

Me quedé pensando un momento. Lo cierto era que estaba muerto de hambre.

—Podría comerme un árbol ahora mismo —exageré—, tronco incluido.

—Oído cocina —bromeó—, marchando un roble.

—Yo voy a ir llevando los archivadores al almacén.

Quise continuar con mis labores de asistencia.

—Grascias. —Se trabó en la corrección de consonante.

Y, regalándome una sonrisa avergonzada, se fue al restaurante.

Recogí todos los archivadores que me cupieron en las manos y enfilé al almacén que había en la parte trasera del hotel. Ni siquiera pude encender la luz de lo cargado que iba, pero no hizo falta. Había entrado tantas veces durante el día que podía dibujar aquella salita de memoria. Los dejé con cuidado de no tirarlos en una mesa que hacía las veces de despacho y los repartí, cada uno en su estantería pertinente, tal y como me había enseñado Harry.

—¿Tú qué haces aquí? —gruñó alguien detrás de mí.

Pegué un salto en el sitio, preparé la excusa que me había enseñado Harry y, a la par que giraba, solté:

—Soy el de prácticas… —Mentí fatal.

—Ya, sí, y yo soy el Príncipe de Gales —ironizó Pino, mirándome con desdén un par de palmos por encima de mí.

—Ah —no pude esconder mi descontento—, eres tú.

—Sí, soy yo —subrayó la evidencia—. La pregunta sigue siendo: ¿qué haces tú aquí?

—Pues… estoy…

No supe qué decir, pero es que tampoco sabía qué se suponía que tenía que decir. Harry y yo no habíamos ensayado esa situación. Y, supongo, que por eso me salvó.

—Está ayudándome —dijo de pronto, apareciendo a la espalda de Pino.

Se sobresaltó, pero lo disimuló bastante bien.

—Tío, al final nos vas a buscar un problema —le regañó sin ganas.

—No te preocupes —trató de quitarle importancia—, estamos tú y yo solos esta noche. Si no lo cuentas tú, nadie tiene por qué saberlo. —Le sonrió, cómplice, haciéndole una petición silenciosa que los tres entendimos—. Además, Rodrri ha reservado una habitación en el hotel, *so*…

—Ah, ¿sí? —Me buscó, socarrón—. ¿Y cómo es eso?

Quiso indagar en mis intenciones, como si no las estuviera insinuando con esa sonrisa tan desagradable que se le dibujaba cuando sentía que tenía el poder, pero Harry se lo arrebató rápido.

—La he reservado yo —mintió— a su nombre, para poder descansar un par de horas cuando la cosa esté más tranquila. El jefe me ha puesto doble turno…

—Qué cabrón —lo dijo en serio.

—… y no puedo pasarme veinticuatro horas sin dormir —continuó, ajeno a la actitud de su amigo—. Rodrrigo tan solo se ha ofrecido a ayudarme.

—El buen samaritano —dijo para sí, burlón.

«Puto gilipollas», pensé en un acto reflejo.

No pareció creerse la historia de Harry, pero asintió sin más y, mientras salía del almacén, dijo:

—Vete a descansar, entonces, puedo encargarme yo solo de todo.

Y desapareció. «Gracias, capullo», respondí para mí. Harry me miró con los ojos muy abiertos, aguantándose la risa, y yo le imité. Con un gesto de cabeza, me invitó a salir de allí. No dudé ni un solo segundo y, todavía entre risitas adolescentes, nos montamos en el ascensor. Me busqué en el reflejo para encontrar mi versión más pálida y ojerosa, mientras que Harry se apoyó exhausto contra un costado con la mirada perdida en el suelo. Se me escapó un quejido

de puro agotamiento y, sin pensarlo, apoyé la cabeza en sus pectorales.

—Estoy muerto en vida —fui capaz de decir.

Los músculos de Harry se tensaron. Comprendí que le había incomodado, así que me recompuse como pude, entre carraspeos muy poco naturales, y me apoyé al otro lado del ascensor, rezando para salir de ahí lo antes posible.

—Yo también —dijo de pronto.

Respondiendo a mi ruego silencioso, una musiquita sonó y las puertas se abrieron, liberándome de mis propias decisiones. Me apresuré a salir, pero sin saber hacia dónde tenía que dirigirme, así que Harry me mostró el camino. No me dijo nada, ni tampoco se aseguró de que le siguiera, simplemente recorrió el pasillo hasta pararse junto a la puerta, la 417.

La abrí y me colé dentro con prisa, pero Harry no me siguió. Él estaba apoyado en el dintel. Me observaba en silencio, tal y como lo había hecho al enseñarme la habitación hacía unas cuantas horas.

—Puedes pasar —bromeé—, es tan tuya como mía.

Su mirada se había transformado: su iris azulón era ahora negro, su gesto afable se había afilado y ni siquiera pestañeaba. Parecía la mirada de un felino a punto de cazar a su presa, un vampiro, quizá. De ser así, yo le acababa de dar permiso para entrar, y la presa era yo.

—¿Por qué lo has hecho, Rodrrigo?

Me quedé helado en el sitio, sin saber a qué se refería.

—No quería dejarte solo.

—*Okay.* —Tragó saliva de forma sonora—. *But, why?*

—Pues… —carraspeé y me removí nervioso— porque ese era el plan, ¿no?

—Sí, ese era el plan —me concedió la razón—. *This, though…, wasn't*. —Y nos señaló, dando el primer paso al frente y cruzando el umbral de la habitación.

—¿El qué? —quise escucharle decirlo, a pesar de que sabía a qué se refería.

Dio entonces otro paso, luchando contra sí mismo en una batalla que yo no lograba comprender. Era como ver a Jekyll contra Mr.

Hyde pugnando por el poder de un cuerpo perfecto, intentando hacerse con el control. Ante mí estaba el Harry de siempre, pero en su mirada había un depredador.

—Tú —y otro paso— viniendo aquí —otro más— para estar conmigo.

Con cada palabra, con cada paso, la confusión aumentaba.

—Lo siento. —Fue lo único que se me ocurrió decir, por si acaso.

—No, no, no —avanzó tres pasos de golpe, hasta quedar frente a mí y acoger mis manos entre las suyas—, no lo sientas, por favor. —Sonaba a ruego.

—Harry, es que… no te sigo —reconocí.

Las respuestas seguían ocultas en algún lugar detrás de aquellas pupilas dilatadas.

—Nadie había hecho nada así por mí, Rod —me confesó—. Y nesesito saber por qué antes de haser algo de lo que me pueda arrepentir.

Su mirada buscó mis labios y sentí cómo me daba un vuelco en el pecho. Casi sin darme cuenta, por inercia, por deseo, lo imité.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí —se me escapó en un susurro—, ¿no? —dudé.

Un ligero silencio se coló entre nosotros y trató de distanciarnos, pero Harry alejó aquel abismo que nos separaba y, sujetándome el mentón con ternura entre sus dedos, me miró sin dejar de sonreír.

—Por supuesto que sí. —La nuez le bailoteó al tragar saliva y se le escapó un suspiro—. Me lo estás poniendo muy difísil, ¿sabes? —Se le tensó la mandíbula.

—¿El qué? —me atreví a preguntar.

Buscó las palabras adecuadas.

—*Behave myself* —confesó.

—Yo… —se me atragantaron las palabras—, yo no te he pedido eso.

Me mostró sus colmillos y me observó en lo que pareció una eternidad.

—¿Puedo probar una cosa? —preguntó con voz temblosa.

—Por favor —le rogué en un susurro inconsistente.

Poco a poco, con miedo a romperme o a cometer algún error

fatal, se inclinó hacia mí y acortó plano a plano la distancia que nos separaba. Conforme se acercaba, el corazón me palpitaba más y más fuerte, a punto de explotar, mientras que mi respiración se volvía cada vez más torpe y agitada. Por un momento, me aterrorizó la idea de desmayarme antes de tener la oportunidad de probar sus labios; por suerte, no lo hice. Y entonces me besó.

El primer beso con Harry Grosvenor fue una amalgama de sensaciones que jamás olvidaré: un rayo tocando tierra, un volcán en erupción, un maremoto; y, al mismo tiempo, la calma de un bosque inexplorado, la calidez de una tarde de verano, el frescor del otoño; fue almíbar, miel de caña, mi chuchería favorita… Se hizo dueño del tiempo y del espacio, porque nada más parecía existir mientras nos besábamos. Lo supe cuando llegó el segundo beso y el mundo volvió a desaparecer.

Entonces se me quedó mirando. Seguía con las pupilas dilatadas, centelleando con un deseo desconocido para mí. Y entonces sonrió. «Pero yo no he terminado», me dije. Necesitaba más. Busqué sus labios para un tercer acto, el mejor. Solo que ese beso ya no fue tan dulce. Nuestras lenguas se encontraron a mitad de camino, contándose con avidez lo mucho que se habían echado de menos. Lo hicieron en un baile tan familiar que no parecía el primero. Quizá porque estaban destinadas, como Harry y yo.

Me cogió entonces de la mano y me llevó a la cama. No había un gesto lascivo en sus intenciones, sino uno tierno que pedía que nos pasásemos la noche allí, los dos solos, regalándonos las caricias que nos habíamos negado desde aquella mañana de junio en la que nos conocimos junto a la cancha de baloncesto. Y eso hicimos.

No sabría contar cuántas horas pasaron, ni cuántos besos nos dimos, pero a mí me escocían los labios cuando por fin decidimos que era el momento de parar. Nos quedamos tendidos en la cama, disfrutando de la compañía. Yo con la cabeza apoyada sobre su pecho, él desenvolviéndose por mi pelo como si fuera algo que había anhelado hacer.

No dijimos nada más, tampoco hizo falta. Y, mientras Harry me acariciaba como si me tratase de su bien más preciado, me dormí. Suerte la mía, porque allí, en ese rinconcito de mi mente del que no

siempre era dueño, también estaba Harry, esperándome para continuar donde lo habíamos dejado.

19

4 de julio

Cuando me desperté a la mañana siguiente, Harry ya no estaba. De hecho, me despertaron unos golpecitos en la puerta del servicio de habitaciones que me traían un desayuno recién hecho con una nota:

> Ojalá me hubiera podido quedar, pero el deber me llama (y Pino también). Como anoche se nos olvidó cenar, imagino que tendrás hambre, así que no me esperes y ¡qué aproveche!
>
> Harry
>
> P. S.: Estás muy guapo cuando duermes, ¿te lo habían dicho alguna vez?
> P. P. S.: Gracias por lo de ayer.

Una sonrisa tontorrona se me dibujó nada más terminar de leerla y, en un acto reflejo, me apreté la nota contra el pecho. La dejé reposar a mi lado, para que me hiciera compañía, y destapé la bandeja. El desayuno constaba de fresas con chocolate, bollería variada, churros con azúcar, un zumo de naranja y un café como mi cabeza de grande. Es decir, cada una de las cosas que Harry me había visto probar la mañana anterior. «Ya está, es perfecto», asumí. Y me puse manos a la obra. Me había comido un par de churros, las fresas y un suizo —que había bajado gracias al zumo de naranja— cuando el móvil vibró entre las sábanas. Era Milo.

Tengo una sorpresa para ti 8:50

Con tan solo un mensaje, consiguió mi atención y decidí responder al momento:

Yo tengo otra 8:51

La vibración volvió, esta vez acompañada de una foto de Milo a pantalla completa. Descolgué la videollamada sin pensar en mis pintas, mi pelo o mi falta de camiseta, y él apareció al otro lado. Estaba en mitad de la calle, supuse que de camino al trabajo, y tenía el móvil apuntándole en un contrapicado que no favorecería a nadie. Daba igual. Él estaba guapísimo, convirtiéndose así en la excepción a la regla.

—Buenos días, nene —dijo casi sin mirarme, en un intento por sobrevivir a la atestadas calles de Madrid—. Se me había olvidado que, desde que estás allí, madrugas —me quiso picar—. ¿Cómo estás?

Me lo pensé un momento, recostado contra el cabecero de la cama.

—No sabría ni por dónde empezar.

Y entonces capté su atención.

—Espero que no te hayas levantado juguetón, que me pillas fuera.

—Ja, ja, ja —ironicé—, muy gracioso.

—Te he visto tan descamisado que…

Se encogió de hombros y devolvió la mirada a la pantalla, juguetón.

—Un momento. —Pegó la cara al móvil y frunció el ceño—. ¿Dónde estás?

—En un hotel.

—¿Quiero saber por qué o…? —tanteó.

—Es una larga historia, peeeeeero con final feliz.

—Eso sí que lo quiero saber.

—Ayer Harry me besó —confesé—. Y yo a él puede que también… un poco.

—¿¡Qué!? —Se paró en seco—. Cuéntamelo todo.

Escuché varias quejas y resoplos provenientes del gentío que tuvo que esquivarle, pero no le importó.

—En resumen —organicé mis ideas—, esta semana, como ya te dije, me estoy quedando en casa de Harry porque Lisa no está, su hermana —asintió, confirmándome que ya le había dado ese dato—, y ayer se le complicó la cosa en el trabajo. Así que, para poder pasar tiempo juntos, se me ocurrió la idea de reservar una habitación en el hotel.

—Qué desinteresado por tu parte. —No supe si se trataba de una broma o de una pulla.

—El día fue increíble… —ignoré su apunte—. Me dejó un uniforme de la empresa y estuve con él todo el turno. La cosa iba… bien, normal, como siempre. Peeero cuando volvimos a la habitación para descansar un rato, Harry me confesó que nadie había hecho algo así por él y… me besó.

—Pero ¿solo te besó? —indagó extrañado.

—Sí —torcí el gesto, sin comprender—, solo besos. Bueno, y nos pasamos toda la noche mirándonos a los ojos mientras nos acariciábamos la cara y los brazos… No sé. —Se me pusieron los pelos de punta al recordarlo y sonreí—. Fue más romántico que otra cosa.

Milo fingió dar una arcada y soltó una risotada:

—Por favor, Rodrigo —alzó la voz, incrédulo—, que sois adultos. ¿Cómo os vais a liar sin que termine, por lo menos, en una triste mamada?

—Eres un guarro…

—Estás tú para hablar después de nuestra última videollamada.

El corazón me dio un vuelco y el estómago se me encogió al recordarlo. Había sido justo antes de empezar el grupo de apoyo con Harry. Sin embargo, oírlo en voz alta se sentía como una traición. Le había dado mil y una vueltas a esa videollamada, a si era la razón de que Milo hubiera desaparecido; a cómo yo había acabado rendido ante él, sin necesidad de que lo pidiera, entregándome como si se tratase de lo más natural del mundo. No había encontrado una razón plausible más allá de que estaba en un mal momento. Me había dejado llevar «por los viejos tiempos». No me apetecía hablar de

ello, no ahora que mi historia con Harry era real.

—Bueno —cambié de tema de manera evidente—, y tú, ¿qué me tenías que decir? ¿Cuál es tu gran sorpresa? —Se hizo de rogar y bromeé—: ¿Has mandado a Carlos a tomar por culo?

—De hecho —puso cara de culpabilidad—, a Carlos le di por culo ayer. Y él a mí —reconoció—, muy bien, por cierto —rememoró—. Pero no, no es eso.

—Joder, Milo —le reprimí—. No aprendes, eh.

—He sacado los billetes, Rodri —me cortó.

No entendía a qué se estaba refiriendo.

—Oficialmente —sonaba orgulloso—, voy a verte en dos semanas.

«Y fui yo el que te invitó», me recordé en un flashazo. La noticia de la visita de Milo me cogió desprevenido, con la guardia baja y, para qué engañarnos, con otras cosas en la cabeza. Desde que empezara con el grupo de apoyo, cumplir con los veintiún días se había convertido en mi prioridad número uno. La idea de entremezclar ambos mundos me horrorizaba. Y, en cierto modo, todo tenía que ver con esa videollamada improvisada que había hecho con Milo antes de San Juan. Era una mala combinación. La peor. Y aquel pensamiento recurrente me acompañó el resto del día.

Harry y yo nos habíamos reencontrado a media mañana para volver a casa. No supe muy bien por qué —quise pensar que porque el incordio de Pino estaba delante—, pero nuestro saludo se limitó a un triste abrazo. Ambos fingimos que seguía todo igual, como siempre; como si los labios de Harry no estuvieran inflamados y enrojecidos, como si los míos no continuaran desollados por el roce. Se me hizo raro, pero lo comprendí y no quise darle mayor importancia.

La noche llegó tras una copiosa comida, una siesta en el sofá con *Skam* de fondo, una ducha caliente —cada uno en su cuarto de baño, para mi desgracia— y un paseo que terminó en la puerta del cine. Allí nos esperaba la abuela, ataviada con sus mejores galas y con las entradas en la mano.

—Te dije que era una batalla perdida —le susurré a Harry.

—Pienso pagar las senas del resto del verano —me respondió

entre dientes.

—«Cenas» —repetí justo antes de llegar donde la abuela.

Y me imitó en un susurro, repitiendo la palabra tres veces antes de saludar a Gris.

—Justo a tiempo —celebró ella, ajena a nuestras bromas internas —, y no esperaba menos. Acabo de sacar las entradas para que no nos pase como el otro día, que casi nos quedamos fuera —le explicó a Harry.

Con los nervios, no los presenté.

—Soy Harry, es un plaser. —Le tendió la mano.

—Griselda —le respondió ella, estrechándosela con firmeza para acercarse a él y plantarle dos besos—. Gris para los amigos de mi Rodrigo.

—Encantado, Gris —reiteró Harry, visiblemente nervioso—. He oído hablar mucho de usted —añadió entonces, complaciente.

—Y yo de ti —bromeó, pensando que Harry no lo entendería.

—Espero que todo bueno.

—Lo mismo digo. Y, por favor, tutéame, que me haces vieja.

Harry asintió y aceptó la petición de la abuela, mientras yo me removía incómodo y sonreía forzado, soportando las acusaciones cruzadas.

—Y con esto cerramos la ronda de presentaciones —zanjé—. ¿Entramos?

El cine estaba más vacío que de costumbre. En la sala de la izquierda, proyectaban *Detective Pikachu* —yo hubiese matado por verla—, mientras que en la nuestra estaba *El sótano de Ma*, una de terror. Y, al parecer, ni los Pokémon ni el terror tenían el beneplácito de los habitantes de La Herradura.

—¿Seguro que no queréis cambiaros de sala? —rogué en una pregunta encubierta.

—No me seas cagueta, Rodrigo —dijo la abuela—. Si luego te gustan.

—Eso —se unió Harry—, no seas cagueta.

—Para vosotros es muy fácil decirlo, pero después soy yo el que no pega ojo.

—No te preocupes por eso —me susurró Harry.

—Seguro que algo se te ocurre —dijo la abuela, ajena a mi rubor.

—*I'm gonna get some food* —soltó Harry sin más.

Yo lo miré con el gesto torcido y una sonrisa acusatoria.

—*Sorry* —comprendió.

—Qué sorry ni sorry —se quejó la abuela—. Que yo hablo inglés perfectamente. —Era verdad—. Tú ni caso a este. —Me señaló con el pulgar sin apartar la mirada de Harry, que sonrió.

—Pero si yo no he dicho nada. —«Técnicamente».

—¿Qué te apetece senar? Cenar —se corrigió, refiriéndose a la abuela.

Ella se lo pensó un momento, pero yo sabía qué iba a decir antes de que abriera la boca.

—Yo con un bocadillito de tortilla, unas palomitas y una Coca Cola, estoy servida.

—No te jode —se me escapó, y la abuela me dio un codazo discreto.

—¿Y para el señorito?

—No —me negué—, yo te acompaño.

—No hase falta, tú quédate con tu abuela.

Me di cuenta de que era parte de su plan para saldar su deuda y acepté.

—Lo mismo, pero con un Nestea.

—Marchando. —Y nos regaló una reverencia.

—Espérate, niño, que te doy dinero. —Rebuscó la abuela en el bolso.

—De eso nada —se negó Harry—, a esto invito yo.

—Por encima de mi cadáver —gruñó la abuela sacando el monedero.

Harry no esperó y se escurrió entre risas hasta la barra.

—Habrase visto —se quejó la abuela—. Es un encanto —me dijo a mí, en secreto.

—Mmmhm —asentí sin más.

Utilizó un ligero silencio mientras se sentaba para cargar la siguiente bala.

—¿Qué tal estos días? —quiso saber—. ¿Alguna novedad?

—Ninguna, no —negué exagerado—. Estamos a gusto.

—Claro —comprendió—, como buenos amigos.

—Exacto —entendí por dónde iba—. Porque eso es lo que somos: amigos.

—Ya… Habrá hecho mucho aire entonces…, porque tienes los labios que da pena verlos. Luego te compro un cacao. —Se irguió en el asiento, risueña.

—¡Abuela! —me quejé, y me hundí en el asiento.

La abuela no dijo nada más. Esperamos a que Harry regresara cargado de comida y, tras repartirla, las luces se apagaron y la película empezó.

Un par de horas después, tras acompañar a la abuela al coche y prometerle una visita esa semana, estábamos de vuelta. Harry se había pasado todo el camino metiéndose conmigo por los respingos que había dado en el cine, mientras que yo me defendía argumentando que era completamente normal tener miedo de una psicópata. No le había convencido, pero mantuve la esperanza de que mi alegato hubiese sido lo suficientemente convincente como para conseguir compartir cama esa noche.

Y debí de hacerlo genial, porque ya con los pijamas puestos —una camiseta y unos calzoncillos—, se asomó a mi habitación y me dijo:

—Si quieres… —se lo pensó un momento—, podemos dormir juntos.

Lo miré sin saber qué decir. Sabía lo que quería hacer, pero necesitaba tantear el terreno antes de lanzarme a la piscina.

—No, si al final el cagueta vas a ser tú —bromeé.

—*What?* No —zanjó picajoso—, lo desía por ti. Pero si no quieres…

Se encogió de hombros y se dispuso a desaparecer en el pasillo.

—No, no, no —le rogué.

Se dio media vuelta, con el ceño alzado y mirada satisfecha.

—Quiero decir —me recompuse—, que no me importa hacerte compañía.

—Ya —asintió como si me creyera—. Vamos, anda.

Le seguí en silencio, obediente como un corderito camino al

matadero. Llegamos a la habitación, se deshizo de la camiseta y se dejó caer en el lado izquierdo de la cama, tal y como había hecho la noche anterior en el hotel. Supe entonces que ese era su sitio y lo acepté de buena gana. Ocupé mi lugar sin rechistar, me puse de medio lado para quedar cara a cara con él y esperé. No sabía a qué o a quién. Quizá esperaba a Morfeo y su llamada o quizá a Harry…, con la esperanza de que me volviera a besar. Él me observaba con detenimiento desde su sitio y sonrió con tristeza, lo cual nunca venía acompañado de buenas noticias.

—Siento mucho lo que estoy a punto de desir, pero creo que cometimos un error.

«Cometimos un error». Esas palabras se me clavaron en el pecho como si se tratase de un puñal envenenado. Tuve que hacer un esfuerzo monumental para evitar llorar o para salir corriendo de allí. Pero él continuó, no supe si ajeno a lo que estaba sintiendo o en un acto de misericordia.

—Deberíamos haber esperado a sanar, a estar mejor antes de… —hizo una pausa para remarcar lo evidente—, bueno, antes de crusar la finísima línea que siempre ha existido entre nuestra amistad y algo más.

Otro silencio. Yo no dije nada, a pesar de que las pausas parecían una invitación a formar parte de la conversación. Cuando comprendió que no estaba preparado para unirme, prosiguió:

—No me arrepiento de haberte besado —aclaró—, no me malinterpretes, por favor —me rogó—. De hecho —y sonrió, una vez más, con tristeza—, me pasaría la noche besándote otra ves, pero…

—… pero es mejor esperar —comprendí.

Él asintió, aún con pesadumbre en la mirada.

—Es mejor esperar, sí. Si te parese bien.

—Claro —mentí.

—¿Seguro?

—Mmmhm.

—Odio cuando hases eso —lo dijo solemne—, porque es tu forma de esconderme lo que sientes.

—No sé de qué me hablas. —Me puse bocarriba para evitar su mirada.

—Mmmhm —lo exageró mucho, en una burda imitación.

Le busqué de soslayo, sobreactuando mi indignación en un intento desesperado por esconder mi tristeza. Me había pasado todo el día ignorando esa posibilidad, la de que Harry se arrepintiera de habernos besado y, aunque fuera por razones diferentes a las que yo había imaginado —que, por supuesto, eran mucho más catastróficas —, la idea de que lamentara haberlo hecho me dolió.

Nos quedamos un rato así, mirándonos, tratando de descifrar qué pensaba el otro sin mucho éxito. Yo escondía mi abatimiento en una sonrisa torcida, mientras que Harry me analizaba en un movimiento constante de pupila que recorría mi cara de lado a lado.

—Te puedo dar un *until-next-time kiss*.

La propuesta me pilló por sorpresa y debió de notarlo, porque añadió:

—Si prometes quitar esa cara de pato.

—Lo primero —me enfurruñé—. Es que no tengo cara de pato.

—*Yes, you do* —se apresuró a responder.

—Y lo segundo es que no necesito tus migajas.

—*My kisses are no crumbs* —se ofendió—. *Are they?*

Suspiré desganado.

—No, Harry —le tranquilicé—. Tus besos no son migajas.

—*Thank you.* —Sonrió orgulloso.

Un nuevo silencio se coló en la habitación y se tumbó en la cama entre los dos. Éramos incapaces de apartar la mirada el uno del otro. Seguíamos leyéndonos.

—*So… no last kiss?* —se atrevió a preguntar.

Me mordí el labio sin querer. Trataba de resistir la tentación de lanzarme sobre él.

—A ver, yo estaría dispuesto —me hice el duro—, pero no quiero ponértelo difícil. De hecho, estoy bastante seguro de que, si nos diésemos un beso, solo sería el primero de una laaarga noche.

La sonrisa se le ensanchó, porque sabía que tenía razón.

—No estés tan seguro —se autoconvenció—, tengo una voluntad de hierro.

—Ya, claro —le piqué, burlándome en un gesto—. Me vas a rogar que no pare.

—*Wanna bet?*

Fingí pensármelo un momento, pero estaba más que decidido.

—Vale —tiré de falsa seguridad—. Tienes mi bendición para un beso.

Levanté un dedo conforme elaboraba la frase y terminé dándole un golpecito en la punta de la nariz, arrancándole una sonrisa traviesa.

—Tú lo has querido —se resignó—. Luego no quiero lamentos.

Se deslizó por la cama hasta llegar a mi lado, me pasó la mano por la cintura y nos acercamos hasta que se agotó el espacio entre ambos. Nuestras narices se acariciaron en un baile de deseo ante el que ninguno quería ceder. Entonces sonreí, y él sonrió conmigo.

—*Just* —nuestros labios se rozaron— *one* —entreabrió la boca— *kiss*.

Y me besó. No fue un beso tierno y dulce como el primero, sino que en este había deseo y añoranza. Se notaba por la forma de entrelazar nuestras lenguas que necesitábamos beber el uno del otro como si nos fuera la vida en ello, como si nos quedáramos sin tiempo y tuviésemos que aprovechar cada instante para deslizarnos el uno sobre el otro. Me apretó la cintura y pude sentir cómo nuestros cuerpos empastaban en uno solo. Y, cuando ya no nos quedaba aire en los pulmones, después del beso más largo que jamás haya existido, nos separamos entre jadeos y caímos exhaustos sobre la cama.

Estuvimos así un buen rato, sin mirarnos, con la vista perdida en el techo. De vez en cuando, yo lo buscaba de reojo para ver cómo estaba, pero cuando notaba que Harry iba a hacer lo mismo, le esquivaba.

—*Oh, fuck me* —exclamó de pronto, llevándose ambas manos a la cara.

Lo miré de medio lado, sin saber a qué venía aquello, y él me devolvió la mirada.

—¿Qué pasa? —quise saber.

—*I've been waiting all fucking day for this*.

Y se abalanzó, esta vez sin dudar. Se subió encima de mí, me abrazó la cara entre las manos y me volvió a besar. Y yo lo besé

también. Al fin, supe que, si él no sentía lo mismo que yo, tenía que sentir algo muy parecido. Pero ya habría tiempo de explorar sentimientos, de comprender qué pasaba. Eso era un problema del Rodrigo del futuro. Esa noche solo quería preocuparme de disfrutar del sabor de los labios de Harry hasta el amanecer.

20

5 de julio

Amanecimos a eso del mediodía, después de pasar toda la noche haciéndonos carantoñas. Nada más despertar, y aún con las legañas pegadas, prometimos no volver a besarnos hasta que llegase el día veintiuno.

Estábamos preparando las cosas para ir a pasar el día a una cala escondida en las faldas de Cerro Gordo cuando Harry, que se estaba dando una ducha —yo había hecho lo mismo justo antes—, me llamó desde el cuarto de baño.

—*Hey, Rod* —gritó una vez—. *Rod!* —quiso asegurarse de que le escuchaba.

Abrí una rendija de la puerta.

—¿Qué pasa? —le pregunté sin llegar a asomarme.

—*I'm sorry, but*… —Se lo pensó un momento—. Me he olvidado la toalla.

Entreabrí la boca, dispuesto a decir algo, ni siquiera sabía el qué, pero añadió:

—Está en el perchero —aclaró—, en el dormitorio.

Di media vuelta y ahí estaba la toalla, observándome a un par de palmos del suelo con aspecto socarrón. La cogí y volví al baño. Di un par de golpecitos para pedir permiso y, tras recibir su beneplácito, entré con la mirada perdida en el suelo.

De reojo, pude ver que Harry se tapaba la entrepierna con las dos manos, tratando de esconder el único resquicio de su cuerpo que me quedaba por conocer. Busqué su rostro y supe que a los dos nos estaba dando muchísima vergüenza esa situación. Le tendí la toalla

estirando todo lo que pude el brazo para evitar acercarme más de la cuenta.

—Si querías que me duchase contigo, solo tenías que pedirlo —me atreví a decir.

Su semblante pasó de la vergüenza al desconcierto. Después reflejó deseo.

—No juegues con fuego, Rodrri.

—¿O qué? —le reté—. Hemos hecho un pacto.

Su mano buscó la mía, me agarró y me atrajo hasta él.

—Perdona —mintió en un susurro, empapándome la ropa con la humedad de su cuerpo—. Es que no llegaba a cogerla. —Y señaló la toalla.

Tragué saliva.

—No pasa nada —le seguí el juego—. Son cosas que pasan.

—Mmmhm —me imitó y sonrió juguetón.

—Eso ha sonado casi como si estuvieras escondiendo algo —le seguí.

—Es posible. —Me sujetó por la cintura—. *Is that a problem?*

—No sé. —Alcé la cabeza y deslicé mi nariz sobre la suya—. Dímelo tú.

Abrió la boca por inercia, preparado para recibir un beso que no llegó. Al darse cuenta de mi juego, se mordió el labio y sonrió de medio lado. Sujetó con delicadeza mi mentón. Se inclinó, poquito a poco, casi a cámara lenta, y observó mis labios como si se tratase de su comida favorita. Cuando estaba a punto de llegar, me giré lo suficiente como para que sus labios aterrizasen en mi comisura; haciéndole la cobra en una cruenta batalla a vida o muerte contra las ganas irrefrenables que tenía de aceptar ese beso.

—*Ouch* —le escuché decir.

—Sécate, anda, que vas a coger frío. —Y solté la toalla, que, deslizándose entre ambos, se quedó colgando de su entrepierna.

Eché un último vistazo al colgador improvisado de Harry y él trató de ocultar torpemente lo dura que se le había puesto. Salí de allí orgulloso de mis logros y, en cuanto giré la esquina, me recoloqué el pantalón para ocultar los suyos —aunque de haberlos visto, él también hubiese estado muy satisfecho.

Tras una jornada intensiva de playa, entre siestas espontáneas, algún que otro chapuzón refrescante e interminables horas de tueste bajo el sol, Harry me sorprendió con una cena junto al mar. Atardecía y nos habíamos quedado con la cala para nosotros solos. La luna en cuarto creciente nos permitía disfrutar del cielo estrellado. El mar estaba en calma, como una balsa. Y las velas, que habían estado todo el tiempo en la mochila de Harry, se convirtieron en nuestra única fuente de luz mientras las llamas bailoteaban al son del viento.

Yo seguía dándole vueltas a cómo Harry «había ido a comprobar una cosa un momento al coche» para regresar cinco minutos después con dos pizzas recién hechas y una bolsa repleta de picoteo y refrescos. Para terminar, orgulloso, estaba sacando del fondo de su mochila un par de termos con café.

—¿Café? ¿Por la noche?

—Por supuesto —parecía seguro—. El café de medianoche es el mejor.

Lo miré, sonriente, sin saber si estaba bromeando o si lo decía en serio, pero la seguridad de su gesto me convenció de lo segundo.

—Tendré que esperar. Pero ¿quiero saber cómo…?

—*Nope* —me cortó, contundente, y sonrió.

—Está bien —me resigné, a sabiendas de que era lo mejor.

La primera pizza era de mozzarella de búfala, tomates cherri y albahaca, mientras que la segunda llevaba queso de cabra y cebolla caramelizada. No recordaba en qué momento le había contado aquello a Harry, pero eran mis favoritas. Las devoramos como si llevásemos siete vidas sin probar bocado y, cuando estuvo todo recogido, nos recostamos en las toallas, el uno junto al otro, y nos dedicamos a observar las estrellas.

—Gracias por la cena. —«Y por todo lo demás».

—Gracias a ti por aceptar senar conmigo.

—Tampoco tenía alternativa. —Me encogí de hombros, juguetón, y él sonrió—. Estoy atrapado, secuestrado me atrevería a decir —dramaticé con un tono exagerado— en mitad de la nada. —Señalé a mi alrededor—. Era aceptar la cena o morir de hambre.

—La próxima vez me como las pizzas con el repartidor.

Le reté de medio lado con la mirada y la boca entreabierta.

—No te atreverías.

—*Try me* —masticó las palabras.

Le di un golpecito en el costado con la cara enfurruñada y él se rio.

—Ya casi es medianoche.

Se incorporó en el sitio y se removió hasta dar con los termos.

—Hora del café. —Y me tendió uno.

—Espero que siga caliente —le rogué a la vida—, porque estoy helado.

Su cara se arrugó en un reproche ahogado.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —se quejó—. Espera.

Se desabotonó la camisa y se la quitó en un gesto casi coreografiado.

—*Here*, no quiero que te resfríes por mi culpa.

Me la ofreció.

—No la puedo aceptar —me negué—, te vas a congelar.

—*I'm good* —me aseguró—, esta es la temperatura máxima en Chester.

Le sostuve la mirada un momento, intentando averiguar si decía la verdad. Él me prometió en un balanceo de cabeza que estaba bien. Al cogerla, aproveché para acariciarle la mano en un gesto despistado y me la puse.

—Ahora es mía —bromeé.

—Te queda mejor que a mí —aceptó—, es un hecho.

Y nos reímos, cómplices de aquella mentira.

—Feliz ecuador. —Extendió el termo en un brindis improvisado.

Tardé un momento en saber a qué se refería, pero, después de echar cuentas, comprendí que acabábamos de cruzar la mitad de nuestro viaje como miembros del grupo de apoyo. Eso también significaba que estábamos un paso más cerca de dejar de tener una excusa para vernos a diario. La pregunta que me hice entonces fue si de verdad nos seguían haciendo falta excusas para eso. A mí no, desde luego.

—Feliz ecuador. —Brindé con él, escondiendo la pena.

Un par de sorbos de café después, Harry se recostó sobre la toalla

y oteó con la mirada el cosmos como si, gracias a la cafeína, estuviera descubriendo nuevas galaxias. Yo le imité y dejé caer la cabeza sobre su pecho. Me quedé ahí en silencio y, casi sin querer, cerré los ojos.

—Te estás perdiendo las estrellas y hoy están preciosas.

«Ya quisieran las estrellas», pensé, pero no dije nada.

—Es que estoy muy bien así. —Me acomodé sobre él.

Tenía la piel tibia, lo que confirmaba que no tenía frío. El corazón le latía a toda velocidad. No sabía si se debía al efecto del café o si era porque yo estaba acurrucado sobre él. Quise saberlo y deslicé las yemas de los dedos por su torso desnudo. Le acaricié uno a uno los abdominales hasta llegar al pectoral, donde hice una parada para hacer la rotonda alrededor del pezón. Sentí cómo a lo largo del trayecto se le iba erizando el vello, y, para mi sorpresa, el corazón se le aceleró aún más. Al parecer, yo tenía el mismo efecto que el café.

—*So* —sonaba trastabillado—, *this is us now, uh?*

—No sé qué quieres decir. —Me detuve con la mano junto a su pecho.

—Hemos pasado de apenas sostenernos la mirada a tenerte encima de mí acariciándome las tetas. —Se rio, sacudiéndome junto a él—. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—Me besaste —señalé lo evidente—. ¿Te acuerdas?

—*Oh, that's right* —fingió sorprenderse—, cómo olvidarlo.

—Sí que tengo que ser bueno besando —le quise picar.

—Hummm… —Se lo pensó—. *Mid*.

La boca se me abrió como un resorte.

—Quiero desir, decir —se corrigió—, que no tengo suficientes pruebas.

—Ah, así que necesitas más pruebas para deliberar.

—Tú lo has dicho.

—Qué conveniente, ¿no te parece?

—*For both of us, you mean*.

—Mmmhm. —Fue toda mi respuesta.

—¿Qué estás tramando ya? —me preguntó.

—¿Yo? —fingí indignarme—. Nada —mentí, y rocé mi nariz contra la suya, tentando a la suerte.

Él soltó una risotada.

—*Is that so?*

Se pasó la lengua por los labios para terminar mordiéndoselos.

—Es una pena que tengamos un pacto, ¿verdad?

—No se ha conocido mayor desgracia —dramatizó, marcando mucho la ce.

—Aunque, ya que tú te has tomado la molestia de traer la cena… —fingí inocencia—, se me ocurre que… yo puedo hacer una excepción y ser el que rompa nuestro acuerdo. —Entonces deslicé las yemas sobre su piel desnuda.

—¿Harías eso por mí?

Yo asentí en silencio, sin apartar la mirada. Se le escapó un resoplido que no supe interpretar. Por fin, me lo tradujo:

—Podría desirte cualquier mierda para vacilarte —y decía la verdad—, pero es que no aguanto más.

Me besó, rompiendo una vez más nuestra promesa y haciéndome cómplice del delito. No me importó, pues con tal de besar esos labios yo estaba dispuesto a aceptar una cadena perpetua… y a ser posible a su lado.

6 de julio

Dormir con Harry se estaba empezando a convertir en una costumbre que me encantaba y preocupaba a partes iguales. Pasaba algo parecido con los besos: nos los dábamos por pura inercia, en cualquier momento, en cualquier lugar. La noche anterior, justo antes de dormir, nos habíamos prometido no volver a caer. Total, solo teníamos que aguantar diez días. ¿Qué podía salir mal?

Por la mañana decidí preparar zumo de naranja recién exprimido mientras la cafetera impregnaba el ambiente del mejor aroma matutino que se haya conocido: el del café, por supuesto. Me había levantado pletórico, sobrecargado de energía —probablemente por el chute de cafeína que nos metimos a medianoche—, y estaba canturreando de aquí para allá cuando la puerta de la habitación de Harry se abrió.

—¡Buenos días! —Quería sonar radiante.

—*Good morning, stalker* —la voz le sonaba más grave que de costumbre. Tuve que reprimir un escalofrío de puro placer.

Harry era ese tipo de persona que, al levantarse, reconectaba con su niño interior. La cara se le endulzaba, desafilando sus facciones; el celeste de los ojos se le oscurecía, perdido entre unas cuencas empequeñecidas por el sueño; y en la parte posterior de la cabeza se le formaba un remolino que dejaba un mechón por encima del resto. Tenía la costumbre de ir descalzo por la casa, y su pijama consistía en una camiseta andrajosa y unos calzoncillos de tela suelta —que dejaban poco a la imaginación.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien, bien, pero… ¿qué es ese olor? —Y se rascó la espalda, con los ojos aún entornados.

—¿El café? —señalé a la hornilla.

—No, lo otro. —Arrugó la cara.

—¿El zumo? —Levanté la jarra, tratando de ganar el juego de adivinanzas.

—No —negó algo más contundente—, lo que echa humo.

—¿Lo que echa…? —comencé a preguntar, dándome la vuelta, en busca de sus delirios, pero ahí estaban, calcinadas—. ¡Mierda, las tostadas!

Le escuché carcajearse mientras yo ponía en riesgo la salud de mis dedos en un intento desesperado por salvarlas, pero cuando las lancé sobre la encimera y las vi estallar en pedazos de carbón, asumí que las habíamos perdido y suspiré, resignado.

—Soy un desastre —acepté mi destino, avergonzado.

Harry se coló en la cocina, aún con la sonrisa grapada en la cara.

—Eres completamente perfecto. —Me besó—. *Fuck* —dijo al instante.

—No pasa nada —le tranquilicé—. Ha sido un beso amistoso de buenos días y eso no cuenta. Estoy seguro de que hubieses saludado exactamente igual a Pino, ¿verdad que sí? —nos mentí a ambos.

—*I mean*… —se retorció en el sitio, imaginando el escenario, pero incapaz de validar mi verborrea—, *nah, sorry, but I wouldn't*. Tú, sin

embargo…

—Yo qué. —Traté de sonar amenazante.

—Pues que —dio un paso atrás—, después del otro día…

Otro paso atrás.

—No vayas por ahí.

Me uní a su broma con un dedo levantado.

—No, si yo no digo nada. —Y un paso más—. *But what a kiss*.

—¿Celoso? —le quise picar.

—*Not at all* —negó, divertido, a la vez que sacaba el móvil del bolsillo del calzoncillo—. Soy muy conssiente de que no os soportáis el uno al otro, pero… ha llegado el momento de que lo reconozcas.

No sabía a qué se refería. Él trasteó el móvil ajeno a mí.

—Que reconozca el qué.

—Pues que… besar a Pino… te gustó.

El ritmo de una batería empezó a escapar del móvil de Harry, que, mientras subía el volumen al máximo, amplió la sonrisa. Y supe al instante de qué canción se trataba: «I Kissed a Girl», de Katy Perry.

—No te atreverás —quise sonar tajante, pero se trataba de un ruego.

—*This was never the way I planned* —canturreó de camino al salón—*, not my intention*.

—No me lo puedo creer —se me escapó junto con una sonrisa.

Le seguí en una amalgama entre la incredulidad y la ternura. Me encantaba descubrir esos pequeños retazos del verdadero Harry, esos momentos en los que se sentía tan cómodo conmigo como para desinhibirse y desprenderse de todos los escudos que se había tenido que ir poniendo a lo largo de su vida.

—Estaba borracho, eso sí es cierto —fui respondiendo a la letra—. No suelo hacerlo, no —negué satisfecho—. Yo no quería probar nada. Me vi obligado —le corregí sabiondo.

Pero Harry seguía actuando, ignorando mis comentarios, evitándome en una marcha hacia atrás sin descanso en un intento por huir de mí por si le quitaba el teléfono. Y entonces el estribillo explotó, y Harry saltó sobre el sofá para gritar:

—*You kissed Pino, and you liked it!* —reinterpretó la letra.

—No me gustó —negué poco convencido, pero él continuó como

si nada.

El estribillo seguía, y Harry saltaba sobre el sofá sin miedo a que se partiera por la mitad. Y entonces supe que era mi momento de unirme. Llegaba la frase perfecta:

—*It felt so wrong* —me atreví a cantar.

—*It felt so right* —me contradijo y continuó con el verso—. *You kissed Pino, and you liked it* —insistió.

Entonces, rápido y fugaz, me tendió el móvil como si se tratase de un micrófono y supe lo que tenía que hacer. Era la hora de reconocer un hecho, de decir la verdad en voz alta, por mucho que me jodiese:

—*I liked it!* —reconocí.

Harry pegó un grito, eufórico, y se dejó caer de culo en el sofá.

—Lo sabía —sonó satisfecho—. ¡Se va a poner de contento cuando se lo contemos esta tarde!

«Se lo contemos. Esta tarde», resonó como un eco.

—Quééé —se me escapó en un grito.

Hora de la verdad: tenía silenciados todos los grupos de WhatsApp. Era una costumbre, o un defecto. Así que, cuando me metieron en el de «Guiris y Herradureños», hice lo mismo. Normalmente lo miraba cada noche para ponerme al día antes de dormir, pero desde que estaba en casa de Harry mis rutinas de sueño habían cambiado. Al parecer, llevaban días buscando un hueco en el que coincidir la mayoría y se había decidido que sería esa tarde. Yo no lo sabía; Harry había dado por hecho que sí. Y todo porque Lisa, que había estado desaparecida por el grupo desde que se fue a Chester, había hecho la gracia de votar en la encuesta. Todos dieron por sentado que el voto era mío.

«No pasa nada. Todo va a ir bien», me dije, sin saber qué me depararía el destino.

Me había pasado la mayor parte del día tratando de convencer a Harry para que me jurase —y perjurase— que no le iba a confesar mi terrible secreto a Pino. Él había intentado comprar mi silencio a cambio de una ruptura temporal del pacto y yo me había negado, por supuesto. Y no por falta de ganas, sino por proteger algún

resquicio de lo que me quedaba de dignidad.

Cuando empezó la tarde de juegos, me senté entre Nívea y Harry. Eso me dejó a Sastre justo enfrente y, lo más alejado posible, en una diagonal infinita, a Pino. Habíamos preparado tortitas con crema de avellana y nata, batido de fresa y plátano y minicrepes salados para Sastre, que no toleraba el dulce. Estábamos devorándolo todo como si no hubiera un mañana cuando Harry abrió la veda:

—Entonces —quiso saber—. ¿Por qué no ha venido Sara?

—Porque es tonta —zanjó Pino con su simpatía característica.

Nívea le fulminó con la mirada y explicó el motivo real, que tampoco era mucho mejor.

—Según me ha dicho —se quiso excusar antes de hablar—, es una traición jugar al *Love Letter* sin Lisa porque es su juego favorito y ella, por encima de todo, «es buena amiga» —le puso comillas, parafraseando la literalidad de sus palabras.

—Y tonta de narices también —añadió Pino, esta vez con la boca llena.

«Razón no te falta. Pero no te acostumbres», pensé sin querer.

—Si ella se siente más cómoda así… —quise llevarle la contraria.

—Supongo que sí —se notaba que, a pesar de lo absurdo, Nívea quería defender a su amiga.

—*I mean* —intervino Harry—, tenemos que aseptarlo. Aceptarlo —se corrigió.

—Ya, claro —le cortó Pino—, así que vamos a fingir que esta milonga no tiene nada que ver con que Sastre la rechazara el otro día.

La boca de Harry se entreabrió y buscó por inercia al acusado que, como era de esperar, se hizo diminuto en su asiento. Nívea, sin embargo, le pegó un golpecito en el hombro en un acto de indignación.

—¡Pino, joder! —le riñó—. Eres un puto bocazas.

—¡Qué! —se quejó él—, pero si me lo ha contado Sastre —se defendió.

—No, yo no… —quiso defenderse él, pero miró de reojo a Pino y se calló.

—Vamos a dejar el tema —rogó ella—, por favor os lo pido.

Se hizo un silencio ligero que Harry rompió antes de que pesara más.

—A mí —se señaló el pecho— me gustaría entender de qué estamos hablando.

—Y a mí —le apoyé.

—Somos los únicos que no sabemos nada —me siguió—. *So unfair*.

—Injustísimo… —reinterpreté con fingida pesadumbre—. Y eso que Sara me dijo en Maro que no hay secretos en el grupo —quise añadir, jugando bien mis cartas—. ¿Me mintió?

Las miradas se deslizaron por la estancia hasta encontrarse con Nívea, que tenía la responsabilidad de darnos su beneplácito para seguir adelante con la historia. Ella se resignó, a sabiendas de que había perdido la batalla, y con un suspiro ahogado y un gesto de muñeca nos permitió continuar con un relato que, al parecer, estaba prohibido.

—Solo si te apetece hablar de ello, Sastre —quiso asegurarse Harry.

Él asintió de forma casi imperceptible. El resto esperamos, pacientes.

—Pues… —quiso arrancar, pero le costó— el miércoles me dijo de dar un paseo por la playa, me invitó a un helado y… —cada palabra parecía pesarle más que la anterior—, cuando nos íbamos a despedir, me intentó besar. —Y se calló.

—*Oh, fuck* —se sorprendió Harry—*, go Sarah*.

Pino torció el gesto sin comprender, y yo le di un golpecito en la rodilla.

—Perdón, pero le echó un par de ovarios —buscó mi apoyo—, *right?*

—Mmmhm —le hice saber que tenía que dejar de hablar y pareció comprenderlo, porque carraspeó y se hizo chiquitito en el asiento—. Y tú ¿qué hiciste? —Invité a Sastre a que continuase.

Se lo pensó un momento, no supe si porque no se acordaba o porque le daba vergüenza decirlo.

—Di un paso atrás —reconoció—, y le sonreí. —Se encogió de hombros.

—Joder —se me escapó.

—*Holy fuck* —dijo Harry a la par.

—Eso no me lo habías contado —se sorprendió Pino.

—Pobre Sara —negaba Nívea, empatizando con su amiga.

—¿Y ya está? —indagué una vez más.

—Le dije que lo sentía y me fui —zanjó.

—Cuando me llamó —recordó Nívea—, estaba destrozada.

—Pero si yo no hice nada —se quejó Sastre arrugando la frente.

—… nada malo —completé.

—Pero un rechazo es un rechazo, Sastre, y duele —explicó Harry —. Si me llega a pasar eso a mí… —Me miró en un acto reflejo, cómplices de una broma que nadie más podía entender.

«Con que esas tenemos…», y sonreí.

—El rechazo es duro —le piqué—. Pero uno tiene que acostumbrarse.

—*Oh, is that so?* —Se mordió el carrillo, conteniéndose, y se limitó a darme un golpecito en el costado para terminar pasando el brazo por encima de mi silla, recorriéndome la espalda de lado a lado.

—Oye, Sastre —continuó Nívea, ajena a nuestro jugueteo—. Y, si no es mucho preguntar…, ¿por qué no la besaste?

—Bueno… —Miró a Pino de reojo—. Porque no.

«Un momento. Sastre, ¿estás enamorado de Pino?», comprendí.

—Si el chaval no quiere, no quiere —le defendió él.

«¿Está acaso Pino enamorado de ti?», me pregunté. Miré a Harry tratando de hallar respuestas a preguntas que ni siquiera había hecho en voz alta, pero pareció entenderme, porque en un gesto de cabeza me prometió que lo comentaríamos más tarde, a solas. Y entonces, repiqueteó en mi hombro con los dedos, como si nadie pudiera vernos.

Pero sí que podían.

—¿Y vosotros dos qué? —preguntó Nívea, divertida.

Harry se irguió en el sitio y devolvió el brazo a su regazo. El corazón me latía a mil revoluciones por segundo, y supuse que el de Harry estaría igual, pues se había puesto más blanco que de costumbre. No dijimos nada, sin embargo, y fingimos no haber escuchado la pregunta.

—Yo lo dije —añadió Nívea—. Que Piscis y Sagitario son buena combinación.

«Y tenías tanta razón…», me guardé para mí.

Un carraspeo de Harry buscó zanjar el tema y eso hizo:

—Por cierto, Pino. No te imaginas de lo que me he enterado hoy.

21

7 de julio

Con las gafas de sol tostando el cielo y el flequillo bailando al son del viento de una brisita mañanera, íbamos en el coche para cumplir con la visita prometida a la abuela. Nos había invitado a almorzar un arroz con verduras al horno para pasar un rato con nosotros y, de paso, que Harry conociera su casa. Y habíamos dicho que sí. Le estaba cogiendo el gusto a eso de combinar mis dos vidas. Me gustaba ver a Harry tan atento con la abuela y a ella contenta por pasar tiempo con nosotros. Me hacía… feliz.

La noche anterior se había alargado de más entre juegos de mesa —en los cuales, y para mi sorpresa, arrasé. Harry no había parado de torturarme, haciéndome creer cada dos por tres que le iba a confesar mi secreto a Pino. No se lo contó, claro está, e improvisó un par de cotilleos de algunos de sus compañeros de trabajo ante las quejas de Pino, que se sabía la gran mayoría. Yo se lo agradecí mucho. Tanto que, nada más cerrar la puerta, lo besé. Sin preguntar, sin dudar; pero es que tampoco podría haber sido de otro modo: con toda esa tensión acumulada, la adrenalina de haber sido casi pillados, las conversaciones en secreto que solo nosotros comprendíamos y con esos gestos y miradas furtivas que tan cachondo me ponían. Sabía cómo ganarme, cómo conseguir que rompiera el pacto, y cada vez nos acercábamos más al punto de no retorno.

Esa mañana, sin ir más lejos, ni siquiera nos habíamos recordado que había un trato que cumplir, y lo primero que hicimos fue saludarnos entre besos pastosos aún con las legañas pegadas en los

ojos.

Llevábamos gran parte del camino echándonos reojos, acariciándonos el muslo en gestos casuales y sobrellevando silencios que no sabíamos llenar sin decir alguna tontería. Hasta que recordé que teníamos una conversación pendiente:

—Tenía clarísimo que Sara estaba enamorada de Sastre —confesé—, pero nunca se me hubiese pasado por la cabeza que Sastre lo estuviera de Pino. Pensaba que era su perrito faldero. Lo que me lleva a preguntarme…: ¿está Pino aprovechándose del amor de Sastre? ¿Lo sabe? ¿Es recíproco?

Harry torció el gesto, sin saber qué responder, y lo comprendí al instante:

—Tú sabes cosas —me di media vuelta en el asiento.

Chasqueó la lengua en un ejercicio de contención para mantenerse callado.

—Por favor —le rogué, deslizando mi mano hasta posarla sobre la suya encima de la palanca de cambios—. Soy una tumba.

Se sonrió, a sabiendas de lo que estaba haciendo, y aceptó a regañadientes.

—Pino me contó hase poco que Nívea y él están abriendo su relasión.

—Vale —alargué mucho la primera vocal—. Estás seseando —apunté—, pero me alivia que Pino no sea un infiel.

—Y —continuó, ajeno a mis comentarios— cuando quedamos los tres a solas: Pino, Sastre y yo —aclaró—, alguna vez les he pillado… extrañamente cariñosos.

—Bueno —comprendí a lo que se refería—, Nívea nos ha pillado a nosotros.

—*I know.* —Agachó la cabeza, avergonzado—. *I'm sorry*.

—No lo sientas —dije seguro—, a mí no me importa que lo sepan.

—Ya —se quedó pensando—, pero…

—… pero a ti sí —completé la frase.

Sentí cómo el ambiente se cargaba de melancolía y no pude más que fijar la vista al frente, fingiendo que no me acababa de arrancar los puntos con los que él mismo me estaba remendando el corazón.

—*Not at all* —lo volvió a zurcir—, es solo que… —se pensaba muy

bien cada palabra para no hacerme daño y yo lo agradecí— hasta que no pasen los veintiún días y podamos sentarnos a hablar de qué es esto —nos señaló en un gesto fugaz—, lo mejor es que quede entre nosotros.

Sabía que tenía razón. Habíamos llegado a un acuerdo, a uno que éramos incapaces de cumplir, pero revelarle al mundo que nos estábamos besando, como dos adolescentes sin contención, se podía cargar lo que fuera que estuviéramos construyendo. Si es que estábamos construyendo algo. Estaba claro que, si quería que las cosas con Harry llegasen a buen puerto, si quería que «lo que fuera» que tuviésemos se convirtiera en la historia de amor que tanto añoraba, debía tener paciencia. Primero había que sanar.

—Entonces ¿me vas a besar delante de todos? —bromeé.

Él sonrió, a sabiendas de que estaba aliviando el ambiente, y lo agradeció.

—Si tú me dejas —aclaró—, *for sure*.

—Trato hecho —le concedí.

«Paciencia, solo quedan nueve días», me dije.

Él, sin embargo, no pareció convencido con mi respuesta.

—No quiero que pienses que trato de esconderte. *Not at all*. —Me buscó de medio lado, regalándome su honestidad—. *Left to me*, gritaría a los cuatro vientos que me has concedido el privilegio de poder besarte. Y lo haré, *no doubt*. —Una pausa, un gesto tranquilizador—. Cuando llegue el momento.

—Cuando llegue el momento —acepté, y le sonreí con timidez.

Pareció darse cuenta de que me había hecho diminuto ante su discurso, así que alargó la mano hasta dar con la mía, se la llevó a los labios y la besó.

—Aunque a doña Griselda ya poco se le puede ocultar —bromeó.

Pensé entonces en cada una de las conversaciones que había tenido con la abuela sobre Harry y supe que, una vez más, tenía razón.

—Con ella es mejor ni intentarlo —le confirmé.

Y sonrió, y yo sonreí con él.

La casa olía a comida recién hecha, almizcle y jazmín. Nada más cruzar el umbral de la puerta, la abuela salió de la cocina y nos recibió con su característica sonrisa. Iba ataviada con un mandil de girasoles recién estrenado, un vestido que se ponía para tomar el vermut, el pelo repeinado, los labios pintados de pastel y unos pendientes voluminosos que le iluminaban el rostro. En cuanto la vi, supe que se había tomado tantas molestias solo para recibir a Harry de buena guisa.

—Habéis llegado temprano. —Fue todo lo que dijo.

—Qué elegante —respondí yo.

—¿Esto? —Se hizo la humilde—. Pero si es un trapo que tenía por ahí.

—Estás guapísima. —Le di un beso en la frente.

—El delantal es precioso —añadió Harry, validando mis cumplidos y saludándola con un abrazo improvisado—. Gracias por invitarme. —Forzó el acento—. Te he traído un vino. —Se lo tendió.

—No tenías por qué —le riñó.

—Ya, pero me apetescía. —Se encogió de hombros, inventándose una palabra nueva en un popurrí de acentos.

«Y seguro que ni se ha dado cuenta», me enterneció.

La abuela frunció el morro a la par que el entrecejo, dispuesta a continuar con la regañina, lo que causaría un bucle infinito que me negaba a permitir, así que intervine:

—¿Con qué te ayudamos? —quise saber.

—Nada, nada. —Nos echó en un gesto de muñeca—. Sois mis invitados.

—Yo no soy un invitado —me quejé.

—Hoy sí. —Y me acarició la mejilla con ternura—. Venga, tira y enséñale la casa a Harry —me ordenó—, que en cuanto termine con esto, tengo una sorpresita.

Regresó a la cocina y nos vetó la entrada. Harry y yo nos quedamos plantados en mitad del pasillo, nos buscamos con la mirada y sonreímos sin remedio.

—Es una batalla perdida —comprendió él, resignado.

—Por más que me joda —balanceé la cabeza—, no hay nada que hacer.

—*Sooo* —alargó mucho la vocal—, *house tour?*

Estiré el brazo en una reverencia fingida, invitándolo a pasar, y en un par de pasos ya estábamos en el salón. No había demasiado que enseñar. La casa no era muy grande y casi todas las estancias se resumían en madera carcomida por los años. Lo más significativo eran las fotografías de la abuela —que estaban por todas partes—, entre las que destacaba, por supuesto, el retrato del abuelo sobre el televisor.

—Esto es el salón —señalé lo evidente—, y este es mi abuelo.

—*Wow.* —Se acercó hasta quedar frente a él, solemne—. *I can see it*.

—¿El qué? —Me acerqué hacia el cuadro en busca de algún defecto.

—*The resemblance*.

Y me miró de medio lado, sonriendo con ternura.

—No nos parecemos en nada —me negué—. Ya quisiera yo.

—¿Tienes fotos de tus abuelos a tu edad? —preguntó de pronto —. Me encantaría verlas. Y, ya de paso, demostrar que te equivocas.

Recordé entonces las que habíamos encontrado en el sótano y sonreí.

—Alguna te puedo enseñar.

Le cogí de la mano sin pensar, por inercia, y lo conduje hasta la planta de arriba. A Harry lo dejé en mi habitación, mientras que yo dirigí mis pasos hasta la de la abuela para recuperar un taquito de fotografías que sabía que guardaba en el cajón de la mesita de noche. Cuando regresé, Harry estaba paseando de lado a lado, analizando cada detalle de aquel dormitorio de invitados.

—Le falta decoración —me dijo nada más verme entrar.

—Bueno —divagué—, no he tenido mucho tiempo de hacerlo mío.

—Claro, has preferido hasérmelo a mí —bromeó.

Fue una broma que encubría una verdad, porque sus ojos observaban mi reacción incluso con cierto temor a cómo pudiera reaccionar ante su confesión. No era el momento, ni el lugar, sobre todo si pretendíamos seguir cumpliendo con el pacto, así que preferí dejarlo estar y seguir adelante con lo que nos había llevado allí.

—Tengo las fotos. —Se las enseñé.

Me dejé llevar hasta la cama, todavía nervioso por lo que acababa de escuchar, y me senté en el borde. Harry me imitó, lo que acortaba el espacio que existía entre ambos. Acto seguido me tendió la palma para que se las prestara. Y así lo hice. Fotograma a fotograma, viajó por la historia de los abuelos, pero a la inversa. Desde la foto en la puerta de aquella misma casa, sonrientes y felices, con un manojo de llaves con el que daban pistoletazo de salida a su nueva vida juntos, pasando por su viaje de bodas a Tenerife, en bañador y con gafas de sol, celebrando que el mundo era cómplice de lo mucho que se querían; hasta llegar a la primera de todas, a esa que se hicieron al reencontrarse tras la mili, esa en la que el abuelo la contemplaba como si fuera su mundo entero. Y al volver a ver esa foto, revisitando la mirada del abuelo, recordé que fue un hombre feliz, porque la abuela era su razón de ser y estuvo a su lado hasta el final.

—Me encanta esta foto —se me escapó en un susurro.

—*It's beautiful*. La forma en que la mira…

—Es su primera foto juntos —tragué saliva—, y ya se ve cuánto se querían. Qué envidia. —La sinceridad me empañó los ojos.

—¿Envidia de qué? —indagó.

—De que te miren así. —Se me desbordó una lágrima—. Con tanto amor.

Harry la recogió con la yema del pulgar y quiso compartir mi melancolía.

—Deberías aspirar a mirarte así a ti mismo. Eso sí que sería bonito.

—No me pidas imposibles. —Una risita triste acompañó la frase.

—No lo hago. Un día, cuando menos te lo esperes y *sooner than later*, alguien te va a mirar así —«Ojalá seas tú», pensé—, pero no vas a ser realmente feliz hasta que esa mirada sea la que te encuentres cada mañana en el espejo. —Se me quedó observando en un silencio que nos pedía besarnos—. Perdona por el momento Mr. Wonderful, pero *at the end of the day* tú eres la única persona que tienes la sertesza de que va a estar a tu lado hasta el final. —Y me clavó el dedito en el esternón—. Por eso es impressindible que tú te quieras así de bien.

—Y tú —quise saber con la voz quebrada—, ¿te miras así de bien?

—Para nada —no lo dudó—, *but I'm working on it* —confesó en un susurro.

Yo no dije nada, tampoco hacía falta, y me limité a asentir.

—*What was his name?*

Seguía con la foto del prado entre las manos. Se refería al abuelo.

—Rafael. —Se me hizo un nudo en el estómago al decir su nombre en voz alta.

—Raphaiel —susurró para sí—. Qué bonito. Le pega.

—Siempre sabes qué decir, ¿verdad?

—Mmmhm. —Sonrió—. Al final yo tenía rasón.

—¿Y razón también? —quise bromear, y pareció funcionar.

—Sí, y de eso también —me siguió el juego—. *No, proper*, eres idéntico a tu abuelo. Los ojos, la nariz —remarcó la zeta—, los labios, la forma de la cara… *I'm pretty sure* de que si te rapamos el pelo sería difícil distinguiros.

—Es un gran cumplido —reconocí.

—Y también una gran verdad.

Le di un golpecito con el hombro en el suyo.

—Yo también quiero ver tus fotos familiares.

—Para eso tendrás que venir a Chester. —Y me guiñó un ojo, burlón.

La voz de la abuela nos reclamó desde abajo. Harry dejó las fotos sobre la cama, dispuesto a bajar sin titubear, pero yo me apresuré a detenerlo cogiéndolo de la mano.

—Harry —se detuvo bajo el dintel de la puerta y me buscó con curiosidad—, gracias.

El gesto se le arrugó en una mueca de confusión.

—¿Por qué?

—Por saber siempre qué decir.

Lo atraje hacia mí y lo besé. Fue un beso tierno, muy parecido al que nos dimos la primera vez. Uno que confesaba cómo me hacía sentir cada vez que me abrazaba con sus palabras, con su forma de ver la vida, con su manera de verme a mí. Él lo recibió de buena gana y me dio otro de vuelta, y ese también contaba una historia, una sobre la calma, sobre el sosiego, sobre lo que, al parecer, le

transmitía. O, al menos, así me supo a mí.

Un abrazo después, bajamos las escaleras para no hacer esperar a la abuela, y ahí estaba ella, con una sonrisa que me llevó a fruncir el ceño. Sobre la mesita de café, había una enorme caja de cartón semiabierta.

—¿Qué estás…? —quise saber, pero no me dejó terminar.

—Ábrela —zanjó, señalando a la caja.

—Pero si ni siquiera es mi cumpleaños —me burlé, dando por hecho que se trataba de un regalo para mí.

—Lo que hay dentro —especificó— no es para ti.

—Oh —me arrebató la ilusión de un plumazo, pero seguí avanzando.

—Te va a encantar igualmente.

Me paré frente a la mesa, sin acercar mucho la cara por si se trataba de algún tipo de broma, y con sumo cuidado fui levantando las solapas. Lo que había dentro no lo vi venir. Y es que, sobre una mullida camita de algodón, hecho un rosco, descansaba, apacible, un cachorro color canela. Tenía las orejas enormes, descompensadas con el resto de su cuerpo, y el pescuezo y la punta de la cola coloreados de blanco. Debía de tener cuatro o cinco meses, como mucho, y nada más sentir mi presencia, entreabrió los ojos, de un iris meloso como la miel, y sacudió la cola de manera inconsistente.

—¿Has adoptado un perro? —chillé—. Pero si llevo fuera apenas cinco días.

Ella soltó una risotada y se encogió de hombros.

—La encontré el mismo día que te fuiste —sonaba orgullosa de sí misma por haber sido capaz de guardar el secreto—, pero no he querido decir nada hasta estar segura de qué iba a pasar con ella. —Hizo una pausa para sacarla de la caja, aún adormilada y con los ojos castaños entrecerrados—. Había que llevarla al veterinario, comprobar si tenía chip o si alguien la estaba buscando… y quería asegurarme de que iba a salir adelante.

—¿Por qué no iba a…?

—La encontré en una bolsa de basura. —Y se le oscureció la mirada.

—Oh.

—¿Está todo bien, entonces? —quiso saber Harry.

—Está mejor que bien, sí. —Pude ver cómo, al decirlo, se quitaba un peso de encima.

Debían de haber sido días complicados y los había pasado sola. Esa idea me entristeció.

—Por tanto, es un placer presentaros, oficialmente —se hizo de rogar un instante—, a Lola.

Me la tendió como si se tratara de Simba, en un acto simbólico de presentación a la manada que me enterneció. La arrullé entre mis brazos mientras me dejaba caer en un butacón cercano. En cuestión de segundos, se espabiló y me dio unos golpecitos con la pata en el mentón a modo de jugueteo. Me alegró pensar que, con Lola allí, el silencio y la soledad se habían acabado para la abuela.

Harry, que había querido mantenerse en un segundo plano, se sentó en el brazo del butacón, a mi lado, y se puso a jugar con la nueva integrante de la familia. A cada nueva carantoña, ella trataba de morderle la mano con unos dientecillos diminutos. Yo sonreí, enternecido, y Harry me apeló con esos ojos celestes en los que tanto me gustaba perderme… Y sonó el obturador.

—Tu abuela nos acaba de haser una foto —me susurró Harry como si no nos escuchase.

—Nada, nada. —Le quiso restar importancia ella—. Vosotros dos como si yo no estuviera. Si es por tenerla de recuerdo, que es un momento muy bonito —trató de justificarse.

—Esto explica muchos de mis traumas —bromeé con Harry, y él se rio.

Para cuando quisimos darnos cuenta, tras un delicioso arroz al horno, té, pastas y conversaciones de domingo, se nos había escapado el día.

El tiempo tenía la fea costumbre de acelerarse cuanto más intentábamos retenerlo, como una maldición. Y al igual que el sol daba paso a la luna inevitablemente con cada nuevo atardecer, el fin de algo maravilloso se asomó a mi horizonte, provocándome una sacudida, un vacío en el pecho que pedía más. Que suplicaba que no terminara. De camino a casa de Harry, un lamento silencioso me recordó que nuestra semana juntos se estaba acabando. Intenté

alejar el pensamiento, ignorarlo, pero se trataba de un hecho ineludible. Lo escuchaba susurrándome como el canto de una sirena mientras yo intentaba entender cómo se me habían escurrido los días entre los dedos. La respuesta era obvia: besándonos.

Y, aunque aquella noche, al llegar a la cama, volvimos a romper nuestro pacto una y otra vez, sin descanso; no pude evitar que un sentimiento agridulce me embargara poco antes de dormir, privándome del sueño. Y, al parecer, a Harry le pasó lo mismo.

22

8 de julio

Era medianoche. Apenas habían pasado diez minutos desde que empezara oficialmente nuestro último día como compañeros de piso —y de cama. Harry se había dormido hacía ya un rato, mientras que yo seguía comiendo techo en una amalgama de pensamientos y emociones confusas que no me dejaban descansar. Un gruñido me sacó de la vorágine y me devolvió a la habitación donde tanto me gustaba dormir; y entonces llegó otro. Y, no sé si fue casualidad del destino o un acto espontáneo y coincidente, pero Harry, que siempre había llamado mi atención por dormir como un lirón, se agitó a mi lado entre quejidos, palabras inconexas y espasmos incontrolables. De repente, se despertó.

—¡No! —gritó, irguiéndose.

Estaba empapado en sudor, con la respiración entrecortada y sujetándose el pecho en un amago por mantener su corazón dentro, que, supuse, estaría revolucionado.

Asustado por falta de costumbre, me levanté hasta quedar a su altura y me encontré con una mirada llena de pánico. Le abracé sin pensarlo, atrayéndolo hasta mi pecho desde el costado, y le apreté con fuerza mientras que él se deshacía como cualquier niño pequeño que acaba de despertarse de una terrible pesadilla.

—¿Quieres hablar de ello? —le pregunté.

Harry se limitó a negar en silencio, y yo le apreté aún más fuerte contra mí. Estuvimos un rato así, hasta que su respiración se acompasó con la mía y el llanto dio lugar a respiraciones profundas que trataban de ahuyentar la ansiedad —yo lo sabía por experiencia.

Cuando estuvo un poco más calmado, me llamó:

—Rodrrigo… —lo dijo apenas en un susurro.

—¿Qué? —me atreví a preguntar.

Se volvió a apostar un silencio entre nosotros que intentaba separarnos a pesar de tener su sudor entremezclado con el mío, piel con piel. Supuse que necesitaba organizar lo que fuera que estuviera pasando dentro de su cabeza.

—*No matter what* —murmuró, aún amarrado a mi costado—*, above it all*… —una pausa, otro suspiro—, eres mi mejor amigo.

«Eres mi mejor amigo», retumbó en el rinconcito más recóndito de mi cabeza. La frase se repetía en un bucle infinito, buscando dónde almacenar semejante información y, de paso, cómo sentirme al respecto. El tiempo tuvo la decencia de ser mi aliado. Se detuvo un instante para dejarme pensar, para no hacerle esperar. Rebusqué en las secciones donde guardaba las emociones, esas que tan mal se me daba interpretar sin ayuda externa. Y tras indagar, dudar y sentir, lo comprendí. Más allá de los besos o de la atracción, más allá de los sentimientos confusos, de ese duelo que seguía vigente o de nuestro grupo de amigos, más allá de todo, Harry se había convertido en mi confidente, en ese lugar seguro donde cada pensamiento, fuera cual fuese, tenía cabida. Me sentía escuchado, respetado, querido y valorado como nunca antes. Nos cuidábamos el uno al otro, en un equilibro casi perfecto entre asertividad, respeto y honestidad, donde no existía el juicio. Y, al fin, supe a lo que se refería con ese «por encima de todas las cosas», porque Harry, inevitablemente, también se había convertido en mi mejor amigo.

«Harry…, ¿sientes lo mismo que yo?», escuché en un pensamiento fugaz.

—Y tú el mío.

Las palabras de Harry seguían repitiéndose en mi cabeza nueve horas después. Había logrado que él se durmiera a base de caricias en la espalda y, por suerte, no se había vuelto a despertar. Yo no podía decir lo mismo. Aún no había sido capaz de conciliar el sueño.

Un gruñido me sobresaltó y me puse en guardia, preparado por si

mi compañero de cama tenía otro ataque de pánico. Sin embargo, esta vez, su voz sonaba más consistente y venía acompañada de mi frase favorita:

—*Good morning, stalker.* —Le salió un tono de voz gutural.

Entreabrió solo un ojo y trató de acostumbrar la pupila al resquicio de luz que se colaba por la persiana. Cuando por fin logró enfocar la mirada, deslizó las yemas hasta acariciarme las ojeras, que debían estar hendidas en mi cara, y torció el gesto.

—No te he dejado dormir, ¿verdad? —comprendió.

—No, no —mentí—. He dormido genial.

—*Liar.* —Sonó tan grave que casi se perdió en un bramido—. Lo siento. No sé qué me pasó anoche. —Se puso bocarriba—. Llevaba años sin tener pesadillas.

—¿Antes solías tener muchas? —indagué.

Se lo pensó un momento y giró la cabeza de medio lado.

—A veses, sí.

«Menudo eufemismo», supe al instante.

—Cuando me ponía nervioso en época de exámenes o… —se lo pensó antes de confesarlo— cuando la cosa estaba tensa en casa, *which was way more often than I'd like to admit, so…* —Se encogió de hombros.

Le sostuve la mirada en busca de respuestas y decidí hacer la pregunta en voz alta:

—¿Hay algo de lo que quieras hablar? —Negó con la cabeza—. ¿De la pesadilla, tal vez?

—Aunque quisiera, no podría. —Le creí—. No la recuerdo.

—Está bien —me rendí y se me escapó un bostezo.

—*Okay, bed time*. *Come here* —me ordenó, levantando los brazos para que me introdujera entre ellos.

No tenía pensado dormirme, no a esas horas. Y, sin embargo, de ninguna manera iba a rechazar una invitación formal de Harry Grosvenor para acunarme en su pecho. Me deslicé bocarriba, repté con torpeza hasta pegarme a él y dejé reposar la cabeza en su pectoral. «Mi almohada favorita», me dije. Tenía la piel cálida, como de costumbre, y el corazón le latía más rápido de lo debido, supuse que para acompasarse con el mío. Me estrujó un par de veces para

terminar de encajar nuestros cuerpos. Cuando estuvo contento con los centímetros de piel que compartíamos, me echó la pierna por encima y me arrulló.

—Ya no me voy a dormir, Harry —me quejé a la par que se me escapaba otro bostezo.

—Mmmhm. —Me ignoró y recorrió mi torso de arriba abajo con la punta de los dedos, tal y como había hecho yo la noche anterior con su espalda—. Cierra los ojos, venga. —No le hice caso, sin embargo, y alcé una ceja mientras lo miraba de reojo—. Hazlo por mí, *please* —me rogó.

Me deshice en un suspiro resignado y obedecí. Traté de luchar con todas mis fuerzas por no caer rendido, por sobreponerme a la falta de sueño y quedarme allí, disfrutando de sus caricias. Hubo un par de ocasiones en las que intenté quejarme en voz alta para escaparme de la modorra, pero no fui capaz de pronunciar una sola palabra. En un momento, me pareció oír a Harry decir algo, quizá para comprobar si seguía allí con él, pero tampoco pude responder. Y, cuando quise darme cuenta…

… me desperté a media tarde sin saber ni dónde estaba. Harry se hallaba cómodamente en el salón. Disfrutaba de un té mientras leía *Normal People* en el butacón. Me saludó con entusiasmo, feliz de saber que había descansado. Le respondí con un quejido, enfurruñado por haberme perdido medio día. En el microondas me esperaba una quiche de espinacas, mozzarella y tomates cherri, que estaba riquísima, y, mientras me la merendaba, decidí exteriorizar mi frustración:

—He desaprovechado nuestro último día durmiendo.

Él cerró el libro y sonrió con ternura, restándole importancia.

—*Not at all* —zanjó—. ¿Tienes planes para cenar? —forzó el acento.

Las calles de La Herradura estaban a rebosar de gente. La luz del atardecer lo bañaba todo de rosa pastel. Familias enteras, con las pieles enrojecidas de tanto sol, regresaban tras un largo día de playa cargadas con sombrillas, hamacas, palas y toallas. Mientras, otros ya

estaban ataviados con sus mejores vestidos y camisas de seda, entre ellos, Harry y yo. Al parecer, nuestra cita requería de una etiqueta que se me quedaba corta con las camisetas que había llevado para pasar la semana, así que Harry me había tenido que prestar una de sus camisas más ajustadas, que, aun así, me quedaba más bien holgada.

Huimos del atestado paseo en un gesto cómplice que buscaba algo de calma junto a la orilla del mar, y la conseguimos. El agua estaba como una balsa, acariciaba los cantos rodados en un vaivén que nos servía de banda sonora. Seguía sin saber cuál era el plan, a pesar de mi insistencia y de haber intentado comprar a Harry con besos. No había soltado prenda. «Mi única certeza es que lo bueno se acaba», me escuché decir.

—*A penny for your thoughts* —quiso saber Harry.

Lo miré de soslayo y me encontré con esos ojos que tanto me gustaban.

—Sabes lo que te voy a decir. —Una pausa—. Es solo que… ha pasado muy rápido.

—Pero todavía no ha terminado —intentó traerme de vuelta al presente.

—Lo sé —me resigné—. Tiendo a vivir en el mañana.

Me cogió de la mano y se paró en seco, tirando de mí hasta que quedamos frente a frente.

—*Me too, no judgement* —me confesó—. *But, is there any chance…* —sonaba más a ruego que a pregunta—, ¿de que disfrutes aquí, conmigo, del ahora?

Arrugué el morro en un amago pensativo, haciéndome de rogar. Él me sorprendió con un besito fugaz en la nariz a modo de súplica. Entonces bandeé la cabeza, un poco más convencido, pero no del todo, y me regaló otro beso más, esta vez en la comisura. Levanté la frente y torcí la cabeza, ya casi convencido por completo, pero, por si me restaba alguna duda, Harry me besó. Fue un beso rápido, fugaz, solo para terminar de convencerme. Y entonces asentí.

—Lo puedo intentar, sí —bromeé.

Seguimos paseando, ahora sin soltarnos la mano, y llegamos a un restaurante que tenía dispuestas hileras de mesas en zigzag hasta

casi encontrarse con el mar. Una de ellas, la que teníamos justo delante, lucía un mantel granate, un par de velas que danzaban al son de la brisa marina y un cartel de RESERVADO. Estaba algo más alejada que las demás y regalaba una intimidad que le iba como anillo al dedo a los ocho días que nos quedaban de no-relación secreta.

—Una pareja con suerte —se me escapó en un acto reflejo del que me arrepentí al instante.

—*Wanna nick their table?* —quiso saber en inglés, y me hizo sonreír.

—Mmmhm —era la verdad—, pero, sea cual sea nuestro plan —quise aclarar, sintiéndome un desagradecido—, me va a encantar y lo voy a agradecer y a disfrutar y…

Me cortó la verborrea con un par de chistidos, dejándome en espera con el índice alzado. Se deslizó hasta la mesa y cogió un papelito que había sobre ella.

—No te lo vas a creer —exclamó, juguetón—. Debe de ser tu día de suerte, porque aquí dise: reservado para Rodrrigo Muñoz y Harry Grosvenor. —Sonrió, y yo con él—. *What are the odds?*

—Estás de coña.

Me acerqué en un par de zancadas sorteando las piedrecitas y comprobé el papelito con total serenidad. Ahí estaban nuestros nombres, juntos, unidos por el signo *et*, como si fuéramos mucho más de lo que éramos, casi como si se tratase de una invitación de boda.

—Supongo que esto responde a mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —replicó, confundido.

—Que no te cansas de hacerlo todo bien. Ya no es pregunta, es afirmación.

—*Come here* —dijo entonces.

Y con un gesto de muñeca, me besó. Yo me dejé hacer, pletórico, al comprender, al fin, que me había convertido en el protagonista de la película en la que Harry estaba transformando mi vida.

La cita se me pasó volando mientras de fondo avanzaba un atardecer anaranjado y caía una noche apacible bajo la luz de las velas, con música en directo y una cena deliciosa: un milhojas de

mango, queso de cabra y miel; una parrillada de verduras con una salsita dulzona que no logré identificar, pero que estaba para chuparse los dedos, y unos *fiocchi* de pera y gorgonzola, todo para compartir. No quisimos postre, pero aceptamos de buena gana una copa de champán y, tras brindar «por más noches así», decidí indagar en nuestra historia más reciente.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —me atreví a formular.

Le pillé con la guardia baja, pero aceptó y asintió deliberadamente.

—¿Cómo fue para ti nuestro primer beso?

Sin duda le pilló por sorpresa, porque torció la cabeza, frunció el ceño y sonrió de medio lado en el lapso de un pestañeo.

—*Which one?*

—¿Qué quieres decir con *which one*? —me descolocó—. El del hotel.

—*Oh, so the second one* —confesó—. Fue perfecto.

—No, no, no —le detuve alzando un dedo—. Rebobina. ¿Cuál fue el «primer» beso?

Se lo pensó un momento antes de confesármelo.

—Durante la acampada —zanjó.

Lo dijo tan seguro de sí mismo que no podía estar mintiendo.

—No me jodas. —«¿Me estará vacilando?»—. ¿Y por qué yo no me acuerdo de eso?

—Estábamos *wasted as fuck* —justificó.

—Ya —rememoré la resaca del día siguiente—, pero tú lo recuerdas.

—No suelo tener resaca —explicó—, ni lagunas. *My superpower* —bromeó.

—Vale… —Era mucho que asumir—. ¿Y cómo fue?

Se lo pensó un momento mientras se mordía el carrillo para recordar mejor.

—*Clumsy* —«¿¡Torpe!?»— *but perfect* —me tranquilizó.

—No —lo detuve—, pero gracias —aprecié el piropo—. Lo que quiero saber es cómo pasó. —Me sorprendí a mí mismo—. Cómo llegamos tú —le señalé, recordando al Harry de hacía nueve días, a aquel que no era más que un amigo en proceso de sanar una

ruptura— y yo a darnos un beso. Y, por supuesto, quiero saber por qué no me lo contaste.

—Okay —aceptó a regañadientes—. Fue la noche en que jugamos a la botella. Me da un poco de vergüenza reconoserlo —confesó en un seseo a medias, a la par que se hacía pequeñito en el asiento—, pero yo quería besarte a ti. —Abrí mucho los ojos—. *Don't get carried away* —me bajó los humos de un plumazo—. La cosa es que, esa noche, nos quedamos tú y yo tomando las últimas cervezas y se te ocurrió *the craziest idea* —exageró—. Propusiste que nos bañásemos desnudos en la playa.

—Y una mierda —le corté socarrón—, yo jamás diría eso. —No me cabía la menor duda—. Soy demasiado vergonzoso como para proponer algo así, ni siquiera borracho.

Se hizo un pequeño silencio. Él trató de mantener su versión, y yo buscaba la verdad… Y gané.

—*Fine* —exageró mucho la palabra—*, maybe it was me, but* —levantó ambas manos, exculpándose— tú aseptaste.

—Lo sabía. —Me daba por satisfecho.

—¿Quieres que te lo cuente o prefieres seguir comentando? —me vaciló.

—Por favor —le invité con un gesto tan cortés como sarcástico.

—Nos estábamos bañando y… —Parecía avergonzado de reconocerlo—. Es que estabas tan guapo a la luz de la luna que… *I couldn't help it*.

—Y me besaste —completé—. Desnudo y desvalido, en mitad del mar.

—Oh, nada de eso. *You were so in*.

—*You were so in* —le imité, tontorrón—. Ya, claro.

Él negó divertido y le dio un sorbo a la copa de champán.

—Y… —seguí en busca de respuestas— ¿por qué no me lo contaste?

Se lo pensó un momento antes de responder.

—Bueno… —buscaba las palabras adecuadas—, cuando supe que no te acordabas de nada —bandeó la cabeza—, o que te estabas haciendo el olvidadizo, no lo tenía muy claro *until now* —bromeó—, hice un pacto conmigo mismo: no volver a besarte hasta el día

veintiuno. —Y ahí estaba, el pacto, vigente incluso desde antes de que yo lo firmara—. Por muchas ganas que tuviera, que las tenía —confesó—. Pero me lo has puesto muy difícil.

Empecé a encajar las piezas del puzle y elegí el camino de la violencia:

—Así que —comprendí—, técnicamente, tú rompiste el pacto primero.

—*Oh, for God's sake.* —Puso los ojos en blanco—. *I can't with you*.

—Claro que puedes —repliqué al instante.

Se volvió a morder el carrillo y respondió:

—*I do*.

Y entonces, como si estuviera predestinado a pasar, sonaron los acordes de una canción que me ponía los pelos de punta cada vez que la escuchaba. Harry se removió.

—*I fucking love this song* —gruñó de pronto.

Se refería a «Love on the Brain», de Rihanna. Y yo también amaba esa canción. La solía utilizar para fantasear con Lucas y con cómo la bailaríamos en la graduación. No pasó, por supuesto. Ahora estaba ahí, con Harry, y solo me podía imaginar bailándola con él, a la luz de la luna, en la orilla del mar. No se me ocurría un plan mejor. Nos quedamos en el sitio y nos escrutamos en una conversación silenciosa. Entonces Harry, como si me leyera la mente, se deshizo de la servilleta que yacía en su regazo, se acercó hasta mí, me tendió la mano y susurró:

—*Can I have this dance?*

Supe que no estaba bromeando por cómo le centelleaban las pupilas. Y, por tanto, solo había una respuesta correcta. Asentí en un gesto casi imperceptible y le tendí la mano. La besó con dulzura antes de ayudarme a levantarme y eso me aceleró el corazón, aún más de lo que ya estaba. Nos alejamos un par de palmos de la mesa para que no se interpusiera en nuestro momento, me colocó los brazos alrededor de su cuello, acarició mis costados hasta posar sus manos sobre mi cintura y nos dejamos llevar por el vaivén de la música.

Cautivados por la escena, nos dimos un beso aquí y otro allá, y yo

me reí.

—¿Qué pasa? —quiso formar parte de la broma.

—Nada —negué divertido—. Es solo que me parece digna de estudio la incapacidad que tenemos para estar más de cinco minutos sin besarnos.

—¿En total en el conjunto del día o… *five minutes straight*?

Sonreí cual idiota y entré al trapo.

—Cinco minutos seguidos —lo dije serio.

—Oh —se sorprendió—. *Sure we can*.

—Ni de broma —le reté.

Abrió mucho los ojos, aún amarrado a mi cintura, y, continuando con nuestro baile improvisado, empezó a contar:

—*One, two, three, four, five, six, seven*…

—¿Qué haces? —le corté, socarrón.

—Contar —evidenció—. *Eight, nine, ten, eleven*…

—¿El qué?

—Tressientos segundos. *Twelve, thirteen, fourteen*…

—¿Para qué?

—Para demostrar que podemos estar cinco minutos sin besarnos. *Duh!* —lo dijo con seguridad, como si se tratara de un hecho irrefutable. No pude no sonreír—. *Fifteen, sixteen*…

—Pero no podemos —y lo dije de verdad.

—*Seventeen*… —me retó.

Y, atrayéndolo con los brazos, que aún permanecían anudados a su cuello, lo besé. Fue un baile lento, sosegado, como la banda sonora que nos acompañó canción tras canción, beso tras beso. Solo hicimos una pausa para encontrarnos el uno al otro y sonreírnos, para contarnos lo bien que estábamos allí, en aquel momento. Perdimos la noción del tiempo y creamos un instante eterno en el que me habría quedado a vivir y en el que, por primera vez en años, me sentí pleno.

23

9 de julio

Se me hizo extraño rememorar la primera vez que había cruzado «el puente de Brooklyn» hacía ya más de tres semanas. El Rodrigo que llegó a La Herradura un 13 de junio de 2019 estaba devastado, hundido, perdido, en busca de su propia historia por contar…, pero veintiséis días después, cruzando aquella autovía en dirección contraria, me sentía una persona distinta.

El cielo seguía coloreado de ese azul pastel que tanto me gustaba, solo que alguna que otra nube de algodón lo surcaba inadvertida y los riscos, ya familiares, me saludaban en un gesto cortés, protegiendo con tesón la carretera que me había llevado a estar sentado al lado de Harry. Tocaba despedirse un rato del olor a sal, de las casitas blancas, del vaivén de las olas, de los cantos rodados y de la humedad. Harry me había pedido que lo acompañase a recoger a Lisa al aeropuerto, y no había otra respuesta posible que no fuera un rotundo sí. Mientras recorríamos la carretera de camino a Granada, en los altavoces retumbaba «Since U Been Gone», de Kelly Clarkson.

—*But since you been gone!* —gritamos al unísono.

Nos desgañitamos para que todo el mundo se enterara de lo que nos habían hecho, de lo que estábamos terminando de sanar, de aquello que nos había unido. Las baterías explotaban a nuestro alrededor, y solo entonces comprendí cuán personal era aquella letra para el grupo de apoyo para corazones rotos.

—*I can breathe for the first time* —continuó Harry.

—*I'm so moving on* —me tocó el turno a mí.

—*Yeah, yeah* —chillamos a dueto.

—*Thanks to you* —cantó Harry mientras yo le hacía los coros—*, now I get* —más coros—*, what I want.*

Me buscó de soslayo, me recogió la mano con la suya y me prometió con tan solo una mirada que se sentía justo así.

—*Since you been gone* —dije en apenas un susurro ahogado por la vergüenza, y Harry me sonrió.

La música se vio interrumpida por una notificación. Harry devolvió la vista a la carretera, mientras que yo, el encargado de la música, lo miré de soslayo, preguntándole en silencio si quería saber de qué se trataba.

—Cero-cinco, doce… —Fue su forma de darme permiso.

—… noventa y tres. —Negué divertido—. ¿De verdad, Harry?

—A veces se me olvida la cantidad de cosas que sabes sobre mí.

Sonreí en un acto reflejo, porque llevaba razón, y me metí en las notificaciones.

—Es un mensaje de Lisa. —Arrugué la nariz, confuso—. «Se ha retrasado el vuelo. Si dejan de tocarme el… —me censuré con un carraspeo durante el parafraseo y Harry se rio—, llegaré a eso de las nueve. No me odies, no es mi culpa. Saluda a Rodrigo de mi parte».

—*Dammit*, Lisa —resopló.

—Siendo justos —rompí una lanza a su favor—, no creo que Lisa…

—*Trust me* —me cortó sarcástico—*, she'll have found a way*.

La canción continuó sonando ajena a la nueva tesitura, y yo dejé un ligero espacio para que Harry decidiera qué hacer. Él seguía saltándose las salidas de la autovía que nos habrían devuelto al pueblo.

—Entonces… —le busqué de medio lado y él sonrió—, ¿día de turismo?

Dejamos el coche en lo más alto del Albaicín y fuimos directos a comer por la zona. Yo no había pisado la ciudad desde hacía un par de Navidades, cuando había acompañado a Lucas a visitar a su madre, pero todo seguía como siempre: las tapas, la música en cada esquina, el olor a especias junto a la catedral, el Paseo de los Tristes

atestado de guiris y todo lleno de fuentes y de arte y de arquitectura hipnótica… «Cuánto lo he echado de menos», supe. Cuando terminamos de comer, hinchados hasta las cejas de papas bravas, tomate aliñao y quesos de todo tipo, Harry aún le estaba dando vueltas al hecho de que «nos hubiesen regalado comida simplemente por pedir refrescos».

—Esto en Chester es impensable —zanjó su argumentario.

—En Madrid tampoco, no te vayas a pensar —le confesé—. Es parte del encanto de Granada.

—Podría acostumbrarme —reconoció.

—Y yo. —«De hecho, era mi plan con Lucas, vivir aquí cuando terminásemos el máster», pero eso preferí guardármelo para mí—. ¿Quieres ver lo mejor que tiene esta ciudad?

—*Better than* tapas? —se sorprendió.

—Mucho mejor.

Un par de calles y una escalinata después, llegamos al mirador de San Nicolás, una plazoleta en lo alto del Albaicín desde la que nos deleitamos con una panorámica de la ciudad: a la derecha, un primer plano frontal de la Alhambra y, de fondo, a la izquierda, Sierra Nevada. No había viajado mucho, pero tampoco había conocido otra estampa capaz de arrebatarme el aliento como lo hacía aquella. A Harry le pasó lo mismo.

—*I'm*… —No supo qué decir, tan solo caminaba a cámara lenta hacia el bordillo que hacía a su vez de mirador.

—Es bonito, ¿no? —fingí humildad, feliz de haber acertado.

—*It's mad*.

—Pues ¿ves aquella montaña de allí? —Le señalé al Veleta y él asintió—. Se pasa más de la mitad del año nevada, solo que ahora… —Era evidente cómo acababa la frase—. Imagínate estas vistas, pero todo el fondo siendo una sierra repleta de nieve.

—*Impressive* —comprendió al instante—. Ya tenemos plan para Navidad.

«¿Planes a largo plazo?», me cogió por sorpresa su propuesta.

—Supongo que sí. —Fue todo lo que dije.

—*And don't even get me started on the Alhambra?* —fingió emocionarse.

—Espectacular, ¿verdad? —la pregunta era retórica, sabía que sí.

—*It's just… wow!* —resumió bastante bien.

—Mmmhm.

—Fui hace años con mis padres —reconoció—. *But I hardly remember*.

—Podemos ir si quieres —le ofrecí.

—*For real?*

—Vamos, anda.

Tuvimos que comprar entradas de reventa, pero, a pesar de mi reticencia, mereció la pena cada céntimo. La visita a la Alhambra fue como escaparme por un momento a un rincón secreto donde todo parecía salido de un cuento de hadas: un bosquecito alrededor de la fortaleza bermeja, extensos jardines, exquisitos palacios y, por supuesto, Harry, que hacía a su vez de príncipe encantador.

Ese había sido su papel desde que nos conociéramos junto a la pista de baloncesto, y aquella tarde, recorriendo los gélidos pasillos de aquel monumento plagado de historias por contar, lo volví a confirmar. Nos hicimos fotos aquí y allá, junto a la Fuente de los Leones, haciendo repicar la campana de la Torre de la Vela, apostados bajo la Puerta del Vino y, por descontado, en los Palacios Nazaríes, donde jugamos a fantasear sobre cómo tenía que ser la vida en aquella época.

—¿Esta gente no se helaba de frío? —me pregunté, rascándome los brazos para entrar en calor.

Harry, sin pensárselo, se me abalanzó por la espalda y me abrazó.

—Puede ser, pero tú me tienes a mí —me susurró.

«No del todo, pero dame siete días», le prometí en silencio.

Ya estábamos de vuelta en el coche, camino al aeropuerto. Si no había más retrasos con la aerolínea, Lisa tenía que estar a punto de llegar. Yo seguía atrapado en algún lugar de las últimas horas, oteando el atardecer mientras repasaba aquel día. Hasta que algo me devolvió al mundo real.

—Anda, mira —le señalé un jet privado que despegaba—, nos hemos perdido a algún famosete por los pelos —bromeé.

Harry negó divertido y me rebatió:

—Nunca se sabe, hoy en día cualquier pringado puede tener uno de esos.

—Yo… no, y soy superpringado.

—*But you're just a muppet.* —Se encogió de hombros—*. They're proper tossers*.

—Y menos con tanto dinero —añadí—. Igualmente, no querría tener uno.

—Oh —se sorprendió—, *and how is that?*

—Tengo unos principios muy sólidos —intenté sonar seguro, pero vacilé justo al final—, o al menos lo intento. —Me sentí más cómodo después de la aclaración—. Si lo piensas bien, es contaminar por contaminar, y creerse lo suficientemente importante como para estar por encima del bien, del mal y de la moral. Se me ocurren muy pocas personas que tengan justificado coger un jet privado, y solo las defendería si lo utilizan para cosas imprescindibles, no para irse a cenar a la Torre Eiffel simplemente porque pueden.

—¿Y quiénes serían esas personas? —parecía interesado.

—Cualquiera que no pueda coger un avión comercial porque resultaría peligroso para ellos o para el resto de los pasajeros. Como…

—… Inez T. Archer? —me sorprendió que se supiera el nombre completo.

—Exacto. —Y le apunté con el dedo, haciendo diana—. Si Inez cogiese un vuelo comercial, se armaría tal revuelo que sería peligroso. Y como ella, otras muchas artistas, políticas o presidentas. Pero ¿quién va a reconocer a un multimillonario que ha hecho su fortuna en la sombra, en un segundo plano? Absolutamente nadie. Lo utilizan solo porque pueden y eso es tan egoísta…

Suspiré resignado y me dejé caer en el asiento, exhausto tras mi soliloquio sobre sostenibilidad y fama. Harry no dijo nada, pero se quedó pensando. Temí haberme pasado de rosca.

—Perdona por la turra —me avergoncé.

Él torció el gesto, sin comprender.

—No me pidas perdón por hablar de tus valores —me riñó de medio lado—. Me encanta que me cuentes estas cosas —reconoció

sin pestañear—, porque *the more I get to know you, the more there is to like*. Además, conocer tus valores solo me confirma que eres tan bonito por dentro como lo eres por fuera.

Me quedé helado sin saber qué se suponía que debía decir, así que solo añadí:

—Vale —susurré—, gracias.

—Gracias a ti por todo lo que me enseñas.

Cuando Harry aparcó en Los Girasoles, ya era de noche y la luz del porche era mi única guía de vuelta a casa. El problema residía en que yo no quería regresar ni dejar atrás todo lo que había vivido esa semana. Por suerte, o quizá por desgracia, Lisa estaba presente y eso se traducía en que no habría un beso de despedida. Tampoco tenía permitido disfrutar de un largo abrazo al que aferrarme ni podría soltar palabrería cursi con la que excusarme para quedarme un rato más con él.

Había llegado la hora de decirnos adiós, y los hermanos Grosvenor me observaban desde el coche, cada uno a su manera: Lisa con un gesto afable pero cansada, deseosa de recuperar su habitación; Harry, sin embargo, me miraba como tantas otras veces, contándome algo que yo no lograba descifrar. Estaba seguro de que sus ganas de quedarse un rato más eran las mismas que las mías, pero eso Lisa no lo sabía. Tocaba despedirse.

—Gracias por traerme —fingí decírselo a ambos, pero se lo decía a él.

—Gracias a ti por la compañía —añadió él—, y no solo hoy.

—Has sido un anfitrión maravilloso.

—Ponme cinco estrellas y una buena reseña —bromeó.

—Buenas noches, Rodrri —cortó entonces Lisa—. Nos vemos estos días.

Lo dijo seca, carente de esa energía despampanante que solía desprender y, aunque en un primer momento me chocó, traté de forzar un acto de empatía. Venía de viaje, con retrasos, y había estado soportando a su familia durante siete días. No le podía pedir más, no iba a juzgarla por ello.

—Buenas noches —añadí.

—*Good night, Rod* —concluyó él.

El coche arrancó y, sin miramientos, despareció. Me escurrí escaleras abajo. Arrastraba la maleta y la mochila apenas sin esfuerzo, como si volvieran vacías. Nada más entrar, las dejé tiradas en mitad del pasillo y corrí en busca de la abuela y de Lola.

—¡Estoy en casa!

La lamparita del salón estaba encendida, pero la abuela no estaba ahí. Lola, sin embargo, descansaba apacible en una camita que había junto al sofá y sacudía la cola en un saludo inconsistente. Me acerqué a regalarle unos arrumacos, lo que la hizo retorcerse y ponerse panza arriba para que le acariciase la tripa. Servicial, cumplí con mi labor hasta que se le volvieron a cerrar los ojitos. Y entonces, deambulando por la habitación, la vi. Sentada en la terraza estaba la abuela. Tenía entre las manos un libro entreabierto y sujeto al revés. No se había percatado de mi presencia, lo cual me extrañó. Abrí la cristalera despacito, para no sobresaltarla, y la saludé con sencillez:

—Hola.

Sacudió la cabeza para volver en sí misma. Luego me buscó de medio lado.

—Hola, cariño. —Me sonrió, pero no con la mirada—. ¿Qué tal la semana?

—Muy bien —lo dije dubitativo—, pero ya habrá tiempo para hablar de eso. ¿Qué te pasa? —inquirí—. ¿Está bien Lola? —Le eché un reojo a la cama, por si me había perdido algún detalle, pero la perra dormía apacible—. ¿Estás bien… tú?

—Sí, cariño —trató de tranquilizarme—. No te preocupes.

—Claro que me preocupo. Se te ve… —busqué la palabra adecuada— triste.

—De verdad que no —siguió restándole importancia—. ¿Has cenado ya?

—Abuela, habla conmigo. Por favor.

Cogí sus manos y me sostuvo la mirada un instante. Trataba de descifrar si se lo preguntaba de verdad, si quería saber de forma genuina cómo se sentía, si estaba dispuesto a compartir aquello que la atormentaba. Encontró la respuesta en mis ojos, porque me lo

contó.

—Es solo que… hay días mejores y días peores —confesó—. Llevo unos días peores, cielo. Pero no pasa nada. Son muchos sentimientos y…, bueno, acostumbrada a tenerte por aquí, se me ha hecho la casa un poquito grande. Pero ya está, no tiene mayor importancia.

—Claro que tiene importancia. Todo lo que sientes tiene importancia. —«Y he dejado que te sientas sola», pensé, pero preferí no decirlo en voz alta para que no volviera a ponerse el caparazón que utilizaba para no hacerme daño—. Siento no haber estado por aquí.

—No digas tonterías —se lo puso de todos modos—, estás haciendo justo lo que tienes que hacer —sonaba convencida—. Y lo que te pedí que hicieras. Enamorándote, Rodrigo. No hay mejor sitio en el que perderse.

—Abuela… —traté de reñirla, pero tenía razón.

—Es la verdad. —Sonrió con tristeza.

—En cualquier caso, lo siento —lo dije con la mayor sinceridad que pude—. He venido para pasar tiempo contigo y… lo estoy haciendo fatal —comprendí—. Estaré más presente. —Me llevé la mano hasta el pecho para darle consistencia a mis palabras—. Te lo prometo.

Los ojos se acompasaron a su sonrisa. Por un instante pude ver cómo la oscuridad se alejaba de ellos, tal y como había pasado el día en que llegué. Solo que, en esa ocasión, me iba a asegurar de que fuera para siempre.

—Eso me gustaría —lo dijo en apenas un susurro—. Sé que fui yo la que te animó a que salieras, y me encanta que lo hagas, pero también me gustaría pasar algo de tiempo contigo. —Se avergonzaba de sus palabras, como si me estuviera pidiendo más de lo que merecía, y eso me rompió—. Con un ratito pequeño —hizo un gesto con los dedos, arrancando un pedacito de aire— me conformo.

—Te voy a dar todos los ratitos del mundo —una pausa— y muchos más.

24

10 de julio

Los primeros rayos de un nuevo día me sirvieron de despertador. Había dejado la persiana entreabierta para despertarme pronto y cumplir con mi promesa de pasar más tiempo con la abuela. Estaba todo planeado: mañana de familia y tarde de grupo de apoyo. Un plan sin fisuras.

Nada más desperezarme, cogí el móvil y, con los ojos medio cerrados, vi las notificaciones. Había muchas, pero un mensaje destacó sobre el resto. Era de Harry:

Good morning, Stalker
Has dormido bien? 7:17

Buenos días, desconocido.
Lo cierto es que se me ha hecho raro dormir solo esta noche.
Culpa tuya 8:09

En cuestión de segundos pasó de desconectado a estar en línea y… Escribiendo…

Mi cama es tuya,
ya lo sabes 8:09

No me lo digas dos veces, jaja 8:10

Mi cama es tuya,
ya lo sabes 8:11

No te soporto 8:11

No te creo 8:12

Te lo tienes muy creído, no? 8:13

Damn, stalker 8:14

Me quedé pensando en una respuesta correcta. No sabía si debía continuar con la broma y seguir metiéndome con él, o si, por el contrario, debía abrirme en canal y contarle la verdad que se escondía en mis mensajes. Lo había echado mucho de menos, demasiado. Pero no tuve que decir nada, porque lo dijo él antes. Escribiendo…

Yo también te he echado de menos esta noche
♡ 8:17

Le respondí con un corazón, le deseé un buen día en el trabajo y me quedé tirado en la cama un ratito más, dibujando formas en el techo con una sonrisa tontorrona que me negaba a compartir. Cuando se me bajó la erección mañanera y fui capaz de ponerme los pantalones del pijama, salí de la cueva. Algo llamó mi atención: la habitación de la abuela, que solía estar cerrada, estaba entreabierta. Me asomé por la rendija y vislumbré su figura sentada en el borde de la cama. Di un par de golpecitos y me asomé.

—¿Se puede?

En lugar de levantarse, asintió en silencio.

—Buenos días, querido. —Fue todo lo que dijo.

—Buenos días. —Me aclaré la garganta—. ¿Estás bien?

—Pensando —contestó, sincera.

—¿En lo que hablamos ayer?

—No, claro que no —lo decía de verdad—. En uno de esos

sentimientos a los que estoy haciendo frente. —Me enseñó uno de los taquitos de cartas que habíamos encontrado en la caja del sótano y yo di por sentado que se estaba refiriendo al abuelo.

—Lo echas de menos —quise empatizar en voz alta, para que supiera que la entendía.

—Cada maldito día —confesó—, y así será hasta que me muera. Pero esta vez no te estoy hablando del gran amor de mi vida, Rodrigo —y suspiró—, te estoy hablando del primero.

«Espera, ¿iqué!?». De milagro, conseguí retener el berrido en algún rincón de mi cabeza para no asustar a la abuela, y me dejé caer a su lado con los ojos abiertos como platos. Nunca me había parado a pensar en que pudiera haber algún otro remitente. Supuse que se había enviado tantas cartas con el abuelo que las había tenido que dividir en dos fajos. Me equivocaba. Ella sonreía avergonzada, temerosa de revelarme un pasado anterior al abuelo, pero yo estaba ansioso por descubrir quién había sido la abuela antes de casarse con él, así que, con un gesto de mano, la invité a que comenzase.

—Bueno —se lo pensó—, si de verdad quieres saberlo…

Me tendió una de las cartas, una corta y con una caligrafía preciosa. Estaba amarillenta, resquebrajada, y daba la sensación de que se me iba a deshacer entre las manos, así que la sujeté con delicadeza. Vacilé un momento antes de invadir la privacidad de la abuela, pero ella me invitó a hacerlo con un gesto tímido de cabeza. Y así lo hice.

3 de agosto de 1967

Querida Gris:

No dejo de pensar en nuestra despedida y en cómo el rubor tiñó tus mejillas tras nuestro primer beso. En la última carta me prometiste que sería el primero de muchos y, desde entonces, sueño cada noche con que te cuelas por mi ventana para darme el resto.

Hace tiempo que nuestra amistad dejó de ser solo eso. Lo sabes tú, lo sé yo y lo sabe Dios, que nos está poniendo a prueba haciéndonos vivir en una época que no está preparada para lo mucho que te quiero.

Espero que el verano por La Herradura te esté siendo amable y que ningún bribón esté intentando arrebatarme el lugar que tengo en tu corazón. Yo seguiré contando los días hasta septiembre.

Siempre tuya,

María

—… María —terminé de leer en un susurro que me despertó una sonrisa—. Pero… —la busqué de medio lado; tenía los ojos empañados, como yo— qué carta tan bonita, abuela.

—Como todas las demás. —Levantó el montoncito.

—Entiendo que te haya removido por dentro —confesé.

—No te imaginas cuánto.

—¿Por alguna razón en especial?

—Bueno —bandeó la cabeza, pensando en las razones—, estamos hablando de una historia de amor entre dos mujeres que empezó en 1967. Yo tenía dieciséis años cuando me di cuenta de que estaba enamorada de mi mejor amiga —negaba con la cabeza—, y, como te imaginarás, no era la mejor época para besar a una chica, ¿sabes? Supongo que… al encontrar las cartas, no he podido evitar preguntarme cómo hubiese sido nuestra historia de pasar en este tiempo. Y con todo lo que sé ahora.

—Es un pensamiento muy humano. —Acorté el espacio que había entre ambos y le pasé el brazo por encima del hombro, arrullándola —. Y ¿sabemos si ella sigue…? —No me atreví a terminar la frase.

—¿… viva? —completó ella, sonriendo con tristeza—. Supongo que sí. Tiene mi edad, así que a no ser que la vida se le haya complicado… debería estar bien. —Se puso nerviosa de pensar en lo contrario y acarició la mesita de noche—. Y toco madera para que así sea.

—Vale —acepté esa posibilidad—. Y ¿qué vamos a hacer al respecto?

La abuela me arrebató la carta de las manos.

—Nada —zanjó—, el pasado pasado es. Y si lo es, por algo será.

—Pero tú lo has dicho —rebatí—, eran los sesenta. Ya no hay excusa.

—Además —prosiguió, ajena a mi respuesta—, hay partes de la

historia que solo tu abuelo sabía y que son —se lo pensó— complicadas de explicar. No quiero que, por remover un recuerdo, se mancille la memoria del abuelo. —Y miró al suelo, rehuyéndome la mirada—. No para ti.

La cogí por el mentón con ternura y le redirigí la mirada hasta encontrarse con la mía.

—Eso no va a pasar —le prometí—. He hecho las paces con la idea de que mamá, el abuelo y tú, antes que ser mi familia, sois personas. Con vuestros más y vuestros menos, equivocándoos por el camino, con decisiones difíciles que afrontar en tiempos convulsos. —Tragué saliva para contener las lágrimas—. No voy a juzgaros por el pasado. A ninguno de los tres. Nunca.

—Pero eso no lo sabes, Rodrigo. —Noté el miedo titilando en sus ojos.

Inspiré todo el aire que me cupo en los pulmones. Comprendía su temor, pero me entristecía que dudase de mí, que parte de ella —aunque fuese minúscula—, creyese que nuestra relación podía cambiar. Así que, me negué a rendirme.

—Vamos a hacer una cosa —negocié—. Cuéntame la historia y, cuando termines, ya decidimos qué hacer. Por si acaso revivir tu amor de juventud te hace replantearte las cosas.

Ella me miró de medio lado, sorprendida, y se lo pensó.

—¿Cuándo te has hecho tan mayor? —quiso saber, y me acarició la mejilla.

Yo me encogí de hombros, ligeramente avergonzado, y ella continuó:

—¿De verdad estás dispuesto a escuchar a una vieja chocha divagar sobre una historia que sucedió hace más de cincuenta años? —Se rio—. ¿Tanto me quieres?

Le sostuve la mirada y, regalándole la mejor de mis sonrisas, respondí:

—Tienes razón —ironicé—. Espera, que traigo café.

Siempre me había costado humanizar a mi familia. Tenía tan integrado en el sistema que eran parte de mi vida que se me había olvidado que tenían una propia y que habían sido, eran y serían mucho más que «mi algo». Nunca me había parado a pensar en

cómo había sido la vida de la abuela antes de que yo la conociera, de que se convirtiera en mi abuela y nada más. Y tener la posibilidad de redescubrirla, de escucharla contándome su primer amor, me hizo cambiar el chip.

Lo primero en lo que pensé fue en mamá y en cómo siempre la daba por sentado. Se me olvidaba que ella había existido antes de tenerme a mí, antes de Pablo y antes de que el desgraciado con el que se casó y con el que nos tuvo se fuese de casa para no volver. Había tenido inquietudes, aficiones, sueños y aspiraciones, muchas de las cuales había tenido que dejar atrás por nosotros. Y la llamé. Fue una charla como las de siempre, solo que yo sentí que la estaba escuchando por primera vez y que, cuando le pregunté por su día, le estaba preguntando como persona y no solo como mamá. «En cuanto vuelva a casa, pienso interrogarla. Quiero saberlo todo», me dije.

Y entonces me acordé del abuelo y de cómo él nunca tendría la posibilidad de contarme quién era antes de conocerme a mí. Me dio pena, pero ya era demasiado tarde para ponerse a pensar en eso y preferí no ahondar en la herida. Por mi bien.

Ya bien entrada la tarde, estaba esperando a Harry junto a la orilla del mar. Habíamos quedado en la calita donde empezó el grupo de apoyo en la noche de San Juan. Le había preparado un pícnic casero —y bastante improvisado— con una tabla de quesos, variedades de tostas y panecillos, mermelada de fresa, frutos secos, uvas y un vino *frizzante* bien frío. Cuando lo vi aparecer, todavía con el uniforme de trabajo, fui consciente de lo mucho que lo había echado de menos. Me levanté nervioso mientras él oteaba la manta con la cesta de mimbre y la neverita como si le estuviera tendiendo una trampa.

—*Hey, stalker* —me saludó cuando estuvo lo suficientemente cerca—. ¿Qué es todo esto? —Y me abrazó sin titubeos.

—Nada importante —le resté valor—, una tontería que te he preparado.

—No parece una tontería. —Torció el gesto, divertido.

—Supuse que estarías famélico después de un laaargo día de

trabajo —exageré, bromista.

—Y lo estoy —me aseguró—. *In fact*, voy a empezar por esto.

Me acurrucó la cara entre las manos y me besó. Empezó siendo un contacto suave, sosegado, en un baile lento y apacible en el que recorrer los labios del otro, por si se nos había olvidado su forma, pero eso fue solo el principio. Casi sin darme cuenta, nuestras lenguas se reencontraron a mitad de camino, en una batalla de *wrestling* que solo podía acabar en un empate. Y, solo cuando me estaba empezando a quedar sin aliento, me separé de él y apoyé la cabeza sobre su pecho. «A este ritmo, no sobrevivo otros seis días», reconocí.

—Joder —jadeó sin aliento—. Cómo te echaba de menos.

—¿A mí… —tuve que respirar, sofocado— o a los besos? —le intenté picar.

—*Do I have to choose?*

Le separé de mí con un empujoncito.

—Siéntate, anda —fingí ofenderme.

Sin rechistar, se dejó caer al otro lado de la manta con las piernas cruzadas y se puso a husmear dentro de la cesta.

—Con que una tontería, ¿no? —negó divertido—. *You muppet*.

—De nada, supongo.

Se agachó levemente para encontrarse con mi mirada y me dijo:

—Gracias. —Su castellano fue tan perfecto que me puso la piel de gallina.

—Estás mejorando —reconocí asintiendo con orgullo.

—Qué puedo decir —se sonrió—, tengo al mejor profesor.

Le respondí con una leve reverencia de cabeza, agradecido, y me puse manos a la obra. Coloqué la tabla de quesos sobre la cesta, para que no quedara al ras del suelo, y los panecillos, las uvas y los frutos secos alrededor. Saqué dos copas de plástico, las rellené y propuse un brindis:

—Por el grupo de apoyo. —Y alcé la copa.

Él me regaló una sonrisa antes de seguirme la corriente.

—Y por sus integrantes —añadió, y chocamos el plástico.

Le di un sorbito a la copa y, sin soltarla, probé el queso roquefort.

—Mmm… —gemí aún masticando.

—¿Qué tal con tu abuela? —se interesó.

Me apresuré a tragar, y el queso se me quedó atascado a mitad de camino. Tuve que recurrir al vino para terminar de bajarlo. Harry se rio y engulló de un solo bocado una tosta de brie con mermelada y nueces.

—La pregunta del millón —logré decir con la voz quebrada.

Harry, extrañado, torció el gesto mientras se preparaba otra tosta.

—*How is that?*

—Se podría decir que… —traté de hilar la historia en mi cabeza para dejarla salir de la forma correcta— cuando llegué el otro día, estaba triste. Ella intentó quitarle hierro al asunto, pero lo cierto es que… estos últimos días no han sido los mejores. Tiene muchas cosas encima y, bueno, acostumbrada a que yo estuviera últimamente por la casa —sacudí la cabeza—, le ha superado la soledad.

El rostro de Harry se descompuso y supe que, en parte, se sentía responsable.

—Lo siento mucho, Rod. No tenía ni idea.

—No te hagas eso —le advertí.

—Si lo llego a saber…

—¿Qué? —corté su frase—. ¿Hubieses renunciado a lo que hemos vivido?

La pregunta le pilló por sorpresa y se mostró confuso.

—No —supo al instante—, claro que no.

—Pues ahí tienes la respuesta —le hice saber—. Harry, yo también me sentí como una mierda cuando me lo dijo, pero no hemos hecho nada malo. —Y esa era la certeza que la abuela me había intentado explicar—. Ella me animó a disfrutar del verano, me forzó a que saliera contigo y con Lisa aquella noche. Estaba feliz de que pasara la semana en tu casa y no puedo fustigarme por ello. Ni tú tampoco.

—*Okay* —aceptó no muy convencido—. *Is there something I can…?*

—Pues ya que lo mencionas… —Torné el gesto en uno más juguetón.

—*Rodrrigo, not now* —me rogó, malpensando.

—Eso no, joder, Harry. —Me removí en el sitio—. ¿Por quién me

tomas?

—Perdón —se arrepintió, invitándome a hablar con un ademán.

—Ya te he dicho que tiene muchas cosas encima —volví atrás en la conversación para hilarle la historia—, pues bien, ¿te acuerdas de las fotos que te enseñé el otro día de mis abuelos? ¿Las que encontramos en el sótano? —Él asintió—. No era lo único que había en esas cajas. La abuela encontró dos taquitos de cartas, unas cuantas de mi abuelo, de cuando estaba en Zaragoza —expliqué—, pero el resto… —Torcí el gesto dejando lugar a lo evidente.

—*No freaking way* —comprendió al instante.

—Eran cartas de su primer amor —no me pude contener—, de antes de conocer al abuelo. —Me llevé las manos a la boca, más emocionado de lo debido.

Harry arrugó el morro y asintió en un acto de comprensión.

—Así que un hombre de su pasado. Interesante.

Yo negué y él frunció el ceño, sin comprender.

—Mejor todavía, Harry. —Pausa dramática—. *He* es en realidad *she*.

—*Wait, what?* —dio un respingo en el sitio—. *I didn't see that one coming*.

—Lo sé. —Y de verdad que le entendía, porque me había sentido de la misma manera al escuchar su historia—. Supongo que esto explica por qué la abuela me ha aceptado siempre sin un solo reproche —comprendí—, y sin necesidad de una explicación.

Harry asentía con contundencia. Se notaba que me escuchaba con atención.

—¿Y tu abuelo…? —se atrevió a preguntar.

—Él lo sabía todo.

—*So ahead of their time!*

—Exacto —reprimí un grito—. Siento que estoy redescubriendo a mis abuelos.

—Y yo me alegro de verte tan feliz —confesó.

Respondí a su comentario con una sonrisa.

—¿Quieres que te cuente la historia? —le pregunté, inseguro.

—*I'd love to but*… —retorció el gesto— suena demasiado personal, ¿no?

—Lo es —confirmé—, y nunca lo haría sin su permiso.

—¿Te ha dejado que me lo cuentes? —se sorprendió.

—Me lo ha pedido —remarqué—, de hecho.

—*Oh* —le cogió por sorpresa y sonrió—, *go on then* —rogó.

Asentí en silencio, recapitulé todo lo que la abuela me había contado y comencé a narrar:

—María —hice hincapié en su nombre— y la abuela se conocieron en parvulario y fueron amigas durante más de veinte años. En el 67, con dieciséis añitos, se dieron cuenta de que estaban enamoradas la una de la otra y empezaron una relación clandestina. —Era digno de película. Lo supe por la emoción en el rostro de Harry, que estaba tan metido en aquella historia como yo—. Ninguna se atrevió a contarlo por miedo. Tampoco se plantearon huir, porque no querían perder a sus familias. Y, en esa vorágine de dolor e incertidumbre, la abuela conoció al abuelo —y señalé a nuestro alrededor— en La Herradura. Poco después, mi abuelo se tuvo que ir a la mili y, cuando volvió, se comprometieron. La abuela le confesó lo de María, y el abuelo, adelantado a su época, lo comprendió y dejó que decidiera dónde residía su corazón. Según me ha dicho la abuela —me removí, incómodo—, los quería a los dos por igual, y si fue capaz de tomar la decisión de casarse con el abuelo fue porque era la más sencilla. Y no la juzgo. —Se me escapó un suspiro ahogado. Harry me acarició el antebrazo—. La última vez que la abuela vio a María fue en su boda, porque ella era la dama de honor.

—Auch —comprendió Harry, y yo asentí, empatizando con la pobre María.

—Nada más terminar la celebración, María le dejó una carta sobre la almohada a la abuela, otra a mi abuelo, en la que le pedía que la cuidara, y desapareció. —Hice un gesto de evidencia, pues era lo que tenía que pasar—. Nunca han vuelto a saber nada la una de la otra.

La historia de la abuela solo era uno de tantos relatos de amor prohibido, una de tantas injusticias que había tenido que vivir la gente por el simple hecho de ser y querer fuera de la norma y, aunque inevitablemente me alegraba de que hubiera elegido al abuelo y de que hubiesen tenido una vida feliz —y de haber nacido

gracias a esa decisión, por qué no decirlo—, no podía evitar sentir una punzada en el pecho cada vez que pensaba en lo que María y la abuela debieron de sufrir. Y Harry también lo comprendía.

—Es… devastadora —se le quebró la voz, la cual recuperó en un carraspeo—. ¿Por qué quería tu abuela que me contases todo esto?

La solemnidad dio paso a un gesto apacible, casi feliz, y Harry se extrañó.

—Porque tú y yo —nos señalé—, mi querido Harry, tenemos una misión. —Los ojos se le abrieron como platos—. Al final, pasamos muchas horas juntos —expliqué—, y hasta la abuela comprendió que si yo voy a buscar a su amor de juventud —y sonrió, y yo con él—, bueno, pues tiene sentido que sea con tu ayuda. Si quieres, claro…

Puso cara de ofendido.

—*I'm deeply, deeply ofended, stalker* —lo decía en serio—. ¿Que si quiero?

—Eso… —quise meterme con él—, ¿es un sí?

Me tendió la mano a punto de cerrar un pacto de sangre que terminaría de unirnos. No vi duda en su mirada mientras yo alargaba la mía para encontrarnos a mitad de camino, ni siquiera ante la trascendencia del encargo que nos aguardaba. Y, cuando se la estreché y sellamos el acuerdo que podría cambiar la vida de la abuela para siempre, culminó con un:

—*Let's find* María.

25

11 de julio

La plaza del pueblo estaba llena de vida. Los más pequeños jugaban a la pelota y corrían entre gritos de pura euforia, mientras que los adolescentes se dedicaban a comer pipas en los bancos de alrededor. Sus padres visitaban los puestecitos en busca de algún recuerdo del verano o, en su defecto, se tomaban una cerveza bien fresquita en los bares de la zona. Harry, la abuela y yo nos habíamos decantado por cenar en la única hamburguesería con opciones vegetarianas. Burger Plaza estaba ambientada como un bar de carretera estadounidense de los años sesenta. Entre luces de neón, sillas *vintage* y enredaderas de plástico colgadas del techo, hacían los mejores sándwiches, bocadillos y hamburguesas que había probado jamás. Cenar allí era una toda una experiencia, casi como protagonizar una película de Hollywood y además comer muy rico. Las dos cosas nos iban a hacer falta esa noche.

—He preparado un dosier. —Lo solté con aire místico, como si estuviera a punto de revelar un secreto de Estado.

Saqué un taco de folios lleno de fotografías, perfiles de redes sociales e información que había recopilado por la mañana y lo dejé en mitad de la mesa, a la vista de los tres. La abuela había estado todo el día nerviosa y a Harry le había tocado turno en el hotel, así que mi labor había sido la de indagar en internet para encontrar a María. Los datos de partida en un principio estaban claros. Buscábamos a una tal María de la Soledad Pérez Beltrán, nacida el 28 de marzo de 1951 en Granada. Lo último que la abuela sabía de ella era que había estudiado magisterio y que, potencialmente, sería

profesora jubilada. Pero eso no tenía por qué salir mencionado en su perfil, así que me había tocado recabar información de todas las Marías, Soles y Soledades, con un solo apellido y con dos, con nombre compuesto y sin componer, profesoras o «sin especificar», con la fecha de nacimiento y sin ella —simplemente guiándome por mi instinto para leer rasgos faciales e intentar averiguar su edad— y que tuvieran algo de Granada en su perfil. Nos daba igual si estaban casadas, solteras o viudas, o si tenían hijos o no, porque eso no lo sabíamos. La búsqueda había dado sus frutos, teníamos varias opciones viables, y yo me había tomado la molestia de imprimirlo todo para ponérnoslo más fácil.

—En papel —se sorprendió Harry, comiéndose una patata—, *that's so retro*.

La abuela observaba los papeles como si escondiesen una verdad aterradora. Alargué la mano y nuestras miradas se encontraron.

—Abuela, esto no tiene por qué significar nada. Si la encontramos, todavía tienes tiempo para decidir qué quieres hacer. Y en caso de que no esté, nos queda mucho que buscar.

Tras escucharme, suspiró.

—Pero… —dudó de sí misma— ¿y si no la reconozco? ¿Y si la tengo delante de mí y no soy capaz de verla? —Tragó saliva y sonrió apenada.

—¿Por qué no ibas a reconocerla? —la apacigüé.

—Han pasado cuarenta y siete años desde la última vez que la vi, Rodrigo —explicó—. La vida no pasa en balde para nadie —negaba apenada—. Mírame a mí.

Se me escapó la mano hasta su mejilla en una caricia y le dije:

—Exacto. Te miro y veo a esa muchacha que estaba en mitad del prado con el abuelo —y lo decía de verdad, porque a pesar del paso del tiempo sobre su piel, podías encontrar a esa joven enamorada en su mirada—. Por mucho que los años pasen, hay cosas que ni siquiera el tiempo puede cambiar.

Pareció comprender a lo que me refería y cogió el dosier. De forma natural fue colocando los «no» a la derecha y los «quizá» a la izquierda, en un sistema sin fallos que amontonaba más noes que otra cosa. Los quizá no eran más que una consecuencia de la

inseguridad, porque, en cuanto la vio, lo supo. Y yo lo supe con ella. La respiración se le cortó por un momento y una sonrisa que no le había visto nunca se le dibujó en el rostro.

—Soledad Beltrán —leyó en voz alta—, profesora hasta el año 2016 en el IES Mariana Pineda. Está jubilada —lo dijo con obviedad —, lógico. Vive en Granada y tiene dos hijas —descubrió entonces—. Estado civil…: viuda.

«¡Bien!», celebré para mis adentros, aunque me sentí ligeramente culpable.

—*Rest in peace* —susurró Harry, sarcástico. Su celebración en voz alta me hizo reír.

La abuela observó el papel sin prisa. Dudaba.

—¿Pasa algo? —indagué.

—Solía odiar ese nombre, ¿sabes? Soledad —aclaró.

—Bueno…, supongo que, en algún momento, cambió de opinión.

—Supongo que sí. —Se le escapó un suspiro.

Entendí que había algo más que no le apetecía compartir.

—¿Es ella entonces? —reencaminé la conversación.

Levantó la cabeza y asintió sin dudar.

—Estoy segura, sí. —Nos tendió el papel—. Nunca olvidaría esos ojos.

Ante nosotros apareció una señora de largo cabello blanco, sonrisa perlada y enormes ojos verdes. Se conservaba muy bien para su edad. En la fotografía de perfil sonreía genuinamente con unas gafas colgadas del cuello. En la segunda foto, salía con sus hijas, las cuales eran clavaditas a ella, pero con treinta y tantos años menos.

—*Wait a minute*… —susurró Harry, perdido en la segunda foto—, yo la conozco. —Y apuntó a la menor de las dos hijas.

No tendría ni cuarenta años, llevaba el pelo suelto y ropa de hacer deporte. Estaba abrazada a su madre y tenía una sonrisa auténtica, exactamente igual que su madre en la foto de perfil.

—¿En serio? —le inquirí, dándome la vuelta en el sitio.

—Sí… —frunció el ceño en busca del recuerdo—, pero no sé de qué.

—Por favor, Harry —forcé la máquina en un ruego—, es importante.

—Rodrigo —me riñó la abuela en voz baja.

—Lo siento —traté de justificarme—, es la emoción del momento. Lo siento —me disculpé con Harry.

—*It's okay* —comprendió él—. Intentaré recordarlo —nos prometió.

—Gracias, Harry —le dijo la abuela.

Nos quedamos callados un momento. Supuse que Harry estaba tratando de recordar a la chica de la foto, mientras que la abuela asimilaba que acababa de encontrar al amor de su juventud. Yo no pude permanecer callado porque estaba demasiado emocionado.

—Quiero decir —reabrí la conversación—, tampoco necesitamos saber más sobre la hija de María o de Soledad —me corregí a mí mismo—. Siempre puedes seguirla en Facebook y mandarle un mensaje. Rápido, eficaz y sencillo —concluí.

La abuela me buscó, pensativa, y su mirada se enturbió.

—Supongo que sí… —sonaba entristecida—. Pero, si me lo permitís —metió a Harry en la ecuación—, después de cuarenta y siete años, me gustaría hacer algo menos… impersonal. —Se notaba que la simple idea le desagradaba—. Me gustaría mandarle una carta, como solíamos hacer en nuestro tiempo.

—Está bien —acepté de buena gana.

—Si no se pudiera —quiso ponerse en lo peor—, me plantearé escribirle un triste y frío mensaje.

—*Trust me*, Gris —le pidió Harry—. Lo recordaré. La encontraremos. —Me hizo un juramento con la mirada—. Y podrás mandar la carta. —Devolvió la vista a la abuela.

Ella le tendió la mano para encontrarse con la suya a mitad de camino y sonrió.

—Gracias, Harry. —Sonaba fraternal—. Qué suerte ha tenido mi Rodrigo de encontrarte.

«Abuela…, que faltan cinco días para hacerlo oficial», me susurré avergonzado.

—Y yo a él.

Y me miró, prometiéndome que decía la verdad.

12 de julio

El canturreo del portero automático me puso el corazón en un puño. Habían pasado tres días desde mi última visita a aquel piso y lo había echado de menos. Muy probablemente se debiera a lo que significaba: pasar tiempo a solas con Harry, dormir entre sus brazos y besarlo incansablemente. Y es que, aunque nos habíamos visto cada día desde hacía ya diecisiete —y tenía la esperanza de que siguiera así lo que restaba de verano—, mantener en secreto nuestro affaire significaba escondernos cuatro días más. Nos iba a costar. Tanto era así que la noche anterior, delante de la abuela y en mitad de la plaza, habíamos estado a puntito de besarnos. A duras penas, fuimos capaces de reconducir el amago de beso en un triste abrazo. Y eso significaba que llevaba más de veinticuatro horas sin besar a Harry Grosvenor. «Es inaceptable», pensé y me prometí que la tragedia se acababa aquí y ahora.

Un chasquido me avisó de que habían abierto la puerta, y, sin dudarlo, me aventuré portal adentro. Llevaba fantaseando desde que había abierto los ojos con el momento en el que Harry me recibiese con la ternura que solía regalarme y yo me abalanzase sobre él para recuperar el tiempo perdido. Estaba preparado, estaba decidido, estaba… «¿Lisa?».

—*Heeeeeey* —me saludó desde el marco de la puerta, radiante.

Llevaba el pelo recogido en una coleta alta y vestía un conjunto deportivo en tonos azulones y unas deportivas blancas con detalles rosas. Nada más verme, me abrazó y me plantó un beso en la mejilla. Desde luego no era el beso que esperaba recibir.

—¿Cómo tú por aquí? —quiso saber, aún entre sus brazos.

—Bueno —me zafé a duras penas—, estaba comprando un par de cosas con mi abuela en el mercado y había quedado con Harry para… —me lo pensé un momento, pero no se me ocurrió ninguna excusa— una cosilla con la que me está ayudando.

Fingió no darse cuenta de que le estaba ocultando algo y se limitó a asentir.

—Pues acaba de salir. —Arrugó el gesto—. Tenía que ir al hotel a no sé qué de Pino, pero no tardará en volver —se apresuró a aclarar

—, por si quieres esperar aquí —señaló al piso.

—Claro —acepté de buena gana.

—*Yay!* —celebró—. Ven, que me estaba preparando para irme a *crossfit.*

Me cogió de la mano, cerró de un portazo y me guio hasta su habitación. Me dejé llevar por inercia al borde de la cama y me senté, incómodo al recordar la última vez que había dormido ahí.

—Mi hermano está rarísimo, por cierto —se quejó.

«¿Raro? ¿En qué sentido?», me preocupé.

—Ha estado toda la noche con el portátil, *looking for whatever online* —explicó mientras preparaba la mochila—, pero no ha querido decirme qué. *Which is weird.* —Puso los ojos en blanco, indignada—. ¿Tú crees que puede tener que ver con la cosilla con la que te está ayudando? —indagó.

No supe calar el tono de la conversación o cuáles eran las intenciones de Lisa, pero había algo enrarecido en el ambiente, así que decidí entrar al trapo:

—Oh, sí —torcí la sonrisa, inocente—, perdona. Es que le pedí que me guardara el secreto hasta que… Bueno —me paré a mí mismo—, me está ayudando a encontrar a una amiga de la infancia de mi abuela y quería mantenerlo en *petit comité* por ahora.

—Oh —sonaba enternecida—. *That's nice*.

Su tono cambió del interrogatorio a uno más suave, y eso me tranquilizó.

—La verdad es que está siendo un gran apoyo —subrayé.

—Es bonito que os apoyéis. —Otra vez ese matiz sarcástico, como buscando algo—. Eso hacen los amigos. —Y sonrió de medio lado—. Porque sois amigos, *right?*

—¿Qué? —Me cogió por sorpresa y me puse en guardia—. Claro, sí, amigos. —Tragué saliva de forma sonora.

—*Sure*…

Devolvió la atención a la mochila, pero ni siquiera se molestó en meter algo nuevo o sacar lo que ya había, tan solo removió el contenido en un gesto improvisado con el que se preparaba para continuar con la conversación. Y entonces, como si estuviera cansada de disimular, se giró con las manos a modo de disculpa

anticipada.

—*Look, Rodrri.* —Sonaba como si estuviera a punto de hacer mi vida trizas—. ¿Te puedo dar un consejo? —«Por favor, no»—. Ten cuidado. —Fue todo lo que dijo.

La boca se me entreabrió en un acto reflejo. Fruncí el ceño para decir:

—No sé… —dudé— si te sigo, Lisa. —Una risa nerviosa—. ¿Qué quieres…?

—*You're gonna make me say it, aren't you?* —me preguntó, contrariada—. Está bien.

Se llenó los pulmones y entrecerró los ojos en un ejercicio de contención que me aterrorizó. Fuera lo que fuese aquello que estaba a punto de decirme, no me iba a gustar, y lo sabíamos los dos.

—Mi hermano y Ava *have a history together*. —«No puede ser verdad»—. Es una dinámica supertóxica con la que llevan conviviendo desde la adolescencia. Cada vez que tienen una pelea o que lo dejan, tanto el uno como el otro buscan la forma de… —no encontraba la palabra correcta, o quizá la que menos daño pudiera hacerme— sentirse mejor. Y, de paso, de hacerse daño mutuamente. —Torció el gesto en clara condena a ese comportamiento—. Pero si hay algo que nunca cambia, algo que *remains unchanged* —suspiró, disculpándose con la mirada por lo que estaba a punto de decir—, es que siempre vuelven.

Sentí cómo el peso del mundo me caía sobre los hombros. Las sienes se me calentaron de golpe, los tímpanos me pitaban de manera insoportable y era prácticamente incapaz de enfocar la vista. «¿Por qué me haces esto?», le pregunté en un pensamiento fugaz, y debió de escucharlo, porque se disculpó —más o menos.

—*And I'm so sorry if I'm being that bitch* —lo decía de verdad—, pero me niego a ser cómplice de que Harry te haga daño y de que se pierda a sí mismo por el camino. —Una pausa—. *So, be careful, okay?*

—Pero… —No me salían las palabras.

—No te lo tomes como algo personal, por favor —me rogó en un susurro—, no pretendo herir tus sentimientos. —«Quizá es demasiado tarde para eso, Lisa»—. Pero *I like you, Rodrrigo*, y sé

que mi hermano te adora —remarcó—. Y, por eso, no quiero que todo se vaya a la mierda por dar rienda suelta a unos sentimientos que… —volvió a buscar las palabras adecuadas, pero no debió de encontrarlas—, no creo que estén siendo realmente correspondidos.

Escuché un crac en algún lugar de mi pecho, y puede que no fuese más que mi imaginación poniendo banda sonora a cómo se me acababa de resquebrajar el corazón (de nuevo). El dolor que vino después fue de verdad. Sentí una quemazón que se deslizaba hacia arriba por mi garganta y tuve que hacer un esfuerzo titánico por no vomitar. Lisa, la persona que mejor conocía a Harry, su gemela, me acababa de decir que mi compañero del grupo de apoyo me estaba utilizando —*a priori*, sin darse cuenta— para sentir un subidón y, de paso, hacerle daño a su ex… Y que, más tarde o más temprano, terminaría volviendo a sus brazos. «Tiene sentido», acepté su verdad. Y, con el alma herida, en un fútil intento por seguir manteniendo nuestra pantomima en secreto, forcé una sonrisa y dije:

—Gracias —se me quebró la voz.

Me respondió con una mirada de compasión que trataba de abrazarme desde la distancia, a sabiendas de lo que me acababa de hacer.

—Si alguna vez necesitas hablar… —comenzó, pero el chasquido de la llave al girar en la cerradura la interrumpió y eso la puso en guardia—, *let me know*.

Cogió la mochila en un rápido movimiento de muñeca y salió de la habitación a toda prisa, encontrándose con Harry en mitad del pasillo.

—*Where are you…?* —comenzó Harry, pero no le dejó terminar.

—*I'm heading to the gym* —exclamó—. *Byeee!* —Y cerró.

A pesar de ser media mañana, sentí el piso más oscuro que nunca. Las llaves retumbaron en el cuenco de la entrada y los pasos de Harry repicaban como campanadas cuya misión era llamar a un entierro. El mío.

—*Hey, stalker* —me saludó como si nada.

—Ey —me apresuré a levantarme y le saludé con un abrazo de medio lado.

—*Hi* —lo dijo extrañado—. *All good?*

—Mmmhm —se me escapó, y para cuando intenté arreglarlo, era demasiado tarde—. Es que anoche no dormí mucho —fingí un bostezo— y estoy destrozado.

—*Okay*… —No se lo creyó—. ¿Vamos a mi cuarto?

Me limité a asentir. Cualquier palabra de más era susceptible de hacerme estallar en lágrimas, y no era el momento ni el lugar. «Esta noche, a solas, en mi habitación», me autoconvencí, tratando de sacar fuerzas de donde no las tenía. El recorrido se me hizo eterno, en un cortejo fúnebre que me guiaba solemne hasta mi sepultura. Me pregunté entonces si los muertos se sentirían igual. Me dieron algo de envidia, sin embargo, pues al menos ellos no tenían que compartir silencio con su verdugo.

Cuando llegamos a la puerta de su habitación, Harry me invitó a pasar con un gesto cortés y, una vez dentro, cerró tras de sí y se quedó apostado en la puerta.

—*What's going on?* —inquirió.

—No sé a qué…

—*Don't fucking do that* —me cortó—. *Not to me*.

Seguía hablando en inglés, lo que significaba que iba en serio.

—He estado hablando con Lisa y… —Se me rompió la voz y carraspeé.

Los ojos se me cristalizaron y me sentí incapaz de repetir en voz alta la conversación que acabábamos de tener. Harry dio un par de pasos y se plantó frente a mí, acariciándome los hombros con ternura.

—*Listen* —me apaciguó—, no sé qué cojones te habrá dicho ni quiero que me lo cuentes —sonaba a un ruego, en un intento por evitar enfadarse con su hermana—, porque está insoportable desde que llegó de Chester —explicó—. Y no la culpo, no es fásil pasar una semana a solas con mis padres, pero… —me sujetó el mentón— *she doesn't know shit*. No tiene ni idea —me tradujo, por si acaso.

Traté de buscar la verdad en sus ojos, pero mi voz interior adquirió el tono de Harry para susurrarme: «No eres más que un sustituto, un subidón».

—Está bien —respondí, tratando de acallar a los demonios de mi

cabeza.

—No suenas muy convensido —se entristeció.

—Estoy bien —mentí, esta vez más convincente—, de verdad.

«Vives a la sombra de Ava. No te va a elegir a ti», me susurró esta vez Lisa.

—*Okay*… —Supe que me creyó porque dejó de sesear—. Traigo buenas noticias. —Se sonrió, en un gesto aniñado, e incapaz de esperar añadió—: La he encontrado.

Tardé un momento en comprender a qué se refería, pero cuando lo hice y recordé la cara de la abuela al ver la foto de Soledad, fui capaz de encerrar a mis demonios en un rincón para que me siguieran atormentando por la noche.

—¿De verdad? —Me pudo la emoción—. ¿Cómo?

—Bueno —se rascó la cabeza, orgulloso de sí mismo—, he estado toda la noche dándole vueltas, revisando fotos de estos meses en España, y no he encontrado nada. Pero ¿sabes de lo que me he dado cuenta? De que en casi todas las fotos había un factor común. —Esperó un instante a ver si adivinaba cuál, pero no se me ocurrió ninguno, así que prosiguió—: Pino.

«Por supuesto que tenía que ser Pino», me resigné.

—Vale —acepté.

—He ido a hablar con él y le he enseñado la foto de Lourdes. —Habíamos descubierto su nombre stalkeando el Facebook de Soledad —. No te preocupes, que no le he contado nada sobre tu abuela — añadió en un paréntesis por si cabía alguna duda, y yo asentí, agradecido—. Pino tiene muy buena memoria y sabía que, si alguien se acordaba, ese era él. Y efectivamente, ha tardado dos segundos en decirme quién era.

Se hizo un silencio que no tocaba y le invité a seguir hablando en un gesto de muñeca.

—Ah, sí, perdón. —Se revolvió, nervioso—. Es monitora de kayak en una cala de aquí cerca, al lado de Maro. Fue nuestra guía en una excursión que hicimos al poco tiempo de conocer a Pino y los demás.

—No jodas —se me escapó en un susurro—, pero si hemos estado al lado.

—*I know.* —Comprendió mi frustración—. Lo bueno es que podemos volver.

—¿Cuándo?

—Mañana —sonrió—, *if you want*.

Y ahí estaba, Harry, el que yo conocía. El que estaba dispuesto a todo por mí, por la abuela o por cualquiera que lo necesitase. Había demostrado con hechos, no solo con palabrería, que se preocupaba por mí. No era justo dejar que una duda —por pequeña que fuese— dinamitase todo lo que habíamos construido en aquellas semanas. Nunca sabría cómo había sido en su relación con Ava, tampoco me importaba. Yo conocía al Harry que formaba parte del grupo de apoyo para corazones rotos. Y con eso era más que suficiente. Así que decidí creerle. Al menos, hasta que demostrase lo contrario.

—Sabes que me encantaría —lo dije de verdad—. Pero pensaba que…

—Pino me ha cambiado el turno —se adelantó.

«Bendito Pino. Ojalá no fueses un capullo el resto del día», pensé.

—Entonces —dudé—, ¿mañana nos vamos de kayak?

—*It's a date*.

26

13 de julio

La cala estaba escondida entre huertos y arboledas, invernaderos y maleza, alejada de lo cotidiano. Se anunciaba con un cartelito de madera envejecida que decía PLAYA LA CALETA, y en el que una flecha pintada a mano apuntaba hacia una senda que solo se podía recorrer a pie. Habíamos aparcado el coche en Nerja, a trece minutos, y habíamos tenido que hacer el resto caminando bajo un sol de justicia que me arrancaba goterones de sudor en contra de mi voluntad.

—Me voy a morir —dramaticé—. Y no son ni las diez.

—Ya falta poco —me animó Harry, exhausto—. *Wait*, dame la mochila.

No me dio lugar a respuesta y, para cuando quise darme cuenta, tenía mi mochila colgada por encima de la suya. Me sonrió en una muestra de innecesaria caballerosidad para que no me preocupara por él, pero no me convenció.

—No hagas tonterías —le pedí—, que te va a dar algo.

Alargué la mano para recuperar la mochila y él me esquivó sin esfuerzo.

—*I'm fine.* —Fue todo lo que dijo.

—Harry… —sonaba a regañina—, dame la mochila.

Me miró de soslayo y sonrió juguetón.

—Quítamela —me retó—, si puedes.

Hice el amago de perseguirlo, pero, antes de dar el segundo paso, Harry ya estaba a varios metros de distancia.

—*Last one there is a rotten egg!* —gritó antes de echar a correr.

—Espera —recordé en un flashazo que me escoció al intentar profundizar—. Eso ya me lo habías dicho antes, ¿verdad? —Pero no obtuve respuesta—. ¡Harry! —vociferé en un aullido—. ¡No pienso correr! —le advertí—. Es que me niego, vaya —susurré para mí, pero como si alguien más pudiera oír mi queja.

Cuando llegué a la cala, Harry estaba regresando del puesto de kayak con el gesto dolorido, la respiración entrecortada y cara de malas noticias.

—*So*, Lourdes está aquí —señaló a la hija de Soledad en un gesto discreto. Estaba en la orilla, ayudando a una familia a montarse en los kayaks—, pero sale de excursión con un grupo en menos de cinco minutos.

—Hostia —comprendí—, ¿son muy largas las excursiones?

—De dos a tres horas.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Bueno… —Se encogió de hombros—. He cogido las dos últimas plazas.

—Oh —me sorprendió—, así que ¿nos vamos con Lourdes de excursión?

—Mmmhm —gruñó bajito, en un atisbo de inseguridad.

—Harry… —le posé el brazo en el hombro—, eres perfecto.

Sonrió al saber que había tomado la decisión correcta. Me cogió de la mano y me llevó a rastras hasta la caseta de maderita de la agencia. Dejamos nuestras cosas, cogimos los chalecos salvavidas y nos preparamos para navegar. Me puse el chaleco sobre la camiseta, para no achicharrarme, mientras que Harry fue algo más valiente, o más inepto, y decidió quitársela para ir «más cómodo».

—¿Tú estás seguro? —insistí—. Que eres muy blanquito.

—*Deffo* —zanjó.

Sin más dilación, cogimos el último kayak que quedaba para dos y nos acercamos a la orilla, donde la mismísima Lourdes nos dio la bienvenida.

—¿Primera vez, chicos? —preguntó, sonriente.

—No, no —negó Harry, orgulloso—, de hecho… —fingió dudar—, en mi última excursión creo que estuve también contigo —introdujo bien el tema—, ¿puede ser?

Ella lo miró con atención y supe leer en su rostro que no lo recordaba.

—Es posible —fingió—, es que veo a mucha gente, ¿sabes?

—Comprensible —le concedió Harry, visiblemente dolido.

—¿Y tú qué? —me preguntó mientras la miraba obnubilado—. ¿Primera vez?

—Sí, yo sí —paniqueé—. Así que él pilota.

Le di un par de golpecitos en la espalda a Harry. Lourdes se rio por puro compromiso y nos invitó con un gesto cortés a montarnos en el kayak. Lo sujetaron entre los dos para que yo me subiese al asiento delantero, mientras que Harry se subió con la agilidad de una gacela en el trasero. Desde allí capitanearía la embarcación. Una vez en posición, Lourdes nos empujó mar adentro.

El agua estaba coloreada de un turquesa ligeramente picado. La marea tambaleaba el kayak en un vaivén que no me terminaba de convencer. Sujeté el remo sin saber qué narices estaba haciendo y busqué la ayuda de Harry, que sonreía como si se tratara del mejor día de su vida.

—*You ready, cabin boy?* —quiso saber.

Que me llamase grumete me hizo reír. Acepté mi rol de buena gana.

—Sí, mi capitán. —Levanté la mano simulando un saludo militar.

—Es muy sencillo. —Hablaba del kayak, claro—. Tenemos que intentar coordinarnos y remar a la vez del mismo lado, ¿sí? —Hizo una pausa—. *So*… izquierda*.* —Palada, yo le seguí a destiempo—. Derecha, izquierda, derecha…

Poco a poco fuimos sorteando el oleaje y lo navegamos como si no costase trabajo. Probablemente se debiera a que Harry estaba remando por los dos, mientras que yo me limitaba a acariciar la superficie del agua.

—¿Y para girar? —me preocupé de pronto.

—Tranquilo —le restó importancia—, que de eso me encargo yo.

—¡Buen trabajo, chicos! —me sobresaltó la voz de Lourdes—. ¡Seguid así!

Nos pasó de largo sin esfuerzo, en un par de brazadas, y adelantó los kayaks del resto del grupo hasta posicionarse en cabeza.

Oficialmente, comenzó la excursión y, por tanto, la misión de tratar de hablar con Lourdes.

Recorrer los riscos de la costa de Maro fue una experiencia religiosa. Nunca me había imaginado atravesando un cañón improvisado entre dos enormes rocas en mitad del mar, adentrándome en cuevas de agua cristalina o viendo la cascada de un río al desembocar al mar.

—*It's beautiful, isn't it?* —Harry pareció leerme la mente.

Le busqué de medio lado y asentí con énfasis.

—Y lo es mucho más si piensas que justo ahí… —Señaló a una cala cercana—. Nos dimos nuestro primer beso. —Se refería a Maro, claro.

—Eso lo dices tú —bromeé—, porque yo… no lo recuerdo.

Me imitó en un murmullo ininteligible mientras bandeaba la cabeza de un lado a otro en un gesto burlón, y yo le salpiqué con el remo para que parara.

—¿Cómo vais? —me volvió a sorprender la voz de Lourdes, que se encaramó con sencillez a nuestro kayak.

—Genial —confesé, algo nervioso—, me está encantando.

Harry se limitó a asentir, y ella pareció satisfecha.

—Os voy a dejar media horita de tiempo libre —dijo—, por si queréis daros un chapuzón o saltar desde las rocas —nos animó—. Prometo fingir que no he visto nada. —Levantó las manos, divertida, y Harry y yo reímos con ella.

—Perfecto —acepté de buena gana—, gracias, Lourdes.

Sentí una patada en la espalda y me di cuenta de que había metido la pata hasta el fondo cuando vi el rostro confundido de nuestra monitora.

—¿Cómo sabes…? —preguntó, incómoda—. Nadie me llama así por aquí.

La vista se me escapó hasta una plaquita junto a su pecho y me fijé en que ponía LULU.

—Ah —no sabía qué decir—, ¿no? —Fingí sorprenderme.

—*No, Rod* —me regañó Harry en un susurro—, *nobody does*.

—Vale, un momento. —Levantó un dedo amenazador—. ¿Qué está pasando aquí?

«Cazados», comprendí, rindiéndome.

—Está bien —suspiré—, hora de la verdad. No estamos aquí para montar en kayak —reconocí— o para hacer esta excursión… tan bonita —aclaré—, sino que hemos venido para verte a ti.

La mirada de Lourdes se arrugó en un gesto de desagrado. Acto seguido, nos empujó con el remo para separar nuestros kayaks un par de palmos.

—Vale, eso ha sonado fatal —comprendí—. Soy gay —me defendí.

—*And I'm kissing him, so*… —se justificó Harry.

No pude evitar que se me escapara una sonrisa al escuchar a Harry reconocer nuestro affaire por primera vez delante de alguien. «Mmm. Migajas», escuché en un rinconcito de mi cabeza.

—Lo que quiero decir —traté de recapitular—, es que mi amigo y yo hemos venido para hablar contigo de algo importante.

Su gesto se relajó y eso me tranquilizó.

—Sois muy raros —soltó una risotada—, ¿os lo habían dicho alguna vez?

—No —negué irónico.

—*Nope* —satirizó Harry—*, not at all*.

—¿Por qué de repente solo habla en inglés? —me preguntó extrañada.

—Le pasa cuando está nervioso —expliqué.

—*Yeah* —se avergonzó y agachó la cabeza—*, sorry*.

—Y ¿de qué queréis hablar? —fue directa al grano—. Tiene que ser importante si me habéis perseguido hasta aquí —señaló lo evidente.

—Conforme te voy escuchando voy entendiendo lo intrusivos que hemos sido y… te pido disculpas. —«No lo hemos pensado muy bien»—. Pero queríamos hablar contigo sobre mi abuela… —Arrugó el morro, sin comprender—. Y tu madre.

Al escuchar la última palabra, se puso aún más en guardia.

—¿Qué tiene que ver esto con mi madre? —lo dijo a la defensiva.

Me lo jugué todo a una carta:

—¿Te suena el nombre de Griselda?

Sus ojos se enternecieron, la sonrisa se le ensanchó y el gesto se le relajó. Al cabo de un instante, su rostro parecía más dulce. En un

movimiento que hizo parecer sencillo, se acercó a nuestro kayak hasta quedar frente a frente.

—Eres el nieto de Gris —dijo en apenas un susurro—. Guau.

Su respuesta me dio a entender que Lourdes conocía la historia.

—¿Tu madre te ha hablado de ella? —me ilusioné ante la idea.

Inspiró todo el aire que le cupo en los pulmones y se le afiló el gesto.

—Algo así.

—Me llamo Rodrigo, por cierto. —Le tendí la mano en una presentación improvisada que pretendía terminar de romper el hielo —. Y este es Harry. —Señalé con la otra mano.

Ella me la estrechó y saludó a Harry con un gesto de cabeza. De pronto, se coló un ligero silencio entre los tres. Nadie sabía qué era correcto decir o qué no. Yo no sería la persona que sacase del armario a Soledad o a la abuela, eso por descontado. Y, sin embargo, Lourdes me hizo saber que la historia estaba más que contada.

—¿Sabes… —quiso asegurarse antes de seguir hablando— lo de las cartas?

—Sí —asentí convencido y sonreí de medio lado—, he leído alguna que otra.

—Te las dejó tu abuela —dio por hecho—, supongo. —Entonces dudó.

—Sí, hace casi un mes las encontramos en una caja en el sótano y…, bueno, el resto es historia —carraspeé.

—Ojalá mi anécdota fuese tan tierna —reconoció, entristecida—, pero…

Se encogió de hombros y tragó saliva. Intentaba mantener la compostura.

—Las encontré cuando tenía quince años —dijo de repente—, mi padre aún vivía y yo me lo tomé fatal —nos confesó avergonzada—. La amenacé con contárselo a mi padre si no quemaba las cartas y… lo hizo. —Se le atragantaron las palabras y tuvo que carraspear para recuperar la voz—. Ella no pudo hacerlo, así que me pidió que lo hiciera yo. Aún recuerdo cómo se deshacía en lágrimas mientras quemaba los recuerdos de su primer amor.

Tenía la mirada perdida y hablaba con solemnidad, evidenciando que se arrepentía de lo que había hecho.

—No eras más que una niña —trató de consolarla Harry con esa voz melosa que lo curaba todo—, *don't be that hard on yourself*. *It's not fair*.

Y tenía razón, así que yo asentí con él.

—Gracias, pero no es excusa —negó con ímpetu—. Es algo que nunca me voy a perdonar. He pensado cientos de veces en hacer lo que estás haciendo tú ahora mismo.

—¿De verdad? —Eso me devolvió la esperanza.

—Sí. —Forzó una sonrisa—. Tú has sido más valiente que yo, eso seguro.

—Nunca es tarde —cité—, o eso dicen.

—Claro —ironizó—, lo suelen decir los que llegan tarde.

—Pero es que ahora no es tarde —concluí—. De hecho, aquí estoy.

Pareció convencerle mi argumento. Asintió, satisfecha.

—¿Por qué tu madre no le ha vuelto a escribir? —indagué.

—Piensa que tu abuela no quiere saber nada de ella —lo dijo apenada.

—Oh —me sorprendió—. Por suerte, se equivoca.

—Te puedo preguntar… —carraspeó—, ¿cómo me habéis encontrado?

—Por supuesto —le concedí—, es lo justo. Mi abuela me dijo todo lo que recordaba de tu madre y, con esa información, la encontré en Facebook. Y ahí salías tú. —Me encogí de hombros, como si fuera obvio.

—Y… —añadió Harry, orgulloso—, dio la casualidad de que unos amigos y yo hicimos una excursión contigo hace unos meses, y Pino —se corrigió, a sabiendas de que no conocía ese nombre—, uno de ellos —remarcó—, se acordaba de ti.

Conforme la historia avanzaba, asentía visiblemente sorprendida.

—Un trabajo excelente —nos felicitó, satisfecha—. Y si teníais las redes de mi madre, ¿por qué tu abuela no le ha mandado un mensaje y ya está? Hoy en día con Facebook…

Le di la razón, pero lo cierto era que había un motivo:

—Después de tantos años sin verse —traté de explicarle—, mi abuela quiere enviarle una carta, como solían hacer antaño, y no limitarse a mandarle un, y cito textualmente —hice unas comillas en el aire—, «triste y frío mensaje».

—Lo respeto —pareció comprender.

—Entonces… ¿crees que sería posible —tanteé el terreno— que nos dieses su dirección para poder mandar la carta? —Sabía que era pedir demasiado, así que añadí—: Bueno, no hace falta que sea la de tu madre, puede ser la tuya o un apartado de correos. Es solo por tener un lugar donde poder enviarla y asegurarnos de que la reciba.

Se quedó pensando un momento. El corazón se me aceleró. Temía que pudiera estar buscando la forma de rechazar mi propuesta. Quizá prefería asegurarse de que su madre estuviera preparada y quisiera recibir aquella carta o a lo mejor pensaba que reabrir esa herida del pasado podía ser fatal para Soledad. Y, a pesar de haberme planteado todos los escenarios y respuestas posibles en la cabeza, la suya me cogió por sorpresa:

—¿Puedo conocerla?

La miré sin comprender, y decidió elaborar su petición.

—A tu abuela —aclaró—. Me gustaría conocerla. Si te parece bien.

Llamé a la abuela para contarle lo que había pasado y que la hija de Soledad la quería conocer. Ella, con los nervios a flor de piel, aceptó con la única condición de tener tiempo para recoger un poco la casa y acicalarse. No supuso un problema. Tuvimos que esperar a que Lourdes terminara su turno en la agencia de kayak y, para cuando llegamos a Los Girasoles, era ya media tarde.

El sol bañaba el cielo de miel, mientras que Harry y yo esperábamos apoyados en el capó del coche. Habían pasado al menos dos horas desde que presentáramos a Lourdes y la abuela. Les habíamos querido dar su espacio para que hablasen de sus cosas sin que estuviéramos rondando, pero las piernas se me empezaban a acalambrar de tanta espera.

—Parece que *mission accomplished.* —Me dio un golpecito de

hombro.

—Supongo que sí… —Lo dije taciturno.

—*So*… —sonaba socarrón—, *did I earned a kiss* o sigo estando castigado por algo que ni siquiera sé.

«Es verdad. Se me olvidó recordarte que Harry no te quiere», me escuché decir.

—No te estoy castigando —mentí, aunque lo estaba haciendo sin querer.

—Entonces —se acercó hasta que nuestras narices se rozaron—, ¿te puedo besar?

Asentí de forma casi imperceptible, concediéndole ese beso que iba a saber casi como el primero. Sonrió satisfecho, y yo sonreí con él. Y cuando nos separaban no más de un par de milímetros para sellar el trato, la puerta de la entrada se abrió. Lourdes y la abuela salieron de casa para despedirse con un abrazo.

—Hablamos pronto —escuché decir a Lourdes.

—Gracias por todo —le respondió la abuela.

—*Oh, for God's sake* —se le escapó a Harry en un pensamiento aireado.

«Tres días. Solo tres», recé para mí.

Nos recompusimos como pudimos, yo acomodándome la entrepierna en un gesto discreto, Harry apostándose a mi lado en un movimiento coreografiado. Esperamos a que Lourdes subiera las escaleras. Nada más vernos, nos regaló una sonrisa que respondimos de buena gana.

—Bueno —comenzó—, pues ya está.

—¿Qué tal ha ido? —quise saber.

—Bien. Muy bien. Tu abuela es un amor.

—Sí que lo es —reafirmó Harry.

—Tengo mucha suerte. —Me encogí de hombros.

—Silvia va a alucinar cuando se lo cuente —nos dijo con aire divertido—. Es irónico, ¿verdad? Hubo un momento en el que no pude soportar que mi madre hubiera estado enamorada de una mujer, y ahora yo soy la persona más feliz del mundo gracias a una.

—La vida nunca deja de sorprender —dije de corazón.

Pude ver cómo Harry me miraba en un reojo fugaz.

—Gracias —prosiguió Lourdes—. Con esto —y nos mostró un sobrecito firmado con la caligrafía de la abuela—, siento que estoy redimiendo uno de los peores momentos de mi vida. —Ahogó un suspiro y prosiguió—: Y vais a hacer a mi madre tremendamente feliz.

—Ha sido un placer —se adelantó Harry.

—Estamos aquí para lo que necesites, Lourdes.

—Llamadme Lulu —nos pidió—. Somos casi familia. —Enseñó la carta una vez más.

—Claro.

—*Sure*.

—No sé cómo os lo voy a pagar…

—*Just… don't be a stranger*.

—Eso —reafirmé—, venid cuando queráis.

Asintió en un gesto imperceptible y, tras abrazarnos, se marchó de Los Girasoles a cumplir con la parte más importante de la historia: entregarle a Soledad la carta de la abuela. Esperamos hasta que el coche desapareció un par de curvas después, me giré y me encontré de frente con Harry, que me observaba taciturno.

—¿Cuándo nos volvemos a ver? —me preguntó de pronto.

Torcí el gesto sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —parecía confuso—, mañana llegaba tu amigo, ¿no?

«Mierda. Joder. Hostia. Milo», recité. Lo había olvidado por completo.

—Sí —fingí recordarlo—, pero me gustaría que lo conocieras. —Una pausa—. Si quieres, claro —dejé lugar al rechazo, por si le horrorizaba la idea.

—*Too right.* —No lo dudó un instante—. Ponlo por el grupo y quedamos por la noche para tomar algo.

—Vale, sí —confirmé—. Genial.

Me sostuvo la mirada un momento, como si quisiera contarme algo sin necesidad de palabras. No lo entendí. Pude oler el miedo en sus ojos, pero no me atreví a preguntar.

—*Yeah* —murmuró—. *Great*.

Y, tras un largo abrazo del que ninguno de los dos quería escapar,

se montó en su coche y, sin decir una sola palabra más, se fue. Esa noche apenas hablamos antes de dormir. Tan solo intercambiamos un par de wasaps para asegurarme de que había llegado sano y salvo, seis o siete por el grupo para cerrar el plan de la noche siguiente y uno bastante soso para desearnos las buenas noches. Entonces, la promesa de Harry me vino a la cabeza como un eco, palabra por palabra: «*No matter what, above it all*…, eres mi mejor amigo».

27

14 de julio

El autobús llegaba tarde y hacía tanto calor que tenía la frente sudorosa. Estaba sentado en uno de los bancos de la parada de bus, en la entrada del pueblo, y el tiempo parecía negarse a avanzar, pero esa vez en el peor de los sentidos, no como cuando Harry me besaba. «Ya van cuatro días sin beso», recordé, triste. Las palmeras crujían y bailaban al son de una brisa que yo no disfrutaba, enterrado entre edificios parduzcos, mientras que la humedad me adhería la camiseta al torso, marcando la hilera de abdominales que me asomaba por la falta de carne. Y entonces, llegó una notificación:

> Acabo de pasar el cartelito de La Herradura, me queda poco 13:31

Solo tuve que alzar la cabeza para saber que decía la verdad. Ahí estaba el autobús que me había traído a mí hacía no tanto, solo que, esta vez, venía en él mi mejor amigo. Di un salto del banquito para recomponerme un poco, limpiarme el sudor de la frente y airearme la camiseta. Intenté sonreír, pero no tenía un buen día. Era incapaz de olvidar las palabras de advertencia de Lisa, que se reproducían cada dos por tres —y sin permiso— en mi mente. Luego estaba la promesa de Harry, la cual se había convertido en un eco constante en mi cabeza. Así que, ahí estaba yo, hecho un amasijo de dudas, inseguridades y tristeza, pero con una verdad ineludible: no era culpa de Milo. Lo justo era que, al menos a su llegada, fingiese que todo iba bien.

El viejo autocar se paró entre chirridos, estallidos y tambaleos, y las puertas se abrieron rogando por una jubilación. Le esperé en el sitio, aparentando mi mejor versión, y entonces apareció él.

Milo parecía aún más alto de lo que lo recordaba, como si un metro noventa y dos no fuera suficiente. Tanto era así que tuvo que agacharse para no darse con la frente en el marco de la puerta. Llevaba una camiseta de tirantes blanca que dejaba a la vista cada uno de los tatuajes de sus brazos, unos pantalones anchitos en color arena y unas Air Force 1 que se habían convertido en su seña de identidad. Tenía el pelo negro azabache, pero no de nacimiento, y eso se sabía por sus cejas, un par de tonos más claras. Sus ojos marrones iban a juego con una sonrisa misteriosa que, entre hoyuelos, solía engatusar a todo aquel que se cruzara en su camino.

—*I'm freeeeee!* —exclamó—. *Worst experience of my fucking life.*

Lo dijo en un perfecto inglés castellanizado, en clara referencia a uno de nuestros memes favoritos de Twitter. No pude más que sonreír.

—No es para tanto —rebatí por pura inercia, aunque sabía que decía la verdad.

Con los brazos completamente extendidos, como si de un albatros se tratara, se abalanzó sobre mí. Nos fundimos en un abrazo en el que yo me regocijé de buena gana. Lo había echado de menos. A pesar de haber estado en mi mundo, reescribiendo mi propia historia, había notado la ausencia de mi mejor amigo. Me pareció justo hacérselo saber:

—Te he echado de menos —dije en apenas un susurro, avergonzado, porque no se me daba bien decir esas cosas en voz alta.

—Y yo a ti —sonó tan sincero que dolió—, canijo.

Que Milo lo convirtiera todo en una broma o en un chascarrillo era algo a lo que ya estaba acostumbrado. Era su mecanismo de defensa: no dejar que nada fuese lo suficientemente serio para que no pudiera llegar a doler.

—Perdona por haber estado desaparecido, es que…

—Shhh —me chistó, sellándome la boca con un dedo—. Ni te atrevas. Yo solo quiero saber si estás bien. —Y me regaló una

sonrisa tranquilizadora.

—Estoy… genial —mentí, pero solo a medias.

—Eso es porque te has follao al guiri —bromeó en voz demasiado alta.

—Joder, Milo —negué, rindiéndome ante la semana que me esperaba.

Echamos la tarde a la sombra del jardín, poniéndonos al día después de unas buenas migas con pimientos y melón. La abuela llevaba sin ver a Milo desde mi decimoctavo cumpleaños y estaba encandilada con él, como todo el mundo. Ese era su superpoder. Se adaptaba como un camaleón: planes, grupos de amigos, tipos de humor… Daba lo mismo, Milo encajaba sin esfuerzo y, en cuestión de minutos, era uno más. Eso a mí me ponía las cosas muy fáciles y, en cierto modo, lo envidiaba.

Lo agradecí cuando llegamos a La Cochera aquella noche. En la puerta, apoyados en el bordillo junto a las luces de neón, nos esperaban Nívea, Sastre y Pino. Se levantaron nada más vernos —unos con más garbo que otros— y yo me acerqué con la cabeza gacha.

—Hola, Rodri —se adelantó Nívea. Me dio un abrazo que pretendía calmarme y, en parte, lo consiguió—. Soy Nívea —le dijo a él, tendiéndole la mano—. Encantada.

—Milo. —Se la estrechó de buena gana—. Es un placer.

—Y estos son Tímido —señaló a Sastre— y Gruñón —señaló a su novio.

—Sastre y Pino —corregí yo, con una sonrisita jocosa.

—Yo —quiso aclarar este último, agravando mucho la voz— soy Pino. —Alargó la mano, en un alarde de macho alfa que no terminé de comprender, pero que tampoco me sorprendió.

Por suerte, ya había advertido a Milo sobre él.

—He oído hablar mucho de ti. —Lo dijo en un tono que hasta a mí me pareció convincente.

Milo le estrechó la mano con firmeza, tratando de apaciguar su ego, y Pino me buscó de reojo en una amenaza silenciosa que me

puso la piel de gallina.

—Viniendo de Rodrigo —sonaba hastiado—, seguro que nada bueno.

—Al contrario —mintió—, tenía ganas de conocerte.

—*Guyyyyyys!* —escuché de fondo, interrumpiendo las presentaciones.

No me hizo falta mirar para saber de quién se trataba. Lisa se zambulló en el grupo cual maremoto, agitando todo a su paso con una energía que, desde su vuelta, había estado a media asta. Esa noche volvía a estar magnética. Todos la miraban… excepto yo.

Eso solo me confirmó algo que ya sabía: que Harry Grosvenor era el positivo de mi negativo —o al revés, daba igual—, o quizá era la estrella más brillante de mi sistema solar, una gravedad inapelable que me atraía sin remedio. Fuera como fuese, yo solo tenía ojos para él. Y él para mí. Porque, a pesar de haber cuatro personas dispuestas a saludarle, su iris estaba fijo en el mío, regalándome esa sonrisa que acompañaba a mi nombre.

—*Hey, stalker* —me susurró—. Estás guapísimo.

«Eso te lo tenía que decir yo», me quejé, y era la verdad. Llevaba unos pantalones de lino, una camiseta sin mangas y unas sandalias de dedo que nunca le había visto, todo en tonos tierra. El conjunto se cerraba con un par de collares, algunos anillos y el pelo alborotado de forma casual.

—Y tú. —Fue todo lo que pude decir.

Nos fundimos en un abrazo tan corto como intenso que me estremeció. Nada más separarnos, Harry se giró de medio lado para encontrarse con Milo. Mis dos mundos en colisión una vez más.

—Tú debes de ser Milo —dijo con una cortesía innata.

—Y tú, Harry. —Le hizo saber que también había oído hablar de él.

Se estrecharon la mano en lo que me pareció un duelo de miradas. Yo observé en silencio e intenté traducir lo que se decían sin palabras. «¿Qué me estoy perdiendo?», me inquietó. Ninguno me lo iba a explicar ahí, delante de todos, así que elegí el plan b: cortar el momento.

—¿Entramos?

—Claro —respondió Milo.

—Mmmhm. —Fue todo lo que murmuró Harry.

La música envolvía el ambiente. Un *beat* me hacía temblar el esternón, mientras que Billie Eilish cantaba «bad guy». Lisa no dudó y sacó a bailar a Nívea incluso antes de pedir una copa. Y, quizá fuera cosa de la canción, de lo que contaba su letra o de la esencia oscura y peligrosa de su sonido, pero me pareció ver entre el barullo alguna que otra mirada furtiva de Harry hacia Milo y unas cuantas más a la inversa. También me fijé en que Pino le susurraba algo a Sastre y me preocupó que quisieran unirse a esa lucha de titanes. Lisa pareció darse cuenta de que yo no estaba sabiendo encontrar mi sitio, así que me arrastró a la pista de baile. Yo me dejé llevar, y entre saltos y gritos recé para que esa noche saliese lo mejor posible.

—¿Y Sara? —se me ocurrió preguntar.

Nívea frunció el ceño y negó en silencio. Lisa, sin embargo, se me acercó al oído y me gritó:

—No me ha respondido ni al mensaje. —Se apartó un poco para ver mi respuesta y se encogió de hombros al ver cómo torcía el rostro algo confuso—. No sé qué le pasa, Rodrri, pero yo lo he intentado todo. Ayer fui a visitarla a su casa y… su madre me mintió. Me dijo que no estaba, pero yo la vi entrar justo antes.

—¿Su madre te mintió?

Se volvió a apartar para asentir de forma exagerada, y Nívea lo hizo con ella.

—Guau —gesticulé para que me leyesen los labios y volvieron a asentir.

—¿Quieres que te pida algo?

La gravedad de su voz me erizó los sentidos. Harry estaba pegado a mí, en un acto casual que se requería en un pub plagado de gente y con la música a todo volumen. A fin de cuentas, no es que buscásemos una excusa para estar piel con piel, es que no había otra manera de comunicarse.

—Te acompaño —le dije, pero él se negó en redondo.

—Tú quédate con las chicas, ¿sí? —insistió—. Yo voy a ir con Milo a pedir y así nos conosemos mejor. —Le busqué en un silencio que

duró un par de segundos. Su mirada me dijo lo que necesitaba saber: que lo estaba intentando, que estaba dispuesto a formar parte de mi vida. Así que asentí y él sonrió, satisfecho—. ¿Una cervesa?

—Por favor —vocalicé para que me entendiera entre tanto ruido.

Escapé un momento de su gravedad para buscar la cartera y, cuando volví, ya no estaba. En su lugar se encontraba Milo, que me miraba con aire juguetón. Le hice un gesto con el dedo para que se acercara.

—¿Qué está pasando entre vosotros dos? —inquirí.

—Nada —negó con contundencia—. ¿Por qué? —Sonrió—. ¿Celoso?

—Nada más lejos de la realidad. —Lo decía de verdad.

«Preocupado, más bien», traté de decirle con la mirada.

—No te preocupes tanto, canijo —respondió—. Nos llevamos todos bien.

—Vale —fingí creerle.

Se escabulló en apenas un parpadeo y se arrejuntó con el resto de los chicos en la barra. Avisó a Harry de que había llegado con una palmadita cómplice en la espalda, y este la recibió de buena gana, respondiendo con una sonrisa que me tranquilizó.

«Todo va a salir bien», me repetí una y otra vez para tratar de convencerme.

—Parece un buen tío.

Tardé un momento en comprender a lo que se refería. En la oscuridad de la habitación, le busqué la cara para saber si decía la verdad. Era muy fácil pillarle una mentira a Milo, se le notaba porque se le escapaba una sonrisa pícara a la que yo había denominado «la cara de diablo». A simple vista podía parecer una sonrisa más, medio torcida, que enseñaba ligeramente los dientes, incluso le daba un aire aniñado; pero siempre escondía algo más. No fui capaz de verla. No porque no estuviera —eso nunca lo sabría—, sino porque estaba agachado quitándose los pantalones para meternos en la cama.

—¿De verdad te lo parece? —indagué, por asegurarme.

—Sí. —Levantó la cabeza. La luz que se colaba por las rendijas de la persiana lo iluminó—. ¿A ti no? —bromeó.

No había ni rastro de la sonrisa, solo un atisbo de confusión.

—No, sí —dudé—, claro que sí. Es solo que… —recordé el duelo de miradas y decidí dejarlo estar—, da igual. Cosas mías.

—Le das demasiadas vueltas a todo, Rodri.

Lanzó la ropa a la cómoda sin mirar, se quedó en calzoncillos y me regaló una estampa que llevaba mucho tiempo sin admirar. En un juego de claroscuros, los músculos de Milo se veían imponentes. Sus brazos eran grandes y fuertes y estaban cubiertos de recuerdos de guerra, como él mismo los llamaba. Su torso era firme y duro, como un roble, y se escurría en una marcada uve hasta un gigantesco paquete que hacía no mucho había visto con mis propios ojos. En ese momento yo estaba mirando de más, posiblemente por culpa de las seis o siete cervezas que me había tomado a base de invitaciones de Harry y Milo.

—Que aproveche —bromeó Milo, mordiéndose el carrillo, socarrón.

—¿Qué? —Traté de disimular que tenía la mirada perdida, que estaba en mi mundo y no con la cabeza atrapada entre sus piernas (de forma figurada)—. No, que estaba yo pensando que lo mismo vamos a estar muy apretados en la cama —le expliqué—. ¿No prefieres que me baje al sofá?

—No digas tonterías. —Y se lanzó sin pensar, quedándose en el lado de fuera—. Hemos dormido mil veces en mi cama de noventa y tan a gusto.

«Ya, pero si todo va bien, en dos días lo mismo estoy con Harry. Oficialmente». Lo pensé, pero no lo dije, porque hubo otro pensamiento anexo: «Si lo supieras, ¿qué dirías?». Me quedé parado en mitad de la habitación, pensándomelo dos veces antes de meterme de cabeza en la boca del lobo. Él dio un par de palmaditas a su lado, por si eso me ayudaba a decidirme.

—Está bien —me rendí.

Salté por encima de Milo como pude, sorteé a tientas sus larguiruchas piernas para no pisarle y, sin querer, terminé rozando la única parte de su cuerpo donde había tela.

—Lo siento —se me escapó en un susurro.

Él simplemente se rio de mí y me ayudó a terminar de pasar.

—¿Grande o pequeña? —preguntó de pronto.

«Enorme», pensé en un chiste interno que no tuvo gracia ni para mí.

—¿El qué?

—Que si prefieres cucharita grande o pequeña —aclaró—. Lo otro ya lo sé.

Aguanté la respiración sin saber qué responder y con las mejillas ardiendo. «Claro que la cucharita, Rodrigo, por favor, céntrate», me rogué, intranquilo. Pensé en cuál de las dos tenía menos peligro y respondí:

—Pequeña.

Fue apenas un susurro y, con un último giro, acepté mi destino.

Milo se dio media vuelta y me pasó el brazo por encima. Apoyó su mano en mi pectoral y se ajustó a la forma de mi cuerpo. Por inercia, y por una cuestión de espacio, su paquete encajó a la perfección entre mis nalgas. Yo fingí no darme cuenta. Recordé entonces la cantidad de veces que habíamos dormido así tras salir de fiesta, o en las noches de peli y manta, y decidí quitarle importancia.

Pero, de repente, empezaron las caricias. La mano que le quedaba libre a Milo se desenrolló entre mis rizos como si le pertenecieran. Era un ritual que habíamos creado entre los dos. Me conocía de sobra y sabía que no podía resistirme a que me hicieran cosquillas en la cabeza. Era casi como un botón de apagado: si me acariciabas durante un par de minutos, caía rendido. Él lo sabía, lo había hecho cada noche desde que lo descubrió. Incluso estando con Lucas. Nunca le habíamos dado mayor importancia. «Somos amigos, ¿no?», me había preguntado él cada vez que dudaba. Pero aquella noche había algo más.

Los límites de nuestra amistad se habían vuelto a desdibujar con aquella infame videollamada. Yo había sido tan responsable como Milo, eso era cierto. El problema era que para mí no había sido más que un reencuentro entre dos viejos amantes que se habían echado en falta. «¿Fue algo más para ti, Milo?», dudé. Un escalofrío me

recorrió de arriba abajo conforme sus manos se enredaban en mi pelo. Sabía que no tenía que pasar nada en esa cama si yo no quería. Y yo no quería. Solo faltaba que lo supiera Milo. Era lo justo.

—Milo… —traté de empezar el discurso.

—Lo sé. —Fue todo lo que dijo—. Harry —comprendió—. No pasa nada.

Apartó la mano sin dudar y yo sentí cómo se me deshacía un nudo en el estómago. Volví a respirar tranquilo y los músculos se me destensaron de golpe. Él lo notó también, pues volvió a acomodarse a la nueva forma de mi cuerpo. Comprendí entonces que no había más que hablar. Estaba todo claro. «Y ojalá que todo bien». Las ganas estaban ahí, ambos lo sabíamos, pero esa noche se iban a quedar en eso, en ganas.

—Buenas noches —le susurré.

—Buenas noches —respondió él y me regaló un besito en la espalda.

28

15 de julio

El sol me tostaba la piel, a pesar de las doce capas de crema —y otra de sudor— que llevaba encima, mientras en mis auriculares retumbaba el último single de Inez Archer. A un lado tenía a Milo bocabajo en su toalla, con la espalda enrojecida y la baba caída en una siesta improvisada de media mañana. Al otro estaba Harry, abrazándose las rodillas en un gesto de aburrimiento mientras jugaba a lanzarme piedrecitas a los dedos de los pies.

—¿Te diviertes? —bromeé, quitándome un auricular y buscándole con un ojo guiñado y el otro entrecerrado tras la decimotercera pedrada en el dedo meñique.

Se lo pensó un momento, soltó la siguiente piedra que tenía preparada y dijo:

—*Not really*. Es que no sé estar quieto.

—Yo es que estoy reventado.

—¿No dormiste bien anoche?

Fruncí el ceño y callé mientras recordaba en un *flashback* los últimos instantes de la noche anterior: el cuerpo de Milo expuesto ante mí, nuestras posturas encajadas sobre la cama y, por supuesto, ese amago de conversación que lo detuvo todo justo a tiempo.

—No mucho —dije flojito, para que no me escuchase Milo—. Es que dormir los dos en una cama de noventa es inviable. Y mira que se lo dije —susurré en un reproche que no tenía por qué salir de nuestra conversación.

—Oh —exclamó y alejó la mirada de mí, en busca del horizonte.

Tardé en comprender lo que acababa de pasar.

—No me digas que estás celoso —indagué.

Puso cara de socarronería, como si eso no fuese posible en su persona.

—*Should I?* —Se enfrentó a mi mirada.

—No —zanjé, a sabiendas de que decía la verdad y de que lo había aclarado.

—*Then I'm not*.

Un gruñido me sacó de la conversación. Milo se estaba removiendo, despertándose de su letargo. Se irguió medio atontado y me buscó de medio lado.

—¿Qué hora es? —La voz le sonaba pastosa.

—Casi la hora de comer —respondí.

—Bien —le convenció—, porque me muero de hambre.

No nos hizo falta mucho más para ponernos en marcha. Yo necesitaba huir del sol, Milo alimentar su hambre insaciable y Harry acabar con el aburrimiento. Así que, con el bañador todavía mojado y las mochilas cargadas al hombro, nos escurrimos entre chancletazos por el paseo en busca de algún sitio para comer.

—Cerca de la plaza hay una pizzería riquísima —propuse—. Además, tienen un aceitito picante que me encanta. —Se me hizo la boca agua solo de recordarlo—. Podemos comer ahí.

Los dos aceptaron de buena gana y, en un par de giros de esquina, llegamos. Como de costumbre, la plaza estaba abarrotada de gente y las terrazas de los bares hasta arriba. Por suerte, en la pizzería parecía haber una mesita libre, dispuesta para nosotros.

—Voy a preguntar si la tienen reservada —me adelanté.

Agarré las asas de la mochila con las dos manos y me adentré en el local. No llegué muy lejos. Estaba cruzando el umbral de la puerta cuando escuché su voz. No me hizo falta levantar la vista para saber de quién se trataba, lo supe al instante. El corazón se me salió del pecho, rogándome huir de ahí, pero me quedé paralizado.

—Rodrigo… —Y, como si del gatillo de una pistola se tratase, escucharle decir mi nombre desencadenó el recuerdo de la última vez que lo vi.

12 de junio,
treinta y tres días antes

Los muelles del colchón se estremecían con cada nueva embestida, acompasados con el vaivén del cabecero al golpear con la pared. Nosotros hacíamos el coro o, bueno, nuestros gemidos, que tenían que oírse hasta en el décimo piso. La habitación olía a las ganas que nos teníamos y a sudor. Llevábamos casi un mes sin follar, absorbidos por los exámenes finales. Eso explicaba que estuviera amaneciendo y siguiésemos ahí: entregados al placer.

La última acometida llegó acompañada de un temblor de piernas, un quejido ahogado y un chorretón de calor que nos pringó de arriba abajo. Lucas se levantó de un salto, con cuidado de no derramarlo todo, y aprovechó para tirar el condón en la papelera. Cogió un par de calcetines que yacían en una esquina y se limpió. Yo hice lo propio con un rollo de papel higiénico que reposaba sobre la mesita de noche.

Dejé las pruebas del delito junto a la cama y me quedé allí tendido, observando a Lucas en silencio. Él daba vueltas de un lado para otro, en un intento por recomponer el desastre que habíamos armado. La ropa estaba desperdigada por toda la habitación porque nos la habíamos arrancado nada más entrar. Entonces me miró y me pilló con esa cara de tonto que se me ponía cuando recordaba lo mucho que lo quería.

—¿En qué piensas? —me preguntó, divertido.

—Bueno…, ahora que estamos a punto de terminar la carrera, me pregunto cómo será el futuro.

Él suspiró.

—Ya sabes lo que dijo la psicóloga —me recordó—. No te obsesiones.

—Lo sé, no puedo evitarlo.

Lo seguí con la mirada mientras quitaba mis calzoncillos de encima del flexo. Los hizo un gurruño, sonrió y me los lanzó a la cara.

—¿Tú no piensas nunca en el futuro? —pregunté con cierto miedo.

—Bueno —lo dudó—, a veces…, supongo.

—Y ¿cómo te lo imaginas?

Se sentó en el borde de la cama.

—Me gustaría tener un estudio —comenzó sin avisar—, pequeñito —movía las manos acorde a sus palabras—, en algún lugar tranquilo —pensó en si debía decir en voz alta lo que estaba imaginando, pero lo terminó haciendo—, y también un perro de agua. No pido más.

—Oh —se me escapó sin querer.

Sus ojos me buscaban en silencio. Parecían querer descifrarme.

—Y ¿dónde encajo yo en esa visión de futuro?

—Puedes venir a verme siempre que quieras. —Sonaba seguro.

—¿Puedo ir a verte? —De pronto, me sentí más desnudo que nunca, así que me incorporé levemente en la cama, cogí la sábana y me escondí detrás—. Gracias, supongo.

—Ya te has enfadado. —Lo dijo exasperado.

—No —mentí—, no me he enfadado.

—Te conozco, Rodrigo. —Se levantó de golpe y se puso los calzoncillos que yo le había arrancado un rato antes—. ¿Qué te ha sentado mal esta vez?

«Esta vez», resonó en mi cabeza. A los ojos de Lucas, yo siempre había sido esa persona que se enfadaba por nada y que buscaba una excusa para discutir y estar de malas. No era justo, pero así me veía. Era el malo de su película. «Esta vez no», repliqué. Tragué saliva, organicé mis ideas y me dispuse a demostrarle que se equivocaba.

—Llevamos casi cuatro años juntos y… cuando piensas en tu futuro, yo no estoy en él. Es curioso cuando menos. —Traté de sonar neutro, como si no estuviese a punto de arrojarnos a uno de los dos por la ventana.

Con un gesto ceñudo, me regaló esa sonrisa sarcástica que tanto me repelía.

—Así que era una pregunta trampa… —Soltó una risotada—. Eres increíble.

—¿Pregunta trampa? —escupí, incrédulo.

Pegué un salto de la cama, arranqué la sábana para llevármela conmigo y recogí mi ropa del suelo, incapaz de mirarle a los ojos.

«¿Qué está pasando?».

—No, Lucas —continué con mi argumento—, porque si tú me hubieses preguntado a mí, en mi fantasía de futuro habrías estado tú. —Le apunté con el dedo y la manta cayó de bruces contra el suelo, dejándome expuesto—. Habríamos estado nosotros —remarqué las palabras con rabia— e incluso tu maldito perro de agua color chocolate.

Me subí los calzoncillos en un rápido movimiento.

—Porque sí, yo te escucho y quiero tener una vida contigo. —Me puse la camiseta lo más rápido que pude, pero el brazo se me quedó enganchado y me sentí ridículo—. La trampa te la pones tú solito.

Hizo una mueca de asco y se dio la vuelta en el sitio. Me estaba dando la espalda, literal y figuradamente.

—No tengo ganas de esto ahora.

—Qué sorpresa.

—¿Eso qué quiere decir? —me buscó, desafiante.

—Que nunca tienes ganas de hablar. —Metí una pierna en el pantalón—. De comunicarte como un ser humano cualquiera. —Otra pierna—. Para ti es más fácil pretender que no ha pasado nada y huir. —Me abroché el botón y me subí la cremallera. La armadura estaba casi completa y, de algún modo, yo cada vez estaba más lejos de él.

—Pues cuidado, porque a este ritmo a lo mejor huyo de esto.

«Un ultimátum. Qué rastrero».

—¿De esto? —me atreví a preguntar, sin saber si quería una respuesta.

—Sí, de ti —me apuñaló con el dedo.

Lo dijo impasible, sin una mueca en el rostro, como si le diese igual dinamitar lo que habíamos construido juntos.

—¿Es una amenaza? —quise saber—. Porque la puerta está abierta.

Negó con sorna.

«No entiendo qué te hace tanta gracia».

—Técnicamente —aclaró—, está abierta para ti. Esta es mi casa.

«He tenido que oír mal», quise pensar, recuperándome de la puñalada que acababa de recibir.

—Era una forma de hablar.

«Imbécil, gilipollas, comemierda», añadí en mi cabeza.

—Ya sé que estoy en tu casa —dije en voz alta.

Seguí recolectando mis cosas y metiéndolas en la mochila hechas un nudo. Recogí las zapatillas de un manotazo, metí los pies sin desatarlas y me ajusté el bajo de los pantalones mientras deseaba escapar de ahí cuanto antes. Temía que, de quedarme un minuto más, todo se terminara de ir a la mierda.

—Es mejor que lo dejemos, Rodrigo. —«Demasiado tarde»—. Esto no va a ningún sitio, y lo sabes.

Él seguía en calzoncillos, rompiéndome el corazón como si se tratase de la conversación más natural del mundo. Pero yo estaba enfadado, furioso, deseando destrozarle el corazón como él me lo estaba destrozando a mí, así que, como si fuese lo que tenía que pasar, acepté su propuesta.

—¿Sabes qué? —traté de sonar tranquilo, o quizá me acababa de matar y ya no sabía sentir—. Que estoy completamente de acuerdo —remarqué—. Me merezco mucho más que ir a visitaros a ti y a tu puto perro.

Se lo dije mirándole fijamente a los ojos. Él no apartó la mirada, arrogante.

—Está decidido entonces —me dijo.

Yo estaba paralizado, no podía moverme ni un ápice.

—Si me voy, no pienso volver —le advertí.

—Lo sé —zanjó él.

—Genial —zanjé yo.

Le hice un gesto de cabeza y él lo imitó. Cogí la mochila, dejé atrás mis ganas de vivir y salí de allí con paso firme. Así le pusimos el punto final a cuatro años de lo que, en ese momento, no parecía más que una gran mentira.

15 de julio

No sé cómo fui capaz de levantar la mirada del suelo, pero, luchando contra mi instinto más primario, el de la supervivencia, lo hice. No

me había planteado en todo el verano cómo sería volver a verlo, pero fue confuso y violento, como si me fulminara un rayo.

—Hola, Lucas —me atreví a decir.

—Hola, Rodrigo —repitió mi nombre.

—Te veo bien —mentí.

Lucas tenía las ojeras marcadas y la tez más pálida que de costumbre. Fuera por lo que fuese —porque me negué a pensar que fuera por mí—, no lo estaba pasando bien. Él sonrió, consciente de que le estaba mintiendo.

—Y yo a ti. —Él sí lo dijo de verdad y lo agradecí.

Entonces llegó el mutismo, las miradas esquivas y los carraspeos que confesaban que no queríamos estar ahí ninguno de los dos. Pero lo estábamos y no quedaba otra que aguantar y sobrevivir, y ya lo gestionaríamos después. Y puesto que Harry no estaba para ayudarme a espantar al silencio, tuve que hacerlo yo solo.

—¿Y qué haces por aquí? —Fue lo único que se me ocurrió preguntar.

—Hemos venido a pasar unos días a casa de Estela.

«Mierda, Estela», recordé. Se trataba de la mejor amiga de Lucas. Habían ido juntos al colegio y al instituto y casi a la universidad, pero, por cuestiones de la vida y de nota, se habían tenido que decir adiós cuando Lucas se fue a Madrid para destrozarme la vida. No obstante, habían sabido sobreponerse a la distancia y se veían cada vez que podían. En muchas ocasiones yo había estado presente, y algunas incluso habían sido allí. Estela se había portado siempre bien conmigo, éramos uña y carne cuando coincidíamos, pero aquel verano, por razones obvias, ni siquiera me había planteado escribirle. Tampoco me había acordado de ella, a decir verdad. De haber caído en la cuenta de que encontrarme con Lucas era una posibilidad, quizá nunca me hubiese subido a ese autobús. Por suerte —o por Harry— lo hice, y ahí estábamos, reunidos, en mi *safe place*, a solo un día de que el grupo de apoyo llegase a su fin. «Qué inoportuno», comprendí.

—Oh, claro. Qué bien —volví a mentir.

—Sí… —Lo supo leer—. Bueno, pues…

—… sí, claro. —«Por favor», forcé la máquina de la despedida.

—Supongo que te veré por ahí —se resignó.

—Tampoco hay dónde esconderse —bromeé, pero salió regular.

—¿Vas mañana a las Fiestas del Mar? —indagó.

—Sí, sí. Las Fiestas… —«Mierda»—. Claro. —Asentí a duras penas.

—Pues hasta mañana entonces. —Quiso hacerse el simpático.

—Hasta mañana —acepté con desgana.

Se despidió con un gesto de mano y, tras imitarle, me dispuse a salir de allí. Él me siguió de cerca y se sentó en una mesita junto a la entrada, donde le esperaban sus amigas. Eché un vistazo rápido y me encontré de lleno con Estela, que me sonrió con tristeza. Yo le pedí disculpas desde la distancia con un gesto de cabeza que ella imitó. Tenía el corazón en un puño. «¿Por qué me tiene que estar pasando esto a mí? ¿Y justo ahora?», me quejé. Pedí auxilio con la mirada a Harry, pero no pareció llegarle, y después a Milo, que sí me entendió.

—No me jodas —exclamó al verlo.

—Tienen la mesa reservada —mentí.

—Claro que sí —entendió Milo al instante.

—Vámonos —rogué en un susurro.

Harry trataba de leer la escena, confundido. Supo que algo no iba bien y que estaba mintiendo, pero no sabía por qué. Entendió que tendría mis razones y, sin cuestionarlas, asintió con seguridad y dijo:

—Os llevo a casa.

29

16 de julio

La mañana se coló por la ventana, inadvertida y en contra de mi voluntad, y con su luz me arrancó de un sueño profundo y placentero del que no quería escapar. Esa noche, Morfeo me había permitido volver a la habitación de Harry antes de que el ambiente se enrareciera, de que Lisa hablara conmigo, de que Milo llegase o de que Lucas apareciese, cuando todo era sencillo y mi verano se resumía en Harry y yo. Nada más.

Por desgracia, ahora estaba de vuelta en el mundo real, en ese donde Harry y yo llevábamos días sin estar a solas, y, por ende, sin besarnos; ese en el que Lisa había sembrado la duda en mi cabeza, alimentando mis inseguridades; ese en el que Milo era el que me abrazaba por las noches y ese en el que Lucas había regresado a mi vida sin permiso. Y, a pesar de todo, sentí paz. «La calma que precede a la tormenta», fue lo primero que pensé.

Las últimas horas habían sido bastante… raras, por llamarlas de alguna manera. Había vuelto a activar el piloto automático. Antes de llegar a casa de la abuela, después del fatídico encontronazo, había rogado en apenas un par de frases que lo dejásemos estar, «sobre todo delante de la abuela», les había aclarado. Harry y Milo habían aceptado mis exigencias, y eso, a decir verdad, me había facilitado bastante el resto del día.

Comimos con la abuela y pasamos la tarde disfrutando del jardín, jugando con Lola y tomando el té, lo que hizo que el tiempo se escurriera inadvertido. Ya por la noche, tras despedirnos de Harry y con la abuela acostada, antes de irnos a dormir, Milo quiso sacar de

nuevo el tema, pero le corté con un dulce «que descanses», y eso habíamos hecho. Había cerrado los ojos con la esperanza de que, al viajar al reino vecino, la noche sanase mis males, pero no había sido así.

Estaba solo en la cama. Me estiré todo lo largo que era para encajar cada músculo en su sitio entre gruñidos de puro placer. Di por hecho que Milo estaría desayunando con la abuela, así que me lo tomé con calma y cogí el móvil. Una notificación del calendario me salvó de quedar como el peor hijo que jamás hubiera existido —para variar un poco.

Un par de pitidos después, mamá contestó al teléfono. Parecía contenta de escucharme.

—¡Buenos díaaaaaas! —exclamé con emoción.

—Buenos días, hijo. —Se rio—. ¿Ahora te levantas?

—Feliz cumpleaños, madre. —Siempre la llamaba así, por molestarla un poco.

—¡Te has acordado! —bromeó—. Muchas gracias. Aunque ya no sé si a mi edad se debe decir felicidades o lo siento mucho.

Se me escapó una risotada y ella me imitó.

—Lo peor es que estás genial y lo sabes.

Y se trataba de un hecho objetivo. Mamá acababa de cumplir cuarenta y ocho años, pero no los aparentaba. Mis amigos tenían la costumbre de bromear sobre el tema y la llamaban Luz Button porque insistían en que cumplía años al revés. Paula, que compartía cumpleaños con ella, cada 16 de julio me hacía el mismo chascarrillo: «¿Tu madre ha vuelto a cumplir treinta años?». Y de verdad que lo parecía. No tenía una sola arruga —y ella insistía en que era por embadurnarse con cremas desde bien jovencita—, llevaba el pelo teñido de un rubio despampanante y tenía un cuerpo de escándalo. Solía vestir a la moda y, quieras que no, eso la ayudaba mucho a quitarse años de encima. Ella, en el fondo, lo sabía, pero le encantaba que se lo recordase.

—Eres mi hijo, ¿tú qué vas a decir? —Se hizo la humilde.

—Te debo un regalo —cambié de tema—, así que ve pensando lo que quieres.

—No quiero nada. Con saber qué tal te va el verano, me

conformo.

—¿Ya está? ¿Solo eso? —bromeé—. Qué barata me sales.

—Yo con saber cómo está mi niño…

Escuchar eso me entristeció. Estaba siendo un capullo, para no variar. Había estado tan inmerso en mis dramas, mis amoríos y mi verano que estaba dejando de lado a mi familia, descuidándola. Cada mañana le mandaba un par de mensajes de cortesía para que no se preocupase más de la cuenta, pero poco más. No era justo. Así que quizá ese podía ser mi momento de redención. Contarle a mamá exactamente por qué me estaba comportando así. No me iba a redimir ni a justificar, pero al menos la dejaría formar parte de la historia.

—Está bien —acepté de buena gana.

—¿En serio? —se sorprendió de que colase—. Espera, que cojo palomitas.

Se me escapó una risita tonta —porque la veía capaz— y preparé el terreno:

—No había dicho nada antes para no gafarlo, pero… —«ya es día veintiuno, así que nada de lo que preocuparse»—: he conocido a alguien.

Se escuchó un gritito al otro lado del teléfono que vino acompañado de un «Cuéntamelo todo», y eso hice. No le conté «todo todo» porque había partes que mi madre no tenía por qué saber, pero sí que le relaté con pelos y señales nuestro idilio. Mamá parecía entusiasmada, estaba tan dentro de la historia como la abuela, si no más, y me pidió que le enseñara fotos del «muchachito». Le encantó, claro está. Pero es que, ¿a quién no le iba a encantar Harry Grosvenor?

—Qué bonito hacerse novios en las Fiestas del Mar —comprendió mamá.

—Bueeeeeeno, relaaaaaaja, es pronto para…

—Le tienes que besar durante los fuegos artificiales —me cortó—. ¡Y que lo grabe Milo!

—Mamáááááá —me quejé—. ¿Ves? Por eso no te cuento nada.

Ella se rio y yo aproveché para cambiarle de tema. El resto de la llamada se trató de mamá y de Pablo. Me puso al día del trabajo y

de lo quemada que estaba, tenía las vacaciones las dos últimas semanas de agosto y no podía esperar para irse de viaje con sus amigas a las islas griegas. Pablo estaba mejor. Según me dijo, se había apuntado a una academia y estaba estudiando en serio, pero había vuelto a sonreír y a ser el mismo tontorrón de siempre. Poco antes de colgar, incluso apareció en la cocina, se puso al teléfono y me contó que se había dado unos besos con una compañera de la academia. Me pareció justo contarle que yo me estaba dando besos con un «chiquito británico» y así lo hice. Fue una llamada no muy larga, pero, nada más colgar, sentí que me había dado la energía necesaria para superar aquel día. Esa noche comenzaban las Fiestas del Mar. Y eso solo podía significar una cosa. Una que me recordó un mensaje de Harry:

Feliz día 21
What a trip, huh? 9:26

Me quedé mirando el mensaje un rato. Bailoteé con los dedos sobre el teclado, analizando qué responder. Si hubiera seguido mi primer instinto, habría empezado con un: «¿Y ahora qué, Harry?», pero supe que lo mejor sería fingir y parecer una persona normal.

Feliz día 21.
Gracias por regalarme el viaje de mi vida.
Esta noche lo celebramos? 9:31

For sure!
Me pondré mis mejores galas 😉 9:32

Yo… iré como siempre
No puedo ofrecerte más ☹ 9:33

No necesito más ♡ 9:35

Ese último mensaje me tranquilizó. Sonreí. «Todo va a salir bien», me dije, y de verdad lo creía. Y, agarrándome a ese pensamiento,

me puse en marcha. Esa noche, fuera como fuese, tenía que hablar con Harry.

El ambiente estaba enrojecido por bengalas. Cientos de personas se apelotonaban en la orilla para ver cómo los barcos pesqueros, las lanchas y los veleros seguían muy de cerca la procesión del mar. Estábamos todos en primera línea viendo el espectáculo. Pino con cara de asco —como de costumbre—, Nívea dándole golpecitos para que se comportase, Lisa emocionada por la escena marítima, Sastre comiendo regalices como si aquello no fuera con él, Milo a mi izquierda y Harry a mi derecha.

Yo, móvil en mano, trataba de sacar una buena foto para mandársela a mamá.

—¿Desde cuando eres un capillita? —me acusó Milo, jocoso.

—Es para mi madre —gruñí—, idiota.

Él se rio y yo le ignoré. Le envié unas cuantas fotos y otros tantos vídeos junto al mensaje: «Te hubiese encantado». A lo que ella me respondió con muchos emojis y un juramento: «El año que viene no me la pierdo».

La solemnidad dio lugar a la música, al alcohol, las hogueras y el disfrute. La playa estaba atestada de punta a punta, plagada de jóvenes de todas las edades que habían venido incluso de pueblos vecinos para celebrar las Fiestas del Mar de La Herradura. «Las mejores del mundo», me había dicho Sara en su día, y ahora entendía por qué. Recordarla me entristeció ligeramente, porque ese día tampoco estaba. No pregunté si la habían avisado, aunque lo más seguro fuera que sí, pero ella no daba señales de vida. Sabíamos que estaba bien. Pino y Lisa la habían visto por el pueblo alguna que otra vez, pero, por las razones que fueran, Sara había decidido dejar de formar parte del grupo y, por mucho que nos jodiera, estaba en todo su derecho.

Esa noche el buen rollo se respiraba en el ambiente. No había ni rastro de Lucas y, con la cantidad de gente que teníamos a nuestro alrededor, esperaba no encontrármelo. Milo parecía haberse hecho un hueco entre mis nuevos amigos, incluso con Pino, y se movía

cómodamente de aquí para allá sin necesidad de que yo tuviera que estar encima. Lisa y Nívea le estaban dando la tabarra a Sastre con el tema de Sara. Trataban de saber si se les escapaba algo o si al pobre muchacho se le había olvidado contar algún detalle que explicase su desaparición, a lo que él respondió con monosílabos y gruñidos. Harry, por su parte, no me quitaba el ojo de encima, y yo a él tampoco. Y en un acto de bravuconería —a causa del alcohol—, mientras que el resto de los integrantes del grupo estaba a otras cosas, me acerqué y le dije:

—Feliz día veintiuno, desconocido.

Se le amplió la sonrisa y se mordió el carrillo, tontorrón.

—*Happy twenty-first, stalker* —dijo con esa gravedad que hipnotizaba.

—Se me ha pasado más rápido de lo esperado.

—*Me too*.

Nos sostuvimos la mirada un momento. Su iris seguía siendo un misterio para mí. Lo único que tuve claro fue que deseaba besarlo ahí mismo.

—Tenemos que hablar de… —comencé.

—¿Rodrigo? —me interrumpió una voz a mi espalda.

«Otra vez no». Cerré los ojos tratando de contener toda emoción y me di la vuelta para toparme con Lucas. Llevaba el pelo alborotado en un *mullet* que le quedaba bastante bien y, en un acto de lo más conveniente, se había puesto una camisa negra de seda que yo le había regalado por su cumpleaños. El resto seguía igual: el arito en la oreja izquierda, el tatuaje en la pantorrilla, las Converse que alguna vez me dejaba y ese aura de pasotismo que nos había acompañado durante toda la relación.

—Perdona que os interrumpa, pero… ¿podemos hablar? —Se le notaba inquieto a pesar de que yo no había abierto la boca, quizá por miedo a recibir una negativa.

En un acto instintivo, busqué a Harry. Él, para hacerme saber que estaba todo bien, se limitó a regalarme una sonrisa tranquilizadora.

—Cuando vuelva… —No supe cómo plantearlo.

—*Sure* —aceptó—, estaré por aquí.

Devolví la mirada a Lucas y, con un gesto de mano, le invité a

irnos. El camino se hizo eterno, sumidos en un mutismo absoluto que ninguno de los dos quiso romper. Encontrarnos el día anterior había sido sencillo, pero esto era otra cosa. Lucas había venido a buscarme para mantener una conversación sin formalismos. Y, por tanto, lo que se dijera a continuación tendría consecuencias.

Nos alejamos de la muchedumbre hasta llegar a un parquecito en el paseo que colindaba con el instituto. Por costumbre, nos sentamos cada uno en un balancín, de manera que los chirridos metálicos fueron los responsables de romper el hielo. Y, una vez roto, Lucas habló:

—¿Qué tal está tu abuela?

—Bien, bien —respondí cordial—. Contenta de tenerme por aquí.

—Me imagino —me concedió, con la mirada perdida en el suelo.

—¿Y tu madre?

—Mi madre bien, como siempre.

Otra vez solo chirridos, y el chasquido de las zapatillas contra el suelo, y el runrún de las hojas mecidas por el viento, y el hilo de música que rezumaba desde la playa de enfrente.

—Mira, Lucas… —me atreví a decir.

—No —me cortó—, déjame a mí —lo dijo en un ruego—, por favor.

Me limité a asentir y él, a sabiendas de que había llegado la hora de la verdad, inspiró todo el aire que le cupo en los pulmones y abrió la veda.

—Lo siento. —Me buscó de soslayo—. Por todo: por cómo te traté, por las cosas que te dije, por cómo lo dejamos, por haber desaparecido… —Suspiró y sonrió con tristeza—. Pero, sobre todo —lo remarcó—, por haberte hecho daño. No te lo merecías —reconoció—. Nunca lo has merecido —puntualizó, haciendo referencia a una relación plagada de feos y desplantes, y de una paciencia infinita que ahora ni siquiera reconocía como mía— y yo no he sabido estar a la altura. —Una pausa—. A tu altura.

—Lucas… —quise rebatirle, por aliviar su carga, pero no me dejó.

—No —se negó en redondo—, no le quites importancia. Me he portado tan mal contigo… y no me refiero solo al último día —aclaró, en un ejercicio de introspección—. Tengo que aprender a ser

consecuente con mis actos y, de paso, a asumir las consecuencias. Así que, vamos, di lo que tengas que decir —trató de forzar una sonrisa un poco más amplia y me encaró—, no te dejes nada dentro. Tienes vía libre.

Me negué a hacerlo. Podría haberle hecho mil preguntas, haber agitado el avispero, pasar horas echándole cosas en cara. Pero es que ese dolor ya estaba sanado, el tiempo se había encargado de ello y el grupo de apoyo para corazones rotos, o lo que es lo mismo, Harry, lo había supervisado con tanto mimo que ahora mi corazón le pertenecía a él.

—Está bien —acepté—. En primer lugar, gracias —le concedí con un gesto de muñeca—. Necesitaba tener esta conversación y no sé si hubiera tenido el valor de empezarla. —Me respondió con un gesto satisfecho de cabeza—. Y ahora es mi turno de pedir disculpas. —Iba a quejarse, pero le detuve con un ruego silencioso —. No soy perfecto, Lucas. Ni de lejos —bromeé, pero era la verdad —. Y yo también cometí muchos errores en nuestra relación.

—Ni la mitad que yo.

—Pero esto no es una competición.

—Pero si lo fuera —bromeó—, yo habría ganado.

—Vale, sí —le concedí—, si lo fuera, serías el ganador indiscutible, pero…

—No lo es —terminó la frase por mí.

—No, así que lo siento.

—Disculpas aceptadas —dijo en apenas un susurro tímido.

—Lo mismo digo. —Sonreí.

El silencio nos volvió a acechar, esta vez algo más inconsistente, pero Lucas lo espantó:

—¿Y ya está?

—Ya está el qué —me sorprendió la pregunta.

—No sé —torció el gesto—, me esperaba una retahíla de maldiciones, gritos y lágrimas. Por parte de los dos —aclaró—, pero esto ha sido…

Buscó la palabra correcta, pero yo ya la sabía, así que me adelanté:

—… fácil. —Y tenía razón.

—Demasiado, ¿verdad? Que, oye, mejor —reconoció—, pero me sorprende.

—Supongo que estos somos nosotros dos siendo adultos —bromeé.

—Qué aburrido —se quejó, dramatizando—. Ser adulto es una trampa.

—Y que lo digas.

—Pues ya que estamos siendo adultos funcionales y supermaduros en esta —hizo una seudoreverencia— nuestra primera conversación posruptura, hay una cosa más que me gustaría saber.

Su voz se recrudeció en la última frase. Ya no había ni rastro de sarcasmo. Cauto, me limité a esperar a que disparase.

—¿Te arrepientes? —quiso saber.

—¿De qué?

—De haberlo dejado.

Me lo pensé un momento, más por educación y empatía que por otra cosa, porque sabía de sobra cuál era la respuesta.

—No. —Fui sincero—. ¿Y tú?

Él también se lo pensó un momento, yo creí que por compasión, o quizá para no mostrarme su orgullo herido, pero decidió apostar por la sinceridad sin filtro.

—A veces —reconoció sin miramientos—. Ha sido un mes complicado, ¿sabes? —Buscó mi comprensión—. Y mira que yo no soy de ir llorando por las esquinas o de escribir a mis amigas para darles la tabarra… —«como tú», le faltó decir—, aunque sí lo he pasado mal. Pero —alargó mucho la e—, en cuanto baja el cortisol y tengo un momento de lucidez, sé que es lo mejor para los dos.

—Sí que lo es. —Alargué la mano para coger la suya, en un gesto de cariño improvisado que recibió de buena gana—. La parte positiva —puntualicé— es que ahora que hemos hablado y que volvemos a ser amigos…

—Ah —me cortó, fingiendo sorprenderse—, pero ¿que ya somos amigos?

—Del alma, además —le seguí la broma y añadí—: Puedes contar conmigo.

—Lo sé.

—Para lo que sea.

—Gracias —susurró—. Tú también puedes contar conmigo.

Los pulmones se me llenaron de aire. Estaba tranquilo, como si esa conversación con Lucas fuera lo que necesitaba para culminar mi duelo y poder seguir adelante. Cuando lo miraba, ya no había rabia o resentimiento, ni siquiera me incomodaba, solo quedaba un profundo cariño que se había ido forjando durante cuatro largos años en los que Lucas me había enseñado lo que era el amor, y eso nunca se olvida.

—¿Un abrazo? —le pedí de pronto, pues lo necesitaba para sellar la paz.

Él asintió sin dudar y se levantó. Le imité y, tras un ligero titubeo por si habíamos olvidado cómo adaptarnos el uno a la forma del otro, nos abrazamos. No duró mucho. Lo justo como para calentarnos el pecho y hacer que el peso del mundo pareciera más liviano. Hacía años que le había concedido ese poder a Lucas —ahora era de Harry—, pero donde hubo llamas siempre quedan cenizas, y las de un abrazo nunca se olvidan.

—Cómo necesitaba esto —reconocí en un acto reflejo.

—¿Un abrazo? —dudó, aún amarrado a mi espalda.

—Aclarar las cosas… —«De lo otro voy servido», pensé—. Y sentirme en paz.

—Yo también —me confesó—. Y ahora a por el muchachito.

—No sé de qué me hablas. —Me hice el despistado.

—El rubito de los ojos azules. Venga ya, que nos conocemos. —Se rio, encantador.

—Lucas —le detuve con cariño, deslizándome fuera del abrazo para encontrarme con esos ojos negros—, tampoco forcemos la máquina.

Se le escapó una sonrisa torcida y asintió con contundencia.

—Tienes razón —reconoció—. Solo necesito saber una cosa más —hizo una pausa y me sujetó la cara entre las manos, buscándome los ojos—: ¿eres feliz?

—Sí —ni siquiera lo dudé—, mucho.

—Me alegra oír eso.

—¿Y tú?

Soltó un quejido que me respondió antes de que lo hicieran sus labios.

—La verdad es que no. —Se encogió de hombros resignado—. Pero lo estaré.

—No me cabe ninguna duda. —Y le di un golpecito en el hombro.

—*Cringe* —musitó mientras se limpiaba la zona de impacto—. Vamos, que te acompaño con tus amigos.

—No hace falta —me negué—, sé volver solito.

—Ni lo intentes. Está decidido. —Me agarró de la mano—. Yo te secuestro, yo te devuelvo, y no hay más que hablar.

Me resigné y salimos de allí. Regresar al punto de partida resultó más difícil de lo esperado. Aunque no lo dijera, agradecí que Lucas se hubiese empeñado en acompañarme. Entre la ida, la charla y la vuelta, tardamos cerca de una hora en volver. Una vez allí, Sastre había desaparecido. Nívea estaba enrollándose con Pino. Y Lisa estaba bailoteando en su propio mundo de fantasía y alcohol. Pero ni rastro de Milo ni de Harry.

—Oye, Lisa. —Ella respondió con un ruido, sin dejar de bailar—. ¿Dónde están los demás?

—Sastre se fue hace un rato —respondió por inercia.

—Y… ¿Milo? ¿Harry? —fui enumerando, ante la atenta mirada de Lucas.

—*I think they went to pee.* —Acto seguido le pegó un sorbo a la copa.

Me di la vuelta en el sitio para reencontrarme con Lucas, y él torció el gesto.

—Joder —me quejé—, pues yo también me meo.

—Si quieres venirte —señaló tras de sí—, mis amigas están en la estatua, al lado del baño.

—Vale, sí.

Era medianoche. Lo supe porque un estallido iluminó el cielo cuando volvimos a navegar la marabunta de gente. Lucas me agarró de la punta de los dedos para no separarnos. Los cohetes iluminaban rostros descuajeringados, pupilas dilatadas y cuerpos sudorosos a nuestro alrededor. Conforme nos acercábamos a los baños, tenía la sensación de estar adentrándome más y más

profundo en los nueve círculos del infierno de Dante. Supe que había llegado al último cuando me encontré el Monumento a los Hombres del Mar. Conocía de sobra la historia oculta en aquella escultura. Me la había contado el abuelo en su momento, me la había recordado la abuela hacía no tanto. Era en honor a los caídos en aquella bahía. Era en mi honor… Lo comprendí cuando los vi, ocultos entre dos palmeras. Milo apoyado contra el tronco de una de ellas, amarrado al cuello de la camiseta de Harry. Harry forcejeando para recuperar el aire y así poder seguir rindiéndose ante sus encantos.

—Lucas… —fui capaz de decir en apenas un susurro.

«… se están besando».

Tercera Parte
La mirada del abuelo

Me apuñalaste por la espalda
en un supuesto abrazo,
pero un amigo no debería
matarte a sangre fría.

«Mind-Twisted», Inez Archer, 2017

30

17 de julio

No echaba de menos tener el corazón roto. Ni la quemazón en el pecho, ni los surcos de agua deslizándose por mi rostro hasta formar pantanos de tristeza en la almohada, ni las imágenes arremolinándose delante de mis ojos para seguir haciéndome daño en un bucle infinito. Y, por descontado, no echaba de menos la pena, ni la propia ni la que se genera en la mirada de todas y cada una de las personas que te ven destrozado, hecho pedacitos.

Un par de golpes me advirtieron de que tenía visita y cerré los ojos para fingir que dormía. La puerta se abrió. Unos pasos llegaron hasta el borde de la cama. Se sentó junto a mí con cuidado de no terminar de romperme y, solo por el olor de su perfume, supe que se trataba de Lucas.

—¿Cómo estás? —Ni siquiera me preguntó si estaba dormido. Sabía la respuesta.

—No hablaré si no es en presencia de un abogado.

—Veo que no has perdido el sentido del humor. Eso es bueno.

—Es eso o morirme. No me hagas elegir. —Me removí hasta quedar bocarriba.

Cargó un suspiro que se le escapó sin querer.

—Te he traído un té.

Lo dejó encima de la mesita de noche. Me erguí en el sitio, apoyé los hombros en el cabecero de la cama y se lo agradecí con la mirada.

—Mmm…, té de cianuro —bromeé—, mi favorito.

—Sí —confirmó mis sospechas—, y aderezado con matarratas.

Lo cogí con cuidado de no derramarlo en la cama y le di un sorbito.

—Qué muerte más dulce. —Le hice saber que estaba rico—. Gracias.

Di un par de sorbitos más mientras el silencio lo envolvía todo.

—¿Quieres hablar de ello? —tanteó.

—No sabría ni por dónde empezar. —Se me quebró la voz.

Una notificación encendió la pantalla del móvil. Eran ya las 6:07 de la mañana y no había pegado ojo en toda la noche. Lucas tampoco. Estaba ocupando su cama en casa de Estela, y el pobre se había estado dando paseos del sofá a la habitación para asegurarse de que estaba bien.

—Ni caso —le resté importancia—, llevan así toda la noche.

—Tienes muchas notificaciones —remarcó—. Deben de estar preocupados.

—Lo sé —susurré—, que se jodan —concluí.

—Pues también es verdad.

—He avisado a mi abuela, así que… por mí como si te lo quieres llevar. —Le tendí el móvil.

Sonrió y yo le imité, aunque sin ganas, por pura inercia.

—Si te apetece charlar… —se ofreció.

—Recuérdame —quise saber entonces—, ¿por qué lo dejamos?

Torció el gesto sin comprender.

—No creo que sea el momento de…

—Tengo curiosidad —le resté importancia—. Por si en tu respuesta encuentro una razón que me ayude a entender por qué me han hecho algo así. —Terminé la frase en un puchero que acabó por romperse. Un par de lágrimas rodaron mejilla abajo.

—Rodrigo… —Y ahí estaba, la pena en su voz.

—Por favor —le rogué.

Se lo pensó y se rascó la cabeza en busca de las palabras adecuadas, a sabiendas de que, dijera lo que dijese, en su respuesta no iba a encontrar lo que buscaba. Pero me dio el placer igual.

—Porque quería que fueras feliz.

Por cómo lo dijo supe que decía la verdad, pero no me sirvió.

—¿Te parezco feliz?

—No ahora mismo, no —negó categórico—. Pero hace un rato sí.

—Qué rápido cambian las cosas, ¿no?

—Rodrigo, cuando saliste de mi casa aquel día —se refirió en clave a la ruptura—, estabas… apagado. —No le faltaba razón—. Pero ayer, cuando te vi, tenías un brillo en la mirada que no había vuelto a ver desde la primera vez que me dijiste que me querías —lo dijo con anhelo—. Y, aunque ahora mismo parezca que no, lo vas a volver a ser.

No había más que buenas intenciones en su soliloquio, pero no era suficiente. No cuando mi corazón estaba hecho añicos. «Otra vez», me recordé.

—Lucas… —Por mucho que escarbaba, no encontraba las palabras con las que expresar cómo me sentía, así que me ceñí a los hechos —. He perdido a los tres hombres a los que más he querido en mi vida en cuestión de treinta y tres días. Y sí —reconocí—, los he contado y creo que he batido un nuevo récord.

En un movimiento coreografiado de extrema unción, sonreímos tristes. Yo porque sentía que rompía todo aquello que me importaba; Lucas en un acto de empatía sin precedentes.

—Lo siento tanto, Rodrigo —decía la verdad—. Dime, ¿qué puedo hacer para ayudarte?

Llevaba toda la noche dándole vueltas a la logística de la situación, a cómo deshacerme de Milo sin tener que verlos a ninguno de los dos y, aunque sabía que era mucho pedir, quizá su ofrecimiento fuera la respuesta a mis plegarias.

—Hay una cosa, pero…

—Sin peros —me cortó, seguro.

Se lo conté entre quejidos de vergüenza, suspiros y aclaraciones constantes de «No tienes por qué hacerlo» y «Sé que es mucho pedir» y, aun así, Lucas aceptó sin rechistar. Cuando salió de la habitación, dispuesto a cumplir con mis delirios, la pantalla del móvil se volvió a iluminar. Me quise asegurar de que no fuera la abuela, así que eché un vistazo a la suma de notificaciones.

«17 llamadas perdidas», tres de Milo, una de Lisa y el resto de Harry.

«31 mensajes nuevos», y los empecé a leer por encima.

Lisa
Dónde estás? 0:13
??? 0:26
Me acabo de enterar… 1:39
Lo siento mucho 1:39
Si necesitas hablar, sabes dónde encontrarme 1:39

Nívea
Rodri, escríbeme cuando leas esto 0:27
Estoy aquí para ti 1:52
No hagas como Sara, por favor 1:52

Pino
Le he partido la cara al puto desgraciado, espero que le deje marca 2:11
No te mereces lo que te han hecho 2:12

Paula
Muchas gracias!!! 0:44
Tu madre ha vuelto a cumplir treinta años? 0:45
No la soporto, me roba mi día de cumpleaños y encima parece más joven que yo 0:45
Qué tal por la playita? 0:46

Milo
Sigues todavía con este? 0:06
Rodri? 0:13

Videollamada perdida 1:03

Me puedes coger el puto teléfono? 1:03
Te estamos buscando por todos sitios 1:04
Cuando te pille te vas a cagar 1:12

Videollamada perdida

1:31
Rodri… no es lo que parece 1:31
Por favor, vamos a hablar 1:48

Ha sido una tontería,
estábamos borrachos 3:19
Pues nada 6:07

Harry
Oficialmente, hace un mes que nos conocimos,
cómo pasa el tiempo 0:10
Estás bien? 0:13

Necesitas que vaya a buscarte? 0:26
Estoy preocupado, escríbeme en cuanto me leas
0:39
Rodrigo, por favor 0:52

Videollamada perdida 1:05

Déjame que te lo explique 1:13
O, por lo menos, hazme saber que estás bien
1:14

Videollamada perdida 1:45
Videollamada perdida 2:16
Videollamada perdida 2:29
Videollamada perdida 3:10
Videollamada perdida 4:54

Por si sirve de algo, lo siento 6:24

Lucas

Cuando Estela me mandó aquel mensaje hacía un par de semanas invitándome a las Fiestas del Mar «para desconectar», lo último que me imaginé es que terminaría siendo el pañuelo de lágrimas de mi ex por otro tío. «Será divertido», me habían insistido mis amigas. Y ahí estaba, conduciendo cerro arriba dirección a Los Girasoles para hacer el trabajo sucio y librarme del asqueroso de Milo.

Lo hacía más fácil el hecho de que nunca me hubiera caído bien. Había pasado los últimos cuatro años bajo la certeza de que Milo no

era trigo limpio. Y, visto lo visto, no me alejaba tanto de la realidad. Nunca supe si era por esa sonrisa viperina, por el aura de pasota o por el hecho de que se hubiera estado follando a mi novio durante años antes de conocerlo, pero estaba convencido de que, más tarde o más temprano, nos iba a traer algún problema. Al final, solo se había llevado por delante a su mejor amigo y yo no había necesitado su inestimable ayuda para sabotear mi relación, pero eso era otra historia. Una que me seguía doliendo y mucho.

Nada más girar la última curva, me topé con un descapotable blanco aparcado en la puerta de casa de Griselda. Junto a él, Milo estaba sentado sobre su maleta, sosteniéndose a duras penas, mientras que Harry, que hasta ese momento se encontraba apoyado en el capó del coche, se recompuso rápidamente y esperó a que me acercase.

«Que empiece el show». Fijé el freno de mano y bajé del coche, tratando de reflejar en la cara la pereza que me daba el trámite. Y, sin apenas alejarme de la puerta, le hice un gesto a Milo.

—Tú —dije, lo más seco que pude, como si fuese una orden—, vamos.

Él pareció aceptar su destino. Se puso la mochila, agarró el asa de la maleta y me obedeció sin rechistar. Tal y como me había advertido Rodri, Harry no se rindió tan fácilmente y se acercó un par de pasos para preguntarme:

—¿Cómo está Rodrrigo?

—No sé —ironicé—, dímelo tú. ¿Cómo crees que está?

—Tengo que hablar con él.

—Es mejor que le deis algo de espacio. —Traté de no perder las formas.

No pudo evitar una sonrisa burlona pero cargada de dolor y se atrevió a decir:

—No creo que tú seas quién para desidir eso, Lucas —«Estará de broma el puto guiri»—, después de lo que le hisiste.

Torcí el gesto en un amago de incredulidad y sonreí autosuficiente.

—¿De verdad queremos abrir el melón de quién le hizo qué? —Y nos señalé a los tres—. Somos el putísimo Triángulo de las

Bermudas de la vida de Rodrigo. —«Lucifer, Belcebú y Astaroth», pensé, pero no lo dije por si no se entendía la referencia.

—Pero… —trató de quejarse.

—Mira, Harry, no te conozco —no mentí—, ni tengo interés en conocerte. —Otra gran verdad—. Pero, por lo menos, y aunque solo sea por la hora que es y por lo cansados que estamos todos —le rogué—, vamos a fingir que nos respetamos.

—*But…* —lo volvió a intentar.

—No quiere veros, Harry —le corté brusco—. A ninguno de los dos.

Y ese pareció el tiro de gracia. Pude ver reflejado en su cara que, quizá por primera vez, comprendía la gravedad del asunto, y se alejó entre murmullos de regreso a su coche.

—*Fuck, fuck, fuck.* —Harry se llevó las manos a la cabeza—. *Fuck you, Milo!* —gritó apuntándole con la cara enrojecida y el odio titilando en las pupilas—. *Fuck you!* —Y le pegó una patada a la puerta del coche, lo que hizo que la chapa se abollara ligeramente.

Pude ver cómo un par de lágrimas se le derramaban justo después. Al desprenderse de sus mejillas, se deshicieron en el asfalto. No juzgaba su frustración, ni siquiera los errores que había cometido ese día. De hecho, le compadecía. Yo sabía lo que era hacer la mayor cagada de tu vida sin vuelta atrás. Entendía lo que significa meter el pie en un pozo de mierda y que cuanto más intentases patalear para salir a la superficie, más y más te hundieras. Lo que tenía delante de mí no era más que la consecuencia de la desesperación, el instinto incansable de un animalito herido tratando de escapar de lo ineludible. Y, sin decir una sola palabra más, se subió a su coche y se fue.

En la incomodidad del silencio, con los pajarillos de fondo celebrando una escena atroz y macabra, me deslicé hasta el maletero y lo abrí con un movimiento de muñeca. Después, me metí en el coche. Milo supo lo que tenía que hacer y lo hizo. Dejó las cosas atrás, se sentó de copiloto y cerró la puerta tras de sí. Ya no había pajarillos, ni brisa, ni aleteos de insectos empezando con sus labores de buena mañana. Estábamos solo Milo, el silencio y yo. Era demasiado apacible, demasiado tranquilo para lo que se merecía. Y

no me pareció justo.

—Y tú —le reté—. ¿Es que no tienes nada que decir?

Arrugó el morro, como si la conversación no fuera con él, y respondió:

—No.

—Eres un mierdas.

—Lo sé.

«Es una batalla perdida», supe al instante. Hicimos el trayecto sin pronunciar palabra. A fin de cuentas, yo no tenía más que decirle al impresentable de Milo, y no había excusa que él pudiera darme para justificar su traición. No tardamos más de diez minutos en estar de vuelta en el pueblo y, nada más llegar a la parada del autobús, me fijé en un muchacho con el gesto gacho, la mirada triste y el alma desgastada. Rodrigo estaba esperándonos en la parada. Cuando Milo lo vio, los ojos se le abrieron como platos y la vergüenza hizo que le temblara el labio.

—Supongo que a todo cerdo le llega su San Martín —dije parando en doble fila—. Disfruta del tuyo.

Rodrigo

El cielo estaba empezando a clarear cuando el coche de Lucas apareció por el final de la calle. Me costaba mirar la cara del que, hasta ese día, había sido mi mejor amigo. El vehículo puso las luces de emergencia y se paró a un par de metros de distancia. Yo me limité a esperar. Supe que Milo se había acercado hasta mí, un par de portazos después, por el olor dulzón de su perfume, que me hizo estremecer. Él se limitó a quedarse hierático justo delante. No dijo nada, ni una disculpa, ni una explicación, ni siquiera un saludo airado para romper el hielo. Se quedó ahí, quieto, mirándome en un incómodo silencio que me puso los pelos de punta. O quizá eso fuera a causa del frío, nunca lo sabré.

Las palmeras se agitaban balanceadas por el viento al compás de los intermitentes o de los latidos de mi corazón: furiosos, acelerados y al borde del colapso. Si me hubiese dejado llevar por mi instinto

animal, me habría amarrado al cuello de Milo y le habría gritado una sarta de barbaridades en busca de respuestas que, quizá, ni hubiera tenido la oportunidad de dar. Sin embargo, preferí ser mejor que eso, mejor que ellos. Me arrepentí al instante; ojalá lo hubiera estrangulado para no haber escuchado nunca su justificación.

—Se suponía que no tenías que verlo.

Busqué los labios que se habían atrevido a soltar semejante estupidez. Me dolían los dientes de apretar la mandíbula. Los ojos apenas me enfocaban, los tenía hinchados de tanto llorar. Pero, antes de saltar, me quise asegurar de que lo que había escuchado era real.

—¿Qué has dicho?

No dudó en repetir sus palabras.

—Se suponía que no tenías que verlo.

—¿Esta es tu excusa? —le inquirí, sin dar crédito—. ¿El problema es que te haya pillado?

—No —negó contundente, sin apartar la vista—. Tengo una mejor.

—Oh, así que tienes hasta motivos —fingí la sorpresa—. Soy todo oídos. —Le invité con la mano a que empezara—. Me muero por saber qué razones te han llevado a destrozarme la vida.

Torció el morro y arrugó el ceño en un gesto de incomprensión.

—No te veo muy dispuesto a escuchar lo que tengo que decir, así que…

«Tendrá valor el muy…», me mordí la lengua.

—Oh, créeme —salté—, ahora mismo estoy dispuesto a todo. Lo mismo hasta te empujo cuando llegue el autobús. —Señalé la carretera principal—. Así que, por favor, deléitame con tus excusas.

Se lo pensó un momento y decidió intentarlo, a pesar de que sabía que no le iba a conceder ni la más mínima compasión. Se sentó sobre la maleta como si se tratase de una montura y se preparó para el rodeo.

—Estaba enfadado. —«Empezamos bien, haciéndose la víctima»—. Jodido, cansado de ser un personaje secundario en tu puta vida. El hombro sobre el que llorar, el amigo eterno, el que siempre está pero nunca tiene su momento.

Hizo una pausa para recomponerse y afiló la mandíbula con un

bailoteo de cabeza, tratando de mantener la compostura. Estaba buscando las palabras adecuadas, la valentía para decírmelas en voz alta, y entonces comprendí por qué.

—Te quiero, Rodrigo. —Por la forma de confesarlo, supe que no lo decía como en el audio que me había enviado borracho hacía unas semanas, o quizá sí y yo no había sabido interpretarlo—. Siempre te he querido, y… —Hizo una pausa para tragar saliva—. Este se suponía que iba a ser mi momento. —Se le quebró la voz—. El otro día, cuando pasó… —buscaba una forma delicada de decirlo, pero los dos sabíamos a qué se refería— eso, pensé, iluso de mí, que por fin había llegado. —Hizo una pausa para un suspiro—. Ahora entiendo que para ti no he sido más que el pañuelo de las pajas antes de comprometerte con tu príncipe inglés.

Dejó caer la mirada y yo aproveché para hablar.

—Pero, Milo… —«Qué cojones me estás contando»—. Sigo sin entenderlo.

—¿Qué es lo que no entiendes, Rodrigo? —se ofendió—. Llevo años soportando al gilipollas de Lucas —señaló hacia el coche— con la esperanza de que algún día te dieras cuenta de que nadie te va a querer como te quiero yo. —Escucharle decir eso me rompió por dentro, porque yo no sabía que Milo se había sentido así, porque yo me había sentido exactamente igual y sabía de lo que hablaba. Entonces me pregunté si quizá no le había prestado la suficiente atención. «Pero eso sigue sin justificar lo que has hecho», me recordé—. ¿Y tú qué haces? —Sonrió sarcástico—. Te largas a la otra punta del país a llorar las penas mientras te ligas a un rubito heterocurioso. —Se le escapó una mueca de asco e incredulidad—. Dime —me pidió en un gesto de muñeca—, ¿en qué puto mundo es esto justo?

«En ninguno», pensé y decidí reconocérselo.

—La vida no es justa, Milo. —Me salió del alma y torcí una mueca —. Por eso mi mejor amigo, la persona a la que más he querido nunca —aclaré—, se acaba de enrollar con el tío al que quiero por una estúpida *vendetta* adolescente. —Pude ver en su rostro lo mucho que le dolió escucharlo—. Y si crees que esto —nos señalé— es el amor que merezco, te equivocas. Y si lo es, entonces prefiero

estar solo.

—No lo dices en serio. —Se sintió herido, acorralado.

Inspiré todo el aire que me cupo en los pulmones, dispuesto a darle el golpe de gracia y concluí:

—Quiero que te vayas, Milo. —Apunté hacia la autovía que le había traído hasta aquí—. Y no quiero volver a verte.

—No podemos terminar así, Rodrigo —me rogó en apenas un susurro triste—. No después de todo lo que hemos vivido.

—Sigues sin entenderlo —negué, frustrado—. Milo, si lo que hemos vivido significase algo para ti, nunca me habrías hecho esto. Dices que me quieres, pero eso no son más que palabras. Tus actos me dicen todo lo contrario. Y yo… —supe lo que tenía que decir, cuál era mi verdad— ya no puedo más.

—¿Estás rompiendo conmigo? —comprendió—. ¿Así? ¿Sin más?

«Sin más», me repetí, hastiado. Escuchar a Milo decir aquello solo era una prueba de lo poco conectado que estaba con la realidad, con sus actos y con las consecuencias.

—Tú rompiste nuestra amistad primero. No lo olvides nunca.

El estallido del bus nos trajo de vuelta al mundo real. Milo supo que el tiempo se le agotaba, que la conversación estaba llegando a su fin. Se dio cuenta de que el daño era irreparable y, aun así, siguió intentándolo.

—Pégame —me dijo de pronto, poniéndose de pie y acercándose un par de pasos—, si va a hacer que te sientas mejor —banalizó, como si mi enfado no fuese más que un capricho, una fase transitoria injustificada cuya solución estaba al alcance de la mano (y nunca mejor dicho)—. Si es lo que necesitas para dejar esta tontería atrás. —«Tontería, qué conveniente»—. Pégame.

Y, entonces lo supe, había llegado el momento de explotar.

—¡No soy un puto animal, Milo! —berreé—. A diferencia de ti, a diferencia de él —señalé hacia su casa, como si pudiera oírme—, yo sé comportarme incluso ahora, mientras intentas sacarme de mis casillas. Además —decidí vomitarlo todo—, no te voy a dar el gusto —le escupí—, no voy a darte ni una sola razón para que te sientas mejor después de lo que has hecho. Esta vez no —prometí, y lo decía de verdad.

El conductor del autobús se asomó por la puerta, puede que para asegurarse de que no nos íbamos a arrancar la cabeza o quizá solo para cotillear.

—No lo entiendo —continuó Milo ajeno a la expectación.

—¿El qué no entiendes? —Me ofendió—. Creo que he sido muy claro.

—Hubo un tiempo —ignoró mi comentario— en el que si me hubieses encontrado al lado de un cuerpo sin vida con las manos ensangrentadas —levantó las palmas, como si las tuviera manchadas; y lo estaban, solo que él parecía haberlo olvidado—, lo habrías dejado todo por mí. —Hizo una pausa para un puchero, pero se recompuso al instante—. Y yo por ti. ¿Qué ha cambiado?

—Yo, Milo, yo he cambiado —dije—. Además, la sangre esta vez es la mía.

Pareció comprenderlo al instante, porque la mirada se le entristeció.

—Lo siento —murmuró—, de verdad.

—¡Última llamada para Madrid! —gritó el conductor, fingiendo que no éramos las dos únicas personas esperando en mitad de aquella parada—. ¡Meted las maletas, que nos vamos! —Y desapareció en el interior del vehículo.

—Hora de irte —concluí nuestra conversación.

Milo asintió sin rechistar. Quizá por fin me daba por perdido. Entonces cogió la maleta, la colocó en el compartimento y se aventuró hacia la puerta que nos separaría para siempre. Se paró en el primer escalón y me volvió a buscar.

—¿Crees que lo superaremos? —Se refería a lo que me había hecho, aunque siguiera sin asumir su culpa y lo dijera de forma totalmente impersonal.

—No lo sé.

—Y… —su voz sonaba temerosa al formular esa pregunta— ¿si no?

Me llené los pulmones y, encogiéndome de hombros, le conté una verdad con la que estaba en paz:

—Siempre nos quedará lo que vivimos.

Los ojos se le empañaron, y a mí también. A fin de cuentas,

nunca es fácil decir adiós a un amigo, por mucho daño que te haya hecho, a pesar del ensañamiento y la crueldad, a pesar de ser el muerto, duele. Esa vez no fue distinto y, cuando vi sus ojos aceptando la derrota, la forma en que asintió, dando por zanjada nuestra amistad, no pude evitar que un pedacito de mi corazón, uno que él había roto con sus propias manos, le acompañase de vuelta a Madrid.

No esperé a que el autobús arrancase. Me arrastré hasta el coche que esperaba en doble fila. Al acercarme, la ventanilla se deslizó hacia abajo.

—¿Estás bien? —quiso saber Lucas.

—No —negué sin dudar—, pero lo estaré.

Él asintió, a sabiendas de que decía la verdad, y me abrió la puerta.

—Venga, sube —sonó como un abrazo—, que te llevo a casa.

31

19 de julio

El retrato del abuelo me escrutaba desde lo alto de la pared, o era yo el que lo observaba a él, no estoy muy seguro. Llevaba un par de horas apoltronado en el sofá con la mirada perdida en su rostro. Quizá buscaba respuestas que no iban a llegar, o a lo mejor lo hacía porque mirarle me transmitía paz y eso era exactamente lo que necesitaba. Había encendido uno de los inciensos de la abuela, el de bergamota, y todo a mi alrededor olía a madera y cítrico, con ese toque refrescante que necesitaba para volver a la vida.

Los últimos dos días había estado enredado en una vorágine de la que no estaba sabiendo salir. Me pasaba las noches llorando en secreto y los días siendo actor, fingiendo delante de la abuela que me había puesto malo en la inauguración de las Fiestas del Mar.

Estaba herido, pero la abuela no tenía por qué saberlo. No cuando había vuelto el brillo a sus ojos. Ahora los míos estaban apagados, tristes y hendidos por dos enormes ojeras de las que la abuela no paraba de quejarse, ofreciéndome potingues y brebajes para ayudarme a descansar mejor, o, al menos, para rebajar la inflamación. Yo sabía que mis patrañas no estaban colando, que ella se olía que le escondía algo entre mocos fingidos y toses forzadas, pero mientras pudiera mantenerla al margen de mis tonterías, lo haría.

Oí que la puerta se abría y regresé al mundo real en contra de mi voluntad. Me revolví torpe para recolocar el libro entre mis manos, pasar un puñado de páginas —al azar— y que pareciera que ya llevaba un buen rato despierto y leyendo. Lola saltó de mi lado para

saludar a la abuela. Ella le hizo carantoñas en el lomo y la saludó con esa voz con la que se le habla a los niños. Entró primero a la cocina para dejar una bolsa que traía con la compra del día y, con una agilidad encomiable e irreconocible, se deslizó hasta el sofá, seguida de su sombra canela.

—Cuánta energía desde tan temprano —me quejé.

Cerré el libro y lo dejé a mi lado, fingiendo abandonar mi lectura para prestarle atención, mientras ella me regalaba una sonrisa que no supe reconocer. La perra pegó un salto torpe y se recolocó entre los dos, tumbándose panza arriba. Yo le di la atención que demandaba.

—Ha llegado. —Fue todo lo que dijo.

—¿El qué?

No respondió con palabras. Tan solo se limitó a levantar un sobrecito beis que tenía entre las manos. En una perfecta caligrafía se podía leer «Para Gris».

—No me jodas —se me escapó—. ¿Te ha respondido?

Ella asintió pletórica, viviendo su mejor momento en años.

—Y ¿¡a qué esperas!? ¡Ábrela!

—Pero —la duda le ensombreció los ojos— ¿y si la respuesta no es la que esperamos? Y si… ¿no me quiere ver?

Comprendí su miedo al instante, pero solo había una réplica posible:

—Es una opción —fui sincero—, pero te ha respondido, ¿no? Si no quisiera saber nada de ti, no se habría tomado la molestia. Además, solo hay una forma de saberlo. —Volví a señalar el sobre.

—¿Desde cuándo eres tan sabio? —se mofó.

«Desde que me paso las horas dándole vueltas a la cabeza para intentar comprender por qué todos los hombres a los que quiero deciden destrozarme la vida», pensé.

—He aprendido de la mejor —dije, no obstante, y ella sonrió.

Se cargó de valor con una respiración profunda y, con sumo cuidado, rasgó la parte superior del sobre y sacó la carta. Desde mi perspectiva, pude comprobar que la letra de Soledad no había cambiado lo más mínimo, era quizá más cuidada, más alargada y cursiva, probablemente a causa de tantos años de profesión y tantos

exámenes corregidos, pero mantenía su esencia. La abuela la leyó con detenimiento. Un par de lagrimones se le derramaron nada más terminar y, acto seguido, sonrió. Eso solo podía significar que había buenas noticias.

—¿Puedo? —rogué alargando la mano.

Ella aceptó de buena gana y, enjugándose las lágrimas con el reverso de la mano libre, me la tendió. Decidí leerla en voz alta para hacerla partícipe.

17 de julio de 2019

Querida Gris:

Gracias por tener el valor que yo nunca tuve y romper esa distancia que se había creado entre nosotras. Llevo años pensando en ti y en todo lo que no me atreví a decirte, arrepintiéndome de cómo me fui, acobardada y sin despedirme. ¿Te puedes creer que eso fue ya hace cuarenta y siete años? Cómo pasa el tiempo…

Claro que quiero verte y escucharte y, por supuesto, que te perdono a pesar de que no tengo nada que perdonar. El corazón es caprichoso, lo fueron los nuestros cuando teníamos prohibido querernos, lo fue el tuyo cuando conociste a Rafael, y lo fue el mío cuando no encontré una alternativa que no fuera huir. Pero de todo esto se habla mejor con un café y contigo delante, que echo de menos esos ojos grises.

¿Cuándo podríamos vernos? Yo ahora salgo de viaje con mis hijas, que vamos a recorrer Tailandia de mochileras (ya ves tú, ¡a mi edad!), pero si quieres puedo ir a verte a La Herradura cuando regrese. ¿En agosto, quizá? Espero tu respuesta, y por carta, claro.

P. D.: Mi Lourdes les manda un beso a Rodrigo y Harry, dice que son un primor y estoy deseando conocerlos. Dales las gracias también de mi parte, por ayudar a reconectarnos de esta forma tan bonita.

Con todo mi amor,

Soledad

Logré mantener la compostura la mayor parte de ese recordatorio de amor atemporal. Habían pasado más de cincuenta años desde que se enamoraran, y ya solo leyendo esa carta se podía saborear lo mucho que se seguían queriendo. Lo veía en los ojos de la abuela, lo leía en lo mimada y cuidada que estaba la carta de Soledad. Ver su

nombre ahí escrito, tener que decirlo en voz alta, fue lo que me rompió. No, no el de Soledad, sino el de aquel que me había roto el corazón. Y es que, mientras que aquella historia de amor resurgía de sus cenizas, yo todavía estaba intentando apagar las ascuas bajo mis pies.

—Me quiere ver, Rodrigo. —Se unió a mi sollozo, pensando que lloraba en un acto de empatía por su amor correspondido, que también, pero no era el caso—. Lo siento tanto, Rafael. —La mirada se le escapó hasta el cuadro de mi abuelo.

—No te hagas eso —la corté de inmediato—. Conocías al abuelo tan bien como yo, probablemente mucho mejor —me corregí—. Él estaría feliz de verte rehacer tu vida. Nadie se lo merece más que tú.

Cargó un suspiro que se le quedó atravesado en mitad del pecho, como si tratara de superar un duelo que seguía candente. Que la abuela nunca iba a olvidar al abuelo Rafa era un hecho; que se merecía ser feliz con Soledad, una realidad. Nadie merece morir en vida, y mucho menos ella.

—Gracias, mi niño. —Me sonrió—. Tienes razón. Era tan bueno…

—Él siempre ha querido lo mejor para ti. Y esto lo es. —Levanté la carta.

Asintió en un acto de autoconvencimiento y me disparó al corazón:

—Dale las gracias a Harry de mi parte. —¡Pum!, escuché solo en mi mente.

Había dado de lleno, a bocajarro. Me acababa de tirotear la persona que más me quería del mundo, y todo por mi culpa, por no hacerla partícipe de mi nueva realidad. Era la segunda vez que la abuela me hacía trizas con inocencia. Y haber caído dos veces en mi propia trampa solo era la prueba de que no había aprendido nada.

—Lo haré —mentí, fingiendo una sonrisa que me quedó fatal.

—Porque… —«Estoy jodido», comprendí— seguís siendo amigos, ¿no?

—Mmmhm.

Otro suspiro, este de resignación.

—¿Qué te pasa, Rodrigo? —indagó—. Te veo muy apagado.

—Estoy… bien —me costó decirlo—. Es el virus este que me tiene

machacado —me inventé.

—Ya… —No se lo creyó—. ¿Y Harry también tiene ese virus? Porque lleváis sin veros dos días y eso es… —«Raro», completé yo por ella.

—Supongo. —Me encogí de hombros—. No sé.

—¿No lo sabes? —Arrugó el morro—. ¿Tú no sabes algo de Harry?

—El grupo de apoyo ha terminado. Ya han pasado los veintiún días.

—¿Y? —quiso saber más.

—Pues que ya no nos vamos a ver tanto.

—¿Era una amistad con fecha de caducidad? —bromeó.

—Supongo. —Me encogí de hombros—. No sé.

Me repetí sin darme cuenta, y esa fue la gota que colmó la paciencia de la abuela.

—Vale, ya está, se acabó —explotó, dejando la carta de un golpetazo sobre la mesa—. Llevo dos días fingiendo que no me doy cuenta de que te pasa algo. Como si no hubiese sido ya lo bastante raro que Milo entrase en mitad de la noche a recoger sus cosas para irse y que tú, convenientemente, hayas cogido la gripe justo después. No estás bien, Rodrigo, y no me vas a convencer de lo contrario.

Me interrogó con la mirada y yo me limité a agachar la cabeza. Estaba deseando hablar con ella, contarle lo que me habían hecho, que volvía a estar roto y que la necesitaba. «Pero no puedo hacerte esto. No ahora», me autoconvencí.

—¿Quiero saber qué ha pasado?

Negué aún con la cabeza gacha.

—¿Puedo saber al menos cómo estás? —La abuela no se rendía.

Tragué saliva y me atreví a decir:

—Regular. —Se me quebró la voz—. Mal —reconocí, antes de romper a llorar—. Lo siento —me disculpé entre sollozos.

—¿Por qué? —se sorprendió la abuela—. No tienes nada que sentir.

—Siento que estoy arruinando tu momento. —Señalé a la carta.

—Pero, cariño —lo dijo con ternura—, mi momento ha sido gracias a ti.

—Eso no me da derecho a jodértelo. Deberíamos estar celebrando.

—¿Desde cuándo está mal visto en esta casa llorar?

Me encogí de hombros.

—¿Qué soy yo ahora? —fingió indignarse—. ¿Un señoro gritándole al fútbol con los dedos manchados de ganchitos y la inteligencia emocional de una piedra? —consiguió arrancarme una sonrisa triste —. Por favor, que soy tu abuela.

—Perdón —me volví a disculpar—. Lo sé.

—Vamos a hacer una cosa —susurró en un secreto que era solo para nosotros—. Bueno, mejor dos —se corrigió—. Desde ahora mismo vamos a dejar de disculparnos por sentir y por ser humanos. ¿Te parece? —Yo me limité a asentir mientras me enjugaba las lágrimas con la manga de la camiseta—. Y ahora voy a prepararnos un par de tilas y nos vamos a sentar aquí, tú y yo, a hablar de la vida. —Dicho así, parecía sencillo—. De lo que a ti te apetezca, además. Yo nunca te voy a forzar a contarme nada que no quieras.

Acepté la oferta en un leve gesto de cabeza, y ella lo comprendió al instante.

—¿Sí? —Me sonrió—. ¿Te apetece?

—Vale… —susurré.

—Vengo en un momentito —me prometió.

Y, tras darme un beso en la cabeza, desapareció camino a la cocina. A veces, muy pocas, se me olvidaba lo afortunado que era de tener a la abuela. Estaba siempre dispuesta a escucharme, siempre lista para apoyarme, siempre al pie del cañón. Era algo que daba por sentado, pero que en el fondo sabía que no era «lo normal». Griselda era una entre un millón, y me había tocado a mí. Ese pensamiento me hizo sonreír —para variar. Estaba a punto de desvelar el pastel de principio a fin. Y eso quería decir que la imagen del «chico perfecto» iba a ser mancillada.

«Pero de eso ya se ha encargado él. Que no se te olvide», me recordé a mí mismo. Y razón no me faltaba. Se había tomado la molestia de destruir hasta el último pedazo de lo que habíamos construido por un beso. No era justo que cargara yo también con el peso de sus decisiones.

Y mientras la abuela trasteaba en la cocina, muy posiblemente recreándose en esa carta que le iba desbaratar la vida, el universo pensó que, a lo mejor, era un buen momento para hacer lo mismo conmigo. Mi carta, sin embargo, era más escueta y llegó en forma de tres mensajes de WhatsApp. Eran de Milo.

Harry no hizo nada.
Yo lo besé y él se apartó.
Lo siento 13:17

32

21 de julio

Era la primera vez que bajaba de Cerro Gordo desde la noche infame. La abuela y yo nos habíamos acercado a chafardear por el mercado —ya por costumbre— y, de paso, a por algo dulce de la panadería para ahogar nuestras penas en chocolate. Ella tenía cita para la peluquería y me había insistido fervientemente en que la acompañase. «Que te dé la luz del sol, que falta te hace», me había dicho. Lo necesitaba, en eso tenía razón. Así que, tras cerciorarme de que no existía ni la más mínima posibilidad de sufrir un encontronazo desafortunado con «el que no debía ser nombrado» —tras comprobar exhaustivamente el horario que me había mandado él mismo unos días antes del incidente—, decidí tomarme un café con vistas al mar.

Me hubiese gustado echar ese rato en compañía. Pero no me apetecía ver a Nívea, a Sastre y, mucho menos, a Pino. Tampoco tenía ganas de sentarme con Lisa y ver en sus ojos un «Te lo dije». Lucas se había vuelto a Granada al día siguiente del altercado y escribirle a Estela, después de haberla ignorado —y olvidado— todo el verano, hubiese sido maleducado.

Estaba con los ojos entrecerrados. Disfrutaba de cómo la brisa me deshacía los rizos y del olor a sal en mi respiración pausada, de las caricias del sol al deslizarse por mi piel y del sabor del café, tan intenso, tan amargo, que me recordaba a mí. Estaba en paz, tranquilo y apacible, disfrutando de la quietud de mi mente para variar. Hasta que me interrumpió una voz:

—¿Está ocupada?

La escuché de fondo, sin saber si se refería a mí, pero abrí los ojos, solo por si acaso, y ahí estaba. Se había cortado el pelo en una media melena californiana, tenía las facciones más angulosas y la mirada entristecida por las ojeras. Era como mirarme en un espejo, uno que me recordaba cómo se veía desde fuera la tristeza.

—Sara —me salió con ternura—, cuánto tiempo.

Ella sonrió avergonzada, a sabiendas de a lo que me refería.

—¿Te importa que me siente? —dudó.

—No, claro que no. —La invité con la mano a hacerlo.

La camarera se acercó al instante para tomarle nota. Pidió un zumo de naranja.

—Se acabó la cafeína para mí —bromeó, y comprendí por qué.

—Yo debería seguir tu ejemplo, pero es que…

—Lo sé —se resignó—. Está riquísimo. Ni me lo recuerdes.

«Podemos seguir con la conversación banal, o…»:

—¿Y cómo es que…?

Quería preguntarle por el acercamiento inesperado, pero no se me ocurrió ninguna forma de hacerlo sin que sonase fatal. A fin de cuentas, Sara y yo no éramos tan amigos, no habíamos tenido tiempo para ir así de lejos en nuestra relación y, mientras que a Lisa y a Nívea las ignoraba por completo por razones que se escapaban a mi razón, se acababa de sentar conmigo a desayunar.

—Necesitaba salir de casa —dijo, insegura.

—Ya somos dos.

Se hizo un ligero silencio y esperé hasta que trajeron el zumo de naranja para continuar con la conversación. O, más bien, para empezarla.

—Nívea y Lisa han estado muy preocupadas por ti. —Me percaté al momento de lo mal que había sonado y decidí corregirme—. Bueno, todos. Pero ellas especialmente.

—Lo sé. Lo siento.

—No tienes que pedir disculpas. Me alegra saber que estás bien.

—Estoy mejor —aclaró.

Yo asentí, comprendiendo a lo que se refería.

—Te queda genial el pelo. —Era la verdad.

—Gracias. —Sonrió, esa vez genuinamente—. Necesitaba un

cambio de imagen.

—Yo necesito uno también.

—Eso suena a historia —indagó, curiosa.

—Prefiero que me cuentes tú la tuya…, si quieres.

Se le escapó un suspiro, a sabiendas de que había llegado el momento de la verdad. ¿Por qué si no se habría sentado allí conmigo? Era evidente que necesitaba compartir la carga. Y, tras darle un par de sorbos al zumo, empezó a hablar:

—Lo cierto es que no —confesó con crudeza—, pero sé que es algo que me debo. —Se llenó los pulmones—. Soy consciente de que no he hecho bien las cosas y de que desaparecer nunca es la mejor opción, y mucho menos sin dar una explicación.

La frase se me clavó en el pecho como un puñal. «Desaparecer nunca es la mejor opción», escuché en un eco. Eso era justo lo que yo estaba haciendo, y lo que había hecho tras romper con Lucas. Al parecer, era mi *modus operandi*.

—Es solo que… —continuó, ajena a mis pensamientos—, no podía más. No podía seguir fingiendo que todo estaba bien cuando realmente no lo estaba —negó, segura de sí misma, comprendiendo en voz alta su verdad—. Llevo años sintiéndome la segundona en la vida de mis amigos, y desde que llegaron Lisa y… —«No, Sara. Ese nombre está prohibido», pensé fugazmente. Ella lo dijo, aun así. De algún modo, conseguí bloquearlo y no oírlo—. Y después llegaste tú —se atrevió a reconocer—, y solo ha ido a peor.

Me pidió disculpas con la mirada. Era evidente que yo no era el responsable, sino un factor más dentro de una ecuación que llevaba cocinándose desde que eran niños. Le hice saber con un gesto de cabeza que estaba todo bien, que sabía a lo que se refería, y entonces siguió:

—Y lo de Sastre… —Abrió el melón—. Bueno, supongo que fue el remate. Llevaba enamorada de él no sé ni cuánto. Y yo siempre he sabido que no había ningún interés por su parte. —Supe que hablaba de Pino—. Pero… experimentar ese rechazo fue la gota que colmó el vaso. —Se encogió de hombros.

—Lo entiendo y lo siento.

Ella suspiró y le dio otro sorbo al zumo, humedeciéndose la boca.

—Estoy yendo a la psicóloga, ¿sabes? —Le regalé un gesto cómplice y sonreí orgulloso—. Me está ayudando mucho. Y es raro, porque siempre pensé que ir a terapia sería algo mágico, pero se siente más como estar en el fondo de un pozo y que te tiren una cuerda que tú misma tienes que escalar. —«Bonita analogía, Sara, te aplaudo»—. Ves la luz, tienes la herramienta para salir de ahí, pero ahora toca trabajar. Probablemente, te salgan llagas por el camino, y te canses y tengas que pararte a respirar, pero si sigues subiendo, al final…

—… sales —completé la frase.

—Y en esas estamos —concluyó.

—Y todo esto —hice un gesto con la mano para englobar todo su relato—, ¿lo has hablado con ellos? —Sabía la respuesta—. Estoy seguro de que te van a entender y te van a abrazar, quizá hasta te ayuden a escalar esa cuerda.

—Lo sé. —Se le quebró la voz—. Lo he gestionado fatal y he apartado a mis amigos, lo cual es muy cruel, pero… no podía más —dijo en apenas un susurro, conteniendo las lágrimas.

—No te estoy juzgando, Sara —apunté—, que conste. De hecho, te entiendo. —«Porque yo les estoy haciendo lo mismo», me reprimí —. Pero te están esperando, y tú te mereces ser escuchada.

Un silencio nos interrumpió. Ella se quedó pensativa, y yo no paraba de darle vueltas a un pensamiento que decidí airear:

—Es gracioso, ¿sabes? —sonreí con melancolía—. Porque cuando llegué aquí me sentía exactamente igual que tú. Como si fuera un personaje secundario en la historia de otro. Y hace poco un… —«examigo, traidor, sabandija, judas», recité para terminar diciendo — conocido me dijo que se había sentido exactamente igual que tú y que yo. Solo que, en su caso, había sido respecto a mí, dentro de mi vida. —Se le abrieron mucho los ojos—. Y lo peor de todo es que, en realidad, no lo era. Para mí era una pieza fundamental.

—Auch —comprendió.

—Ya… —Y suspiré, resignándome ante la pérdida—. Pero yo ya no me siento así, ¿sabes?

Se sorprendió, quizá por la seguridad con la que lo dije.

—¿Y qué hiciste? —quiso saber.

—Buscar mi historia. —«Tan simple como eso», ironicé para mis adentros y hasta me hizo gracia pensarlo—. Sara, todos somos personajes secundarios en la vida de los demás. —Un hecho irrefutable—. Lo importante es que descubras cuál quieres que sea tu papel en la tuya. —Se quedó pensando, pero no era una respuesta que fuera a encontrar aquella mañana tomándose un zumo de naranja, así que seguí—. Yo ahora soy el protagonista de mi vida y me estoy encargando de contar mi historia. —«Aunque duela», pero eso no quise compartirlo—. Y ahora te toca a ti.

Asintió convencida.

—Gracias —se recompuso en el sitio—. Lo intentaré.

Estiré la mano sobre la mesa para encontrarme con la suya y la estrujé.

—Y yo estaré ahí para apoyarte si me necesitas.

Me respondió en una media sonrisa y decidió cambiar las tornas:

—Y tú —me acusó—. ¿Quieres hablar de tu tema?

—Lo cierto es que no —reconocí—, pero sería superhipócrita por mi parte soltarte esta retahíla de consejos sin aplicármelos, así que…

Le relaté la historia con pelos y señales. En las fiestas, no sabía si por fin o por desgracia, todo el mundo se había enterado de que él —me costaba nombrarle— y yo habíamos tenido algo, aunque nuestra historia se hubiera diluido en la más absoluta nada, dejando tras de sí un sabor amargo que no me gustaba recordar. Es una sensación extraña la de estar herido. Por una parte, necesitas olvidar lo que te ha llevado hasta ahí, y, al mismo tiempo, sientes la necesidad constante de enseñarle al mundo tu herida. Y eso pasó mientras se lo contaba a Sara, que reabrí una herida que ni tan siquiera había empezado a cicatrizar, le mostré lo que había dentro y me desangré.

—Oh —fue lo primero que dijo—, así que Harry y tú… —Y juntó los deditos.

—Mmmhm. —Escuchar su nombre me seguía doliendo, pero, a la vez, se sentía parte de una catarsis, era casi satisfactorio.

—Lo siento mucho, Rodrigo. No tenía pinta de ser ese tipo de tío. —Torció el gesto.

—Lo cierto es que… hace un par de días descubrí que él, al

parecer —aclaré—, no hizo nada. —Entrecomillé el aire, sin estar muy convencido de ello—. Fue Milo el que lo besó y el que armó todo es jaleo para sabotear lo que teníamos. Y funcionó.

Sara frunció el ceño sin comprender mi tesitura y sonrió satisfecha.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —Hizo la pregunta del millón.

Nunca me había imaginado teniendo una conversación así con Sara. Cada integrante del grupo destacaba a su manera, hasta Sastre, siendo el chico tímido y callado. Sara, sin embargo, se había perdido en la multitud. Y entendía su dolor. A fin de cuentas, por eso mismo había acabado yo en La Herradura.

Aquella mañana de sinceridad sin tapujos con Sara me llevó a entender que ella estaba empezando su propio viaje. Ya no era la amiga de, no era una actriz de reparto en mi verano perfecto. Sara acababa de iniciar su propio *spin-off*, y tan solo me quedaba desearle lo mejor.

33

26 de julio

Que el tiempo da perspectiva y lo cura todo son dos verdades universales, y yo, 12.950 minutos después de hacerme pedazos, sentía que mis heridas empezaban a cicatrizar. Llevaba varios días sin llorar, muy probablemente porque se me habían acabado las lágrimas. Estaba empezando a recuperar el sueño y las ojeras se me iban aclarando poco a poco, así que tenía mejor aspecto. Las imágenes del incidente ya no eran tan vívidas. Apenas podía recordar quién hacía el qué o dónde. Hablar con mamá y con Pablo había sido de gran ayuda. Era evidente que mamá iba a preguntarme «por aquel beso de película bajo los fuegos artificiales» que ella misma había imaginado, pero nunca lo hizo y supuse que la abuela la habría puesto sobre aviso para no hacerme daño sin querer, como ya le había pasado a ella un par de veces. Habíamos vuelto a la dinámica de enviarnos mensajes, sin llamadas, para no romperme, pero una mañana Pablo me envió nuestro *sticker* —el del abrazo— y supe que lo sabían, que el secreto volaba libre y que había llegado la hora de la verdad. Así que hice una videollamada con los dos, me rompí y se rompieron conmigo. Pablo me dijo que iba a pegarle una paliza al traidor, mamá tuvo que reñirle y al final… pues nos reímos. Tampoco quedaba otra. Creo que ese día significó un punto de inflexión a partir del cual empecé a mejorar. Según decía la abuela: «Estás recuperando el brillo en la mirada». Y no mentía. Cada vez sonreía más y no tenía que esforzarme. La mayoría de las veces era gracias a Lola, que estaba siendo mi animal de acompañamiento emocional. Nos pasábamos el día juntos, ya fuera

jugando, paseando o echando la siesta, como siameses. Pero también había empezado a sonreír por otras razones, como las videollamadas en las que nos juntábamos mamá, la abuela, Pablo y yo, que estaban convirtiéndose en mi costumbre favorita, alguna broma en un libro viejo o revisitando mi serie de la infancia, *Agallas, el perro cobarde*, que me recordaba al abuelo y a tantas mañanas juntos frente al televisor.

Aquella tarde hacía una temperatura maravillosa en el jardín, así que, nada más terminar de comer, aproveché para salir a tumbarme en un banquito de la terraza con Lola enroscada a mis pies. Llevaba ya un buen rato con el móvil, sin hacer nada en especial. Había visto todas las historias de Instagram, medio *feed* de Twitter, un porrón de tiktoks e incluso había tenido tiempo de jugar a algún que otro jueguito…, pero ya estaba en bucle y abría y cerraba las aplicaciones por puro aburrimiento. De pronto, en un baile de dedos, en un intento por mirar WhatsApp para saber si él estaba conectado —mi nuevo hobby favorito—, entré sin querer en las Notas. Solo había una guardada, una del día en que conocí a la razón de todos mis problemas. En la nota, había una lista de tareas:

> Olvidar a Lucas.
> Tomar la iniciativa.
> Prestar más atención a la gente que quiero.
> Expresar mis sentimientos.
> Enamorarme.

«Me había olvidado de ti», confesé antes de cerrarla con tal de no profundizar en lo que había conseguido —o más bien perdido— aquel verano.

—Buenas tardes —me sorprendió una voz tras de mí.

En un movimiento instintivo, escondí el móvil.

—¿Cómo están mis dos personas favoritas?

Se refería a Lola y a mí, aunque probablemente más a Lola, que se dio por aludida nada más escuchar su voz y, dando bandazos con la cola, saltó del banco y se enredó entre sus piernas en busca de cariño. Para mi desgracia, ella no miraba a Lola, sino que me observaba a mí con el ceño fruncido y mirada penetrante, tratando

de leerme.

—Eso ha sido raro. —Señaló al móvil.

—No. —«Qué mal miento, joder»—. ¿El qué?

—Nunca escondes el móvil —explicó—. ¿Qué estabas haciendo…?

—Nada —corté sin dudar.

—No me digas que estabas viendo porno…

—No —completé sin querer—. Por Dios, abuela, no.

—Que no pasaría nada, eh. —Alzó las manos alejándose del tono juicioso—. Que ya sabes que yo soy muy moderna. —Una pausa—. Pero ¿en el jardín? —Abrió mucho los ojos y me dio mucha ternura.

—No estaba viendo porno —zanjé—. Era… otra cosa.

Pareció relajar las facciones y se sentó frente a mí en una silla.

—¿Una que se pueda saber?

Me lo pensé y asentí, no muy convencido:

—Supongo que sí.

Lola le rascó las rodillas a la abuela reclamando el saludo que se le había negado, y ella se lo dio de buena gana pero sin dejar de mirarme.

—Es una lista —confesé.

—De… ¿la compra? —pude ver la decepción en sus ojos.

—Claro que no —me indigné—. ¿Cómo va a ser…? Da igual —me corté a mí mismo—. Es una lista de cosas que quería cambiar de mí o… —decidí reformular— de mi vida este verano.

—Oh —eso pareció gustarle más—, ¿y qué tal va?

—No lo tengo muy claro —confesé.

—Si quieres —dijo con cautela—, puedo ayudarte con el veredicto.

«Esto puede salir o muy bien o muy mal, pero puestos a hacerlo solo…», pensé.

—Vale —completé en voz alta.

Ella se removió en el asiento, ansiosa por saber cuáles eran mis propósitos, mientras que yo me incorporé un poco y me quedé en una posición de guardia.

—Olvidar a Lucas —solté sin avisar, a pelo, sin vaselina.

—Empezamos fuerte —dijo para sí misma, obviando que yo podía escucharla, y sonreí—. ¿Has olvidado a Lucas? Soy toda oídos.

—Bueno… —comencé, torciendo el gesto—, olvidar a Lucas era el

propósito de este viaje. —Vi cómo su rostro reflejaba un leve disgusto—. Además de verte a ti y pasar mucho tiempo contigo, porque te echaba de menos y eres la mejor —arreglé a medias.

—Gracias —susurró y asintió complacida.

—El problema de olvidar a Lucas es que, a veces, y solo a veces —aclaré—, he dudado de si realmente estaba pasando página o si tan solo le estaba poniendo un parche a la herida…

—¿Uno de ojos azules y mechones dorados?

—Sí, gracias por el recordatorio —ironicé—. El caso es que, después de nuestro reencuentro, y tras la conversación que tuvimos en las Fiestas del Mar —se me encogió el corazón al mencionar la noche infame y carraspeé para recomponerme—, diría que lo tengo claro: he superado a Lucas.

—Cómo me alegra escuchar eso, cariño. —Lo decía de verdad.

—Ya no me duele pensar en él y siento que el amor romántico le ha dejado hueco a la amistad —terminé la frase en una pregunta inconclusa—. No sé, es raro, pero Lucas ha marcado tanto mi juventud en el mejor de los sentidos que, pase lo que pase, siempre va a ocupar un lugar especial en mi corazón.

—Y eso es precioso.

La taché. Esa tarea estaba completada.

—La siguiente es… tomar la iniciativa. —Y torcí el gesto, inseguro.

—No te veo muy convencido con esta.

—Es que no lo estoy. —Vacilé—. Probablemente, esta indecisión, ya de por sí, sea falta de iniciativa —bromeé.

—No digas tonterías, estás en un momento complicado.

—Seamos honestos, abuela —le rogué en un acto de autosabotaje —, nunca he destacado por mis aptitudes para tomar decisiones, yo soy más de… dejarme llevar. —Era la verdad—. De fluctuar en las mareas que se desarrollan a mi alrededor —dramaticé—. Soy… una medusa.

—Una medusa bien tonta, además —se ofendió—. ¿Quieres que te rebata?

—Por favor —la invité, seguro de su fracaso.

Se removió en el asiento, dispuesta a exponer su argumento. Yo subí la guardia.

—¿Recuerdas aquellas mañanas en las que saliste de casa al amanecer para forzar un encontronazo con… —se cortó justo a tiempo— un chico que te había gustado?

Me arrepentí al instante de haberle contado aquello.

—Eso fue más cercano al acoso que a otra cosa, estaba desquiciado.

—Ya… —no la convencí—, y ¿de quién fue la idea del grupo de apoyo?

El corazón me crujió al escuchar esas palabras, pero disimulé lo mejor que supe.

—Fue una idea estúpida —comprendí—, una broma al aire que…

—Que nada. Deja de quitarte mérito —me riñó—. ¿Y quién removió cielo y tierra para encontrar a Soledad?

Negué, rehusándome a creerme sus palabras, quitándome valor.

—Espero una respuesta.

—Yo —respondí en voz baja.

—Exacto, tú. —Me apuntó con el dedo—. Y esto solo son tres ejemplos, Rodrigo, podría seguir dándote más. Pero, desde que llegaste —acotó el marco temporal—, te he visto tomar la iniciativa constantemente.

Esperó un momento a que las palabras se asentaran, a que encontraran su lugar en mi cerebro y, cuando por fin lo hicieron, quise creer que, a lo mejor, estaba en lo cierto.

—Puede que tengas razón. No sé —le concedí a medias.

—A lo mejor —teorizó—, lo que necesitabas era sentirte visto, querido y escuchado. —Las lágrimas me empañaron los ojos al escuchar aquello—. Quizá no es que seas indeciso, Rodrigo, sino que la inseguridad, a veces —adornó—, te gana la batalla.

Asentí en un gesto avergonzado y me quité las lágrimas con el dorso de la mano. A la abuela no se le borraba la sonrisa de la cara y eso me tranquilizaba. Tenía mucho camino por recorrer, era cierto, y si mi falta de iniciativa era directamente proporcional a mi inseguridad, iba a ser un camino largo y pantanoso. Pero, mientras tanto, tenía que ser justo conmigo mismo. Como me había demostrado la abuela, lo estaba intentando, estaba tomando la iniciativa y podía permitirme el lujo de tachar esa línea de la lista.

—¿Cuál es el siguiente punto? —quiso saber.

Me quedé mirándola un buen rato.

—Prestar más atención a la gente que quiero —carraspeé, nervioso.

La abuela fingió un puchero, enternecida, y yo me morí de vergüenza.

—Otra que puedes tachar —ni lo dudó.

—Pero —yo sí lo hice—, he descuidado a los que no están aquí. —«A mamá, a Pablo…», y había uno más, pero no quise pensar en su nombre.

Ella supo a lo que me refería y bandeó la cabeza.

—Estamos de acuerdo en que podrías haber estado un poquito más pendiente de tu madre y de tu hermano, pero es que este verano, Rodrigo, tenías que concedérselo a la persona más importante de tu vida: a ti. Y lo has hecho. —Parecía convencida—. Incluso te ha sobrado tiempo para estar pendiente de mí y cuidarme y ayudarme. Además… —quiso añadir—, últimamente, habláis cada día y os veo mejor que nunca, lo que, para mí, se siente un gran avance. Así que yo diría que otra cosa que se puede tachar, ¿no?

Sabía que había matices en el planteamiento de la abuela y que ella lo justificaba desde un prisma tan poco objetivo como conveniente, pero tenía razón. Me había estado cuidando a mí mismo, dedicándome tiempo, mimándome, sanándome, aceptándome y comprendiendo quién era yo ahora que Lucas ya no estaba. Y, aunque estuviera otra vez herido, eso no cambiaba lo mucho que había crecido y evolucionado a lo largo del verano. Y era cierto: estaba reconectando con mamá y con Pablo y me había sobrado tiempo para ayudar a cicatrizar las heridas de la abuela, convirtiéndonos en confidentes, en un tándem inseparable. Y, por si eso no fuera más que suficiente, la había ayudado a reencontrarse con un amor del pasado. Había hecho las paces con muchos aspectos enquistados de mi vida en tan solo un mes y medio, y ya con eso podía darme por satisfecho. Así que la taché.

—A este paso haces pleno. —Sonrió.

Cuando leí la que venía, supe que se equivocaba.

—La siguiente…, bueno.

—¿Cuál es? —se interesó.

—Expresar mis sentimientos —leí en voz alta.

—Ah, no, esa no —concluyó al instante y me sonrió en una broma interna que correspondí—. Pero vas mejorando, ¿eh? —Quiso darle la vuelta al fracaso—. Conmigo, aunque te cueste, que te cuesta, lo vas haciendo.

—Ya, no sé, supongo, pero cuando se trata de expresarle mis sentimientos a la persona implicada…

—¿Le dijiste a él cómo te sentías?

—No —negué tajante, a sabiendas de que era verdad.

—Estás a tiempo —se atrevió a decir.

«¿De llamarle cerdo, mentiroso y traidor?», gruñí para mí.

—No tengo nada que decirle.

—Hummm… —fingió pensárselo—. Yo creo que tienes mucho que decir.

—Queda una —corté la conversación—, pero esta mejor la cambio por otra.

Y la reescribí con un bailoteo de dedos.

—Eso es trampa… —empezó a quejarse, pero un pitido la cortó.

Frente a la valla del jardín, se paró una furgoneta amarillo chillón. De ella, se bajó una muchacha de apenas treinta años que, con una sonrisa grapada en la cara, se acercó a nosotros.

—Justo a tiempo —me susurró la abuela en una broma que no comprendí.

—Hola, Griselda —exclamó—. Te traigo un par de cosillas.

—Ay, Sonia, tienes el cielo ganado —le dijo a la cartera—. Muchas gracias.

—Yavestruz —bromeó, a lo que yo arrugué el ceño—, si no me cuesta nada.

Le tendió un sobrecito marrón y un panfletito que parecía de publicidad.

—Uy —se sorprendió—, ¿y esto qué es?

—Es del ayuntamiento —explicó ella—, van a hacer una exposición de arte en el castillo, con actuaciones y de todo, para darle un poco de vidilla, que cada vez va menos gente, y hay que recaudar fondos para reformar la fachada, que a este paso se nos

cae encima. —Se rio.

—Pues me parece una idea estupenda —dijo mirándome de reojo.

«Si sabes contar, no cuentes conmigo», le respondí en un pensamiento fugaz.

—Pues sí, para una vez que se les ocurre algo decente… —bromeó.

—Hija, qué me vas a contar —se quejó en un susurro discreto.

—Te dejo, Gris, que sigo con esto. —Y señaló la furgoneta.

—Venga, Sonia, que te sea ligero, bonica.

—¡Hasta luego! —También se despidió de mí.

Yo me limité a agitar la mano con discreción y ella pareció darse por satisfecha porque, acto seguido, dio media vuelta, arrancó y desapareció calle abajo. La abuela regresó a la mesa y dejó el panfleto a un lado y el sobre frente a ella.

—Ya hablaremos de la exposición, pero ahora necesito que abras esto.

Lo deslizó con dos dedos y lo puso a mi alcance. Yo lo miré sin comprender y supe que se trataba de una trampa.

—Miedo me das —me quejé mientras lo recogía.

Ella no añadió nada más y se limitó a observarme, paciente, mientras yo rasgaba el papel con delicadeza. Tanteé el interior en un amago por adivinar de qué se trataba, pero me rendí antes de lograrlo y lo saqué de un tirón. Eran fotos.

—Pero…

«¿Por qué me haces esto?», me pregunté, pero no pude verbalizarlo. En la primera foto salía yo, en el cine, justo al terminar una película. A mi lado estaba él. La quité lo más rápido que pude, lanzándola sobre la mesa como si me quemara al tacto. «Habrá sido sin querer. Podría pasarle a cualquiera», traté de autoconvencerme, y pasé a la siguiente. En esa ocasión, estaba en la hamburguesería pegándole un bocado a una patata mientras me reía de algo que debía de ser muy divertido, pero el humorista era él. Tuve el valor, o la cobardía, de pasar otra foto más, y me topé con el día en el que había conocido a Lola, en ese mismo jardín. Y, de nuevo, a mi lado, como si no estuviera a punto de romperme el corazón: él. Fue tan raro como doloroso viajar a todos esos instantes en los que había

sido feliz. Y, en una recriminación silenciosa, busqué a la abuela con los ojos confusos.

—Dime —me alentó—, ¿qué ves?

Arrugué la mirada en un gesto de incomprensión y devolví la atención a las escenas de una vida que no reconocía, y después de nuevo a la abuela, rogando una explicación de por qué me estaba sometiendo a semejante tortura. Ella, sin embargo, se mantuvo firme y me rogó que le diera una respuesta.

—A mí… —tragué saliva, en busca de la fuerza necesaria para decir su nombre— y a Harry —logré formular en un murmullo vago— antes de que me jodiera la vida.

—Perfecto, me queda claro que no eres ciego —ironizó, sin piedad —. Y, ahora, dime qué ves más allá de lo evidente.

Recogí las fotos de la mesa. Lo que la abuela me estaba pidiendo podía tirar por la borda todo el trabajo hecho: ese intento para que no volviese a sangrarme la herida. Pero lo cierto era que yo estaba ansioso por recrearme en el dolor, porque era lo único que me quedaba de él y me lancé de cabeza a navegar en el pasado.

En la primera foto salía yo, con el móvil acunado entre las manos y la sonrisa ensanchada; a mi lado estaba «él», que no le prestaba atención a la pantalla, a lo que quisiera que le estuviera enseñando, sino que me observaba de soslayo con la sonrisa torcida y un centelleo en los ojos, casi como si disfrutara más de mirarme a mí. «Pero eso es mentira», me saboteé. Pasé la foto y casi pude saborear aquella patata, una que le había robado del plato entre quejas fingidas, y ahí estaba de nuevo: el brillo en la mirada, la sonrisa imborrable, ese gesto apacible y relajado. «No significa nada», me recordé. Di otro salto en nuestra historia, esta vez más atrás, hacia ese jardín, al día en el que habíamos conocido a Lola. Y ahí estaba yo, con la perra entre los brazos pegándome lametones en la cara, y él a mi lado, otra vez con aquella mirada que me sonaba pero no terminaba de ubicar y con esa sonrisa que solo parecía pertenecerme a mí.

—No sé qué quieres que te diga… —dije esta vez en voz alta.

—¿No te suena esa mirada? —se resignó.

Yo fingí no saber a qué se refería y negué en un gesto forzado.

—Hay una foto más.

Supe que aquella foto significaría el estacazo final, el punto de no retorno. Y estaba en lo cierto. En la foto salía el abuelo con el pelo rapado, cogiendo a la abuela en brazos, en un prado, sonrientes y felices. No era la original, eso seguro, pero incluso en aquella copia se podía discernir el brillo en su mirada y cómo le decía «Te quiero» sin necesidad de palabras. Y al fin supe lo que la abuela quería que viera: Harry me miraba justo así.

Un par de lágrimas se me derramaron sin querer y la abuela lo entendió:

—¿Recuerdas cuando encontramos la foto del abuelo y me dijiste…?

—«No sabes la envidia que me da la forma en la que el abuelo te mira… —me atreví a citar mis propias palabras en apenas un hilo de voz—, porque a mí nunca me han mirado así».

—Exacto —asintió, mordiéndose el carrillo para contener las lágrimas—. Y ahora sabes que eso no es verdad —me susurró—. Sé que te ha hecho daño, Rodrigo, pero él —decidió no decir su nombre — te miraba así, como tú quieres. Lo vi desde el principio y por eso hice estas fotos, y por eso las he impreso —ahí estaba la explicación —, para que no lo olvides.

—Pero y entonces ¿por qué me ha hecho esto? —inquirí en un susurro.

Ella suspiró. Fue como si compartiera mi dolor para que así pesara menos.

—La respuesta está al alcance de una conversación. —Estaba a punto de quejarme cuando añadió—: Y sé que piensas que las cosas ya no funcionan así, que nadie se debe nada, que si *ghosting* o no sé qué tonterías que os meten hoy en día en la cabeza —imitó ligeramente mi voz al parafrasear mi discurso del sótano—, pero, del mismo modo que hablar con Lucas te ayudó a zanjar esa historia, quizá la respuesta a tus preguntas la tenga Harry. —Y ahí estaba de nuevo, su nombre en labios ajenos—. Todos cometemos errores, Rodrigo —sonaba pragmática—, y no seré yo la que te diga que tienes que perdonarle, porque no es así. Pero, después de todo, ¿no crees que lo mínimo que te debes a ti mismo es una explicación?

Habla con él —me insistió—. No tienes nada que perder; lo peor que puede pasar es que no te convenza lo que tenga que decir y sigas tal y como estás ahora mismo.

No pude responder con palabras, tan solo me limité a asentir: tenía que hablar con Harry. No sabía cuándo sería, cuánto tiempo necesitaría para estar preparado o siquiera si llegaría a estarlo, pero, tras revisitar el pasado a través de aquellos recuerdos, comprendí algo que no me podía seguir negando a mí mismo.

Dejé las fotografías a un lado de la mesa y recordé que había cientos como esas. «Me las guardo para otra vida», me apiadé de mí. Bastante me había costado ver esas tres. La abuela me observaba cautelosa. Supuse que temía haber cometido un error al reabrirme la herida. Yo recuperé el móvil en un acto reflejo.

—¿Qué vas a hacer? —le picó la curiosidad.

—Ser honesto conmigo mismo.

—¿Has completado otra tarea de la lista?

—Lo cierto es… que la completé hace mucho tiempo.

Y, con el dolor todavía latiéndome en el pecho, la taché:

~~Olvidar a Lucas.~~
~~Tomar la iniciativa.~~
~~Prestar más atención a la gente que quiero.~~

Expresar mis sentimientos.
~~Enamorarme.~~
Olvidar a Harry.

34

31 de julio

El traje del abuelo me quedaba un par de tallas grande. O así me lo pareció mientras me miraba en el espejo. La chaqueta se podía salvar, que llevarla *oversize* le daba un toquecito más casual, pero el pantalón no había por dónde cogerlo. Lo cambié en el último momento por unos vaqueros negros y, entre la camisa, la corbata y los zapatos, el *outfit* daba el pego. Estaba listo.

La abuela iba despampanante, ataviada con un vestido de lino blanco repleto de flores bordadas a mano por ella misma. Se le había ocurrido comprárselo en una tiendecita del pueblo vecino y personalizarlo ella misma para que fuera único en su especie. Y lo era. Me estaba esperando fuera, guardando en el maletero una bolsa con unas deportivas blancas: «Por si me hacen daño los zapatos, que hace mucho que no me los pongo», me había dicho. Yo me resigné y no había hecho ni el amago de convencerla de que se pusiese las zapatillas desde el principio. Era una batalla perdida. Mis zapatos no estaban tan mal. También eran del abuelo y, aunque los había tenido que rellenar con algodón para que no se me saliesen a cada zancada, eran bastante cómodos.

—Estás guapísima —dije nada más verla.

Le di un beso en la mejilla que me correspondió.

—Tú sí que estás guapo, hijo.

—Luego te hago una foto en el castillo, para que se la mandes a Soledad en la próxima carta. —Me mordí la lengua, burlón, y le guiñé un ojo.

—Haz el favor de callarte, que eres más sinvergüenza… —

respondió colorada.

Diez minutos después, estábamos aparcados en el pueblo. Con cada paso que dábamos hacia el castillo, más y más me preguntaba qué estaba haciendo ahí, dirigiéndome de cabeza a la boca del lobo. «Lo haces por la abuela», me recordé. Aun así, si había aceptado acompañarla a la exposición, era porque estaba seguro en un 99 por ciento de que no me iba a encontrar con él. «¿Qué probabilidad hay?», me había repetido en bucle esa semana. Y me lo había terminado de creer, de verdad que sí. Pero, las dudas regresaron esa misma mañana, tras despertarme de una pesadilla en la que me había convertido en el protagonista de una escena musical digna de película americana.

Me reencontraba con él en el castillo, pero ambos fingíamos no vernos. Tal era la tensión en el ambiente que todo el mundo murmuraba y nos miraba con curiosidad. Entonces sonaba «Crowded Room», de Inez Archer. Recuerdo los versos que yo le cantaba y los que él me dedicaba a mí, las coreografías y cómo los invitados se unían poco a poco al grupo de baile. Todo culminaba con él y yo, frente a frente, con la respiración entrecortada y a punto de besarnos y… Ahí fue cuando me desperté. Sudoroso, entre jadeos y con el corazón disparado. Eso demostraba que había sido más una pesadilla que un sueño, aunque la erección digna del Récord Guinness con la que había abierto los ojos opinara lo contrario.

«No significa nada. El subconsciente ha jugado contigo y se ha recreado en el peor escenario posible», me recordé un par de veces. Pero no debió de cuajar. Se me metió en la cabeza que se trataba de una premonición, que había visto el futuro y que quizá no era una secuencia musical, pero sí que estaba a punto de reencontrarme con él. La abuela intentó convencerme por activa y por pasiva de que los sueños, sueños son. Y sabía que eso era verdad, pero iba a estar en tensión hasta que terminase la exposición sin incidentes, encontronazos o coreografías de por medio.

El castillo estaba escondido junto a una arboleda, un poco más arriba del cine de verano, al final de un caminito entre huertos. No era demasiado grande y tenía una forma peculiar. A pesar de la fachada, que estaba siendo víctima de la humedad, se mantenía en

buenas condiciones.

Nada más pagar los 17 euros de la entrada, nos invitaron a pasar. Justo en el centro del patio interior, un trío de cuerda amenizaba el ambiente con versiones acústicas de canciones conocidas mientras los asistentes se deslizaban de aquí para allá, rescatando vinos, refrescos y canapés de las barras que se apostaban en los lados. Las estancias colindantes parecían cerradas a cal y canto, mientras que las obras de la exposición estaban repartidas alrededor de la muralla, en la segunda planta. Así que, tras picotear un par de pinchos de tortilla de patatas, acabar con un plato de queso y coger una copa de vino cada uno, subimos a echar un vistazo.

Lo primero que me llamó la atención fue una colección de libros con patas hechas de alambre, como si fueran cigüeñas. De algunos se escapaban plumas, otros tenían cola e incluso había un nido de pájaros. Me detuve por inercia frente a uno de esos libros. Estaba «caminando» sobre sus frágiles apoyos, como el resto de la colección, pero en este había pintado un árbol. Se desenrollaba a lo largo y ancho de las páginas. No faltaban pájaros, flores y plantas. Pero, de golpe, el color se extinguía y el árbol se salía de los márgenes, creciendo hacia lo desconocido… *canto libre* 1 DE AIXA PORTERO, ponía en una plaquita. Y lo entendí. Supuse que por eso había llamado mi atención, porque hablaba de mí.

También me detuve a disfrutar de la colección contigua. Parecían fotos antiguas, en blanco y negro, pero habían sido reinterpretadas con detalles añadidos de color que convertían la escena en una sátira. Y quizá se debiera a que no estaba de humor o a que seguía dándole vueltas a la pesadilla musical que podía empezar en cualquier momento, pero, aunque me gustó lo que vi, la entendí un poco menos.

—Me hace gracia el Paco Pomet este —soltó la abuela, riéndose delante de un cuadro de dos hermanas que tenían cabezas de animales y los símbolos de más y menos a los lados.

—Suerte la tuya que lo entiendes —le concedí—. Yo estoy espesito hoy.

—Rodrigo, no te lo vas a encontrar. —Yo me limité a sonreír forzosamente y ella a suspirar resignada—. Baja y cógete otro vino,

anda, que falta te hace relajarte.

—Voy a por una botella.

La dejé paseando entre cuadros y esculturas mientras yo bajaba, obediente, a reponer el vino. En cuanto me crucé con un camarero, le pedí una copa de la bandeja y me la bebí de un trago, ante su asombro. Se la devolví vacía, se sonrió y cogí una tercera.

—Muchas gracias —le dije.

—La siguiente, de agua —bromeó él.

Le reí la gracia, sin ganas, y se marchó. Estaba subiendo el primer escalón dispuesto a regresar con la abuela cuando me fijé en que una de las estancias prohibidas tenía la puerta entreabierta. Sabía que no debía hacerlo, que probablemente me buscaría un problema, pero necesitaba huir del ruido tan solo un momento. Me escabullí como una lagartija, seguro de que nadie me había visto, y me dejé caer en un banquito roído que había a un costado de una sala llena de trastos. Eché un vistazo a mi alrededor, con la copa de vino entre los dedos y la mirada desenfocada, simplemente dejando pasar el tiempo para volver a casa rápido. Hasta que un crujido me puso en guardia y supe que no estaba solo.

—*Hey, stalker*.

Escuchar su voz después de tanto tiempo fue casi como sentir la presencia de un fantasma, como si alguno de los náufragos que yacían en la bahía de La Herradura viniera para llevarme con él, como si los amantes de Maro no fuesen una invención y mi momento de convertirme en otra alma perdida en las aguas hubiera llegado. No me moví, ni siquiera respiré o pestañeé, sino que me limité a acariciar de forma nerviosa el filo de la copa con la yema del dedo. Él tampoco dijo nada, tan solo esperó, paciente, a que yo diera el siguiente paso. «Era una premonición», me confirmé a mí mismo. Porque no había música, no se trataba de una escena de película, pero él estaba ahí y había llegado la hora de la verdad.

Me levanté en un movimiento casi coreografiado y di media vuelta. Quise evitar su mirada porque sabía que, de encontrármela, me perdería en ella y ya no habría marcha atrás. Hice de tripas corazón, sin embargo, y en un gesto rápido —para no pensármelo dos veces— me enfrenté a él y me topé con sus ojos tristes y

apagados. Él pegó un respingo, uno que trató de ocultar recolocando los hombros, y, a sabiendas de que yo no iba a acortar ni un milímetro de ese abismo que había aparecido entre nosotros, se atrevió a saltar al vacío.

—¿Podemos hablar?

Lo dijo en un ruego susurrado, con las pupilas gachas, incapaz de mantenerme la mirada. Fingí pensármelo un momento, en un amago por mantener la dignidad, pero lo cierto era que, teniéndole ahí delante con cara de niño triste y gesto desgarbado, me moría de ganas por decir que sí. Claro que quería hablar con él. Quería gritarle, abrazarle, hundirle y besarle, todo al mismo tiempo. Necesitaba saber qué tal estaba, pedirle mil explicaciones, reclamarle disculpas y luego rechazarlas, para terminar sollozando en su hombro y susurrándole que más lo sentía yo por no haber sido suficiente. Y, en esa amalgama entre la ira, el dolor, la añoranza, el autosabotaje y aquel cariño que permanecía inalterable, asentí con un gesto apenas tangible. Él lo entendió, me lo agradeció con una sonrisa y salió de allí esperando que le siguiese.

Fuimos a la terraza frontal del castillo, desde donde se podía ver el mar. Por un momento, me sentí como uno de los incontables marineros que habían perdido la vida allí: a punto de luchar contra lo inevitable y con peligro de naufragar. Todo dependía del viento de aquella conversación.

Se apostó en la balaustrada con la mirada perdida en el horizonte y yo hice lo propio. De fondo, la música seguía acompañando al murmullo del gentío.

—Lo siento. —Fue lo primero que dijo, sin excusas, sin adornos.

—¿Por qué exactamente? —El corazón me golpeaba el esternón a destiempo.

Desvió la mirada del mar hacia sus manos, cuyos dedos tamborileaban sobre la piedra humedecida, y, sin enfrentarse a mi soslayo, añadió:

—Por todo. —Fue apenas un susurro que casi se perdió en el ruido del ambiente.

«Qué convenientemente genérico», pensé, pero no lo dije.

—No tienes nada que sentir. No éramos nada. —Dos mentiras.

—*But we were something* —dudó—, ¿no crees?

Con esa última pregunta, me buscó. Reencontrarme con su iris celestial bajo la luz del sol me sacudió de arriba abajo. Si hubo algo que consiguió mantenerme firme, fueron los restos de un moratón que, aunque ya emborronado, le seguía coloreando pedacitos del pómulo. Tuve que contener un acto reflejo que me pedía acariciarle la mejilla y preguntarle si estaba bien, si le dolía, o incluso disculparme por aquella reacción desmesurada de Pino, incluso a sabiendas de que yo no la había pedido. No lo hice, y preferí fingir indiferencia y responderle en consecuencia.

—No te atrevas a decir eso, Harry. —Fue un ruego a la vez que una orden.

—Es la verdad. —Y devolvió la mirada al mar—. Al menos la mía.

—Entonces sí que tienes mucho que sentir —disparé—, pero mejor dejarlo estar, porque como te diga yo mi verdad…

—*Do it* —me retó, irguiéndose en el sitio y enfrentándome—. Di lo que tengas que desir. Llevo dos semanas esperando este momento, *so I'm ready to hear it*.

Se cruzó de brazos, dispuesto a recibir el golpe de gracia. Y me dio tanta pena que preferí no dárselo y seguir haciéndome el esquivo.

—Mira —hice un ejercicio de contención—, fue divertido y es una pena que tenga que acabar así, pero los dos sabíamos que teníamos una fecha de caducidad. Podía haber sido en septiembre, solo que… ha llegado antes de tiempo —relativicé, quitándole importancia con una sonrisa de medio lado—. Para mí, esto —nos señalé— está más que superado. —Me dolió decir aquella mentira en voz alta—. Y si te sirve para pasar página: te perdono. —Se lo concedí casi como si fuera el último deseo de un hombre moribundo.

Él parecía molesto.

—Pero eso no es verdad —supo al instante—. ¿Por qué estás hasiendo esto?

«¿Por qué hiciste tú lo que hiciste?», resonó en mis adentros. Los ojos se me empañaron y cada herida que había empezado a cicatrizar se me reabrió. Ya solo quedaba lugar para la sinceridad.

—Claro que no es verdad —reconocí—, estoy intentando hacerlo

fácil.

—*Then don't!* —me cortó en un gruñido.

—Está bien —acepté de mala gana—. Si vine hasta aquí fue para olvidarme de Lucas y… —me mordí la lengua, pero él me rogó con un gesto que siguiera— lo único que he conseguido ha sido hacerme más daño. Estoy mucho peor que cuando llegué. Estoy roto, Harry. —El rostro se le ensombreció al escucharlo—. Y, sin embargo, aquí me tienes, tratando de fingir que no ha sido por tu culpa, pero es que… —Me atraganté en un amago por contener una verdad ineludible.

—… *it is my fault* —comprendió.

«Exacto», pensé. Y entonces me acordé del mensaje que me contradecía, el que me envió Milo.

—Supongo que no —dije en apenas un suspiro— y, al mismo tiempo, siento que sí.

—*What's that supposed to mean?*

Di un suspiro en busca de la fuerza para seguir.

—Milo me mandó un mensaje.

Escuchar su nombre le puso en guardia. La mandíbula se le tensó.

—Y… ¿qué desía? —se atrevió a preguntar.

Pude ver el miedo en sus pupilas, que recorrían mi cara en busca de una pista que le advirtiera de lo que estaba pensando. Estaba rígido, tanto que, si te fijabas, podías ver un ligero tembleque en la punta de sus dedos.

—Que tú no habías hecho nada —pareció relajarse—, pero eso no es verdad.

—Rodrrigo…

—Yo te vi, Harry —le corté.

—*But*… —se corrigió a sí mismo, maldiciendo su inglés nervioso en un gesto de frustración— tú no estabas ahí, no sabes lo que pasó —se atrevió a decir—. No me has dado siquiera la oportunidad de explicarme. *Fuck!* —maldijo, frustrado—. Y eso no es justo. *Not for me, not for you*.

Y era cierto. Desde que me lo encontrara besándose con Milo, hacía ya más de catorce días, no le había vuelto a responder ni a un mensaje. Había desaparecido de su vida, tal y como había hecho

antes con Lucas.

—Tienes razón —le concedí—. Soy todo oídos.

Harry

Las bengalas humeaban en busca del cielo, enrojeciendo el ambiente y regalándome una escena única de Rodrigo. Aquella noche estaba incluso más guapo que de costumbre. Llevaba el pelo desgarbado entre rizos castaños que se le desenredaban al son de la brisa. Sus ojos parecían más claros de lo habitual, brillando como un ámbar. Vestía una camisa negra que dejaba entrever lo tostado de su piel aquí y allá, y unos shorts vaqueros que me encantaban, porque eran los que llevaba el día en que nos conocimos. Y, por supuesto, sus Vans. Nunca había entendido la gracia que tenían esas zapatillas, pero eso fue hasta que lo conocí a él y, desde entonces, tenían un nuevo significado para mí.

Cumplíamos oficialmente veintiún días del grupo de apoyo, y eso solo significaba que había llegado el momento de confesarle a Rodrigo cómo me sentía. Si todo iba bien, y en caso de ser recíproco —que esperaba que sí—, lo besaría delante de todos. El único problema era él.

—¿Desde cuando eres un capillita? —le vaciló, con ese tonito que me sacaba de quicio.

Leave him alone, you fucking twat, pensé, fulminándole de reojo.

—Es para mi madre —le gruñó Rodrigo—, idiota.

That's my boy, no pude evitar sonreír ante su respuesta.

La noche pasó volando entre alcohol, bailoteos, charlas banales y unas ganas irrefrenables de besar a Rodrigo sin necesidad de una conversación previa, pero teníamos que hacer las cosas bien. Lo único que necesitaba era tener un momento a solas con él. Y qué suerte la mía, porque, poco antes de medianoche, lo pillé mirándome juguetón. Debió de leerme la mente, porque fue él quien se acercó en un par de pasos y me dijo:

—Feliz día veintiuno, desconocido.

La sonrisa se me ensanchó de oreja a oreja. Me encantaba que

me llamara así. Todo había nacido como una broma, una forma de meterse conmigo porque yo le llamé *stalker* en nuestro primer encuentro. Ahora era inevitable que no se me pusieran los pelos de punta cada vez que se lo escuchaba decir. En un acto reflejo, me pegué un bocado en el carrillo por no pegárselo a él en el labio inferior.

—*Happy twenty-first, stalker*.

—Se me ha pasado más rápido de lo esperado. —Sonaba apenado.

—*Me too.* —Era la verdad.

Nos sostuvimos la mirada en lo que me pareció una eternidad, deseoso de besarlo de una vez por todas. Por desgracia, no supe interpretar su mirada. Lo cierto era que, desde que la metomentodo de Lisa había hablado con Rodrigo —diciéndole a saber qué—, estábamos… raros y llevábamos días sin besarnos. Así que me contuve.

—Tenemos que hablar de… —dijo él.

«Sí, por favor», le rogué en silencio, pero antes de poder ponerlo en palabras, nos interrumpió una voz:

—¿Rodrigo?

«*Fuck me*. ¿Qué cojones quieres, Lucas?».

—Perdona que os interrumpa, pero ¿podemos hablar?

Just say: no, and by the way, fuck off! Pero no lo hizo. Rodrigo me buscó y supe al instante lo que eso significaba, así que me obligué a regalarle una sonrisa cómplice para ponerle la situación lo más fácil posible, y él lo entendió:

—Cuando vuelva… —empezó a decir, pero no le dejé terminar.

—*Sure* —acepté—, estaré por aquí.

Se dio media vuelta y, cuando quise darme cuenta, había desaparecido entre la marejada.

Un par de días después, o al menos así se sintieron para mí, Rodrigo seguía sin aparecer. En realidad, no habían pasado más de quince minutos, pero el tiempo se relativizó. Es lo que tiene el alcohol —y el echar de menos—. E, inevitablemente, en esa incomprensión del tiempo, me preocupé.

—¿Sabes algo de Rodrri? —le pregunté a Milo en contra de mi

voluntad.

Él se limitó a negar con el morro fruncido antes de pegarle otro sorbo a su vaso.

—Voy a ir a buscarlo.

—Espera, que voy contigo —se bebió el resto de la copa de un trago y me echó el brazo por encima como si fuésemos amigos del alma—, que no estás para irte solo.

—*I'm fine* —mentí, con la realidad un tanto distorsionada.

—Ya, ya. —Me dio un par de golpecitos en el pecho—. Vamos, *champion.*

Navegamos el gentío entre empujones y maldiciones. Suerte la mía, pues Milo, con ese encanto arrebatador que tanto me molestaba, conseguía que todo el mundo nos perdonase. Y solo así conseguimos llegar hasta la estatua del pueblo.

—Espera —me dijo Milo, agarrándome del brazo.

—¿Qué? —inquirí, cortante.

—¿Puedo ser sincero contigo?

El rostro se le comprimió en una mueca que no me terminó de convencer y, por inercia, asentí. Tampoco creí tener otra salida.

—A ver —se preparó—, me jode muchísimo lo que estoy a punto de decirte, porque me pareces un tío de puta madre, Harry, y no te lo mereces, pero —bandeó la cabeza en busca de las palabras adecuadas y yo torcí el gesto, sin terminar de comprender adónde quería ir a parar— anoche Rodrigo me reconoció que reencontrarse con Lucas le había removido por dentro, ¿sabes? Y, si no me equivoco —forzó una pausa y arrugó la nariz—, ahora mismo están arreglando las cosas para volver.

La información trataba de encontrar un lugar en mi cabeza, uno en el que tuviera sentido, pero no lo logró. Milo me miraba como a un cervatillo moribundo al que acababa de atropellar y, de algún modo, lo había hecho. Yo me limité a quedarme helado en el sitio, fingiendo no entender español.

—Si no te importa —logré formular—, me gustaría hablar con Rodrigo.

Hice el amago de irme, pero, por culpa del tequila, la cerveza y los nervios, trastabillé y estuve a punto de caer de bruces contra el

suelo. Si no lo hice, fue porque Milo me cogió justo a tiempo y, tirando de mí, nos estampó a ambos contra una palmera.

—*Thank you* —logré decir, pero solo quería largarme de allí.

—Espera, Harry. —Y me volvió a atraer con un gesto de muñeca. Nuestros cuerpos quedaron pegados el uno al otro—. Si te estoy contando esto, es porque me lo ha pedido Rodri. Le daba vergüenza decírtelo porque… siente que le ha fallado al grupo de apoyo. Que te ha fallado a ti.

—*But*… —traté de rebatirle, pero no pude.

—Lo siento —susurró—, de verdad… —Me acarició la mejilla con ternura.

Yo aparté la cara, asqueado ante su gesto.

—Sé que es una putada —fingió empatía.

—*That's a misunderstanding*.

—Lo sé —musitó—. Pero, si me dejas, puedo hacerte sentir mejor.

Se me acercó peligrosamente y me acarició el labio inferior con el suyo.

—*Go fuck yourself,* Milo.

Él me regaló una sonrisa torcida y me susurró:

—Para eso… mejor fóllame tú. —Y, acto seguido, me besó.

El resto estaba borroso. Recordaba el sabor del Red Bull en sus labios, cómo su lengua se deslizaba en busca de la mía, sus manos amarrándome de la cintura con firmeza. Mi mente desdibujó escenas de Rodrigo, primero haciendo lo mismo con Lucas, después destrozado viendo la escena macabra que estaba protagonizando con su mejor amigo. Y, entonces, muy de fondo, escuché un estallido que me hizo volver en mí mismo y le aparté.

—*Wait, no*. ¿Qué estás hasiendo? ¿Y Rodrri?

—A él no le importas, Harry. Además, no se tiene por qué enterar.

—No. —Le empujé, esta vez algo más fuerte—. *Fuck this*.

Y, sin decir una sola palabra más, con el corazón en un puño, me fui de allí y él me siguió. Cuando nos reunimos con el resto, los dos fingimos que no había pasado nada. Lisa me preguntó si me había encontrado a Rodrigo y, tras negar en silencio, todos le escribimos. Pero la noche pasaba y él seguía sin dar señales de vida. Eso, para qué negarlo, me asustó. Y, al parecer, a Milo también.

—¿Nos habrá visto? —dijo demasiado alto.

—*What?* —La idea me aterrorizó—. No, *shut up*.

—Visto, ¿el qué? —quiso saber entonces Lisa.

—Nada —zanjé.

—Que nos hemos liado —dijo Milo al unísono. Parecía orgulloso.

—Joder, Milo, tío.

Enterré la cabeza entre las manos en un intento por ganar cordura.

—*You hooked up with his best friend?* —me juzgó Lisa sin piedad —. *Seriously, Harry? What's wrong with you?*

—*No* —zanjé—. *He kissed me, I backed up.* —Esa era la verdad.

—Eres un puto desgraciado —sentenció Pino.

—No me hagas hablar, Pino —le rogué.

—¿Hablar el qué? —se envalentonó—. ¿Tiene algo que decirme el marqués?

—*When you finally decide whether you're fucking your girlfriend or your best mate, let me know* —le apuñalé sin piedad—. *Until then*…

Traté de terminar mi ataque feroz y descarnado, producto de la desesperación de imaginar a Rodrigo enterándose del beso, o, peor, de que lo hubiera visto; pero no me dio tiempo. Un puñetazo en el pómulo me tiró al suelo y provocó que reventara alguna botella vacía. No hice ni el amago de levantarme, tampoco tuvo nadie prisa por ayudarme a hacerlo. Todos estaban de acuerdo en que me lo merecía.

Para cuando conseguí abrir los ojos, tenía la ropa empapada, olía a ron y angustia y Lisa estaba arrodillándose a mi lado en un acto fraternal que parecía más una deuda que otra cosa. Nívea le echaba la bronca a Pino a voces que no pude escuchar mientras lo sacaba de allí a tirones. «¿Ha llegado el momento? ¿Lo voy a perder todo?», me pregunté.

Unas horas después, nuestros miedos se hicieron realidad. Lo supimos por un mensaje que recibió Milo. Era de Lucas:

> Ve a por tus cosas a casa de Gris.
> Esta vez la has cagado pero bien, esto no te lo

perdona 6:25

Nada más coger el coche para llevar a Milo a por sus cosas, le dije:

—Esto ha sido un error. —Fue apenas un susurro—. Tú viniendo aquí…

—Lo sé —aceptó—, yo siempre soy el error.

RODRIGO

—Y el resto… ya lo sabes —concluyó.

Se hizo un silencio relativo. Y lo fue porque la música y los murmullos seguían de fondo, los pájaros continuaban contándose anécdotas en algún árbol cercano y la brisa silbaba ajena a todo lo demás. Yo lo único que escuchaba era un pitido ensordecedor, uno que me taladraba los sentidos y que se negaba a seguir el compás iracundo de la batería que me latía en el pecho.

—Vete a la mierda, Harry —mastiqué las palabras.

—Pero qué… —se sorprendió.

—¿Qué pensabas que iba a decir? —le acusé, irónico—. Oh, pobre Harry, mi mejor amigo lo besó y le costó mucho trabajo dejar de liarse con él, porque estaba triste y confuso y fuera de sí —lo exageré con un tono sarcástico que me llenaba la boca de rabia.

—*Well*… —Tragó saliva, incómodo, y supe al instante que eso era justo lo que esperaba—. En mi defensa diré que… es la verdad —carraspeó—. *He kissed me*, y me aparté.

Supe que decía la verdad, pude leerlo en la tristeza de sus ojos, en ese tono de voz aniñado que se le ponía cuando se abría en canal. Incluso Milo me lo había reconocido días atrás. Pero yo seguía enfadado, quizá conmigo mismo. Lo que me había contado no me servía para mitigar todo el dolor que había sentido las últimas dos semanas.

—Yo también he estado triste, borracho y confuso, Harry. —Recordé la conversación con Lisa o la primera noche que dormí con Milo allí en La Herradura—. Y me lo podría haber follado. —Los ojos se le desorbitaron—. Él lo intentó, de hecho. ¿Se le olvidó decírtelo

antes de besarte? —Se puso en guardia—. Claro que sí. Qué conveniente que se le olvidara comentar justo ese detalle, ¿verdad? —Ironicé—. Pues hubiese tenido más justificación que tú —le solté —, créeme. Porque era mi mejor amigo y nos hemos pasado años… experimentando. —Gesticulé lo suficiente como para que entendiera lo que escondía detrás del eufemismo—. Pero, a pesar de eso, no lo hice. Ni siquiera un besito confuso. ¿Quieres saber por qué?

—*I do*… —trató de arrancar, pero no le dejé.

—Por ti. —Le hinqué el dedo en el hombro en un acto reflejo y él retrocedió—. Porque confiaba en lo que estábamos construyendo. Y vale, sí, yo acepto mi parte de culpa, y sé que se me da fatal comunicarme, y sé que he estado raro, y lo siento. Pero es que… —me atraganté con la siguiente frase— lo que Lisa me dijo fue mucho peor que la soplapollez que se inventó Milo, y, aun así, creí en ti. ¿Y tú dudaste de mí —me señalé—, de nosotros —nos señalé a los dos —, por cuatro frasecitas de mierda que se inventó el psicópata de Milo? Joder, Harry.

—*Okay. One step at a time* —me rogó—*, please*.

Acepté con un gesto apenas imperceptible, y él ordenó sus ideas antes de hablar.

—*Let's talk about Lisa*. Hase unos días hablé con ella y conseguí que me contara lo que te había dicho. —Hizo una pausa, entristecido —. Y lo siento mucho, Rodrri. *Look.* —Supo que no era suficiente con una disculpa al aire y suspiró antes de continuar—. Lisa no está pasando por su mejor momento. La situasión con mis padres en casa es… *just awful*. Por eso desidió venir conmigo a España. Ella intenta poner siempre su mejor cara, ya lo sabes, pero a veses… — Frunció el ceño y yo asentí, consciente de a lo que se refería—. Lisa es una de las mejores amigas de Ava —confesó—. Y, cuando viajó a Chester, se encontraron en la despedida. Fue Ava la que le dijo que nuestra ruptura era cuestión de tiempo, y Lisa se lo creyó. Si habló contigo fue porque no quería que yo te hisiera daño, porque *she was right*. Mi relasión con Ava *was a messy one*. *But not anymore*. Ojalá Lisa hubiese hablado conmigo antes que contigo, pero con todo el tema del viaje…, bueno. *Don't hold it against her*. *She loves you* y se siente realmente mal.

—Hablaré con ella —acepté, dándole a entender que el tema estaba zanjado.

Él sonrió de medio lado, satisfecho con mi escueta respuesta, y pasó al siguiente punto:

—*I didn't believe him. Not a single word* —aclaró, por si quedaba alguna duda—. Estaba borracho, *sad*, preguntándome por qué llevábamos días sin besarnos y deseando pasar un momento contigo a solas para poder hablar. Quería besarte durante los fuegos artifisiales, ¿sabes? —reconoció.

El corazón se me encogió en un puño y recordé la fantasía de mamá. Al parecer, también había sido la de Harry. Aprovechando la guardia baja, una grieta atravesó mi armadura.

—¿Delante de todos? —se me escapó en apenas un susurro.

—*Of course* —juró.

La coraza se resquebrajó un poquito más. Harry debió de notarlo.

—Entonses… —se atrevió a formular—, ¿no estás enfadado por el beso?

—No —zanjé—, no estoy enfadado por el beso. Ya no. Él te besó, tú te apartaste y te creo —resumí—. Pero sigo enfadado porque he pasado dos de las peores semanas de mi puta y miserable vida recreándome en una escena que, al parecer —remarqué—, no era real… Y todo porque mi mejor amigo creyó que era una muestra de amor liarse con la persona de la que yo me estaba… —Conseguí tragarme la última palabra.

Harry quería que continuase.

—*I think you forgot a word*… —tanteó el terreno más relajado, a sabiendas de que estaba recuperándolo; yo le fulminé con la mirada —, *nevermind*. *So*, me estás disiendo que, en realidad, estás enfadado con… Milo.

—Mmmhm —no dudé—, pero sigo enfadado contigo también.

—*But why?*

—No lo sé —me enfurruñé—, tengo que pensarlo.

—*Okay* —aceptó con ternura y arrugó el morro—. ¿Puedo desir algo?

Levanté la mirada. Harry me sonreía de soslayo. Había aguantado el rapapolvo con mucha dignidad. Ahora me tocaba a mí, así que

asentí a duras penas.

—¿Quieres saber lo que soñé aquella noche? Cuando tuve la pesadilla.

«Me dijiste que no te acordabas», rememoré su mentira. Ni siquiera hice el amago de pestañear antes de aceptar, ansioso por descubrir qué le había llevado a llamarme «mejor amigo».

—Claro.

—Que te rompía el corasón —reconoció—. Que te hasía daño. Que te hasía esto. —Me señaló—. Y se ha cumplido, y lo siento.

Me dispuse a quejarme para aclarar —una vez más— que entendía que había sido Milo el embaucador que había llegado a mi paraíso para arrasar con todo. Solo que, en esta historia, Harry no había mordido la manzana. La serpiente le había mordido a él. No me dejó y, con una mano alzada para acallar mi protesta, continuó con su discurso:

—Cuando llegué aquí, yo también estaba superando un duelo. Llevaba toda la vida con la misma persona, conformándome con una relasión que no me hasía felis. No me sentía visto, ni querido, ni escuchado. *I was trapped*. Y, entonses, en la otra punta del mundo, te conosí a ti. —Me dio un golpecito en el hombro—. Y, en cuestión de días, por no desir horas —bromeó—, me hisiste sentir más de lo que jamás había sentido por «el amor de mi vida». —Entrecomilló, irónico—. *For God's sake*, Rodrri… *I was straight before I met you* y ahora soy incapas de dejar de besarte —bromeó—. Y sí, sé que estoy seseando mucho, pero es que estoy nervioso.

—Lo estás haciendo genial —le concedí en un murmullo.

—Gracias. —Forzó el acento, orgulloso.

—Es que todavía no me puedo creer que haya estado dos semanas llorando porque fuiste lento, Harry. Eres idiota —le di un puñetazo flojito en el hombro, forzando un acercamiento—, y, al parecer, yo también.

—*I mean*, podría haberle pegado un puñetazo, pero… *I'm not Pino* —bromeó, señalándose los restos de morado de la cara.

—Lo siento, por eso.

—*It's fine, we talked* y todo solucionado. Me lo merecía, igualmente.

—Me alegro, pero nadie se merece algo así.

—Yo sí. —Hizo las paces con su pasado—. *I was a shitty friend, so*…

Suspiré, y él me imitó. Nos estábamos acercando al punto de no retorno.

—No me puedo creer que Milo haya liado todo esto…

—… *and miscommunication* —soltó la pulla.

—Me lo merezco, sí —acepté de buena gana.

—*It's OK* —me concedió—. No sé cómo habría reaccionado de haber sido tú. Quizá ahí sí que me hubiese invadido el espíritu de Pino —reconoció.

—Te prefiero siendo Harry, si no te importa.

Él aceptó de buena gana regalándome una sonrisa.

—*So, now what?* —quiso saber.

«Ahora, volvemos a lo de siempre y lo retomamos tal y como lo dejamos», fue mi primer pensamiento. Pero lo silencié al instante, porque nuestra vida no era una película de Netflix.

—No lo sé, Harry —me atreví a decir en voz alta—. Es todo tan complicado entre nosotros… Y, ahora mismo, tampoco es que yo esté en mi mejor momento.

—¿Qué quieres desir? —volvió a sesear.

—Después de Lucas, conocerte tan pronto… —«Enamorarme de ti», pero eso se lo dije con los ojos—. Lo de Milo… Siento que, ahora mismo, no sé cómo seguir con esto. —Nos señalé—. O, al menos, no sé cómo hacerlo bien.

—Podemos descubrirlo juntos —me rogó, mordiéndose el labio para ahogar un puchero.

Supe que le estaba rompiendo el corazón, pero aquella era una carga que no quería sobre mis hombros, así que decidí cederle el testigo.

—Pero ¿cómo se aprende a querer bien? —quise saber.

—No lo sé. —«Porque yo ya te quiero así», creí leer en sus pupilas —. Pero ¿qué perdemos por intentarlo? Dame veintiún días, ni uno más, ni uno menos. Y si en ese tiempo no hemos arreglado este embrollo, te dejaré marchar.

—Estás jugando sucio… —fui capaz de decir sin llegar a

romperme.

—*I know.* —Sonrió orgulloso, a lo que yo negué divertido.

Inspiré todo el aire que me cupo en los pulmones a sabiendas de que había tomado una decisión. De hecho, desde el instante en el que Harry me había dado su versión de aquella noche, de aquel beso, y había visto la verdad en sus ojos, la decisión estaba más que tomada. Hablaba el miedo, sin embargo; el miedo a que aquello no saliera bien, pero más miedo aún a que saliera perfecto y nos tuviéramos que decir adiós en septiembre. Perder todo lo que había construido con Harry había estado a punto de acabar conmigo, y no sabía si estaba preparado para volver a pasar por ello. Y aun así, y como no podía ser de otro modo, acepté.

—Otra vez… —me resigné—, vuelta a empezar.

—Por ti, Rod —dejó llevar la mano hasta mi mentón y, en una caricia, me la posó en la mejilla; yo me apoyé sobre ella y cerré los ojos para recrearme en el tacto de su piel—, empezaría las veces que hicieran falta.

Una lágrima se derramó sobre la palma de su mano. Fue en ese instante cuando comprendí otra verdad universal: que nuestras pieles estaban hechas para ser una, del mismo modo que yo estaba hecho para ser con Harry.

—Voy a necesitar tiempo —le hice saber.

—Para ti, tengo todo el tiempo del mundo.

35

8 de agosto

Los últimos rayos de sol se colaban por la terraza del salón. La estancia olía a mirra. De fondo sonaba una *playlist* con canciones que me recordaban a Harry mientras mis dedos se enredaban en su pelo y mis labios bailaban con los suyos.

—No me voy a cansar nunca —susurré entre besos.

—¿De qué? —apenas se le entendió entre nuestras bocas.

—De esto —otro beso—, de ti —uno en la nariz—, de besarte. —Y vuelta a los labios.

Él se separó un instante.

—Nos va a pillar. —Sonrió, me besó y se apartó de nuevo.

—Qué va —le rebatí con otro beso—, si está muy ocupada con su…

El portazo probó que Harry tenía razón. Unos tacones se deshicieron por el pasillo de la planta de arriba, lo que nos dio tiempo a Harry y a mí para separar cada parte del cuerpo que habíamos entrelazado. Lo conseguimos a duras penas y nos recompusimos como pudimos mientras los pasos ya bajaban las escaleras. Harry se colocó un cojín para esconder su erección, y yo crucé las piernas y cogí el mando para fingir que cambiaba de canal, con la tele en silencio y una canción de Inez sonando de fondo. Lola, ajena a nuestra normalidad improvisada, adelantó a la abuela y se coló entre Harry y yo, dándonos lametones y coletazos de alegría.

—¿Qué tal estoy? —preguntó, completamente fuera de sí.

—Estás guapísima, Gris —le regaló Harry los oídos mientras esquivaba lengüetazos en la cara.

Llevaba el vestido de lino blanco con flores que se había bordado un par de semanas atrás para la exposición del castillo. Había recibido tantos elogios de sus amigas que había decidido no subir ninguna foto y reservarlo para su cita con Soledad. Y ese día había llegado. Tenía el pelo echado para atrás, con los laterales repeinados en un efecto mojado muy actual. Al llevar las orejas descubiertas, se las había decorado con dos pendientes de flores que complementaban el vestido, y se había pintado los labios de bermellón, a juego con las uñas y el bolso.

—Guau. Estás preciosa.

Ella sonrió con una mezcla de vergüenza e inseguridad.

—¿Qué tal el pelo? —quiso saber, mirándose en el espejo—. Es demasiado, ¿verdad? Lo sabía —se respondió ella sola.

—Es una pasada. —Exageré mucho la última palabra.

—*Breathstopping* —añadió Harry.

—¿Cómo has sabido…? —quise preguntar, señalándole el peinado.

—Una chica en TikTok —se adelantó a responder.

—Pues le mandamos un besazo.

—Sí, ¿no? —La abuela volvió a dudar—. Ay, no sé.

—En cualquier caso… —fruncí el ceño—, es tarde para arrepentirse.

Y lo dije porque el motor de un coche se acababa de parar frente a la puerta de casa. Los ojos se le abrieron como platos y empezó a dar vueltas por el salón sin sentido, buscando cosas que muy probablemente ya tendría guardadas dentro del bolso.

—Todo va a salir bien —la animé.

Harry se lo confirmó con una mirada.

—Eso no lo sabemos —me susurró—, pero gracias.

Tres golpecitos nos alertaron de que Soledad había llegado. La abuela pegó un saltito y a punto estuvo de trastabillar con sus zapatos. Recorrió el pasillo al trote hasta llegar al recibidor, donde se paró, inspiró aire, sonrió, hizo de tripas corazón y abrió la puerta.

La abuela y Soledad se miraron a los ojos. Fue en ese instante cuando entendí la magnitud del encuentro. Llevaban sin verse casi cincuenta años, y la última vez que lo hicieron fue en la boda de los abuelos. Si bien era cierto que se habían mandado varias cartas al

recuperar el contacto, y que incluso habían hecho alguna que otra videollamada, nada igualaba a aquella solemnidad.

—Hola, Gris.

—Hola, María —aludió mi abuela a su amor del pasado.

Los ojos de Soledad brillaron al escucharla, y entonces comprendí que la abuela se lo había estado reservando hasta tenerla allí y poder mirarla a los ojos mientras la llamaba por su nombre, por ese nombre con el que la quiso. Y Soledad también debió de entenderlo, porque sonrió y la abrazó fuerte.

Una gotita de sal se me escapó sin querer y busqué a Harry con un puchero aniñado. Cuál fue mi sorpresa al descubrir que él estaba igual, limpiándose las lágrimas con el reverso de la camiseta. Me sonrió y yo le sonreí a él, le acaricié la rodilla y devolvimos la mirada a la escena.

—Entra que te presente a los niños —escuché decir a la abuela.

Soledad cruzó el umbral y, nada más vernos en el sofá, nos regaló un gesto dulce. Harry y yo nos levantamos y, entre abrazos, cumplidos y agradecimientos, tuvimos el placer de conocer al primer amor de la abuela. Era guapísima: tenía los ojos del color de la oliva, el pelo grisáceo cayendo como una cascada y una sonrisa preciosa. Llevaba las gafas colgadas al cuello, al igual que en su foto de perfil de Facebook, y se había puesto un vestido aguamarina que le quedaba mejor que bien. Nos dirigimos de nuevo a la puerta y nos despedimos en el umbral, pues tenían que disfrutar de la cita. A fin de cuentas, tenían muchas décadas que contarse.

—Pasadlo bien —les dije, de corazón.

—Y tomaos unos vinos —añadió Harry—, que, si hace falta, yo os recojo.

Ellas se rieron aceptando la invitación con un gesto de cabeza y, tras despedirse con un bailoteo de mano, se fueron dispuestas a darle una segunda oportunidad a esa historia de amor inconclusa.

—Le ha salido un sarpullido a Rodrigo —las escuché cuchichear tras los setos.

—¿Sarpullido? Ja —ironizó la abuela—. Lo que tiene que hacer su novio es afeitarse, que me lo tiene desollado vivo. —Soledad se rio, cómplice—. O mi Rodrigo dejar de ser tan gua… —Y cerré la puerta,

avergonzado.

—Creo que iba a decir «guarro» —terminó Harry—. O «guapo». *Both are true*.

—Ja, ja. Qué gracioso. —Le di un empujoncito—. Pues a ti te ha dicho que te afeites, «novio» —entrecomillé en el aire.

—*Well.* —Se encogió de hombros—. Entonces no ha dicho ninguna mentira.

—Bueeeno, bueno —bromeé—, que yo sigo sin anillo. —Le enseñé el anular.

—Todo a su debido tiempo. —Me besó la punta del dedo y regresó sin mí al sofá—. Entonces ¿no te gusta mi nuevo look?

Fingí que me lo estaba pensando, que tenía mis reservas, pero nada más lejos de la realidad. Se había dejado una barbita de tres días que apenas se veía de lo rubia que era, pero que le hacía todavía más sexy. Según me había dicho, le apetecía probar algo nuevo, y yo no me iba a quejar, porque solo había una verdad:

—A ti te queda todo bien —dije con resignación—. Qué rabia me das.

—*What are you talking about?* —Se sonrojó—. A ti te queda todo bien.

—Eso lo dices porque me tienes aprecio. —Me dejé caer en el sofá.

Se me tiró encima de golpe, dándome un empujoncito que me cogió por sorpresa. Yo quedé tumbado bocarriba, con la boca entreabierta en busca del beso que sabía que estaba próximo, mientras que Harry me oteaba con detenimiento en un bailoteo de pupilas.

—Y mucho, además, pero no le quita peso a mi *statement*: te queda todo bien. —Me besó.

—Sí —dejé escapar en un susurro—, sobre todo tú, encima de mí.

Yo me mordí el labio sin querer y Harry dejó escapar una risita contra mis labios.

—Tu abuela tenía rasón. —Y ahí estaba el seseo nervioso—. Eres un guarro.

Acto seguido, se restregó contra mi entrepierna. La tenía tan dura como yo. Le arrebaté la sonrisa tontorrona con un mordisquito en el

labio inferior y se volvió a restregar otra vez, como si hubiese activado un botón sin querer. El iris cada vez tenía menos espacio para el celeste y más para el negro depredador, para esa mirada con la que Harry me observaba en silencio cuando me deseaba. Había tardado en entender su significado, pero, después de los últimos ocho días de besos de reconciliación, ya no había duda. Harry y yo nunca habíamos cruzado esa línea, siempre nos habíamos conformado con besos, pero esa mirada me contaba otra cosa.

—Y ahora ¿qué vamos a hacer con esto? —le pregunté, juguetón, buscando a tientas su erección para acariciarla en un gesto despistado.

Se endureció al sentir mi mano, y yo la sujeté con firmeza por encima de la tela, disfrutando de cómo reaccionaba contra mis yemas.

—*You tell me* —me susurró en el oído, con la respiración pesada.

Me lo pensé sin dejar de acariciársela, y Harry me dio un mordisquito en el lóbulo, por si me ayudaba a decidir. Llevaba esperando ese momento desde hacía tanto tiempo que había perdido la cuenta, pero supe enseguida que aquella iba a ser la primera vez de Harry con un chico y ese chico era yo. «Qué responsabilidad», se me pasó en un pensamiento fugaz, y decidí asegurarme de que estaba seguro.

—¿No deberíamos esperar hasta…? —«El día veintiuno», iba a decir.

—Rodrigo. —Me tapó los labios con el índice—. *I'm so done with waiting*.

El beso que me dio a continuación ya no habló del cariño que nos teníamos, sino del deseo que nos corroía por dentro. Fue una mezcla de pasión, fuego y desenfreno, en un impulsivo baile de lenguas coordinadas a la perfección. Dejé escapar las manos hasta perderme entre su pelo, respirando a duras penas, pero sin querer que parara nunca. Entonces paró, pero solo para besarme en la comisura, en el carrillo y después en el mentón. Luego llegó a mi cuello, donde se detuvo un buen rato. Yo giré la cabeza y dejé espacio para que se recrease, para que lamiese y mordiese mientras nuestros cuerpos se restregaban en un fútil intento por convertirse en uno. Se me

abrieron los ojos sin querer, en un acto reflejo que me horrorizó: Lola nos observaba de reojo desde la cama sin comprender qué estaba pasando, y eso, inevitablemente, me incomodó.

—Harry… —susurré entre risas.

—Mmmhm —inquirió recorriéndome la clavícula.

—Vámonos arriba, anda —pude decir a duras penas.

Él levantó la cabeza, despeinado, enrojecido y con los labios más carnosos que de costumbre. Le señalé de reojo la cama de Lola, donde allí seguía, quieta. La cola empezó a azotar el suelo cuando se percató de que le estábamos prestando atención.

—*Okey, sure* —aceptó de buena gana—. *Let's go.*

Se levantó como si la gravedad no significara nada para él y tiró de mí casi con la misma facilidad, arrastrándome de la mano escaleras arriba.

—Lo siento, Lola —me disculpé.

La habitación estaba en penumbra. Harry se había parado en el centro y me observaba en silencio con una sonrisa torcida en la cara. Habíamos abandonado la pasión del momento y ahora teníamos que volver a empezar. O, bueno, más o menos, porque yo seguía duro como una piedra, y entre claroscuros podía vislumbrar que Harry también. Así que, para variar, decidí ser el que rompiera el hielo.

—¿Debería…? —«¿Quitarme la ropa?», pero no lo dije, sino que hice el ademán de coger la tela con dos dedos, hablando sin palabras.

—No —se negó, acercándose en un gesto fugaz—. Déjame a mí, ¿sí?

Le busqué y asentí con delicadeza. Me acarició la cara con el dorso de la mano, se desvió hasta pasar el pulgar por mis labios, continuó por la barbilla, me rodeó la nuez, bajó hasta los pectorales y se deslizó brazo abajo. Se me iba poniendo el vello de punta a su paso. Después me cogió de la mano, entrelazó nuestros dedos y la levantó por encima de mi cabeza. Hizo lo mismo con la otra. No tuvo que pedírmelo para que comprendiera que me tenía que quedar quieto mientras él hacía el resto. La caricia siguió por mis costados, esta vez en ambos lados a la vez, mientras buscaba, con tino, el final de la camiseta. La agarró y, muy despacio, se deshizo de ella, no sin

quedarse un poco atascada en la zona de la cabeza, lo que nos arrancó una risita tontorrona que se acalló en cuanto la tela tocó el suelo.

Me regaló un besito en el cuello y otro en la clavícula, y otro más en el surco entre los pectorales, para terminar descendiendo en una ristra de besos por los abdominales, arrodillado ante mí. Le miré con curiosidad, y él me miró desde abajo, enseñándome los colmillos en una sonrisa que me estremeció. En un acto de lo más natural, me desabrochó el pantalón con suma facilidad y, tras bajar la cremallera, estos se me cayeron por su propio peso. Mi erección quedó libre, a escasos centímetros de sus labios. La observó con detenimiento, la recorrió de arriba abajo con la mirada mientras respiraba con deseo y, cuando menos me lo esperaba, me besó la punta por encima del calzoncillo. Yo estaba empapado, él se relamió. No supe si porque le gustó el sabor, o porque ya tenía decidido cuál iba a ser su siguiente movimiento. Introdujo dos dedos en la goma del calzoncillo, a la altura de la cintura, y me los bajó, dejándome con el culo al descubierto. La parte frontal se tensó hasta que la tela ya no pudo contenerla más y la erección salió disparada. Le dio un golpecito en la barbilla y sonrió. Me miró en busca de mi reacción y me encontró con la boca abierta y la respiración entrecortada. Pareció satisfecho. Me besó el pubis, dejándome con ganas de más. Mi polla le acarició la mejilla y le empapó la barba con mi placer. Se atrevió entonces a recogerla entre sus dedos, abrazándola con firmeza y entreabriendo la boca, ansioso por descubrir a qué sabía.

—Oye, tú. —Le detuve justo a tiempo, obligándole a devolver la mirada hacia arriba, y negué socarrón—. Ahora me toca a mí.

—Pero… —se quejó.

Me hizo saber con la mirada que no quería que le arrebatase lo que más deseaba. Le dio un lengüetazo a la puntita, tratando de engatusarme, pero no cedí, estremecido. Le enderecé a duras penas tirando de las axilas para arriba —porque él se dejó levantar, yo no hubiese podido si no— y, cuando llegó a mi altura, lo besé. La lengua le sabía a mí, y lo supe porque no era la primera vez que me probaba, y pensar en que Harry me estaba saboreando me puso muy cachondo.

Le besé otra vez, y otra más, y, entonces, me puse manos a la obra. Llevaba una camisa de lino. Decidí tomarme mi tiempo para desabrochar los botones uno a uno ante su atenta mirada, que buscaba mis labios. Sonreí, porque sabía que él deseaba que se la arrancara para seguir deleitándose con el líquido que emanaba de mí y que se estaba desperdigando por todo su pantalón. No pareció importarle, y a mí tampoco. Ya le dejaría un chándal cuando terminásemos de conocernos. Cuando por fin llegué al último botón, Harry se deshizo de la camisa en un gesto desgarbado. No pude evitar soltar una risotada a la que él se unió. Deslicé entonces las yemas por su torso, plagado de gotitas de sudor, y tras rodearle el ombligo me encontré con el pantalón. Solo me separaba de tenerle entre mis manos un cordel anudado a su cintura que se desharía con tan solo un tironcito. Pero quise recrearme en el instante, así que seguí bajando y volví a acariciarle la polla por encima del pantalón. Era gruesa y pesada, y solo al tacto me di cuenta de que estaba circuncidado. Eso me encantó. El besar y lamer el glande de Harry, sin que nada se interpusiera entre nosotros, era algo que había deseado siempre. Como si no fuese a darme cuenta, se desató el cordel y el pantalón quedó tan solo sujeto por mi mano y la tensión de su erección.

—Eso es trampa —le susurré, y acto seguido le besé.

—No sé de qué me hablas —mintió, y me devolvió el beso.

Quité la mano sin pensar y él se escurrió del pantalón. Nuestros cuerpos se encontraron a mitad de camino. Harry se encargó de ayudar a que nuestras erecciones se conociesen, recogiéndolas ambas con la mano para masturbarlas al unísono. Yo lo besé, gemí contra sus labios y me tragué los quejidos ahogados que se le escapaban a él. Me miró a los ojos, se acercó la palma de la mano a la boca, se escupió sin dejar de mirarme, desafiante, y nos restregó la saliva a ambos por el tronco, parándose en su glande entre apretujones para empaparlo bien y haciendo lo propio con el mío.

—Puffffff…, como sigas así, voy a terminar antes de tiempo —confesé.

—Y no tenemos prisa —comprendió él, socarrón.

Yo negué en un gesto juguetón y le empujé contra la cama.

Trastabilló y cayó de culo sobre el colchón con la boca entreabierta. Parecía sorprendido y a la vez muy cachondo. Sin dudar, y sin dejarle tiempo para que pensara, me tiré de rodillas frente a él y se la agarré. Pude notar cómo crecía entre mis dedos, cómo se ensanchaba aún más ante la atenta mirada de Harry, que ni siquiera pestañeaba. No quería perderse lo que venía a continuación. La pajeé arriba y abajo, despacio, atento a sus reacciones para averiguar si lo estaba haciendo bien y aprovechando los restos de su saliva para no hacerle daño. Sin embargo, la piel se secó rápidamente, y solo había una forma de solucionarlo. Le enseñé la lengua y lamí desde el tronco hasta la punta mirándole fijamente a los ojos. Estiró la espalda y los brazos hacia atrás en una contorsión de puro placer. Lo volví a hacer, solo que esta vez, al llegar arriba del todo, me introduje el glande en la boca, lo recorrí con los labios y saboreé por primera vez a Harry. Estuve un rato jugueteando ahí, escuchando cómo él se deshacía en quejidos, y me decidí a ir un poco más allá. Le hice desaparecer entre mis labios, que acariciaban sus testículos mientras me rellenaba la garganta. La mantuve dentro, acariciándola con la lengua, hasta que me faltó el aire y tuve que ahogar una arcada justo antes de sacarla. Estaba empapada. Por un instante me planteé el sentarme sobre ella y cabalgarle hasta hacerle explotar. Harry sospechó mis intenciones, o me leyó la mente, una de dos, y, sujetándome la muñeca, susurró:

—Ni se te ocurra. —Sonrió, y yo sonreí con él, dándole la razón.

Me levantó sin esfuerzo y me tumbó sobre la cama, con la cabeza en la almohada y él frente a mí, entre mis piernas. Parecía disfrutar de las vistas. Se pajeó en un acto reflejo, paseando la mirada de arriba abajo y acabando en mi erección. La agarró, esta vez con más decisión, y lo primero que se le ocurrió fue pasar la lengua por el precum para juguetear con él. No dejó ni gota. La masajeó con cautela, atento a mis mecanismos, con curiosidad, con deseo y con unas ganas ineludibles de llevársela a la boca. Le dio primero un besito, luego se atrevió con el glande completo, deslizó sus labios entre las costuras y memorizó cada pliegue. Se la sacó de la boca y lamió todo el tronco, después otra vez a por el glande y entonces se la tragó, enterita, sin dejar al aire ni el más mínimo ápice de la base.

—Joder —se me escapó—. ¿Estás seguro de que es la primera vez?

Él se rio todavía con mi polla en la boca. Solo se la sacó para decir:

—*Shut up.* —Y se la volvió a tragar entera.

Se fijó en mis huevos, rositas y colganderos, y los investigó con la lengua. Quiso saber qué había más allá, por debajo, y echó un vistazo curioso con el dedo. Y se encontró con mi abertura. Me preguntó con la mirada si podía avanzar… y yo acepté con un gesto de cabeza. Sujetándome por los tobillos, me levantó las piernas, haciendo que mis rodillas se encontrasen con mis orejas. Y ahí estaba, completamente expuesto ante Harry, más suyo de lo que jamás había sido de nadie. Me sujeté las corvas para dejarle vía libre para jugar, y sonrió satisfecho. Primero me besó un cachete, y luego el otro. Escupió justo en el centro y jugueteó con los dedos. Lo que empezó siendo una caricia terminó con su índice explorando mi interior. Lo metió y lo sacó, lo chupó y lo volvió a meter, y entonces metió dos, y después el pulgar y, por último, la lengua. Perdí la cuenta del tiempo que estuvo comiéndome el culo, pero no había experimentado tal placer en mi vida. Cada vez que se deslizaba con la lengua, me arrancaba un nuevo gemido, y cada cual más fuerte que el anterior. Cuando ya estaba exhausto y con las piernas temblando, Harry se detuvo y se dejó caer sobre mí para besarme.

—¿Estás bien? —balbuceó con la respiración entrecortada.

—Nunca había estado mejor. —Era la verdad.

—Y… ¿ahora qué? —quiso saber, y otro beso desgarbado.

Inspiré todo el aire que me cupo en los pulmones y supe cuál era la verdad.

—Se me ocurren infinidad de cosas que me gustaría probar contigo, pero no creo que aguante mucho más…

Me besó de nuevo.

—*Me neither* —reconoció—*, so*?

Alargué el brazo para coger mi cartera de la mesita de noche. La abrí y saqué un condón. Tenía el plástico algo desgastado por el paso del tiempo y se podía leer la marca a duras penas, pero serviría. Él lo entendió al instante y me volvió a enseñar los

colmillos, apenas sin celeste en los ojos.

—*You want me to…?*

—Mmmhm. —Fue toda mi respuesta.

Me lo quitó sin pestañear y lo abrió con los dientes, sin apartar la vista de mis ojos en una promesa de que todo iba a ir bien, pero eso yo ya lo sabía. Disfruté de los últimos instantes del glande de Harry rozándose contra mí. «Algún día», fantaseó mi lado más animal, imaginando cómo sería sentir a Harry dentro de mí, piel con piel, descargando todo su disfrute en mi interior. Escupió el plastiquito a un lado de la cama y, sin despegarse de mí, en un gesto algo más torpe, se colocó el condón.

—Voy a nesesitar tu ayuda para… —No terminó la frase, pero yo la entendí: «… meterme dentro de ti».

Cargué toda la saliva que pude en la boca, me la eché en la mano y, a tientas, busqué su erección. Cuando la encontré me sorprendió lo gruesa que estaba. La empapé bien para que no me destrozara a la hora de entrar.

—Con cuidado —le rogué al terminar, y la coloqué justo en la entrada.

Él asintió con ternura y me besó, empastando nuestros cuerpos y haciendo un pelín de presión para que se fuera abriendo camino. La punta entró sin problema, pues estaba bien lubricado y dilatado por sus lametones, pero el problema era que cupiese el resto.

—*This okay?* —quiso saber en un susurro, y yo le respondí con un beso.

Mi gesto lo llevó a apretar un poco más. Sentí cómo se abría paso dentro. Tenerle así por primera vez acariciaba esa delgada línea que habita entre el dolor y el placer, y supe que ya nada podía salir mal. La sacó poco a poco, con cautela, y volvió a abrirse camino, pero, esta vez, un poco más profundo. Continuó así hasta que, cuando quise darme cuenta, ya lo tenía enterito dentro de mí.

Un gemido se me escapó cuando rozó el punto clave. Harry supo lo que tenía que hacer: repetir la secuencia. Y lo hizo, y me siguió arrancando gemidos, y él se unió al concierto de placer. La velocidad fue aumentando, y con ella mis ganas de explotar, y los besos para ahogar quejidos, y el chasquido de sus piernas al chocar con mis

cachetes a cada nueva embestida. La temperatura iba en aumento, el oxígeno brillaba por su ausencia, las pulsaciones estaban disparadas y Harry se acercó a mi oído y susurró:

—*I'm close*.

—Hazlo —le respondí en un ruego—, hazlo por mí.

—*Fuck, I'm cumming* —me aviso—. *I'm cu…*

No pudo terminar la frase, puesto que le cortó su propio gemido mientras me embestía hasta el fondo, derramándose dentro del condón. Pude sentir el calor y, restregándome contra su abdomen, me corrí con él.

Se dejó caer sobre mi pecho, rendido, pero sin querer salir de mí. Cuando se percató de que tenía los labios manchados de restos de mí mismo, me besó, y los compartimos, y se relamió, feliz de haberme probado. Y entonces más besos: uno en la comisura, otro en el carrillo, más en el ojo y el último en la frente. Después dejó reposar la cabeza en mi hombro y me acarició el brazo con cariño.

—Ha sido… —pero no encontró las palabras.

—Increíble —completé—. O, al menos, para mí —aclaré, inseguro.

—Y para mí —se apresuró a decir, y me besó de medio lado.

«De hecho, volvería a empezar», pensé, pero me dio vergüenza decirlo.

—*Should we…* —tanteó.

—¿Ducharnos?

—*Oh.* —«No era eso, mierda»—. *I mean, sure, if you want to*.

—Pues vamos —y me acerqué a su oído—, que allí podemos repetir.

Sonrió con los colmillos y se mordió el labio inferior, confesándome con la mirada que eso era justo lo que quería: volver a empezar, recuperar el tiempo que habíamos perdido. Y eso hicimos, pero ya no solo las tres veces que nos conocimos aquel día, sino cada vez que tuvimos la oportunidad en lo que restaba del verano.

13 de agosto

Eran las 21:59 de la noche más espectacular del año: la de las Perseidas. Cada agosto, el cielo se coloreaba con los destellos de cientos de estrellas fugaces que algunos creían que concedían deseos. Aquel día, yo había decidido subirme a ese barco y volver a probar suerte. A fin de cuentas, quemar papelitos en la hoguera de San Juan también era un mito estúpido, y a mí me había concedido mi deseo, olvidarme de Lucas, y, por el camino, había conseguido un nuevo amor. «No tengo nada que perder», me había animado a mí mismo.

Estábamos en lo alto del faro, apostados a la barandilla con las piernas colgando a nueve metros de altura y con la lámpara giratoria como única fuente de luz, alumbrándonos de tanto en cuanto. Esperé al momento justo, busqué a Harry de medio lado y erguí la cámara. En cuanto el haz le iluminó casi como si se tratase de una deidad, saqué la foto. «Un recuerdo más inmortalizado, otro momento perfecto», me dije. Y, ya de paso, me deleité con su belleza: llevaba una camisa de lino rosa pastel con un par de botones desabrochados, tenía el cuello grande, la mandíbula afilada recubierta de una barbita de tres días —que había decidido dejarse — y el pelo cada vez más largo y cada día más rubio. Según él, era por el sol y le pasaba cada verano. Yo prefería ignorar ese dato — evidentemente cierto— y aprovechaba para meterme con él cada vez que podía. «Para ya con la camomila, que se te va a caer el pelo», le decía. Ni siquiera sabía si se le podía caer el pelo por echarse un champú de manzanilla, probablemente no, pero me encantaba ver la cara de pato que ponía al arrugar el morro y que nuestra fingida disputa terminase en una batalla campal de besos.

—Paaaaaara —me rogó y, acto seguido, bostezó, rascándose los ojos.

—Cuando tú digas, nos vamos —le susurré.

—*What?* —se indignó—. *Are you mad?* Pero si no hemos visto ni una estrella.

—¿Y qué más da? —mentí—. Estás cansado. Nos vamos. —Gesticulé la secuencia.

—Mañana no madrugo, *so*…

—¿No te toca regar a ti?

Negó con contundencia y apoyó la barbilla sobre la barandilla.

—Le toca a Pino —suspiró—, y menos mal, o no lo cuento.

Conforme se acercaba el final del verano, la preocupación de Harry por el jardín de Linda había ido en aumento. Había conocido a sus hijas, las nuevas herederas de la casa, y estas le habían contado que ellas vivían en La Mancha y que no podían hacerse cargo de la casa ni del jardín. Incluso se habían ofrecido a pagarle a Harry dinero por su labor. Él se había negado, por supuesto. «No lo hago por dinero. Es una deuda con Linda», había explicado. Y así lo había estado haciendo, incansable. Cada mañana, antes de irse a trabajar —o de verme a mí—, subía hasta lo más alto del pueblo y cuidaba, con mimo, de sus plantas. Por desgracia, Harry no se iba a quedar en La Herradura para siempre y entonces fue cuando entró en la ecuación Pino. Al parecer, él no vivía muy lejos de la casa de Linda y se había ofrecido a ayudar a Harry con el jardín desde ya «para aprender los trucos». Se lo habían repartido de tal forma que, el que entraba de mañanas al hotel, se libraba de regar. A veces les tocaba madrugar a los dos, y éramos Lisa o yo los que subíamos para echar una mano; otras, como aquel día, no trabajaba ninguno y lo echaban a suertes. La abuela también se había ofrecido a ayudar a Pino con el jardín cuando Harry ya no estuviera, así que, por el momento y hasta que las hijas de Linda tomasen una decisión, el jardín estaba a salvo.

—Eres buena persona, Harry Grosvenor. —Nunca estaba de más recordárselo.

Negó avergonzado, quitándose mérito y se giró en el sitio para hurgar en su mochila.

—*Fancy a sandwich?* —Y me lo tendió.

Estaba envuelto en papel de plata y tenía pegada una florecita seca y un papelito con mi nombre. Entendí que los había preparado a escondidas mientras me duchaba o dormía la siesta, porque aquella semana Harry y yo habíamos vuelto a ser compañeros de piso, y yo ni siquiera sabía que teníamos algo para cenar. Soledad había decidido aceptar la invitación de la abuela de quedarse en La Herradura unos días tras su primera cita —una buena señal— y, a pesar de que ninguna lo había siquiera insinuado, yo supe que tenía

que darles espacio. De hecho, lo hice tanto por ellas como por mí mismo. La primera mañana de convivencia, me había despertado antes de hora y había escuchado unas risitas provenientes del cuarto de la abuela. No había querido hacerme preguntas, pues ya solo de pensarlo se me ponían los pelos de punta, pero ese mismo día le pedí asilo a Harry. Él me acogió encantado y sin rechistar, y Lisa estaba feliz de tener alguien con quien compartir el salón mientras Harry trabajaba, así que todos salíamos ganando.

—Estoy cansado de que no te hartes de hacerlo todo bien.

—Si no lo quieres… —Fingió guardarlo de nuevo en la mochila.

—No, por favor —rogué en un susurro aniñado—, que me muero de hambre.

Se rio y me lo lanzó al regazo. Yo intenté cogerlo al vuelo, aterrorizado de pensar que se pudiera precipitar al vacío. A Harry se le escapó una carcajada. Le reprendí con un gruñido gutural y un golpecito de codo mientras lo abría y, sin decir una sola palabra, le pegué un bocado. Se me escapó un gemido de puro placer al saborear cada uno de los ingredientes: tomate, pepino, feta, rúcula y cebolla roja, y todo aderezado con un buen chorro de aceite de oliva y una pizquita de orégano. Era como comerse una ensalada griega, pero atrapada entre dos rebanadas de pan de semillas. Y, además, era mi favorito.

—*Eftá diquízimo* —le felicité aun masticando.

—Tu favorito —me hizo saber que lo sabía.

—*Gdaciaz* —dije a duras penas. Entonces me forcé a tragar y repetí—: Gracias. Te estás acostumbrando rápido a tu nueva vida.

—Sí —aceptó, dando un bocado—. *I love everything* —remarcó— *about my new life.* —Y me sonrió de medio lado.

Supe que se refería a mí, a nosotros, pero lo cierto era que Harry, desde que había probado la vida de un *veggie*, no había querido volver atrás. Según me había contado, le daba mucho asco pensar en volver a comer carne o pescado ahora que sabía que podía vivir sin ello y que el abanico de posibilidades era infinito y delicioso. Yo le entendía porque, a decir verdad, a mí me había pasado exactamente igual. Solo que yo lo descubrí en la universidad, con Lucas.

—¿*Did you know* que la gelatina lleva carne? —Corrigió el idioma a mitad de frase.

—Claro. —Me encogí de hombros—. Y… las chucherías.

Abrió mucho los ojos, como un niño pequeño al que pillan portándose mal.

— *lang="en"You've got to be kid*…

Pero se quedó a mitad, porque un centelleo en el cielo nos arrancó de la conversación.

—*Oh, fuck* —se quejó—. *We missed it*…

—Si mirases adonde tienes que mirar… —bromeé, pero yo también me la había perdido.

—Supongo que nos tendremos que esperar a la siguiente —continuó, ajeno a mí.

—¿Para qué? —le piqué—. ¿Hay algo que quieras pedir? —Di otro bocado al sándwich.

—*Well* —fingió pensárselo—*, there's this guy*… —Sacudió la cabeza.

—Un chico con suerte —le seguí la broma.

—Sí que lo soy.

Le busqué de medio lado y ahí estaba, perdido en mis ojos mientras yo negaba a sabiendas de lo que acababa de hacer. Sin terminar de masticar el bocado, se me acercó en un abrir y cerrar de ojos y me besó, fingiendo relamer los restos de mi sándwich de sus labios. Y es que, tal y como había dicho Harry en nombre de los dos, teníamos mucha suerte. Desde la reconciliación, Harry y yo estábamos mejor que nunca. El grupo de apoyo era parte del pasado, estábamos recuperados, sanados y no teníamos el corazón hecho trizas ni la cabeza lejos de aquella bahía; el pacto de los no-besos —ese que jamás habíamos respetado— era agua pasada, y el sexo…, bueno, no existían palabras para describirlo, pero estaba tan presente que había días en los que no salíamos de la cama más que para comer. Teníamos todo, lo único que nos faltaba era tiempo. «Ojalá ese fuese su deseo, porque va a ser uno de los míos», y me quise asegurar:

—¿Sabes ya lo que vas a pedir? —lo pregunté casual, quitándole importancia.

—Si te lo digo, tendría que matarte —agravó mucho la voz—, y eso iría en contra de mis deseos, *so*…

—Oh —comprendí—, ¿así que vas a pedir algo relacionado conmigo?

—*Yup* —no se escondió—*, that obsessed*. *Totally hopeless*.

—Qué pesado. —Fingí un gesto desagradable, cuando por dentro me estaba derritiendo.

—Y tú —quiso saber—, ¿has pensado algo?

—Mmmhm…

No sabía cuántas estrellas iba a ver esa noche, así que tenía que pensar bien cada uno de mis deseos. Siendo justos, el primero tenía que cedérselo a la abuela, porque nadie se lo merecía más que ella, ni siquiera yo. «Que sea muy feliz con Soledad», fue lo primero que se me ocurrió. El segundo lo tenía algo más claro: «que Harry Grosvenor no deje de quererme nunca». «Demasiado genérico», me dije entonces, y me corregí: «Mejor deseo…». Un estallido de luz interrumpió mi línea de pensamiento. La mirada se me escurrió hasta el cielo, iluminado por una bola de fuego y ceniza que iba cambiando de color conforme avanzaba. Era enorme, quizá la estrella fugaz más grande que había visto en toda mi vida. Tenía una estela sin precedentes; parecía la escena de apertura de una película sobre «el fin del mundo», pensé en un acto reflejo. «Espera, ¡no, no, no!», me grité aterrorizado, «¡ese no era mi deseo!». Y desapareció. Dejó tras de sí un silencio inusitado, y Harry me miró boquiabierto.

—*That was*… —comenzó.

—Aterrador.

—… *awesome*.

—Eso también.

—Si el fin del mundo va a ser así —aireó mis pensamientos—, *I'm ready*.

—Pero que no tenga prisa. —Y otro bocado al sándwich.

—¿Has pedido algo? —quiso saber.

—No —mentí sin dudar—. ¿Tú?

—*Maybe.* —Se hizo el interesante.

Quise pensar que el deseo de Harry aquella noche contrarrestaría al mío. Que él habría pedido una larga y próspera vida a mi lado y

que, por tanto, mi fin del mundo tendría que esperar a que nos hiciésemos viejos y abandonásemos esa vida para reencontrarnos en la siguiente. «Los deseos no existen», me traté de convencer a mí mismo. Pero no funcionó, y me pasé el resto de la noche esperando ver otra estrella para pedirle que cancelase el deseo que acababa de pedir por error. No pasó. Harry ya no pudo aguantar más el sueño y, antes de medianoche, nos marchamos de allí. Se lo conté a Harry de vuelta en el coche, por si así conseguía que no se cumpliese, y se acabó desternillando de mí. Razón no le faltaba al decir que ni siquiera una estrella tan grande sería capaz de cumplir semejante deseo. Y sabía que era cierto, que era absurdo e infantil, y me maldije una y mil veces por dejarme arrastrar por aquel pensamiento intrusivo. Pero yo, aquella noche, no pude evitar acostarme con el estúpido sentimiento de que había invocado una debacle.

21 de agosto

Harry regresó del baño regalándome una imagen que habría servido de modelo a los más diestros escultores griegos. Era una figura digna de ser cincelada, de venas marcadas y músculos firmes a causa del esfuerzo. Seguía desnudo y traía en la mano un rollo de papel higiénico para limpiar los restos de otra tarde de disfrute. Tendí el brazo para que me lo diera y así poder limpiarme el torso, pero se negó en redondo y yo fruncí el ceño.

—Déjame a mí —rogó.

—Está bien —me resigné mientras levantaba los brazos y me dejaba hacer.

Fue cortando pedacitos y recogiendo las sobras del desastre, mientras que yo lo observaba en silencio con una sonrisa torcida. Lo hacía con mucho mimo, acariciándome de arriba abajo hasta no dejar rastro de lo mucho que me gustaba estar con él. Nadie me había cuidado nunca así, ni siquiera Lucas, y me pareció justo hacérselo saber.

—Qué suerte he tenido contigo.

—*Am I that good?* —bromeó refiriéndose al sexo.

«Lo cierto es que sí, pero sabes que no me refiero a eso», pensé.

—*Mid* —mentí, vengándome en retrospectiva, y él se sonrió.

Terminó de limpiarme y me buscó la mirada para añadir:

—Supongo que los dos hemos tenido suerte al encontrarnos.

—Estoy seguro de ello —zanjé.

—*In fact…* —prosiguió con el discurso, levantándose para tirar el papel húmedo en la papelera.

Le hice un gesto con ambas manos para que se uniera a mi lado en la cama, por acurrucarnos un ratito antes de que Lisa regresara, pero siguió de largo hasta su mesita de noche a pesar de mi descontento.

—… he estado pensando —«Miedo me das»— que, quizá, deberíamos tener algo que nos recuerde la suerte que hemos tenido, ¿no?

Torcí el gesto sin comprender, y él se limitó a abrir el primer cajón con una sonrisa traviesa. Sacó entonces un par de cajitas negras y, sentándose en el borde de la cama, me tendió una de ellas:

—*Happy twenty-first* —se lo pensó y bandeó la cabeza—, *again.*

Los ojos se me abrieron como platos, muerto de vergüenza, y espeté:

—¿Es día veintiuno? —Me había cogido por sorpresa el paso del tiempo—. Pero yo no te he traído nada —lamenté, incapaz de aceptar el regalo.

—*What do you mean?* —Torció el gesto, jocoso—. *It's right here*.

Me enseñó la segunda caja y yo negué divertido, cómplice de su juego.

—No te soporto —mentí.

—*I know* —aceptó con deportividad—. *Me neither*, pero ábrela ya.

Balanceó la mano frente a mí para que aceptara la caja. Así lo hice. Lo miré un instante, sin saber qué hacer, a pesar de que las instrucciones estaban claras, y, tras otro gesto de insistencia, la abrí. En su interior yacía una cadenita de plata con una H. La letra estaba sujeta por una de las esquinas y quedaba ligeramente torcida, y eso me hizo gracia. Le devolví la mirada, a punto de deshacerme en elogios, y me lo encontré con otro colgante en la mano, solo que en el suyo había una R.

—¿Te gusta? —quiso saber, impaciente.

No fui capaz de pronunciar una palabra, pues me iba a echar a llorar ahí mismo. Tomé el camino fácil y me abalancé sobre él para besarlo. El beso duró un buen rato y, cuando por fin me separé, se atrevió a decir:

—*I'll take that as a yes.* —Y sonrió.

—¿Estás de broma? —gruñí, devolviendo la mirada al colgante—. Es precioso. —Era la verdad—. Gracias —dejé escapar en un susurro, y le di otro beso—. ¿Me dejas ponerte el tuyo? —me adelanté.

—Claro —aceptó, tendiéndomelo y dándose la vuelta en el sitio.

Suspiré al reencontrarme con su espalda, que aún mostraba algún que otro arañazo de la sesión de amor que nos habíamos dado. Se lo pasé por encima de la cabeza y, en un par de intentos, pude abrocharlo. Al acabar, le di un besito en el hombro.

—Mi turno.

Acepté de buena gana y me di la vuelta, algo torpe. Cerré los ojos y entonces sentí su respiración en mi lóbulo. Se me puso el vello de punta.

—Sé que no es un anillo —me susurró mientras lo abrochaba—, pero, si no te importa, prefiero guardármelo para más adelante.

Sonreí sin querer, atontado, sin terminar de entender a qué se refería. Y entonces me vino el *flashback* de aquella conversación en el pasillo, justo antes de hacer el amor por primera vez. No había sido más que una broma tontorrona. La abuela lo había llamado «mi novio», él se estaba metiendo conmigo y yo hice un comentario al aire que, al parecer, él se había reservado hasta ahora. Cuando lo comprendí, el corazón me dio un vuelco.

—¿Me estás pidiendo que salga contigo? —bromeé, dándome la vuelta.

—Mmmhm —respondió, seguro de sí mismo.

—Harry, yo… —No sabía ni qué decir, así que se me adelantó.

—No tienes que responder ahora —aclaró—, quiero decir…

Le detuve con un dedo en el labio.

—Déjame terminar —le rogué.

Él aceptó con un gesto avergonzado, agazapando la cabeza con la mirada compungida, y yo me tomé un momento para organizar mis

ideas antes de empezar a hablar.

—Hace veintiún días, te dije que iba a necesitar tiempo —se mordisqueó el carrillo nervioso—, y lo cierto es que te mentí. Te mentí porque cuando estoy contigo, el tiempo no tiene poder sobre mí; siento que solo existimos tú y yo, y nada más. —Él sonrió, y yo le imité—. Pero, por si cabe alguna duda, puedo decir sin miedo a equivocarme que he aprendido a quererte de la forma correcta.

Harry me arropó las manos entre las suyas y me las besó con cariño.

—¿Es esta tu extraña forma de decir te quiero? —indagó, sonriente.

Amplié la sonrisa y entendí que, efectivamente, así era. Estaba allí, en aquella cama, completamente desnudo, en cuerpo y alma, frente al hombre al que amaba, también expuesto ante mí, y lo único que importó en aquel instante fue hacerle saber lo mucho que lo quería.

—Supongo que sí —decidí—. Harry Grosvenor, lo has conseguido: te quiero.

Él, sin titubear, dijo:

—Rodrigo Muñoz —sonaba solemne—, te quiero *since the first second time I kissed you*, en el hotel —aclaró, guasón—, te sigo queriendo ahora —añadió por si me quedaba un resquicio de duda— y difícilmente dejaré de quererte.

Y con esa promesa latiendo en el pecho y colgando de nuestros cuellos para siempre, lo besé, sellando así aquel juramento de amor inquebrantable que ni tan siquiera el tiempo sería capaz de borrar.

31 de agosto

El mar estaba en calma, así no tanto el cielo, que se dejaba entrever a duras penas a través de las nubes blancas. El verano llegaba a su fin. Al día siguiente, la mayoría de los integrantes del grupo se marcharían a sus respectivos destinos en busca de una vida mejor, y había llegado el momento más agridulce de todos: el de las despedidas.

Estábamos en Maro, el lugar donde había empezado todo para mí, sentados frente al mar entre conversaciones banales.

—Harry, hora de la verdad —inquirió Lisa—, ¿era cierta la historia?

—¿Cuál? —se sorprendió él—. Oh, ¿la de los amantes de Maro? *Sure, yeah*.

—Pero si me dijiste que no —le increpé.

—Eso fue para que no me cagases la tienda.

Le di un codazo en el costado, risueño, y Harry me regaló un besito a modo de disculpa.

—Estos sí que son los amantes de Maro —se quejó Pino.

Le hice un corte de manga, a lo que me respondió lanzándome una piedra.

Mi relación con Pino había mejorado, y mucho. Desde la noche infame, Pino era otro. No sabía si en un acto de empatía o porque ese día comprendió que, en realidad, no le caía tan mal, pero al fin se podía decir que… éramos amigos —o algo parecido. La primera vez que nos vimos después de mi reconciliación con Harry, me abrazó con tanta fuerza que todavía me duraba la quemazón en las costillas. De vez en cuando, hasta nos mensajeábamos y me mandaba vídeos que pensaba que me podían hacer gracia, y aunque pocas veces acertaba, agradecía haber roto esa barrera con él.

—Y vosotros dos, ¿qué? —quiso saber Sara.

—¿Qué de… qué? —me atreví a preguntar, haciéndome pequeñito en el sitio.

Sabía a lo que se refería. Sara había hecho las paces con el grupo un par de días después de nuestra conversación, cuando le conté toda mi historia con Harry delante de un café y un zumo de naranja. Yo tampoco tardé mucho en regresar, y, aunque nos había visto casi cada día desde entonces para hacer planes en grupo, Harry y yo teníamos la tendencia de llegar un pelín más tarde o desaparecer antes de lo previsto. Pensábamos que no se había notado, pero ahí estaba la prueba de que nos equivocábamos.

—No sé —remoloneó—. ¿Qué hacéis cuando no estáis con nosotros?

—No les preguntes eso, Sara, por favor —rogó Pino.

—*Ewww* —espetó Lisa—, no respondáis.

—Pero si es algo superbonito y especial. Disfrutad, chicos. —Nos apoyó Nívea haciendo eco de su eterno espíritu romántico.

—Pero… —fue a quejarse Sara—, ah. Entiendo. Da igual, retiro la pregunta.

—Hay tantos sonidos que intento olvidar… —exageró Lisa.

—Yo los escuché una vez —susurró Sastre—, en el baño de la playa.

«¿¡Hasta Sastre!?», me escandalicé.

—Y la de sábanas pegajosas que he lavado en el hotel, ¿qué? —mintió Pino.

—Son como conejos —continuó Lisa.

Yo agaché la cabeza, avergonzado de que casi todo el grupo hubiese sido partícipe, testigo u oyente de nuestra desenfrenada vida sexual. Harry, en un amago por rescatarme de la vergüenza, se enfrentó a ellos:

—*Guys, I think that's enough.* —Quiso sonar serio, pero la sonrisa le delató.

—Lo siento por la parte que me toca… —E hice ronda de miradas incómodas.

Un nuevo silencio se coló entre nosotros mientras las risas se apagaban, las miradas se perdían en el horizonte y algún que otro suspiro huía mar adentro. Todo cuanto nos rodeaba traía de vuelta una realidad: el sol estaba ya casi escondido y teníamos que empezar a decirnos adiós.

—¿Tú cuándo te ibas? —se atrevió a preguntarle Nívea a Sara.

—Mañana por la mañana. Tengo el bus a las siete, me quiero matar.

Sara volvía a Granada para trabajar en una academia dando clases particulares. No era el sueño de su vida, pero así podía mantenerse mientras preparaba las oposiciones para ser profesora.

—Te entiendo —se resignó—. Salgo de aquí a las nueve, no llego a Bruselas hasta las ocho de la tarde y luego me toca un tren. Casi doce horas.

—Te haré compañía por teléfono —prometió Pino, besándola en la sien.

Nívea se iba de Erasmus a Gante. La idea era hacer un máster en

una de las escuelas de arte más prestigiosas de toda Europa. Tenía tanto talento a la hora de coger un pincel que yo estaba convencido de que nunca volvería.

—Creo que me toca —asumió Lisa, dando por hecho que estábamos en una ronda informativa sobre nuestros planes de futuro próximo—. ¿Debería contarlo? —le preguntó a Sara en un vistazo fugaz, y ella asintió con una sonrisa de oreja a oreja—. *Okay, so*… Yo me quedo en Granada, con Sara. —Y hubo un grito de alegría de fondo—. ¡Vamos a ser *rommies*! —Todos los celebramos. Nívea y Lisa se abrazaron fuerte.

Le pegué un pellizquito cariñoso a Harry en el costado para llamar su atención y le susurré:

—¿Tú lo sabías?

—Mmmhm. *She asked me not to tell.* —Se encogió de hombros.

—No sabes cómo me alegro, Lisa —le dije.

Un par de días después de arreglar las cosas con Harry, me había pasado por su casa para ver a Lisa y disculparme por mi desaparición. Ella se echó a llorar recordando nuestra conversación sobre Harry y trató de explicarme el porqué. Básicamente, Ava le había estado carcomiendo la cabeza en la despedida de soltera, soltando alguna que otra media verdad para tenerla de su lado y, sumado a que la situación en casa era terrible y a que no quería que yo sufriera…, explotó. Supe que decía la verdad y la consolé. Entonces me contó que el desgraciado de su padre estaba obcecado en que su transición no era más que «una fase rebelde que se le pasaría y de la que se arrepentiría el resto de su vida, una vergüenza para la familia Grosvenor». Ella había vuelto a Chester para asegurarse de que todo iba bien con el tratamiento y renovar las recetas. Pero su padre se había encargado de hacerle la semana imposible. Su madre estaba de su parte, pero solo en privado, fuera de la mirada del «patriarca», como lo había llamado Lisa con desprecio. Ese día, aunque fuese uno duro y triste en el que terminamos comiendo helado y viendo *Princesa por sorpresa* para ahogar las penas, pude conocer y comprender mejor a los hermanos Grosvenor y su contexto. Pero, sobre todo, a Lisa.

—*Thank you*, cuñado. —Alargó la mano moviendo los deditos para

que se los chocara, y yo lo hice de buena gana—. Al final, volver a casa ya no tiene sentido. *Tough I'm gonna miss you so much* —le prometió a Harry, y le escuché murmurar un «me too»—, pero ya sabéis cómo está mi padre conmigo desde que empecé la transición y me niego a escuchar mi *dead name* una sola vez más. —Se le empañaron los ojos y se mordió el carrillo para no romper a llorar.

—No, cariño —musitó Nívea al tiempo que corría a abrazarla.

—*Son of a*… —escuché gruñir a Harry, que se levantó para unirse al abrazo.

Sara hizo lo mismo, Sastre se unió a duras penas, yo no dudé en levantarme para ser parte del abrazo colectivo y Pino alargó el brazo para acariciarle la rodilla y poco más.

—*Okay,* ya está. —Nos echó de su lado en un gesto exagerado—. Estoy bien *and happy*, me siento muy querida y he tenido la suerte de conoceros, *so*… *here's to a brand new life* —brindó con el puño al aire.

—*Cheers* —se unió Harry, imitándola.

—*Cheers* —imitamos los demás a Harry, sin conocer el protocolo.

Y eso arrancó una risa generalizada, lo que relajó un poco el ambiente.

—¿Qué hay de ti, *gemelier*? —le acusó Nívea, que se estaba secando una lágrima.

—Eso —apuntó Pino—, te ibas en un par de días, ¿no?

Él cambió de postura, sin saber cómo decirlo, y yo sonreí porque sabía el motivo:

—He cambiado mi vuelo —confesó—. *I still have a fortnight, so*…

—Fíjate, nadie lo vio venir —bromeó Pino.

—Tus padres tienen que estar furiosos —apuntó Lisa.

—Sí —se lamentó Harry—, los tuyos también.

—Eso no me lo habías contado. —Me preocupé.

—Casi que mejor —le defendió su hermana—; tú haz como que no existen.

—Somos huérfanos, *actually* —bromeó Harry.

—Dos hermanos, solos, luchando contra viento y marea —completó ella.

—Qué bonita historia de superación —siguió él.

—Hablando de historias de superación —intervino Pino—, Sastre, te toca.

—Pino —le riñó Nívea.

—No seas capullo —saltó Sara.

—Que no, coño —se defendió—, que tiene algo que contaros. —Le señaló.

—Es verdad —dijo Sastre en apenas un susurro.

Se hizo un silencio. Todas las miradas se centraron en él.

—Me voy a vivir a Barcelona. —Entre celebraciones y alegrías, alguien que no supe identificar le preguntó qué iba a hacer allí—. Me han cogido en una empresa de bioinformática. Haciendo código y eso.

Le felicitamos sin ocupar su espacio, la mayoría desde la distancia, Pino en un abrazo de medio lado y Harry con un par de palmaditas de espalda.

—Soy el único pringado que se queda, ¿no? —se quejó Pino—. De locos.

—Lo que nos lleva a… —dijo Lisa, y las miradas se centraron en mí.

—¿Yo? —me sorprendió la evidencia de que llegase mi turno.

El corazón me dio un vuelco y, por un instante, no supe qué decir. Entonces comprendí que solo había una respuesta posible:

—No tengo ni idea —me atreví a confesar—. Me he pasado toda la vida siguiendo un plan, adaptándome a lo que se esperaba de mí y estoy taaan cansado. —Sentí que me quitaba un peso de encima al decirlo en voz alta—. He rechazado el máster en el que entré, porque lo pedí por inercia, y lo cierto es que no sé lo que quiero hacer, así que supongo que… ya veremos.

—Con dos cojones —me apoyó Pino.

—*That's my boy* —dijo al unísono Lisa.

—Di que sí, a fluir —se apuntó Nívea.

—Eres tan valiente —se apiadó de mí Sara, y yo torcí el gesto divertido.

—Tienes una cama en Chester —me susurró Harry.

—No lo digas dos veces —le reté.

Pero cuando se dispuso a repetirlo, la voz apenada de Sara nos

reclamó:

—Chicos… —fue apenas un murmullo—, ¿creéis que nos volveremos a ver? ¿Todos juntos como ahora? —Y nos señaló mientras una lágrima tocaba tierra.

La pregunta nos cogió por sorpresa, y yo me puse en guardia. Llevaba preguntándome lo mismo desde hacía ya días y, en aquel momento, en aquella playa, mientras nos despedíamos, me noqueó.

—Claro que sí —zanjó Lisa, incómoda ante la posibilidad contraria.

—Yo también lo espero —la apoyó Nívea.

—Está complicado —gruñó Pino, melancólico—, pero… yo voy a hacer todo lo posible porque así sea.

—Pues yo creo que sí. —Le enfrentó Sastre.

«Estoy contigo, Sastre, yo también quiero creer que sí», me engañé esperanzado.

—Quizá en una boda —apuntó Lisa.

—O cuando tengáis hijos —añadió Harry.

Me buscó de soslayo y sentí que se trataba de una promesa silenciosa, una que contaba que nosotros nos seguiríamos viendo siempre.

—Si sirve de algo, yo voy a seguir bajando a La Herradura —les hice saber.

—¿Cada verano? —se sorprendió Nívea.

—Cada verano.

—Joder —gruñó Pino—, qué peñazo de tío. —Me guiñó un ojo, cómplice.

—Eeeeeeh —me defendió Harry—, menos bromas con mi novio.

Una risa generalizada alivió el ambiente y algún que otro suspiro llegó justo después. Sara seguía ataviada en su duelo y necesitaba un atisbo de esperanza para seguir adelante.

—Hagamos una promesa —imploró con los ojos enrojecidos; una sonrisa forzada bailaba en su rostro—, la de que nunca dejaremos de ser amigos y que, por mucho tiempo que pase, seguiremos regresando a este lugar y nos volveremos a ver.

Nos miramos en silencio en busca de la fuerza que necesitábamos. Lisa pareció ser la primera en encontrarla. Se levantó y se colocó frente a todos los demás, con el brazo estirado al

centro como en las películas:

—Por volver a vernos —dijo, y nos animó con la mirada a unirnos.

—Por volver a vernos —se unió Sara, dándole un golpecito en el hombro.

Sastre se levantó sin dudar y se sumó al gesto sin decir nada. Nívea, Harry y yo le imitamos.

—Por volver a vernos —se quebró Nívea en un puchero.

—Por volver a vernos —susurró Harry, y me miró de reojo.

—Por volver a vernos —no dudé en prometer.

Esperamos un instante al integrante que faltaba, al capullo de Pino, que se tenía que hacer de rogar y que seguía acomodado en el suelo, evitándonos con la mirada. La presión pudo con él y, resignado, gruñó:

—Aj, no me puedo creer que vaya a hacer esto. —Se levantó a regañadientes y se unió al gesto con los ojos vidriosos—. Por volver a vernos. —Y nos fundimos en un abrazo colectivo que firmaba aquella promesa.

Tardamos en cumplirla. Pero eso, en aquel momento, daba igual. Necesitábamos pensar que sí, que regresaríamos a ese lugar, que los veranos serían inalterables y que, en consecuencia, nosotros también. Era la única manera de decir adiós, mentirnos. El verano de 2019 no se repetiría, pero es que, en realidad, ninguno lo hubiésemos querido. Porque lo que hizo de aquel verano un recuerdo tan especial fue, precisamente, eso: que fue único.

Encore

Cuando aprendí a quererte

Conseguiste que no volviera a mirar atrás
y que contigo cada lugar fuera sagrado.

«The Usual Way», INEZ ARCHER, 2012

36

13 de septiembre

El mes de agosto se acabó en contra de nuestra voluntad, escurriéndose como una botella de vino que se derrama sobre un mantel nuevo y deja tras de sí una huella imborrable. Para cuando quise darme cuenta era septiembre, y, con él, nos abordó el frío, las hojas se tiñeron de amarillo y llegó el más doloroso de todos los adioses: el de Harry.

Estábamos en su coche a punto de llegar al aeropuerto en total silencio, porque todo estaba dicho y más que demostrado. No había sitio para las banalidades, frases hechas, ni charlas de ascensor. Prefería disfrutar de esos últimos instantes, de mirarlo de reojo, de acariciarle la mano cada vez que cambiaba la marcha o de intentar que no se me notaran las lágrimas fingiendo que miraba el paisaje.

—Si tuvieras que describir este verano con una canción —me retó, tratando de romper el mutismo—, ¿cuál sería? —Y me lanzó el móvil a la entrepierna.

Lo miré de soslayo, con un puchero tristón, y él intentó animarme con esa sonrisa perfecta. Sabía que estaba tan abatido como yo, o quizá incluso más, pero se le daba mejor que a mí ocultarlo.

—*Think fast* —me pidió—, que estamos llegando.

—Lo tengo claro —reconocí.

Hurgué en el teléfono y me reencontré con la fotografía que nos hicimos en el faro nuestro primer día del grupo de apoyo. «Si supieras hasta dónde hemos llegado», le susurré a ese Rodrigo de ojos apagados. Me busqué en el espejo retrovisor. La persona que encontré era una muy distinta. Estaba triste, sí, pero no tenía el

corazón roto. Mis rizos bailaban al son del viento, los ojos me brillaban con luz propia, había cogido algo de peso y a mi lado estaba Harry. «Al fin», me dije. Y supe que lo había conseguido: era mi propio protagonista.

Hice clic en la canción, y una guitarra rasgó los altavoces a la par que mi corazón. «The Time of My Life», la letra perfecta para rememorar nuestra historia. La voz de Inez Archer comenzó a hablar de nosotros, de aquel verano, ese recuerdo que yo trataba de atesorar en lo más profundo de mi mente. Hablaba del inicio de una nueva era, de la magia, de cada batalla librada y de cómo seríamos recordados para siempre. Harry no pudo evitar sonreír con tristeza, y yo le imité. Gritamos a pleno pulmón la canción, tal y como habíamos hecho la noche en la que inauguramos el grupo de apoyo, y, sin necesidad de aclararlo, porque lo sabíamos de sobra, nos la dedicamos. Cuando quisimos darnos cuenta, estábamos en el aeropuerto.

La terminal estaba llena de familias que se despedían entre llantos; de ancianos que, de la mano, se aventuraban hacia las puertas de embarque, y de parejas, que, como nosotros, trataban de alargar el poco tiempo que les quedaba juntos.

—*So, this is me* —dijo señalando el control de seguridad.

No se me daban bien las despedidas. Era un hecho irrefutable que me había acompañado toda una vida y que estaba a punto de volver a confirmarse. Harry se paró en seco, soltó la maleta a su lado y se me quedó mirando en un ruego que no supe leer. «No me pidas que me suba a ese avión, porque lo haré», pensé, pero, con tal de no decírselo en voz alta o de pedirle que se quedase conmigo, me abalancé a sus brazos. Él me acogió sin rechistar. En cuestión de segundos le empapé el pecho de lágrimas, como si fuese mi hogar. Se limitó a acariciarme el pelo con ternura, entre frasecitas de azucarillo que buscaban tranquilizarme, a sabiendas de que era un trago que teníamos que pasar.

—*A penny for your thoughts* —quiso saber Harry.

—Te voy a echar tanto de menos —dije, buscándole la mirada.

—*Me too, stalker.* —Los ojos se le humedecieron—. *Me too*.

Nos reencontramos en otro abrazo, en uno aún más fuerte que el

anterior. En este ninguno de los dos fue capaz de animar al otro, no teníamos fuerzas, ni ganas, ni hubiésemos sabido cómo hacerlo. Fui capaz de recomponerme un poco e inspiré todo el aire que me cupo en los pulmones en un suspiro ahogado que me supo a lavanda.

—Te he traído una cosa —me atreví a decir, aún contra su pecho.

—¿Por eso llevas todo el día cargando con la *tote bag*? —Asentí—. Ya decía yo.

Se rio en un intento por cambiar el ambiente mustio y triste, y yo aproveché ese pequeño empujón para hurgar en mi bolsita y darle su regalo. Estaba envuelto en un papel del color de sus ojos, repleto de pequeños faritos rojos que nada tenían que ver con el de La Herradura, pero que cumplían con la labor. Se lo tendí apenas sin levantar la cabeza, y él lo cogió con sumo cuidado.

—*Thank you* —dijo al instante.

—Pero si todavía no sabes lo que es —me quejé, forzando una risita.

—Es tuyo —comprendió—. Con eso me basta y me sobra.

—Si lo llego a saber, te regalo una piedra.

—*Isn't it? Ugh* —fingió decepcionarse—. Me hubiese encantado.

Le di un golpecito en el hombro, y él me devolvió un beso en la frente.

—*Should I*… —«… open it?», entendí.

—Por favor.

Rasgó el papel con cuidado, como si formase parte del regalo, mientras yo esperaba paciente. Estaba nervioso, lo miraba con el mentón alzado como si no supiera lo que había dentro, pero lo sabía. Llevaba semanas preparándolo con mimo, al detalle, recolocando cada pedacito en su sitio, escribiendo a mano cada fecha, cada nombre, dándole un sentido a la historia, a nuestra historia. Cuando el álbum quedó al descubierto, busqué la mirada de Harry, que estaba más clara que de costumbre. Sonrió nada más comprender lo que era. Llevaba casi desde el principio de nuestro idilio rogándome que le enseñara las fotos de aquel verano, y ahí estaba la razón de que no lo hubiese hecho, de las largas, de jugar al despiste. Porque ese era mi regalo de despedida: Harry y yo siendo eternos entre esas páginas. En la portada ponía *Grupo de*

apoyo para corazones rotos (2019). Harry sonrió con tristeza, mordiéndose el carrillo para contener un puchero.

—*So that's why you kept my pictures from me, eh?* —comprendió.

—Esto es mucho mejor, ¿no? —Me encogí de hombros.

—*Sooo much better*.

—Ahora son tuyas y…

—… yo tuyo —me interrumpió, en un juramento.

—… y puedes verlas tantas veces como quieras —fingí ignorarle.

—*All day, all night*. Empezando por… ahora.

«Atención, pasajeros del vuelo GA17319 con destino Londres Gatwick, embarque inmediato por la puerta 2. Última llamada…», continuó la megafonía, pero yo decidí ignorar el resto.

—No creo que tengamos tiempo para eso —resolví.

—Te llamo en cuanto aterrice. Y haremos videollamadas cada día, tal y como dijimos —continuó de carrerilla, recordándome solo algunas de una larga retahíla de promesas—, y nos veremos en Navidad, ¿sí?

—Sí —acepté—, si no voy yo antes.

Me recogió el rostro entre las manos y me dijo:

—Te quiero tanto, Rodrigo.

Y me besó antes de que pudiera decirle que yo también a él, que le quería como no había querido a nadie jamás. El beso me supo a sal y a gloria; fue probablemente el mejor, porque ambos sabíamos que podía ser el último. Deseé que no acabara nunca, que fuera eterno, como nosotros, como lo que sentía por él, pero una ristra de chasquidos me trajo de vuelta al mundo real. No tardé en comprender que se trataba de un obturador, que alguien estaba haciendo fotos cerca de nosotros, y aquel sonido me transportó al día en el que conocí a Harry. Por un instante volví a sentir el sol pegándome en la nuca, la goma de las zapatillas deshaciéndose contra la cancha de baloncesto y me reencontré con esos ojos azules por primera vez. Mi corazón palpitando, y el suyo también, aunque yo aún no lo sabía. Y, entonces, de entre aquellos labios que terminarían por ser mi lugar favorito, salió el primer *stalker*. «Enchanted to meet you, Rod», me había dicho, convencido. Y ahí

estábamos, tres meses después. Un obturador. El cierre perfecto para nuestro verano perfecto.

—Me tengo que ir —se disculpó en un susurro—. Te quiero.

—Y yo a ti, Harry Grosvenor. No lo olvides. —Se me quebró la voz.

—*Never.* —Otro beso con sabor a sal, aunque este más corto.

Me regaló una última sonrisa, un gesto cortés de cabeza y, tras recoger sus cosas, se fue. Yo me quedé ahí, observándolo. Él se dio cuenta y nada más pasar el control de seguridad, se despidió de nuevo con la mano sin dejar de sonreír. Después, desapareció. Me permití llorar la marcha de Harry un rato más, ahí, parado en mitad de la terminal entre miradas lastimeras. No me importó, yo también sentía lástima de mí mismo, de lo que acababa de perder.

El resto de septiembre fue complicado. Tuve que regresar a La Herradura, a una en la que ya no estaba Harry y solo quedaban los resquicios de un verano perfecto, para despedirme de la abuela. Cada verano se me hacía más complicado decirle adiós, y todo por culpa de un pensamiento intrusivo que me llevaba a preguntarme: «¿y si este es el último?». Hice un esfuerzo sobrehumano por sacudirlo de mis adentros y simplemente llorar porque ella lloraba conmigo. Por suerte, la abuela ya no iba a estar tan sola. Tenía a Soledad.

La vuelta a Madrid tampoco fue fácil. Madrid se sentía más asfixiante que nunca después de saborear la libertad del mar, la quietud del paraíso y la sencillez de lo cotidiano, cuando tu única preocupación es comprar en el mercado o que queden palmeras recién hechas en el horno. Lo echaba de menos cada día. Cada mañana. O quizá a quien echaba de menos era a Harry. Aunque a él lo veía cada día, a todas horas. Si no era en videollamada, me estaba enviando una foto porque se había acordado de mí. Y, si no, era al contrario. Pero eso no cambiaba la presión que sentía en el pecho cada vez que colgaba el teléfono y me daba cuenta de lo lejos que estaba de mí. Yo le lloraba en secreto, día sí y día también, y mamá y Pablo me consolaban.

Esa fue la mejor parte de volver: la relación con mi familia había

cambiado para siempre, y en el mejor de los sentidos. El verano de 2019 me cambió, y ellos, de alguna manera, cambiaron conmigo. El estar lejos nos hizo coger perspectiva y nos afianzó como familia. Las conversaciones dejaron de ser banales y, poco a poco, empezamos a escucharnos de verdad, a contarnos las cosas y a intentar conocernos más allá del papel asignado. Mamá y Pablo dejaron de ser mi madre y mi hermano y pasaron a ser simplemente personas a las que quería. Esa fue la clave del éxito.

En cuanto al duelo del abuelo, estábamos todos mejor. Nos ayudó mucho el hecho de que la abuela pasase página y volviese a intentar su historia de amor con Soledad. Mamá y Pablo no supieron nada de esto hasta octubre. La abuela había querido mantenerlo entre nosotros hasta entender hacia dónde iba aquello y, cuando estuvo segura de que el amor no se había extinguido y supo que quería volver a intentarlo, lo hizo público. Todo el mundo se alegró mucho por ella, aunque, en el fondo, siempre pensaré que para mamá tuvo que ser complicado el ver a la abuela con otra persona que no fuera el abuelo. Nunca lo dijo, al menos, no a mí. Y eso me contó mucho sobre ella, todo bueno.

En octubre hubo otro evento canónico, uno que le hacía justicia al mes de Halloween: me crucé un par de veces con Milo. No le saludé, por supuesto. Me hice el despistado, como si estuviera atrapado en una notificación inexistente en mi teléfono. La primera de ellas se atrevió a pararse a un par de metros de mí y a decir mi nombre en voz alta. El corazón me dio un vuelco y estuve a punto de caerme de bruces contra el asfalto, pero aceleré el paso y fingí no haberle oído. Era lo bueno de ir siempre con los auriculares puestos por la calle. El problema vino cuando me encontré con su madre, porque a ella no la podía ignorar. La conversación empezó como una banal, de ascensor, pero antes de despedirse me dijo: «No sé lo que ha pasado entre vosotros ni lo quiero saber, pero estoy segura de que, si habláis, podéis solucionarlo. Como siempre». Yo asentí cortés y zanjé con un «Lo intentaré», pero mentí. A fin de cuentas, Azucena no tenía ni idea de lo que había hecho su hijo, y no sería yo el que le explotase la burbuja.

Noviembre se me hizo eterno. Me lo pasé contando los días, las

horas, los minutos y hasta los segundos que me separaban de subir al avión que me llevaría hasta él. Nos reencontramos en el aeropuerto de Gatwick y, como en las películas, yo salía a toda prisa, maleta en mano y con el corazón en un puño, mientras que Harry me estaba esperando al otro lado de la terminal. Estaba temblando y llevaba un ramo de flores en una mano y un cartel con mi nombre en la otra. Habíamos bromeado con aquella fantasía peliculera en alguna de nuestras videollamadas y él, para no variar, había decidido hacerla realidad.

Cogimos un hotelito en el centro de Londres y nos dedicamos a recorrer la ciudad de lado a lado para que yo me empapara. Si Londres ya me parecía bonita de por sí, la decoración navideña la hacía parecer aún más mágica. Una de las paradas obligatorias de aquel viaje fue el musical de *Wicked*. Yo sollocé como un crío, y Harry, aunque no lo dijera, también. Lo sé porque le escuché moquear a cada rato. También fuimos a Winter Wonderland, donde hicimos de todo: montamos en atracciones, visitamos cada puesto del mercadillo —donde yo me dejé un dineral comprando recuerdos para mamá y Pablo, para la abuela y Soledad, para Lisa y Lucas y… hasta estuve tentado de comprar uno para Milo, pero me contuve—, tomamos chocolate caliente y subimos a la noria. En todo lo alto, pillé a Harry mirándome de medio lado y nos besamos. Otra escena de película que recordar. Ese día, y en todo el viaje en realidad, hicimos cientos de fotos con las que completar el álbum que le había regalado a Harry, mientras que él no paraba de grabarme. «Para no olvidarme de lo felices que somos juntos», me dijo. Y no mintió.

Me tocó volver a contar el tiempo, esta vez hasta finales de diciembre. Harry cumplió con su promesa y dejó Chester para pasar la Navidad en Madrid. Conoció a mamá y a Pablo, y se llevaron sorprendentemente bien. Pablo no paraba de intentar impresionarle con bromas forzadas o enseñándole trofeos deportivos que tenía en las estanterías de su habitación, y Harry le dio toda la atención que necesitaba y más. Se hicieron inseparables y eso me dio una vez más la razón: había dado con el hombre perfecto.

La Nochebuena de aquel año fue la más multitudinaria hasta la fecha de todas las celebradas en casa de los Muñoz. Lisa se negó a

regresar a Chester para pasar la noche con su familia y la invitamos a que se uniera a nosotros. Aceptó de buena gana, por supuesto, e hizo muy buenas migas con mamá. Hasta intercambiaron números de teléfono «para ponerse al día». También se vinieron la abuela y Soledad, que se trajo a sus hijas, Nani y Lulu, y a Silvia, la mujer de esta última. Y, por supuesto, Lola, que se convirtió en la mimada de la familia. Sobre todo por mí. Fue una noche para el recuerdo. Cenamos, bebimos, cantamos villancicos y entonces llegó Papá Noel. Como éramos muchos, decidimos hacer un amigo invisible y ayudarnos los unos a los otros para que todo el mundo estuviera contento, y lo conseguimos. Yo tuve que regalarle a Pablo. Le compré el *Pokémon Espada* y le encantó. En cuanto a quién le toqué yo, bueno, debió de ser una trampa del destino, porque fue a Harry. Incumplió cada una de las reglas del amigo invisible y me regaló una cámara réflex que costaba más que una matrícula de la universidad. Todos se quejaron entre bromas mientras él se sonrojaba, expuesto.

—Te has pasado —le dije una vez estuvimos en privado.

—Es para que nunca dejes de hacer lo que mejor se te da: ser un *stalker* —bromeó. Y me besó.

—Gracias —pude decir en apenas un susurro.

—Y aún no hemos terminado.

No mentía. Sacó el móvil del bolsillo, abrió la galería y me lo tendió. Nada más vernos en la miniatura, se me empañaron los ojos. Éramos Harry y yo, en la noria, poco antes de besarnos. Todos esos vídeos grabados para el recuerdo se habían convertido en una película. En la nuestra. Lo vimos en bucle, una y otra vez, riéndonos a ratos, besándonos a otros, disfrutando de las últimas horas antes de tener que decirnos adiós una vez más.

El regalo que yo le hice a Harry tuvo que esperar a que pasara la cuesta de enero, su *blue monday* —que para mí carecía de sentido, porque cada día me parecía triste lejos de Harry— y los cientos de miles de comentarios sobre lo lento que pasaba el mes. Nunca había estado más de acuerdo. Y entonces, al fin, llegó febrero. Harry y yo nos escapamos a una casita rural en Galicia, en Finisterre, para pasar juntos nuestro primer San Valentín. Me daba igual el día en sí o lo que significaba, pero me apasionaba la idea de estar los dos

solos, juntos y en el fin del mundo. Y creo que, si le regalé a Harry aquel viaje, fue para darle un sentido al deseo que había pedido a las perseidas sin querer en el faro. E, irónicamente, y en cierto modo, se lo di.

Teníamos previsto volver a vernos para celebrar mi cumpleaños en La Herradura. El plan perfecto: festejar mi vuelta al sol en el lugar donde todo había comenzado. Pero ese 14 de marzo de 2020, cuando yo tenía que haber estado en la playa con el amor de mi vida, soplando las velas, el mundo, sin previo aviso, se paró. «Deseo cumplido», me dije, siendo tan cruel conmigo mismo que hasta me lo llegué a creer. Fue una época rara, por llamarla de alguna manera. La gente salía a aplaudir a los balcones, las mascarillas se cotizaban como el oro y estaba prohibido salir a la calle. Cuarentena, lo llamaron. Para mí tuvo otro nombre: el fin.

El declive empezó a mediados de abril, cuando el padre de Harry falleció.

Él y yo llevábamos semanas encerrados, haciendo todo lo que estaba en nuestra mano por sobreponernos al día a día. Nos encantaba soñar con lo que haríamos la próxima vez que nos tuviéramos delante. Los besos ganaban por descontado, pero yo también echaba de menos sus abrazos, el tacto de sus yemas desenrollándose por mi pelo, su olor a lavanda, mirarle a esos ojos celestes sin la pantalla de por medio y, para qué engañarnos, el sexo.

Pero entonces llegó el luto y la pena y la rabia, y Harry tuvo que coger las riendas del negocio familiar y hacerse cargo de la compañía para que no se hundiera en tiempos de crisis. Día a día, vi cómo se iba apagando el brillo en sus ojos mientras sobrevivía a su peor pesadilla. Estaba siempre cansado, ojeroso y gruñón, y apenas tenía tiempo para descansar. Y, claro, tampoco para nosotros. A pesar de eso, me mantuve al pie del cañón. Hice todo lo que estuvo en mi mano, me ofrecí incluso a escabullirme en un tren, atravesar toda Francia, cruzar el estrecho de Dover —a nado, si era necesario — y formar parte de su nueva vida. Quise dejarlo todo para estar con él, pero no me dejó.

Las semanas se fueron escurriendo, inadvertidas, y cada vez que

parecía que la pandemia se iba a terminar, que íbamos a volver a la «normalidad», el mundo se volvía a cerrar. En mayo, yo seguía esperanzado, creía en nosotros, en que superaríamos semejante bache y en que nos volveríamos a ver.

Una noche Harry me llamó, y vi algo distinto en su mirada. Yo no lo sabía, pero él ya lo tenía decidido. Fue una videollamada triste, una en la que ambos nos deshicimos en reproches y lágrimas de impotencia, y, tras darle muchas vueltas, decidimos dejarnos ir. Yo no quería —y quizá él tampoco—, pero en el fondo sabíamos que era lo mejor para los dos. Dijimos adiós con la intención de cumplir el juramento que nos habíamos hecho aquella noche de verano: «Pase lo que pase, por encima de todas las cosas, eres mi mejor amigo». Él añadió que, si la vida nos permitía reencontrarnos, lo volvería a intentar. No cumplimos ninguna de las dos. Hablar dolía y las conversaciones se deshicieron en la cotidianidad, los «Qué tal» cada vez eran más forzados y las respuestas más vagas, y, para mediados de junio, Harry y yo habíamos dejado de hablar.

El 14 de marzo de 2020, le escribí una carta a Harry Grosvenor. Una que me prometí que le leería la próxima vez que nos viésemos, pero que nunca se la pude llegar a dar. Fue una idea de la abuela para aliviar la pena en un momento tan convulso. Con ese gesto tan sencillo, empecé una nueva tradición. Desde entonces, y en cada uno de mis cumpleaños, le escribía a Harry una carta que no le enviaba. Simplemente le hablaba, le recordaba cómo me sentía —o quizá me lo recordaba a mí—, y la guardaba amontonada en el fondo del cajón de mi mesita de noche. Ya iban cinco. Esta fue la última:

14 de marzo de 2024

Querido Harry:

Hace cinco años que dejé de celebrar este día, porque ahora te pertenece a ti. Ha pasado mucho tiempo, lo sé, pero soy incapaz de

olvidar tu olor a lavanda, tus ojos celestes, el tacto de tu piel o la gravedad de tu voz cada vez que pronunciabas mi palabra favorita.

Sé que no es justo seguir esperándote, no lo es para mí ni tampoco para aquel que ahora ocupa tu lugar, pero lo hago. Yo te juré ser tuyo para siempre, y aquí estoy, con una duda permanente:

Si la vida nos deja encontrarnos, ¿lo volveríamos a intentar?

Quiero pensar que sí, pero, hasta entonces...

Siempre tuyo,

Rodrigo

Agradecimientos

Un verano, en La Herradura, me dio por imaginar cómo sería enamorarse en esa bahía. Fantaseaba con conocer a alguien de la forma más casual, tener citas a la orilla del mar y llorarle cuando nos tocase decir adiós. De eso hace ya más de seis años.

Si estás leyendo esto, significa que aquella fantasía se ha hecho realidad y ahora la comparto contigo. Esta historia no está basada en hechos reales, pero sí que recoge anhelos y deseos de un romance que alguna vez solo estuvo en mi cabeza. Plasmarlo con palabras ha sido un viaje. Uno de esos que repetirías, pero que en el fondo sabes que, si volvieras, ya no sería igual. Prefiero dejarlo en manos de Rodrigo, de Harry y en las tuyas. Estoy seguro de que sabrás qué hacer con él.

Si has llegado hasta aquí, quiero empezar estos agradecimientos contigo. Eres tú quien le da sentido a todo esto. Entre millones de historias, has elegido darle una oportunidad a la mía. Gracias, de corazón.

Y ahora toca acordarse de todas las personas que, de una forma u otra, han estado ahí.

En primer lugar, me gustaría dedicar esta novela a las mujeres de mi vida: Kika y Paula, mi madre y mi hermana. Todo lo que sé lo he aprendido a vuestro lado. Gracias por vuestra eterna paciencia y por haber creído en mí desde el primer día.

No me olvido de mi padre, Antonio, y de mi hermano, Álvaro. Gracias por haberme apoyado en cada paso del camino. Ni de mis abuelos, Rafa y Gris, cuyos nombres inspiraron a los abuelos de Rodrigo. Abuelo, lo he conseguido; ojalá estuvieras aquí para verlo. Y, por supuesto, gracias infinitas a mi familia y a mis amigos. Qué suerte teneros. Habéis sido mi lugar seguro en los momentos más oscuros.

Quiero dar las gracias a Jordi, mi agente, el primero en apostar por mí. Y a Ana, mi editora, por enamorarse de Rodri, Harry, Gris y La Herradura, y por tratarlos con tanto mimo. Los dos tenéis un hueco especial en mi corazón.

Por último, tengo que hacer algunas menciones especiales: a Juan, por sostenerme cuando ya no me quedaban fuerzas, por creer en mí más que yo mismo y por estar siempre ahí. Te lo digo a menudo, pero quiero que todos sepan que, si este libro existe, es gracias a ti. A Lourdes, mi lectora beta, la primera en sumergirse en estas aguas turquesas. Has sido un apoyo incondicional durante todo el proceso y no sé qué habría hecho sin ti. Y a Ferran, mi compañero de batalla. Hemos pasado más horas que un reloj trabajando en nuestras historias, mano a mano. Gracias por tu ayuda, tu paciencia y tu compañía. Qué bonito ha sido vivir esto contigo.

Nos vemos en la siguiente novela.

Eloy Cobera

¿Un verano es suficiente para olvidar el pasado y volver a enamorarse?



Junio de 2019. Cuando Rodrigo termina la universidad, su novio rompe con él de forma inesperada. Ahora siente la necesidad de escapar de los recuerdos para sanar su maltrecho corazón. Un autobús de última hora lo lleva hasta La Herradura, el pueblo de su abuela, donde pasará el verano con la intención de olvidarse de todo y de dejar en un segundo plano el amor. Lo que no sabe es que sus propósitos se verán truncados cuando conozca a Harry, un británico de ojos azules que le hará una propuesta muy particular.

Grupo de apoyo para corazones rotos es pura ternura y sensualidad, un slow burn plagado de diálogos chispeantes e ingeniosos que robarán más de una sonrisa al lector. Rodrigo y Harry están destinados a dejar huella: con el corazón hecho pedazos, tendrán que decidir si mostrar su vulnerabilidad y atreverse a tomar nuevas decisiones en el amor.

Un canto al cuidado mutuo, a las relaciones sanas y, por encima de todo, a la importancia de querer bien.

Eloy Cobera (Granada, 1992) estudió Comunicación Audiovisual movido por su afán de contar historias, inquietud que más tarde lo llevó a convertirse en creador de contenido. Desde la infancia encontró refugio en la literatura fantástica y, a los quince años, comenzó a dar sus primeros pasos en la escritura con novelas inconclusas que corregía su profesora de lengua.

Durante su adolescencia echó en falta sentirse representado como parte del colectivo LGBTIQ+ en la literatura juvenil. En esa búsqueda de personajes con los que identificarse nació su vocación como escritor: si esas historias no existían, las escribiría él mismo.



Primera edición: abril de 2026

© 2026, Eloy Cobera
Autor representado por IMC, Agencia Literaria, S. L.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Helena Boet Serrano
Ilustración de portada: © Jorge García Ruiz

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87845-06-3

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Grupo de apoyo para corazones rotos

Primera parte. La Herradura

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

Segunda parte. 21 días

- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Tercera parte. La mirada del abuelo
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Encore. Cuando aprendí a quererte
Capítulo 36
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Eloy Cobera
Créditos